

VENGANZA 2

LA INICIACIÓN



LA
TRILOGÍA
ERÓTICA
MÁS
POLÉMICA

MALENKA RAMOS



1. Celos

Todo lo que nos rodea, cariño mío, siempre tiene una razón de ser y tú eres demasiado impulsiva para razonar las cosas que ves, sólo por eso te quiero tanto.

* * *

Su corazón galopaba a cien por hora mientras miraba el anillo que brillaba en su dedo. El hombre que tiempo atrás le había destrozado el alma ahora era todo lo que ella deseaba. Había sido duro y posiblemente lo sería más; sin embargo, la idea de ser su mujer la encandilaba y a la vez la aterraba. Dominic Romano, el pequeño niño taciturno del que tanto se había reído, había devorado su vida y su moral. ¿Cómo negarse a aquello? ¿Acaso se imaginaba una vida como la que antes tenía después de todo lo que había pasado? ¿Con otro hombre? ¿Una vida normal? Cómo explicarlo al mundo, cómo decirles que pasaba entre aquellas paredes y que lo entendieran, cómo expresar que todo lo que ellas hacían era algo que aunque a veces dolía hasta límites insondables deseaban con toda el alma. Imposible. Y él... ¡A veces se sentía tan poco a su lado! Su rostro siempre digno, su espalda ancha y su elegancia. Sus modales y su seguridad, siempre metódico y correcto rozando una perfección que secretamente ocultaba un alma atormentada por su amor. Pensó en su familia, su madre y su padre, si algún día supieran la verdad se morirían del disgusto pero... ¿por qué? Porque no era lo correcto, no al menos en el mundo real, ese en el que las personas viven una vida

monocromática y forman familias estructuradas y simples hasta que la vejez les lleva al otro mundo sin saber sin embargo que siempre puede haber algo más...

Bajó las escaleras de dos en dos buscando a Luis, estaba ansiosa por enseñarle la preciosa y enorme joya que Dominic le había regalado, cuando algo la dejó patidifusa. Dominic hablaba con Catinca en el jardín, esta lo abrazaba con fuerza y metía su cabeza entre su cara y su cuello. No, se han criado juntos, dijo su cabeza, pero el corazón se le aceleró más si cabe ante la escena. Las últimas escaleras las bajó más despacio, Catinca lloriqueaba como una niña mientras él la volvía a abrazar y la mecía entre sus anchos brazos.

Se acercó a la ventana más próxima y afinó el oído; estaba ligeramente abierta y podía escuchar con dificultad sus palabras.

—No seas tonta, nada va a cambiar —dijo—. Te quiero mucho, chiquitina.

—Yo también te quiero, Dominic —sollozó.

Samara abrió los ojos como platos cuando lo vio besarla con efusividad en la boca. Sí, en Quimera todo era normal pero ella no estaba acostumbrada a ver a Dominic de aquella forma. Apretó las mandíbulas con fuerza y cuando lo vio dirigirse hacia la puerta, salió disparada escaleras arriba para que no la viera. Al llegar a la habitación se quedó pensativa. Lo cierto es que él siempre le había sido fiel, mientras la cedía y le hacía disfrutar jamás le vio con otra y sabía que no eran justos sus celos pero no podía remediar sentirse mal. Dominic entró a los pocos segundos en la habitación y la miró con gesto ceñudo.

—Te conozco muy bien para saber que algo te pasa.

—Te acabo de ver con Catinca —musitó mirando su anillo—. Pasé por el salón y os oí.

—No está bien escuchar detrás de las ventanas, Samara.

Se acercó a ella y meneó la cabeza negativamente.

—Creo que sigo sin conocerte...

—Está bien, Samara... Ven aquí. Es increíble, acabo de pedirle que se case conmigo y tengo mi primera escena de celos —hizo una mueca y la volvió a mirar fijamente.

—Mi padre murió cuando yo tenía ocho años, eso lo sabes, te lo conté hace mucho tiempo. Mi única familia directa era él, mi madre y mi abuela materna, mi padre era huérfano, creció en el orfanato. Que conociera a Antón no fue casualidad, él me estaba buscando realmente... Mi padre y él se criaron juntos desde niños y cuando murió mi madre estaba embarazada de una niña. Mi madre no podía sacarnos a los dos adelante y Antón le ofreció la posibilidad de hacerse cargo de mí, quería un varón y no podía tener hijos con su mujer pero mi madre no podía desprenderse de mí, me quería demasiado y yo ya era un niño... Le entregó a mi hermana y pactaron no verse más para que ella no se enterara y sufriera. Eso consumió a mi madre año tras año y yo me sentí culpable de todo ello durante mucho tiempo. Intenté buscarla al menos para saber si estaba bien, cuando conseguí todo lo que tengo y cuando Antón me encontró, sabes la historia ya y las condiciones por las que pasaba de descontrol y la vi por primera vez al entrar en Quimera no fui capaz de decirle la verdad. No era justo ella era feliz, lo tenía todo. No podía hacerle eso al hombre que se había desvivido por ella toda su vida. Pero Catinca era caprichosa, provocadora y tremendamente alocada. Y yo pasaba largas temporadas en Quimera.

Hizo una pausa y giró su cara para observar su gesto.

—Me buscaba constantemente, desde que tenía ya doce años se me metía en la cama con cualquier excusa y yo pasaba la época en la que me daba igual todo, ni siquiera la veía como lo que era por eso entiendo y entendí siempre a tu hermano.

—¿Te acostaste con ella? —Samara no salía de su asombro.

—No... Nunca pasó del juego, de lo que tú conoces. A medida que pasaron los años creció en mí una necesidad de protegerla de nosotros, de apartarla de todo lo que nos rodeaba pero era bastante difícil con la cabra loca de Carlo cerca y respetaba demasiado a Antón como para follarme a Catinca y te puedo asegurar que no fue por falta de oportunidades y ganas...

—¿Lo sabe?

—Oh, no... Y nadie se lo dirá. Antón le dio todo lo que tiene y la quiere más que a su vida y Catinca es demasiado inmadura. No soportaría la verdad. Todos mantienen esa leve distancia con ella, es libre, nadie la intentó jamás. Ya me entiendes. Pero eso es un arma de doble filo la hemos consentido tanto

que cuando se descontrola es casi imposible hacerla entrar en razón.

Samara no salía de su asombro.

—De lo único que se arrepiente Antón es de los años que dejó sola a mi madre, no podía verla, si mi madre veía a la niña sufriría más. Iba a llamarla como ella Gloria pero al final se llamó Catinca como la esposa de Antón. En fin, para no dormir.

—Si provoca a Carlo un poco más y tú no...

—No voy a hacer nada más por ella. Que asuma las consecuencias de sus actos. Ya es mayorcita, Samara.

Una inmensa calma se apoderó de Samara. Se soltó el cinturón del albornoz y trepó por sus piernas hasta quedar frente a él.

—Tenía celos de ella.

—Lo sé.

Frotó su sexo contra el pantalón, era tan fino que notaba su miembro debajo crecer a medida que se movía sobre él.

—Estaba rabiosa.

—También lo sé.

—Eres un buen hombre, Dominic.

—Eso ya no lo tengo tan claro.

—Y sí, claro que me casaré contigo —dijo sonriéndole.

—Me hace muy feliz, señorita.

Pasó las manos por su espalda y descendió con ella hasta sus caderas. Tenía una piel extremadamente suave. Repasó cada centímetro de ella y volvió a mirarla a los ojos.

Samara le sonrió, pasó la lengua por su boca y empezó a descender mientras le besaba el pecho. Dominic seguía sus movimientos, sus contoneos, le desprendió de la cinta que apretaba la goma del pantalón y bajó levemente la tela hasta liberar su sexo. Su lengua pasó levemente rozándolo y luego volvió a subir y lo besó. La cogió la cara con una mano y la apretó con fuerza mientras la metía la lengua en la boca.

—Mi vida es para escribir una película Samara... Pero esta es mi familia... y la tuya...

Sonó la puerta y Luis atravesó el pasillo a gran velocidad en calzoncillos.

—Hablando de familia...

Saltó en la cama y se metió debajo de las sábanas empujando con el culo a Dominic.

—Volvió a la vida —dijo mirándolo.

—Me lo ha dicho Catinca. ¡Me lo ha dicho Catinca! —cogió la mano de su hermana, miró el anillo y la besó.

—Pasa, hombre, no te cortes... Tú como en tu casa...

—Vamos, Sam —dijo eufórico—. Dirás que sí, ¿verdad?

—Luis —balbuceó colorada—, ¡me avergüenzas!

Dominic movió la cabeza en un gesto de consternación y se levantó de la cama.

—¡Sam! —la meneó por los hombros—. ¡Vamos!

—¡Ah Luis! —dijo—. Él ya lo sabe... Claro que sí.

Dominic miró a través de la ventana. Sí, era cierto, él ya lo sabía.

2. Una visita inesperada

Has aceptado mi proposición una vez más, me has hecho el hombre más feliz del mundo; aun así, princesa, aún te queda mucho que aprender a mi lado.

* * *

Durante el resto de la semana siguiente, la calma pareció cernirse en todos y cada uno de ellos. Yelina había pagado un enorme error pero también había conseguido una recompensa mucho mayor por ello, el amor incondicional de su Señor. La pequeña Sara empezaba a ceder poco a poco a los antojos y deseos de Luis, que sutilmente la embriagaba con sus suaves órdenes y las atenciones que le daba. Pero una tarde algo generó un gran revuelo en casa de Dominic. Antón había llamado por teléfono bien entrada la noche y una extraña noticia generaba distintas reacciones. Samara había observado la irascibilidad de Dominic, la ironía en el rostro de Carlo y la confusión en Roberto. Por otro lado, Mateo aparecía aquella noche algo desorientado, pues para él la extraña llamada poco sentido tenía.

—¿Qué pasa, Luis? —le preguntó—. ¿Le ha pasado algo a Antón?

Samara estaba desconcertada y el ir y venir de los hombres la ponía nerviosa.

—Tenemos que ir a Quimera este fin de semana. Antón recibe una visita y le gustaría que fuéramos.

Seguía sin entender nada. Vio a Dominic discutir con Carlo, mientras

Roberto rompía a reír lanzándose a la boca frutos secos animadamente.

—Es un tema algo delicado, Sam... Conoces el recelo de Dominic por el mínimo poder de una mujer, no le gusta, siempre hemos sido una familia y no existe nadie que cambie ese equilibrio. Pero Antón no solo ha sacado de... — hizo una pausa intentando explicarse lo mejor posible— de la espiral de locura a los que ves, ha habido otros que con el tiempo se han separado de Quimera, es lógico, nosotros formamos una familia pero eso no significa que después de un tiempo haya otras personas que sigan su vida con un pequeño contacto por el cariño y el agradecimiento. En este caso una de esas personas visita Quimera.

Samara arrugó la frente y miró a Luis.

—¿Por eso se enfada? —preguntó—. No lo comprendo.

Miró la puerta abierta del despacho, donde seguían discutiendo acaloradamente.

—Sam, es una mujer. La única, pero ella se supone que ostenta el mismo poder que cualquiera de nosotros y eso es algo que Dominic nunca ha soportado. No suele venir, ella tiene su vida, sus negocios, siempre fuera del país. Lo poco que viene, pueden pasar incluso años, es algo que provoca cierto recelo, Carlo lo toma con ironía, Roberto directamente pasa pero Dominic...

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Las chicas saben de ella?

—Claro. Han sido contadas las ocasiones que la han visto, calcula que en los diez años que Roberto lleva con sus mujeres han coincidido un par de veces, Carlo tan solo una.

Estaba descolocada y sorprendida. ¿Una mujer? Era increíble, no podía imaginar una situación tan peculiar.

—Es lógico, Sam, nosotros vivimos a poca distancia de Quimera, un par de horas de viaje como mucho, pero alguno ha vuelto a su país o ha creado negocios fuera y resulta difícil seguir en contacto.

—Dominic está furioso —dijo observándolo.

—Sam, soy imparcial, pero te diré que la mujer que visita Quimera fue años atrás una excepcional sumisa, piensa que los mejores sumisos a veces son los mejores dominantes cuando encuentran su camino.

Aquella confidencia la dejó totalmente intrigada. Llegó el fin de semana y

todos llegaron casi al mismo tiempo a la finca. Antón como siempre con su figura imponente esperaba sonriente en lo alto de las escaleras de mármol que daban a la entrada principal. Cuando Dominic lo saludo soltó una risa involuntaria y le dio varias palmaditas en la espalda. Meredit cuchicheaba con las otras mujeres y Mateo junto a Sara no sabía muy bien de qué iba todo aquello aunque ya se lo habían explicado varias veces reunidos. Natacha no estaría ese fin de semana por su trabajo, era la única que faltaría, cosa que a Sara le encantó.

—Bueno, mis chicos —dijo Antón—, aun sabiendo que este pequeño viaje no es gusto de mi primogénito más dominante es necesario. Nuestra hermosa Romina visita la ciudad y no sería justo recibirla sin vuestra presencia.

—Sara aprenderá muchas cosas este fin de semana —dijo Carlo con tono burlón dejándose caer en el sofá.

Dominic le dirigió una mirada feroz y meneó la cabeza. La joven levantó la vista tímidamente y asió la mano de su hermano con fuerza.

—La he visto dos veces —dijo Roberto—. He de reconocer que me llena de curiosidad, más que nada por el hecho de ver en una mujer mi propia imagen elevada al cubo.

—No es parte de Quimera —dijo Luis—, pero lógicamente ha formado en su medida parte de esto. Dominic siempre acabas enzarzado con ella, al final creo que disfrutas con esas peleas cada cierto tiempo.

—No disfruto, la provocho. No me molesta su presencia, hasta puedo tolerarla, me ofende lo que trae con ella.

Antón soltó una carcajada y se balanceó en la butaca.

—¿Hablas del joven Alexis? —dio una calada a su puro y volvió a reír—. Dominic, hijo mío. Ese muchacho puede enseñar a vuestras propias mujeres mucho más de lo que vosotros las transmitiríais en años...

Samara miró a Meredit, en ella no había ninguna expresión. Miró a Dominic y se aferró a Luis con fuerza. Tenía tal gesto de enfado que hasta a ella la atemorizaba abrir la boca en ese momento, aunque estaba llena de dudas y la curiosidad la mataba.

—Bueno —Carlo prosiguió—. Entonces sigue con ella...

—Firmó voluntariamente un contrato por siete años. —Antón sonrió a

Samara y volvió a mirar a Carlo.

—Es lo que no entiendo —prosiguió Roberto.

—Creo que es mejor que explique un poco a vuestras damas de qué hablamos antes de que lleguen, ¿no? —se giró hacia Samara y Meredith—. Alexis es un joven de muy buena familia, cuando acabó la carrera en el extranjero conoció a Romina y lo dejó todo por pasar varios años a su lado. Nadie lo entiende, es cierto pero debe respetarse —rió—. Sólo serán dos días, Dominic, luego se ira, ambos se irán. Piensa en cómo es Alexis y dime si realmente quitando que es un hombre no es una lección exquisita de buen comportamiento.

—En fin —musitó ofuscado—. Dos días...

* * *

Eran las dos del medio día y un coche sonó en la entrada de la finca. Todos estaban en el salón, esperaban que llegaran los nuevos invitados para pasar al comedor. Oyó a Antón en el exterior, una voz femenina al fondo y unos tacones retumbar en el mármol traventino del hall. En todo el tiempo que llevaba al lado de Dominic fue el primer día que realmente sintió celos. Allí estaba ella, de pie bajo el umbral de la puerta, una mujer que no llegaba a los treinta años de mirada feroz y sonrisa digna. Tenía una inmensa melena caoba que caía por delante de sus pechos hasta casi rozar sus caderas, rasgos marcados y angulosos, boca enorme y perfilada. Se mantenía de pie con una inmensa pierna estirada hacía la derecha y las manos en la cintura. Un sombrero colocado de lado al más exquisito estilo francés y un pantalón de raya diplomática ajustado con un corsé que apretaba sus pechos bajo una camisa blanca.

—Romina... —musitó Dominic levantándose con pereza—. Sigues tan «mona» como siempre...

Su tono irónico la provocó una risa falsa.

—Y tú tan perverso y sobrado querido.

La mujer dirigió una mirada rápida a todo el salón y sonrió con elegancia a todo el mundo. Sus pisadas hacían vibrar a Samara, era toda una belleza y

aquel gesto de prepotencia quizá la hacía más hermosa de lo que era. Sara permanecía totalmente obnubilada. Se sentó en la butaca de Antón y se sirvió una copa de ron rápidamente.

—Vamos querido —dijo entonces—, no te quedes ahí. Pasa y saluda cortésmente, no tenemos toda la mañana. Se educado.

El joven Alexis entró tras Antón. Samara sintió un escalofrío por el cuerpo, era un niño realmente adorable. Tenía el pelo repleto de caracoles castaños que le caían por la frente formando bucles, unos enormes ojos verdes que brillaban quizá por la vergüenza y un cuerpo esbelto, alto y definido. El muchacho se quedó a pocos centímetros de aquella diva y bajo la mirada.

—Bien... ¿Sigues tan impertinente Carlo? —le espetó.

—Mi impertinencia es directamente proporcional a tu zorrería querida mía.

Romina soltó una carcajada y dio un trago a su copa.

—Tu damita es una belleza Dominic... Y veo caras nuevas... —miró a Mateo y Sara y una fila de dientes blancos emergió del inmenso orificio—. Bonita niña.

—¿Por qué no presentas al muchacho Romina? —Antón se adelantó y le pasó la mano por el hombro.

Samara se dio cuenta que el joven apenas levantaba la mirada del suelo. Estaba a tan sólo unos centímetros de Dominic y éste le dirigía miradas de curiosidad. Ni siquiera había abierto la boca y permanecía quieto y expectante.

—Mi chico no está acostumbrado a tanta ropa —dijo—. Vuestras mujeres deberían estar desnudas, desprovistas de todo y postradas. Respeto vuestros métodos y me adapto, que conste que lo hago por educación pero no lo comparto.

—Es todo un detalle por tu parte —dijo con sarcasmo Dominic—. Siempre hay tiempo para todo, Romina.

La cabeza de Samara funcionaba a doscientos por hora. ¿Acaso el joven Alexis pasaba las horas desnudo junto a aquella mujer? ¿Cómo podría soportar esa situación? ¿Acaso le gustaba? No se atrevió tan siquiera a moverse, Luis se reía ante la extraña conversación y al ambiente caldeado de

la sala. Romina estiró el brazo y el joven Alexis dio un paso al frente.

—Alexis, mi joven y hermoso alumno. Veintisiete años, esclavo en su totalidad, obediente, algo terco y orgulloso, le cuestan ciertas ordenes, sobre todo cuando tiene que ejecutarlas fuera de la intimidad de mi casa —le dio una palmada en el trasero y este avanzó un paso—. Por eso he querido traerle en este viaje de trabajo. ¿Qué mejor sitio para mi precioso esclavo que la finca Quimera?

—¡Hola, Alexis! —la voz inocente de Sara emergió cortando la incomodidad del momento.

El muchacho levantó levemente la vista y la sonrió.

—Pequeña, mi chico está bien educado, no hablará a menos que yo le diga que lo haga —soltó—. No se moverá ni respirará a menos que yo se lo permita. ¿Verdad, Alexis?

Asintió con la cabeza y volvió a mirar al suelo. En ese momento Dominic estaba tan tenso que pareció hervir como una olla a presión.

—¡Ahí que joderse! —farfulló—. Esto es increíble...

Romina lo miró con humor y siguió provocándolo. Le hizo un gesto al joven y este se puso de rodillas al lado del brazo tapizado de la butaca.

—Deberías acostumbrarte Dominic, no es la primera vez que compartimos techo. No sé que más te molesta, si mi poder, o el hecho de que un hombre, bello, fuerte e inteligente como cualquiera de vosotras se postre ante mí ansiando mis castigos y mis órdenes.

Dominic se levantó y se acercó al muchacho con gesto de enfado. Alexis permanecía de rodillas sus rizos rozaban el pantalón de Dominic suavemente. Este se agachó y le levantó la cara con suma curiosidad.

—¿Qué te da esta víbora? —dijo—. Podrías tener lo mismo que nosotros y prefieres estar... ¿Así?

Alexis tragó saliva y dirigió una suave mirada que pareció hasta irónica a Samara, rápidamente volvió a bajarla al ver a Romina inclinarse hacia él.

—Contesta niño —dijo—. Sé educado con los Señores de la casa. Siempre.

—Señor... Adoro a mi Señora...

—Yo adoro a mis perros y no me pongo de rodillas... —Carlo se rió—, a menos que me tiren claro...

—Con ella no tengo que pensar, no tengo que decidir, sólo obedezco —dijo—. Necesito no pensar, he tenido una vida llena de libertad y poder, me he agotado de decidir por todo el mundo. Necesito que decidan por mí.

—Habla con total libertad —Romina se levantó y siguió bebiendo de su copa. Su pantalón revoloteaba contra sus muslos al compás de sus pasos.

—¿Qué te llevó a firmar siete años de contrato? —le preguntó.

—Al principio fue la curiosidad, sus castigos me excitaban pero a la vez me llenaban de ira. Cuanto más me enfadaba más cruel era ella y a la vez más disfrutaba. Supongo que todos tenemos un lado oculto que desconocemos de nosotros mismos y del cual nos avergonzamos.

Samara estaba alucinada. El muchacho ni siquiera había mirado directamente a Dominic, de vez en cuando levantaba discretamente los ojos y la miraba, hasta creyó ver que la guiñaba el ojo pero pensó que era producto de su imaginación.

—Sublime —dijo Roberto—, he de reconocer que si mis hermosas vampiras fueran tan francas en sus sentimientos todo hubiera sido mucho más fácil para todos...

—¿Te gusta que te humillen? —preguntó Dominic—. Un hombre como tú que podría tener cualquier mujer...

Alexis miró a Samara y apoyando las nalgas en sus tobillos bajo más la cabeza.

—Me gusta. Por eso mismo. Supongo que mi Señora valora del mismo modo que yo lo que la he dado por voluntad, me gusta el dolor Señor, disfruto con él como puede usted disfrutar de su hermosa esclava y su terror cuando sus ojos reflejan ese miedo tan delicioso. La ira de mi señora es algo que a veces busco inconscientemente.

Meredith apenas pestañeaba, Yelina y Xiamara permanecían de rodillas con los ojos abiertos y fijos en el joven Alexis.

—Estas conversaciones son las que faltaban en esta casa —susurró Antón.

—Yo quiero ser como ella —dijo en bajo Sara a su hermano. Este le dirigió una mirada para que callara y la joven frunció el ceño—. Vale... ya lo pillo...

—¿Y tú, Dominic? —dijo Romina girando con elegancia mientras

Catinca que acababa de entrar la abrazaba con ternura—. Veo por lo poco que hablé con Antón que tu pequeño tesoro ya forma parte de la familia.

Samara sintió un leve recelo en sus palabras, al mirarla, sus ojos parecían brillar con fuerza bajo aquel manto caoba que la cubría. Sus pezones se marcaban por debajo de la camisa blanca ajustada, su corsé le hacía una curvatura casi erótica y mantenía los ojos fijos en ella como un animal salvaje.

—Siempre has criticado mis métodos, pero yo no obligo a mis pupilos a nada, tu crueldad supera mis actos —hizo una mueca cómica—. Tú los ejecutas sin más...

—Este es el momento en el cual yo me bajo los pantalones y directamente me corro —se oyó decir a Carlo—. ¡Oh, sí!

Dominic miró por última vez a Alexis y se giró hacia ella.

—Tu despecho por no ser lo que yo buscaba te hace ser la tirana de las proles... Romina, sigo conociendo tu lado más mezquino y amoral, te aseguro que en estos dos días necesitaras de mis favores mucho más que yo de los tuyos... Así que deja tu zorrería habitual conmigo y dedícate a seguir coleccionando príncipes azules que llenen tu falta de un dominante...

La mujer soltó tal carcajada que Samara dio un brinco. ¿Lo había entendido bien? ¿Acaso Romina había estado con Dominic? ¿Fue quizá su sumisa? Le ardía la cara como nunca, se mordió el labio inferior y deseo que algo enorme y grotesco se tragara aquella mujer tan impresionante, ambos se mantenían de pie mirándose uno al otro con un gesto de odio casi paralizante y mientras Carlo con la boca entreabierta movía la cabeza mirando primero a uno y luego a otro como ansiando que se tiraran de los pelos en mitad del salón.

—Oh mi querido Dominic... ¿Quizá tu rencor no será por que sabes que soy así por que tú me hiciste así? —dijo—. Mi mentor... ¿Qué has creado? —una risotada resonó de nuevo y Dominic se aproximó a ella—. Te debo tanto...

Samara estaba a punto de saltar como un cohete explosivo, Dominic estaba a milésimas de su cara y tensaba las mandíbulas como nunca, el joven Alexis hizo el ademán de levantarse hacia ella pero la mujer levantó la mano y lo paró en seco.

—Tranquilo mi muchachito... mi querido «hermanito» no me va a tocar un pelo, es su forma de desafiarme, no debes preocuparte... Vuelve a tu posición.

—Creo que este fin de semana va a ser entretenido —dijo al fin sin separarse de su cara.

—¡Vamos todos a comer! —Antón saltó de la silla e intentó mediar en aquel momento de tensión—. Vamos...

Romina se giró con elegancia y chasqueó los dedos, Alexis se levantó y la siguió a paso ligero, ella movía las caderas como si fuera a romperse en dos. Todos ocuparon un sitio alrededor de la inmensa mesa, Romina no aceptaba que las mujeres se sentaran como ellos pero no tuvo más remedio que ceder y su joven sumiso ocupó la silla más próxima a Sara. Verles a los dos juntos, era como ver dos querubines. Parecía que incluso para Alexis era extraño comer como todos, miró desorientado a todas las mujeres y se colocó con educación la servilleta en las rodillas. Samara mientras tanto hervía por dentro, observaba cada gesto y movimiento de Romina sin perder un detalle. Era odiosamente hermosa, odiosamente segura de si misma y le atormentaba la idea de pensar o levemente imaginarla en los brazos de Dominic.

—Samara —como siempre Dominic se adelantaba a su pensamiento. Pasó su brazo por los hombros y acercó su boca a la oreja—. Tranquila, princesa, es lo que busca, recuerda lo que te dije cuando conociste a Carlo, no entres en sus provocaciones, ella no puede conmigo por lo tanto, irá a por ti.

—Estuvo contigo... —susurró angustiada.

—Eso es el pasado, que no te afecte. Yo nunca he recelado de tus otros... hombres.

Y era cierto, pero no podía soportar la idea de saber que aquella dama de modales refinados y gesto altivo había dormido en la misma cama que él.

Centró su atención en Alexis, intentó respirar profundamente y al tenerlo de frente pudo observar con detenimiento todo lo que el joven hacía. Estaba torpe, no miraba a nadie en la mesa y ni siquiera hablaba con Sara. A veces un rizo de su frente se metía en los ojos y lo soplaba con gracia para apartarlo. Su piel era muy dorada, brillaba con la misma intensidad que su cabello. Su rabia dio paso a una enorme curiosidad por aquel chico. Se preguntó si tendría la oportunidad de hablar con él, de preguntarle cosas y

saber que sentía un hombre en su misma situación o al menos similar.

—Alexis —la voz de Romina retumbó en la mesa y el muchacho casi estuvo a punto de derramar su copa de agua—. Esclavo torpe, ten cuidado o te pondré en el suelo para que así te sientas más cómodo.

—Eso estaría bien... —farfulló tan débilmente que hasta Sara le resultó difícil no reír.

Por suerte Romina no lo había oído.

—Puedes hablar con las chicas, si alguno de los Señores te pregunta contestarás con total sinceridad. Viendo el ambiente, creo más oportuno de momento que te comportes con un poco de libertad, siempre y cuando no te diga lo contrario.

—¿Sabrá sujetar con la nariz una pelota y girarla? —dijo Carlo con sorna.

Luis soltó una suave risa y bebió. El único que observaba con detalle al joven Alexis era Mateo, era como si la curiosidad por aquel muchacho le invadiera o quizá tramaba ya algún plan maquiavélico para entretenerse.

* * *

Durante gran parte de la tarde todos permanecieron charlando en el salón. Era cierto que el «odio» entre Romina y Dominic sólo existía en el ámbito personal de sus respectivos papeles, cuando el tema de conversación fueron los negocios, ambos mantuvieron una charla tranquila y apacible para mayor recelo de Samara. Pasó mucho tiempo cerca de ellos, Meredit le había pedido que fuera con todas las jardín pero no quería dejar a aquella odiosa mujer cerca de él. Era cierto que jamás se había encontrado en aquella situación, le resultaba difícil disimular sus celos, pero a veces pensaba en la posibilidad de estallar e imaginar el enfado de Dominic la llenaba de estupor. El joven Alexis estuvo bastante tiempo hablando con Antón, supuso que el hombre disfrutaba de sus experiencias recordando quizá las que el tuvo con Alexander, el padre de Mateo. Cuando este se fue con Catinca, Alexis se quedó solo en la mesa del porche. Sara no tardó en acompañarlo junto con Meredit y Samara que a duras penas consiguió dejar a Dominic con los demás.

—¡Alexis! —dijo la tierna niña—. ¡Es increíble, un chico sumiso! Eres fascinante...

—Linda —dijo de golpe—. No te calientes con mi Señora —miró a Samara y la sonrió—. Tienes la cara roja de la ira.

Le sorprendió el tono burlón de su voz. Era increíble que aquel joven tan servicial y sumiso pasara de pronto a un tono casi provocador.

—¿Me dices a mí? —dijo ofuscada.

—Claro —se lanzó una aceituna a la boca y sonrió—. Desde que entré por la puerta la has devorado con los ojos, mi Señora es muy hermosa pero nada tiene que hacer con el tuyo. Redecillas pasadas... sólo eso.

Samara farfulló algo en bajo y miró a través de los cristales, Dominic se reía por algo que decía Romina y Carlo movía las manos como un loco.

—¿Es verdad que cuando estas con ella en casa siempre estas desnudo? ¿Siempre haces lo que te pide? ¿No te da vergüenza? —dijo Meredit.

—Perdí la vergüenza hace tiempo querida. No, no siempre hago lo que me pide, a veces me gusta provocar su enfado. Disfruto como un loco cuando se le encienden las mejillas y me castiga. Es deliciosa...

—Es increíble, si te ponen desnudo en el salón me muero de vergüenza. ¿Te imaginas? —Sara rió con timidez.

—¿Por qué? —miró fijamente a Sara y sus ojos verdes brillaron por el sol. Una sonrisa algo depravada se dibujo en su cara—. ¿Te da vergüenza ver a un hombre desnudo? ¿O quizá de rodillas? Igual te gusta...

—Eres osado —dijo la joven—. Seguro que te castigan a menudo.

—Mucho... Me encanta...

—Algún día seré como Romina —dijo hinchando el pecho—. Sí, aunque me pelee todos los días con Dominic —Sara empujó suavemente a Samara que todavía hervía por dentro.

—Y dime —Samara centró la atención en el joven. Cada vez le parecía mas hermoso—. ¿Qué le gusta a Romina? Digo, como dominante...

—Mirar... —se rió—. Le encanta ordenarme que embelese a alguna jovencita y observar como la hago mía sin que ella se dé cuenta. Es una de sus pequeñas depravaciones —frunció el ceño—. Castigarme, le gusta pegarme, es fuerte, aún con esos brazos tan delgados y femeninos pega como un hombre.

—¿Qué más? —insistió Samara.

—El protocolo que ya conocéis... Atarme, atormentarme cuando ya no puedo más y sabe que si explotó tendrá más motivo para castigarme... Um... —hablaba con tanta tranquilidad que todas escuchaban sin interrumpirle. De vez en cuando metía una aceituna con chulería en la boca y sonreía.

—¿Explotar? —dijo Sara.

El se giró hacia Sara y se inclinó pegando su nariz a la de ella.

—Si querida, ya me entiendes, cuando estoy apunto de correrme, me provoca, no me deja tocarla, yo ansió tocarla como un loco, incluso me ofusco y me enfado cuando me tiene en ese límite... Es que soy... muy impulsivo... —la sonrió de medio lado— me caliento rapidito...

Sara se apartó cohibida y Meredit se rió.

—Vaya con el niño, parecía tonto.

—Que sea sumiso en una parte de mi vida no significa que sea idiota, linda... —le espetó— adoro los pocos gestos de cariño que tiene conmigo pero cuando los tiene son tan sublimes, tan devastadores que sólo deseo que pase el día y que me atormente más y más por el mero hecho de que se sienta a gusto con lo que hago y me compense...

—En la mesa estabas raro —dijo Samara.

—Llevo cinco años con ella y no he comido ni una sola vez en la mesa linda... me pone un plato en el suelo y me obliga a comer de él. Luego hace lo mismo con el vino, el agua o lo que me sea y repito el proceso.

¿Su mentor Dominic? ¿Acaso le había atormentado hasta tal punto que le había hecho todo lo que ella hacia a Alexis? Samara no salía de su asombro.

—Duermo con ella cuando le place, o cuando quiere algo de mí. Si no mi sitio es el suelo.

—¿Y qué más? —Sara ardía por la curiosidad.

Alexis se rió y volvió a comer otra aceituna.

—Me ata, me estimula para luego dejarme así. Eso es lo que realmente detesto, es tormentoso para mí. Una vez me dejó toda la noche atado a un poste del jardín. Me moría de ganas de follarla, aquella noche estaba quizá más hermosa de lo que habitualmente es, pero me abandonó con mi tormento, horas y horas y yo ahí... jodido... excitado claro... Hasta ese tormento me excita. Soy así...

—¿Y qué hizo? ¿Qué paso? —Sara no podía disimular la intriga.

—Por la mañana salió al jardín, con su preciosa bata transparente de hilo fino y pequeñas incrustaciones. Yo apenas había dormido, esa postura es incómoda, pegado a un poste, ya me diréis. Aún así, estaba tan cachondo que cuando salió y vio mi miembro quedó descolocada —se rió efusivamente y con dulzura—. Me compensó un poco, me lamió muy despacio hasta casi hacerme estallar, eso sí, cuando me vio peor de lo que estaba y ya despierto se fue de nuevo a dentro y hasta casi entrada la noche no me soltó.

—Luego nos quejamos nosotras —indicó Meredit—. Esa mujer es perversa.

—Odiosamente perversa... —asintió él.

* * *

Durante la conversación con Alexis detectó varios comportamientos que nunca había llegado a ver juntos, por un lado su osadía, su frescura y su descarro por el otro, la entrega que sentía por aquella mujer tan extremadamente misteriosa, su seguridad en lo que hacía, su facilidad en expresarlo. Entendía a Antón cuando se refería a que quizá conocer a Alexis la enseñaría muchas cosas. En el salón Dominic mantenía la típica discusión incansable con la bella Romina, Carlo seguía rabiosamente a Catinca con la mirada, la cual no dejaba de hacerse carantoñas con aquella mujer en cuanto tenía oportunidad.

—Romina —la voz de Mateo, que apenas se había pronunciado retumbó en el salón—. Me encantaría poder ver como tratas a tu esclavo sin la presión de la compañía que te damos. Es decir, que hicieras o le trataras como lo haces habitualmente.

Aquella petición sorprendió a Samara y al resto en igual cuantía. Carlo lo miró confundido.

—¿Y eso? —dijo.

—No me importa si es hombre o mujer, lo cierto es que a mi me es indiferente.

Antón pareció sonrojar al escuchar las palabras de Mateo. Samara creyó

incluso que veía muy a menudo el vivo retrato de su padre en él.

—Está bien... —dijo al fin—. Si mi querido Dominic no tiene nada que objetar...

—Qué detallista eres —se mofó—. No tengo nada que objetar. La curiosidad les mata. A mí me enardece ver a un hombre en esa situación.

Era cierto que Alexis era osado, pero también sabía por Romina que le resultaba difícil aceptar públicamente ciertas cosas. Se dio cuenta en el mismo momento en que el muchacho se sonrojó de la tal manera que hasta los ojos se le pusieron vidriosos.

—Pues entonces mi fiel Alexis, despréndete de toda tu ropa y enseña ese hermoso cuerpo a las preciosas sumisas de mis compañeros. Estoy convencida que alguna deseara que su Señor haga un trato conmigo.

Ahí estaba el pobre muchacho rojo como un tomate en mitad del salón. Sara estaba eufórica, hasta Luis la cogió por un brazo y tiró de ella para que se calmara y se comportara.

—Vamos Alexis no me hagas repetírtelo. Vence tu vergüenza y obedece.

Se levantó del suelo y se puso en pie. Desde el sofá el muchacho parecía más alto aún de lo que era. Se quitó la camisa y su pecho emergió suave y dorado sin un atisbo de bello. Tenía unos brazos fuertes, no tanto como el resto de los hombres pero si para la edad que tenía y una espalda ancha pero bien perfilada, al bajarse los pantalones y quedarse totalmente desnudo Samara se ruborizó. Su miembro se erguía firme y amenazante, grueso y perfecto casi a un metro de ella. Vio los ojos de Dominic clavados en ella con una sonrisa mezquina, como si acabara de pillarla mirándole todo el esplendor al chico y le hubiera hecho gracia su reacción. Con las mejillas encendidas Alexis se mantuvo inmóvil ante todo el mundo. Carlo resopló y le miró el culo.

—Culito duro... Pareces una estatua romana, solo te falta la hoja de laurel y decir Ave Cesar —se rió y miró a Catinca—, y tú podrías cerrar la boca un poquito bonita. Solo te falta levantar la pata como los perros de caza.

—Capullo —dijo ella.

—Putita linda —contestó Carlo.

Alexis intentó taparse y se movió incomodo pero la mujer le solmenó un palmetazo en el culo con fuerza.

—Ni se te ocurra Alexis. Tendrás la oportunidad de perder tu vergüenza en esta casa. Así que aparta las manos de tu sexo o tendré que bajarte al sótano antes de tiempo.

Samara creyó ver una delicada sonrisa de complicidad en Alexis cuando Romina dijo aquello. Apartó las manos de su miembro y respiró profundamente.

—¿Es hermoso? —preguntó a Yelina.

La joven miró a su Señor y este afirmó con la cabeza para que hablara.

—Mucho, Señora —contestó.

—Su problema es que le resulta muy difícil controlar sus sentimientos — pasó la mano por el miembro erecto del muchacho y lo golpeó varias veces —. ¿Eh, Alexis?

Alexis asintió con la cabeza y bajo la mirada. Al lado de él Romina parecía más delgada y más pequeña y aún así igual de poderosa.

—Es fácilmente estimulable —le acarició la punta delicadamente—. Es joven, tiene hambre a menudo. Es capaz de soportar cualquier castigo por saciarse.

El sexo del muchacho pareció crecer aún más al contacto con los largos dedos de Romina. Dominic apenas le miraba, mantenía su atención en Samara y en el rubor de sus mejillas. Antón no perdía detalle del muchacho y Mateo mantenía su atención en los movimientos de la mujer que caminaba haciendo círculos, tocando la punta de su sexo para luego rozar los testículos de Alexis desde atrás. De un modo surrealista fue el propio Roberto el que de pronto cambió totalmente la tarde de Quimera. Samara llegó a pensar que lo que hacía era por la mera curiosidad de entender lo que Antón, tiempo atrás había hecho.

—¿Me permites, Romina? —dijo.

La mujer frenó en seco y miró a Xiamara que asustada no dejaba de mirar a Roberto.

—Claro...

—Xiamara, ve donde él y ponte de rodillas.

Los ojos de Romina centellearon en un frenetismo repentino cuando la mujer obedeció y se colocó casi rozando con la frente el miembro de Alexis.

—El juego es sencillo —continuó Roberto—. Usa tu lengua y tu boca, en

ningún momento las manos y controla los impulsos del muchacho. Si no lo consigues, tanto tú como él seréis castigados.

Carlo estalló de la emoción, Luis se llevó la mano a la frente y Dominic movió negativamente la cabeza pero lo cierto es que aquella situación aceleró las mentes de todos los que estaban en la sala. La pobre Xiamara, puso un gesto suplicante pero Roberto no tenía ninguna intención de cambiar su plan. La empujó la cabeza contra la verga del joven y este soltó una suave risa que fue acallada por Romina con otro palmetazo en sus duras nalgas.

—Separa las piernas Alexis. Que llegue a todas las partes de tu cuerpo.

—Una forma distinta de pasar el fin de semana —Luis abrazó a Samara—. Al final entre las peleas territoriales y estos espectáculos lo pasaremos bien —dijo con humor.

Carlo se centró en la imagen con más precisión al ver a la joven abrir la boca y apretar entre sus labios el miembro erecto de Alexis, se frotó la entrepierna ansioso y tiró de Meredit hacía sí.

—Sublime...

La mujer tragó cohibida su sexo provocando en el muchacho un leve susurró de placer.

—Levanta la cabeza, Alexis, mira al frente —musitó colocándose frente a él.

Una y otra vez Xiamara lamió y succionó al muchacho que parecía incapaz de aguantar los lametazos acompasados de ella. Tenía el pecho en tensión y sus nalgas se mecían casi al mismo ritmo que la boca de la joven, cada vez más rápido, cada vez más salvajemente.

—Xiamara —dijo Roberto—. Si sigues con ese ritmo te espera el sótano.

La joven frenó de golpe y continuó su trabajo a un ritmo más lento. Alexis tenía las mejillas sonrojadas y no dejaba de mirar a su Señora. En un momento determinado tensó las mandíbulas con tanta fuerza que Samara pensó que no conseguiría superar el juego, sin embargo el muchacho levantó la cabeza con dignidad y tras aspirar una amplia bocanada de aire siguió fijamente anclado a la joven mientras sus ojos y su rostro se hacían más duros.

—Es suficiente —dijo Roberto.

Romina estaba excitada y ansiosa. Cuando Roberto se levantó de la silla y

se dirigió al joven palmoteaba llena de júbilo esperando la siguiente petición.

Alexis miró a Romina y se arrodilló de nuevo en el salón.

—¿Tu muchacho sabe someter? —preguntó.

—Por supuesto querido. Tiene fuerza y temple. Y mucho carácter si le permito que lo suelte. ¿Acaso quieres que alguna de tus muchachas pruebe su lado opuesto?

—Yelina, a tu posición —dijo.

La muchacha saltó del suelo y se quitó la ropa. Alexis había recibido una orden de Romina y se ponía los pantalones.

—Dos minutos, mi amor —le dijo—. Si consigues hacerla suplicar piedad, te compensaré gratamente esta noche...

Romina salió del salón y al instante volvía con una fusta de cuero en la mano. Al dársela, le besó delicadamente en los labios y el joven se lanzó casi por necesidad a los suyos. Lo apartó bruscamente y le señaló a Yelina que esperaba de rodillas su tormento.

—A cuatro —dijo el muchacho. Se quedó en silencio y miró a Romina—. Cuando guste, Señora.

Romina levantó la mano mirando el reloj y emocionada pegó un grito.

—¡Ya!

La fuerza con la que cayó el primer fustazo fue tremenda. Yelina abrió los ojos y casi estuvo a punto de caer de bruces contra el suelo, se incorporó e intentó gatear hacia delante pero Alexis la cogió por el pelo y la devolvió al centro del salón. Durante varios segundos los golpes fueron creciendo con tal intensidad que no necesito ni un minuto para hacerla llorar y suplicar que parara.

—Romina y sus juegos... —dijo Dominic—. Empieza la fiesta...

3. Alexis

Hasta la más inocente de las almas puede ser corrompida. Puede enseñarte cosas de mucho valor.

* * *

Samara no tardó en perder los nervios aquella noche. Después de una cena tranquila y varios ataques indirectos por parte de Dominic y Romina, todos estaban demasiado cansados para seguir la velada. Había subido a su habitación, se había duchado y al escuchar un ruido en el pasillo se asomó con curiosidad. Romina hablaba con Dominic en un extremo del pasillo. Llevaba un fino picardías de satén y sus pechos amenazaban con saltarle a la cara en cualquier momento. Cuando la vio acariciarle la cara y descender con su mano por su pecho se llenó de ira. Dio un portazo y se metió en la cama enrabiada. Dominic entró a los pocos segundos y la observó.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —le dijo.

—Esa mujer... ¡La odio! —gritó—. No deja de contonearse, de provocarte una y otra vez. ¡Y yo no puedo decir nada!

Dominic soltó una tremenda carcajada y se puso sobre ella, la cogió la cara con ambas manos y la levantó hacía sí.

—Estas muy mal acostumbrada mi princesa... De todas formas, no sé qué será peor, si sus provocaciones o tu cara cuando viste a Alexis en todo su esplendor.

Se ruborizó ofuscada e intentó apartarse de él.

—Tranquila, sé que no es su polla lo que te llamó la atención, lo que me resulta irónico es que te puso a cien el hecho de que el muchacho fuera igual que tú... Te conozco tanto, mi amor...

—Eso no es cierto —dijo—. ¡La odio!

—Princesa. Siempre te he dicho que seas franca conmigo —musitó—. Voy a preguntártelo una vez más. ¿Te ponía ver a Alexis?

—No —dijo con seguridad.

Dominic movió la cabeza y se rió.

—Sabía que me dirías eso. Por eso mi amor, hablaba con Romina —dicho esto cogió su brazo y la sacó de la cama—. Como note en ti una mínima muestra de excitación, seré implacable contigo, Samara.

Salieron de la habitación y la arrastró hasta el final del pasillo, entró sin llamar a la puerta y la lanzó en mitad de la alfombra situada a los pies de la cama. Alexis estaba en un extremo de la habitación de rodillas y al ver a Samara se sobresaltó. Romina se peinaba la melena frente al tocador y soltaba las finas horquillas que previamente sujetaban el sombrero.

—Vaya, la damita niega lo evidente por lo que veo —dijo sin mirar y eso acabó de sacar de sus casillas a Samara—. Ven, mi amor, acércate aquí. — Alexis gateó hacia ella y se quedó a su lado mientras le acariciaba los bucles —. Tu Señor siempre gana por mucho que lo provoque, mi intención querida, era que pasaras algún momento con mi precioso Alexis, eso me excitaría...

Dominic se dejó caer en la butaca más próxima y dirigió una mirada de desprecio al joven Alexis. Cuando Samara escuchó aquello recordó las palabras de Alexis en el jardín.

—Pero de momento, como siempre —Romina seguía con su oratoria— para ganarme sus favores tengo que darle algo a cambio y dado que niegas rotundamente que no te gustaron mis juegos serás testigo directo de mi premio.

Se levantó y chasqueó los dedos para que el chico subiera a la cama.

—Es muy simple —continuó—. Mi chico se ha portado bien, así que gozará de mis favores y tú querida, serás testigo de ello.

De un saltó casi gimnástico subió a la cama y con destreza ató las manos de Alexis al techo de madera que recubría la cama, el joven quedó de rodillas, en mitad del lecho y con los brazos en alto y las piernas separadas.

—Siempre me ha gustado esta habitación por esta maravillosa cama — dijo alegremente.

Samara permanecía en el suelo delante de Dominic, su fino camisón apenas la tapaba el final del culo así que con timidez lo bajó torpemente cuando este tiró de ella para colocarla entre sus piernas. Romina estaba de pie en la cama y ahora vendaba los ojos al chico. Otra vez su miembro relucía imponente frente a ella.

—Tengo que reconocer, que es delicioso —bajó de la cama y cogió la fusta que parecía ya un apéndice de su cuerpo—. ¿Te das cuenta? Desea mi castigo, sólo por el hecho de complacerme...

Alexis tenía la boca ligeramente abierta y al sentir los dedos de Romina apretar sus pezones tensó la mandíbula. Su verga se hinchó más aún. Samara apartó la vista pero Dominic la centró la cara en dirección al joven.

—Ni se te ocurra dejar de mirar —le susurró.

Un golpe repentino en las nalgas de Alexis la hizo brincar, lo vio aferrarse a la cuerda que le ataba al techo y sujetarse con fuerza a ella. Tras este preámbulo fueron siguiendo otros fustazos casi más intensos que los que incluso el joven había dado a Xiamara. Respiraba con fuerza, mientras Romina se movía despacio alrededor de la cama, cuando trepó nuevamente al colchón y metió su lengua en la boca del muchacho fue tal la desesperación con la que la besó que Samara sintió un hormigueo entre las piernas que no pudo contener. Buscaba la lengua de Romina como un loco, chupaba sus labios ansioso y deseoso de más pero ella se apartaba le tocaba el sexo con cuidado y cuando Alexis profería un gemido le golpeó nuevamente con la fusta.

—Dominic, por favor, quiero irme... —suplicó.

—Sigue mirando, Samara.

Alexis estaba totalmente desvalido, atado al techo con una erección inusual y los ojos tapados. Sus sentidos se agudizaban y cada vez que su Ama se movía él buscaba como loco su perfume. Varios golpes extremos le dejaron agotado y su cabeza se cayó hacia delante. Samara sintió excitación pero a la vez una inmensa compasión por él. Entonces Romina se colocó delante de él, algo ladeada hacia ellos y se desprendió de su pequeño camisón. Su hermosura y su esplendor llenaron la habitación, un culo

perfecto relucía sobre la cama de pie frente a ellos y sus enormes pechos amenazaban al muchacho que no se daba cuenta de lo que tenía delante. Le cogió la cabeza con delicadeza y se la llevó a su sexo, cuando Alexis chocó con él sacó la lengua como un rayo pero Romina lo apartó rápidamente.

—Tranquilo, niño... Despacio... Nadie te va a comer tu premio...

Lentamente comenzó a lamer aquellos labios brillantes y jugosos que se hinchaban a su paso. Era tan erótico ver aquello que Samara sintió sus fluidos emerger de repente. ¡Horror! Estaba sentada sobre su camisón y posiblemente si en ese momento se incorporaba Dominic vería lo inevitable sin embargo la escena la embriagaba, el joven Alexis lamía delicadamente el sexo de Romina y ella agarrada al techo se contoneaba como una serpiente lasciva.

—Nena... —sintió los labios de Dominic en la oreja—. Inclínate hacia delante.

—Dominic...

—Obedece —repitió.

Mientras los jadeos de Romina la perforaban los tímpanos hizo lo que Dominic la pidió y sintió su mano pasar por su sexo. Le sintió reír levemente pero no le dijo nada. La colocó en la misma posición y la dejó seguir observando la escena.

—Ya hablaremos de esto —le dijo—. Ahora relájate y disfruta.

Era increíble, Romina se apartó del muchacho y le quitó la venda de los ojos. Tenía las nalgas enrojecidas por los golpes pero apenas se percató de ello al ver a su Señora totalmente desnuda de pie frente a él.

—Dime —le dijo— y sé obsceno, no uses tus lindas palabras ahora. ¿Qué deseas ahora mismo?

El muchacho dudo unos segundos.

—Follarla... Señora...

—¿Te lo mereces? —le preguntó.

—Eso solo lo puede decir usted, Señora...

—¿Te gusta, Samara?

Miró hacia ella y luego a Dominic. Bajó la cabeza y farfulló algo.

—¡Contesta! —un fustazo le golpeó la nalga derecha.

—Sí, Señora... es muy linda...

—¿Y él? ¿Si te dejara con él y te entregara para que hiciera contigo lo

que quisiera? Incluso follarte.

Esa frase enervó a Dominic que se removió en el asiento incómodo.

—Señora... —imploró.

—¡Contesta! —otro golpe le balanceó hacia delante—. ¿Lo harías?

—Si usted me lo ordenara... —bajó la cabeza—. Sí.

Romina se giró hacia Samara y la sonrió con orgullo.

—¿Ves damita? —dijo—. ¿De lo que es capaz mi preciosa joya con tal de complacerme?

Le soltó las cuerdas que lo mantenían preso y el muchacho cayó hacia delante agotado por los golpes. Dominic la cogió por el brazo y la llevó a la puerta. Romina acariciaba a Alexis y le metía en la cama a su lado.

—Esto ya no es necesario —musitó dándole un suave empujón para que saliera.

* * *

Aquella noche ni siquiera la tocó. Samara no tenía claro si era por el hecho de atormentar su excitación o por que esperaría sutilmente a castigarla cuando menos lo esperara. Por la mañana se levantó muy temprano pero Dominic se había ido mucho antes al pueblo con Luis y Carlo. Cuando vio a Alexis desayunando en el porche no dudó en acompañarlo y así poder seguir charlando con él. El chico la llenaba de curiosidad, estaba radiante vestido con un pantalón vaquero algo ajado y una camiseta blanca que marcaba su fino pecho sutilmente. Sus tirabuzones revoloteaban bajo la brisa matutina y estaba medio amodorrado por los rayos de sol con los ojos ligeramente cerrados y las piernas subidas en la mesa mientras sujetaba una taza de café. Al oírlo tras de sí, pegó un brinco y bajó las piernas de tal forma que a punto estuvo de caerse de la silla y derramar la taza por él.

—¡Me has asustado! —dijo recobrando la compostura.

—¿Creíste que era Romina? —se sentó frente a él. Su piel parecía desprender una luz dorada bajo el sol.

—O cualquiera de los Señores de la casa —se rió dulcemente y bebió de su taza—. Madrugas mucho, linda.

—¿Y tu Señora? —preguntó.

—Bajo los brazos de Morfeo —la guiñó un ojo y bebió.

—Eres muy poético, ¿no?

—Estudie Historia del Arte, perdimos la elegancia de las palabras con los tiempos modernos —soltó una risa falsa y la miró fijamente—. Linda...

Samara empezó a sentirse algo incomoda con sus insinuaciones. No porque la molestaran, más bien porque no entendía su bipolaridad o al menos no entendía la facilidad que tenía en cambiar de actitud.

—Sigo sin entenderte, Alexis —musitó—. No te da vergüenza lo que hace contigo... Ayer...

—Ayer disfrutaste —la interrumpió—. Soy muy observador, pude ver tu camisón mojado bajo tus nalgas al levantarte, esas telas de raso es lo que tienen.

Emergió el calor en Samara. En un día y poco, era la cuarta o quinta vez que sentía tanta vergüenza. ¿Así que era capaz de observar todo incluso azotado y atado?

—¿Es cierto que serías capaz de entregarte hasta a un hombre por ella?

—Nunca me ha pasado, gracias a Dios —farfulló—. Pero es cierto, ¿qué más da quien sea? ¿Acaso podemos diferenciar un beso? ¿O una zurra, o una lengua cuando te succiona? Supongo que llegado el momento, por mucho que me humille lo soportaría. De todas formas del modo que perforó con los ojos a mi Señora no creo que tu Señor le dé por esos menesteres.

Se rió al escuchar aquel comentario y se inclinó en la silla.

—No, ninguno de esta casa creo que te pueda preocupar... ¿Por qué, Alexis? Dime, más bien hazme entender por qué disfrutas tanto con cada castigo... —casi le imploró una respuesta—. En Quimera los castigos son sólo eso, castigos pero tú... te abandonas...

—Esa es la palabra clave linda. Te diré algo —sopló uno de sus rizos y se inclinó hacia ella apoyando los brazos en la mesa—. El día que tú te abandones totalmente, es decir, que digas, bien, le pertenezco, no puedo hacer nada mi voluntad es plenamente de él y yo debo agradecerle y complacerle, no te importará el tiempo que pase sin pasar su mano por tu cabeza, es más, desearás que haga todo lo que deseé contigo y ¿Sabes por qué? Porque de esa forma, te recompensará. Necesitaras tanto ese gesto de

ternura o ese calor, que suplicas que te use a su antojo por el mero hecho de complacerle y que te de un premio por ello —estiró su espalda y le cogió la mano.

—Él no quiere eso de mí.

—¿Estás segura? —dijo riendo.

Samara quedó desconcertada. Sí, Dominic le había obligado tiempo atrás a tantas cosas... ¿Por qué ahora, esperaba tan pausadamente a que ella decidiera dar un paso más allá? Le había dicho muchas veces que era ella la que tenía que dar ciertas cosas ¿Acaso no era soportar los castigos o sus ordenes? ¿Acaso era quizá parecerse a Alexis? El coche de Dominic entró en los límites de la finca y fue subiendo lentamente el camino de acceso dejando un polvorín tras de sí.

—Linda... —le dijo—. Espero que tu Señor me permita probarte antes de irme.

Carlo subía por el pequeño caminito de losetas hacia ellos y Alexis apartó las manos de ella con rapidez.

—Peter Pan y Campanilla —dijo sentándose con ellos.

Alexis se levantó de su silla y bajó la cabeza ante él.

—Ya que estas tan afable, ve a la cocina y tráeme uno de esos zumos tropicales que hay en la nevera —le ordenó.

Alexis asintió con la cabeza y pasó por detrás de él. Antes de entrar en la casa la lanzó un beso sonriente y desapareció tras la puerta corredera del porche.

Dominic y Luis no tardaron en romper el silencio que invadió a Carlo y Samara. Cuando Dominic se sentó en la silla de mimbre ella saltó a su regazo como una niña pequeña y se aferró a su cuello. Era afortunada, él era mucho más amable y cariñoso que la perversa Romina con Alexis. Él le demostraba su amor y jamás le había obligado a comportarse de aquel modo tan humillante aunque si era cierto que si era lo que esperaba de ella alguna vez, había tenido una paciencia infinita.

—¿Tiene mimos? —dijo Carlo—. Cuchi, cuchi, cuchi.

—Tiene pánico más bien —musitó Dominic.

—¡Ah, la sibilina Romina! —masculló con ironía—. Sus juegos abren la mente de nuestras taciturnas almas.

—Ahora es cuando coge una guitarra y se viste de trovador —Luis soltó una fuerte risotada y pellizcó la mejilla de Samara.

—Las mujeres como ella usan la mente retorcida para los castigos más rebuscados, nosotros somos más simples... —aferró con fuerza a Samara y se rió.

—¿Las mujeres como ella quieres decir despechadas? —se mofó Carlo.

—Claro, amigo... —levantó la cara de Samara que parecía no respirar contra su pecho—. ¿Y tú? ¿Serías capaz de soportar una vida como Alexis?

—Claro —no sabía ni qué decía.

Dominic soltó una suave risa y la volvió a mecer entre sus brazos.

—No sabe lo que dice... Pero quizá empiecen a valorar lo que tienen viendo lo que les falta a otros.

—Quizá no le falta nada y así es feliz —un hilo de voz salió de su garganta y dejó en silencio a todos.

—Este Alexis... Al final voy a tener que pedírselo prestado a Romina un par de meses.

—Si le vestimos de infante podría llevar las arras en tu boda —Carlo perdió el equilibrio y casi cayó de la silla mientras reía—. Que conste que con esos rizos de Cupido le pega el terciopelo azul y los lazos.

El joven no tardó en regresar con el zumo para Carlo. Al ver a los tres sentados alrededor de la mesa se quedó algo descolocado e inmóvil.

—Vamos, chico, no estás con la arpía de tu Señora, siéntate con nosotros.

Dominic le extendió la mano para que tomara asiento señalando la única silla que aún quedaba vacía.

—Gracias, Señor —dijo.

—Por Dios... No puedo con ello... —Dominic farfulló algo más que nadie escuchó.

Carlo aprovechó que Luis hablaba con el muchacho, se acercó a Dominic y le susurró.

—¿Se puede saber que cojones la hiciste a esa tía para que este tan desequilibrada?

Soltó una risa inmensa y balanceó a Samara en su regazo.

* * *

Ahí estaba nuevamente Romina embutida en un pantalón ajustado de piel, una fina camisa de seda blanca y un corsé. Movía la fusta elegantemente mientras parecía disponerse a montar a caballo en cualquier momento. Alexis al verla no tardó en correr a su lado y entrelazando las manos por delante del estómago bajo la cabeza y esperó. Antes, guiñó un ojo a Samara que entraba taciturna por la puerta con el resto.

—Vuestro precioso y joven Mateo me acompañará con su hermanita al pueblo, vendrá Catinca con nosotros, Roberto y las chicas —miró a Alexis—. Tú quédate aquí, te vendrá bien relajarte un poquito para lo que te espera esta noche.

—El corcel de la varonesa queda en el establo —masculló entre dientes Carlo.

—Más que nada, porque Mateo me ha hablado de una tienda estupenda para comprar mis fetiches.

Alexis no parecía muy contento con quedarse en la finca pero no dijo nada. Tras esto salió meneando la cadera entre un revuelo de mechones caobas y contoneos.

—Ahora es cuando yo pregunto —Carlo observaba al grupo irse—. ¿Qué coño les pasa a Mateo y a Roberto con esta mujer?

4. Teje que te teje la tela de araña

Vuelvo a repetirte una vez más, que nada es lo que parece.

* * *

—Ven, ahora que estás solo quiero explicarte algo importante sobre tu condición —Dominic dio una palmada en el hombro al joven Alexis y este le acompañó al exterior.

—No pretendo hacer nada contra mi Señora —dijo Alexis algo irascible.

Salieron al porche apartados de todos y se quedó frente a él. Dominic mantenía las manos en los bolsillos y la abertura de su camisa dejaba al aire la inmensidad de su pecho y el color canela de su piel.

—Disfrutas la esclavitud, ¿no es así? —preguntó.

—Sí.

—Si mañana una mujer diez veces más terrorífica que Romina te alargara la mano y te dijera que la siguieras. ¿Te quedarías con ella? ¿O correrías a por nuevas experiencias aún más intensas?

No lo pensó ni un momento.

—Correría detrás de todo lo que mejore mis ansias de conocer lo que me gusta. Sea quien sea —puso una mueca irónica y sonrió—. ¿Acaso tienes alguien así? —dijo con sarcasmo.

—No, en absoluto. Solo pregunto para saber que mueve tu corazón. Si la empatía por ella o tu necesidad de más. ¿Porque quieres más, no?

Le invitó a pasear por el jardín y hasta bien entrada la tarde no regresó

con el muchacho.

Romina palmoteaba sentada en el sofá mientras la preciosa Sara lanzaba al aire sendos golpes con la fusta.

—Ese brillo en tus ojos damita, predicen una futura domina... ¡Bravo!

—¡Arrodíllate ante mí! —gritó con el ceño fruncido y el pecho hinchado.

La imagen de Sara provocó la risa de Luis, que se tomaba todo aquello como algo tan inocente y liviano que incluso disfrutaba de la imagen de la joven con aire de pichón que apenas sabía controlar sus pasos.

—¡Tú! —Sara se giró con humor y apuntó directamente a la nariz de Carlo—. ¡A mis pies!

Mateo le dirigió una mirada de paciencia y Carlo levantó la ceja y resopló.

—Para qué coño voy a ir a Disney Land si ya tenemos a Peter Pan y Campanilla, la madrastra de Blanca Nieves desequilibrada y a ricitos de oro...

—Relájate un poco Carlo —le dijo Luis—. Tómalo con humor.

* * *

Dominic permanecía en la terraza abstraído en sus propios pensamientos cuando Samara salió. Apenas había hablado con él y todavía temía el castigo que posiblemente la haría pagar aquella misma noche, las sienes le latían a medida que se aproximaba la cena, quizá después querrían bajar al sótano, Romina le provocaría, pactaría algo con él o quien sabe, igual tan sólo la cediera a esa hermosa y a la vez horrible mujer. Pensó que era estúpida, en el fondo no le había hecho nada más que existir. El resto de la tarde había estado eufórica atormentando delicadamente a Alexis, por el mero hecho de que Sara la viera o provocar la incomodidad del resto de los hombres y eso no la gustaba pero aún así Dominic se mantenía al margen, casi como si no le importara su forma irónica de provocarlo, algo que le extrañó y a la vez la sorprendió.

—No deberías estar nerviosa, princesa —musitó.

La sentó en su regazo y pasó la mano por debajo de su falda, tiró de su

ropa interior y la arrancó con destreza una vez más.

—Y volvemos siempre a lo mismo —dijo casi cantando—. No te quiero con esto cuando estés a mi lado...

—Ayer te mentí y quería disculparme, sé que no tiene remedio pero admito que me daba vergüenza decirte la verdad.

Tenía la mirada perdida y un gesto quizá de agotamiento. Era extraño, no podía descifrar aquella mirada que se perdía más allá de la finca o de los árboles del bosque.

—No importa...

—No sé qué estás pensando para mí pero te suplico que...

—Samara —una vez más la interrumpió pero su tono era suave y meditativo—. Te diré una cosa, que no sirva de precedente, no me gusta calmar el temor que puedas sentir al fallarme —hizo una pausa y continuó— pero esta vez haré una excepción.

El miedo se apoderó de ella por momentos. Dominic parecía ido, casi extasiado. Pasó los dedos por su sexo y acarició suavemente su clítoris.

—No voy a cederte a Romina.

Sintió que desfallecía cuando escuchó aquellas palabras. Intentó besarlo locamente pero Dominic la paró con delicadeza.

—Existe un error en un dominante sea hombre o mujer que es habitual en la gran mayoría. Incluso en los que pueden parecerte terroríficos, crueles y sin un atisbo de sentimiento o moralidad hacía lo que tienen. ¿Sabes cuál es?

Meneó la cabeza enérgicamente.

—Que no conocen a sus sumisos. Incluso, muchos de los que ves ahí dentro, no conocen a sus mujeres. ¿Acaso piensas que Carlo conoce a la perfección a Meredit? No... Él ha tenido suerte, la muchacha es lo que ves, pero no ocurre así en la mayoría de ellos —suspiró—. No necesitas años, ni una vida entera para conocer la persona que de un modo u otro te ha entregado todo... Simplemente preguntarle que quiere o que espera de ti. Pero existe un egocentrismo entre nosotros que nos impide hacer esas preguntas.

Se rió y la apoyó la cabeza en su pecho con ternura.

—Imagínate por un momento a un hombre con todo el poder que puedas imaginar ante la imagen afligida de una chica que espera de rodillas una

orden preguntarla: ¿qué esperas de mí? ¿Qué quieres? Ilógico, ¿verdad? Pues debería ser así.

—¿Pero por qué? —preguntó—. Te dirá que la sometas, incluso es obvio lo que desea. ¿No?

—No, preciosa. Estas muy equivocada. ¿Por qué una sumisa ansiosa de complacer y obedecer se vuelve un día rebelde y provoca a su Señor? Quizá quiere más, quizá disfruta cuando la rabia y la ira caen sobre ella con toda la fuerza. ¿Acaso sabes si tu hembra no falla adrede? Esos ataques de pánico que ves en alguna cuando las piden ciertas cosas y se niegan o son lentas ¿No podrían ser fingidos por el mero hecho de fallar y ser tormentosamente castigadas? Te sorprenderías cariño mío...

Antón aviso por la ventana que todo el mundo subiría a prepararse para la cena y que en una hora deberían estar listos. Dominic le sonrió levemente y volvió a apretar a Samara contra él.

—Te cuento todo esto por que llevas todo el fin de semana intentando entender a Alexis, incluso la casi perfección de Romina y sus jueguitos ridículos.

—Me sorprende tu calma ante todas sus extravagancias y como enreda al resto con tanta facilidad.

Soltó una risa suave y sus ojos brillaron bajo los pequeños focos encastrados del porche.

—A Romina ya la conozco. Ella absorbió todo el rencor y el odio y lo usa frente a sus chicos. Pero repito que no se ha parado frente a lo que tiene delante, no lo conoce. Sabe que disfruta con sus castigos, sus ordenes, el muchacho se desvive por complacerla pero hay un pequeño problema, y a eso me he dedicado este fin de semana, a encontrarlo. He analizado al chico desde que entró por la puerta hasta hace tan sólo dos horas en el jardín paseando a su lado —embozó una risa casi enfermiza— mientras Mateo entretenía a Romina por el pueblo, o mientras Roberto adoraba sus hermosas formas y elegantes maneras...

Samara abrió los ojos como platos y se quedó desconcertada.

—¿Estaban fingiendo? —dijo—. Pero Carlo...

—Carlo es como una rana habladora no mide la información, cuanto más ofuscado estuviera más cómoda estaría la reina del ajedrez.

No salía de su asombro, no podía entender toda la información que la estaba llegando en aquel momento. Dominic se acercó a su oreja y la besó suavemente el lóbulo. Era emocionante por primera vez escuchar cómo pensaba, como analizaba lo que ocurría a su alrededor, casi de la misma forma que quizá hizo con ella cuando todo empezó, susurrándole suavemente las partes más increíbles que nadie veía, que solo su mente podía absorber con aquella sutileza tan devastadora. Los detalles imperceptibles, las debilidades más ocultas que parecían tener.

—Romina es vengativa... es irreverente y fuerte —le susurró—. Romina tiene un carácter destructivo y cuando es dañada, cuando es humillada, devora como una bestia todo lo que pasa por delante de ella... Porque su odio, su fracaso como sumisa y su dolor la hizo ser así pero Alexis... —susurró— adora el límite, el dolor, el sometimiento no fingido, admira a una mujer a la que tenga miedo, la que no ceda, que sus ojos transmitan ira y falta de compasión. Es un esclavo a la más pura usanza. Haría todo lo posible por tener eso...

—Pero Romina es así...

—No, mi amor, Romina es una hermosa domina de manual. Sí, tiene su carácter, pero como nadie le lleva la contraria cae en la monotonía y ahora tú me preguntarás. ¿Y cómo consigue Alexis enfurecer, sacar el odio que lleva dentro, la rabia y esa fuerza destructiva?

—No puede ser...

Acercó la boca a su oreja deliciosamente y la susurró.

—Sometiéndola, humillándola, reventándola, atormentándola y luego... si eres esclavo, cae de rodillas ante ella y que se abra el mismo infierno y te devore por qué ahora la dirás. «He fallado y aquí estoy para que descargues toda tu rabia en mí».

5. Que se abran pues...

Con esto aprenderás que no hay nada a mi alrededor que no pueda controlar.

* * *

—Tengo que probarlo... —musitó Alexis suavemente.

Romina se giró en el tocador. Estaba de rodillas a los pies de la cama y miraba al joven con curiosidad.

—Te he dicho mil veces que no hables a menos que yo te lo ordene. Eres un esclavo desobediente y contestón.

—Y me encanta... Señora... —susurró de nuevo.

Se levantó con brusquedad y le abofeteó la cara varias veces.

—¡No te permito que me desobedezcas!

Alexis se inclinó hacia delante. Las fuertes bofetadas le provocaron un ardor exquisito. Su miembro se irguió casi al mismo tiempo que su rubor. Romina volvió al tocador y siguió azuzando su melena mientras se maquillaba y arreglaba para la última cena en Quimera.

—Esta noche querido esclavo quizá tengas suerte y pruebes de la bella Samara —musitó—. Me apetece horrores jugar con ella. Quiero ver de qué pasta está hecha.

—La ama demasiado para usarla de moneda de cambio en sus juegos, Señora.

Se giró enfurecida y le dirigió una mirada de desprecio.

—¿Cómo te atreves?

Otra vez se levantó y le abofeteó con tal fuerza que el muchacho cayó hacia un lado.

—¡No te he preguntado! —le cogió por el pelo y Alexis la sonrió.

Su rostro se enrojeció de la ira y volvió a abofetearlo. Cuanto más le zurraba más brillaban sus ojos.

—¡Levántate! —ordenó—. Dado que la libertad que has tenido en esta casa ha hecho que te vuelvas más irreverente te enseñaré a no faltarme al respeto.

—Si quiere voy por la fusta y se la doy —dijo entonces—. Es más, con todos mis respetos, Señora, si quiere le enseño cómo hacerlo.

Romina abrió los ojos como platos, la cara la ardía y el corazón la palpitaba con fuerza. Alexis se levantó y la cogió por la mano justo cuando iba a propinarle otra cachetada por insolente. La giró de un golpe y la empujó contra la cama, esta vez fue él, el que trepó de un salto arrastrándola por el pelo hasta el centro del colchón. Romina no dejaba de patear y maldecir mientras le ataba las muñecas a la espalda y la tiraba boca abajo sobre las suaves colchas de algodón.

—¡Te arrepentirás de lo que estás haciendo! ¡Tienes un contrato firmado conmigo y aún te quedan dos años para...!

No la dejó terminar. La metió en la boca un pañuelo y la enceló con fuerza la cara para que no lo escupiera. Podía ver la ira en sus ojos, la rabia y la desesperación por lo que estaba pasando. ¡Qué delicioso ver sus ojos centelleando bajo la apretada y repentina mordaza! ¡Si al menos él hubiera sufrido un poco ese tormento alguna vez a su lado!

—Mi Señora, la amo con toda mi alma, pero amo más aún lo que lleva dentro. Ahora seré yo quien le enseñe un par de lecciones —la susurró.

Cogió la fusta con la mano y tras arrancarla el vestido que llevaba la azotó una vez tras otra hasta que sus nalgas quedaron al rojo vivo. Ella no dejaba de gimotear bajo la mordaza, de patear histérica, humillada por lo que la estaba haciendo. Su esclavo, su precioso y obediente Alexis, había perdido el juicio y ahora se vengaba de ella cruelmente. Tiró de su inmensa melena y arqueó su espalda, sintió la presión de su miembro entre sus piernas, en la entrada de su ano, apunto de clavarse en ella sin compasión.

Sollozó como pudo, Alexis tenía la sensación de que clamaba piedad pero estaba demasiado acelerado como para si quiera fijarse en sus ruegos ahogados y sus ojos vidriosos y llenos de lágrimas. La penetró sin compasión mientras la hundía la cara en la colcha y la embestía una y otra vez. Su miembro rabioso chocaba con el estrecho conducto de la mujer y se hacía paso a través de sus paredes en un delirio de movimientos. Sintió un orgasmo brutal y vació su despecho dentro de ella para luego saltar de la cama y arrastrarla al suelo donde cayó de rodillas frente a él.

—Ahora viene la parte en la cual la enseño la sensación tan exquisita y dolorosa de sentir las nalgas al rojo y que pasen los dedos por ellas. Es decir, adoro esa parte. Debería hacerlo más a menudo, ahí va flojita mi Señora.

Pellizcó primero la derecha haciéndola brincar y luego pasó los dedos por la izquierda y apretó la carne con rudeza. Romina pareció proferir un gruñido de dolor. La arrastró por la habitación hacía la puerta.

—Mi Señora, si vuelve a lloriquear de esa manera —dijo— la bajaré como está al piso de abajo para que todos la vean.

Eso la hizo abrir los ojos exageradamente y meneó la cabeza negativamente una y otra vez.

—Entiendo que no lo desea...

Volvió a menear la cabeza suplicante, Alexis tiró de su pelo y la volvió a tumbar en la cama boca arriba. Deslizó los dedos hacia sus pezones y los pellizco bruscamente retorciéndolos paulatinamente, primero uno y luego el otro. Bajó la mano delicadamente por su sexo y lamió la entrada de él con lentitud, ella profirió un gemido de placer, quizá más humillante que el castigo que la estaba imponiendo su propio esclavo. Aquel demonio de rizos sabía perfectamente lo que hacía. Intentó moverse, apartarse de él pero la lengua se movía cada vez más rápido sobre su clítoris y al instante uno de sus dedos entraba ansioso dentro de ella. Jadeó suavemente y se retorció, si Alexis no cesaba de lamerla explotaría como loca al instante. Las muñecas se clavaban por el peso de su espalda pero su sexo cada vez estaba más hinchado y más mojado. Succionaba y chupaba, de vez en cuando metía la mano bajo sus nalgas y un suave pellizco controlaba el impulso y su orgasmo.

Estaba a punto de correrse, sus fluidos empapaban la mano de Alexis y su

lengua relamía cada centímetro de su cavidad, mientras contraía su pelvis intentando no sucumbir a su propio placer. Sin embargo se apartó de ella y la golpeó varias veces el sexo con la fusta. Romina estaba desfallecida, su cara era una mezcla de celo transparente, maquillaje y rabia.

—Sé que me odia. Tan sólo durará unos momento más... —la besó la mejilla y tan siquiera se movió— mi dulce Señora...

La penetró lentamente mientras la besaba la propia mordaza y lamía sus labios abiertos y apretados contra ella. Su miembro otra vez increíblemente duro se movía loco dentro de ella, galopaba ido chocando brutalmente con su pelvis y sus pechos vibraban al compás de sus embestidas. ¡Era tan frágil! Y así la sentía, notaba como el placer emergía una vez más entre sus piernas y como sus caderas acompañaban sus empaladas hasta llegar a un clímax que volvió a hacerla jadear ahogadamente bajo la mordaza. Se apartó de golpe de ella. Se quedó de rodillas sobre la colcha mientras Romina respiraba con fuerza, su pecho subía y bajaba y sus ojos seguían siendo la misma expresión del horror y la angustia. Se inclinó y la arrancó el celo y con él la mordaza salió de la boca. No dijo una sola palabra, se quedó observando el techo durante mucho tiempo. Soltó las muñecas y terminó de liberar su cuerpo de las ataduras. Alexis bajó entonces de la cama y se dejó caer en el suelo de rodillas. Ella se incorporó y quedó sentada con los ojos desenfocados y la boca medio abierta, el pelo revuelto formaba una algarabía y se enrollaba en sus hombros y sus pechos firmes. Ni siquiera la miró a los ojos, permaneció inmóvil mirando los detalles circulares de la alfombra y los sutiles colores dorados y rojos. Durante unos segundos levantó la vista hacia ella, lo miraba fijamente con las mandíbulas tensas y una expresión de odio casi palpable.

—Pagaras por lo que has hecho... —susurró con un hilo de voz lleno de odio.

Se incorporó torpemente como si balanceará una borrachera de la noche anterior. Se vistió nuevamente y arregló el desaguizado, Alexis incluso llegó a pensar, mientras la observaba por el rabillo del ojo, que ni siquiera se miraba en el espejo mientras se peinaba, tenía la vista perdida hasta tuvo la sensación de que las sienas la palpitaban desquiciadas mientras terminaba de perfilar sus ojos. Se abalanzó repentinamente a sus pies y los besó delicadamente, quedó inclinado hacia delante con la posibilidad de que ella le

diera un puntapié terrible si así lo hubiera querido pero apenas se movió. Levantó disimuladamente la cabeza y la vio horriblemente perversa, las fosas nasales se hinchaban y deshinchaban mientras su pecho acompañaba su delirio. ¡Qué hermosa estaba así! ¡Contenida, desencajada por la rabia! Deseaba meterse entre los pliegues de su vestido y dormir horas entre sus piernas. Repentinamente Romina levantó la pierna y le empujó con el pie para apartarlo.

—Sígueme —musitó—. Ya es la hora, no debemos retrasarnos.

* * *

Bajó seguida del muchacho totalmente abstraída en sus pensamientos. Durante la cena lo mantuvo a su derecha, de rodillas, en el suelo sin decir una sola palabra. Sara de vez en cuando tocaba los rizos del muchacho y jugueteaba inocente con su cabello, de vez en cuando la sonreía, lo justo para que su Señora no se percatara de su euforia. Carlo miraba a derecha e izquierda, tenía la extraña sensación de que una risas casi imperceptibles se dibujaban en las caras de Roberto y Mateo, eso, o se estaba volviendo loco. Para sorpresa de casi todos, aquella noche no paso nada. Romina y Alexis debían madrugar para tomar el primer vuelo, hacer escala en la capital y volver a coger otro de vuelta a casa. Dominic no se pronuncio ni siquiera aquella noche, cuando la imagen penduleante de Romina había descendido las escaleras casi con la sensación de que un camión cisterna hubiera pasado por encima de ella. Samara sabía que podría haber descubierto la razón por la cual aquella mujer había perdido la hiperactividad repentinamente pero no lo hizo. Quizá Romina ya lo sabía, o posiblemente estaba tan encolerizada que intentar siquiera averiguarlo descubriría lo que había pasado en su habitación. Siguió así, en un segundo plano, observando entre bambalinas a todos y cada uno de los que estaban en el salón. La duda rabiosa en el rostro de Carlo, las sonrisas y miradas pícaras de Roberto y Mateo, una Sara triste por la falta de espectáculo, la tranquilidad inconsciente del resto. Dominic había guiñado un ojo a Samara mientras bebía una copa de vino y esta observaba disimuladamente el rostro lánguido y blanquecino de Romina. Por un

momento incluso pudo ver el brillo inusual y exquisito de los ojos de Alexis aún agazapado en su rincón.

A la mañana siguiente no eran ni las diez de la mañana y Romina tenía las maletas preparadas en la entrada.

—Recuerda lo que te dije en el jardín mi lady —susurró Alexis sujetando con fuerza la mano de Samara.

Todos despedían a la pareja antes de coger el coche que les llevaría al aeropuerto. Romina le había besado la mejilla con frialdad y luego se despidió del resto.

—Te agradezco muchísimo todo lo que me has dicho. Alexis, por favor, escíbeme. ¿Estarás bien?

—Claro, linda... —decía la verdad—. Me muero de ganas de saber qué me espera cuando llegue a casa —la besó en los labios dulcemente—. Te escribiré y espero que algún día volvamos a vernos.

—¡Oh, ojalá! —musitó con tristeza—. No sabes lo mucho que he aprendido con tus conversaciones.

El muchacho miró a Dominic.

—Ha sido un placer conocerle, Señor, gracias por todo.

—Si algún día vuelves por la ciudad... ya sabes dónde encontrarnos.

El muchacho cogió las maletas, sus rizos chocaban en su frente con el mismo aire golfo de siempre. Sonrió a Samara y volvió a mirar a Dominic. Romina pasó como un huracán por delante y abrió la puerta del coche metiéndose dentro y cerrando de un portazo.

—Tengo la sensación, de que volveremos a vernos —musitó sonriente.

Tras decir aquello subió al coche y este se alejó. Una nube de polvo se extendió alrededor del vehículo y fue difuminándose mientras este desaparecía tras los árboles.

Samara entró en casa la primera se acercó al enorme aparato de música y pulso el botón del «play».

«El tango de Roxenne», lo había escuchado desde que era niña, recordó la forma de bailar casi sexual de Carlo y Catinca. Lo encontró entre los antiguos discos de vinilo de Antón. Se atrevió a ponerlo con la intención de escucharlo aunque fuera una vez más. En el tango la mujer se entrega, quizá por eso siempre se esmeró por aprenderlo, quién sabe...

No pudo remediar contonearse bajo la deliciosa melodía, necesitaba relajarse de aquel fin de semana tan intenso. Sonrió levantando los brazos y dio un giro sobre si misma chocando de bruces con Dominic.

—Si vas a bailar un tango, hazlo bien —le dijo cogiendo su mano.

Rodeó su cintura con el brazo y la aferró con fuerza la otra mano. La inclinó de golpe hacia atrás hasta que su melena rozó el suelo, la devolvió a su posición y la besó.

—Recta —musitó—. Nunca pierdas el contacto, ni un segundo.

Se movió muy despacio, su mano se deslizó por su muslo y levantando suavemente su falda, la aferró con fuerza y la apretó contra sí.

—El tango es un sentimiento que se baila —besó su mejilla y la balanceó.

—Me cuesta...

—Abandónate —la susurró volviendo a llevarle hacía sí.

—Y que se abran los infiernos, ¿no?

6. Alexander

Nuestras raíces nos persiguen y nunca se alejan demasiado de nosotros.

* * *

Durante la sobremesa todo pasó con total tranquilidad. En unas horas deberían partir. Nadie escuchó el golpeteo insistente en la puerta a excepción de Catinca que volvía de la cocina con una enorme copa de helado en las manos. Ni siquiera entendió o pudo reaccionar cuando lo vio. Pasó a su lado como una exhalación y se quedó con la misma expresión de asombro que cuando abrió la puerta. Cuando se quiso dar cuenta de lo que pasaba el hombre ya estaba en mitad del salón, justo en frente de la inmensa mesa de madera que tantas horas de charlas les había regalado.

El silencio se apoderó de todos los que allí estaban. Samara no entendía que sucedía. Lo contempló de pie, en mitad de la estancia. El extraño tenía una tupida melena de color marfil hasta los hombros, el rostro muy moreno y aunque era un hombre mayor, su rostro era jovial. Abrió los ojos y fijó la mirada hacia un punto de la mesa. Samara no entendía nada. ¿Quién era aquel hombre? Era como uno de esos reyes sin armadura que salían en las películas antiguas, tenía una constitución fuerte pero estaba claro que tenía más años de los que realmente aparentaba, incluso su pelo que se balanceó al entrar con maestría parecía sacado de un cuento. Miró a su alrededor, nadie dijo nada.

—¿Cómo has podido? —dijo.

La fuerza de sus palabras la provocó una tremenda punzada en el estómago. Algo no iba bien. No cuando Dominic permanecía en silencio y no hacia nada ante aquella presencia que había aparecido rompiendo la calma de Quimera y permanecía digna, ante ellos.

Antón se levantó de su silla y se quedó plantado en la cabecera de la mesa justo en el momento que Mateo intentaba incorporarse y era agarrado por Dominic.

—Alexander... —musitó Antón.

—¿Tan difícil era para ti mantenerte alejado de mis hijos? —dijo con despotismo—. ¿Acaso no eran suficientes ya? ¿Tanta necesidad tenías de vengarte de mí? ¡Mi hija no tiene ni dieciocho años! —golpeó la mesa y esta vibró con ferocidad.

—Yo nunca me he querido vengar de ti, Alexander —dijo con suavidad—. Tus hijos están aquí porque así lo desean.

—Padre —Mateo se incorporó—. Aquí no, por favor.

Le dirigió una mirada desafiante y apretó con fuerza las mandíbulas.

—Tú... —el odio invadió sus palabras—. Debías proteger a tu hermana, debías haberla apartado de todo esto —le apuntaba amenazadoramente con el dedo mientras mantenía el puño sobre la encimera—. ¡Te pedí mil veces que no te acercaras a esta gente!

—Formaste parte de lo que reniegas —dijo Antón—. No entiendo tu odio, no entiendo tu miedo. ¿Acaso fuimos nosotros lo que te hicimos daño? No... Ni siquiera me miras por la calle y he soportado tu arrogancia durante más de treinta años, vienes a mi casa, y me reprochas. ¿El qué? ¿Qué cuide de ellos? ¿Qué me preocupe de tus hijos? ¿De los hijos de tus amigos?

Las sienas de Alexander empezaban a latir.

—Son mis hijos, ¡maldita sea! —gritó.

—¿Tus hijos? —dijo Antón—. ¡Mira al resto Alexander! ¿Acaso no te suenan sus ojos? ¿Acaso no ves en ellos lo que fueron tu familia hace tanto tiempo?

—No tengo por qué escuchar todo esto...

—¡Oh, claro que sí! —Antón pareció encolerizarse—. Mira a Romano, el hijo de tu amigo. Mira aquel muchacho del fondo, Carlo ¿Acaso no te suena su cara? ¿O quizá no ves a Roberto? Que casualmente se llama como su

padre ¡Tu amigo! Tiene los ojos de su madre Eleonor, si... La misma que te curaba las heridas por las continuas palizas. ¡Ella! ¿Acaso no la recuerdas? ¿Acaso no recuerdas las horas que paso a tu lado cuando llorabas desconsoladamente? —apoyó las manos en la mesa y bajo la cabeza—. Todavía no sé qué te hicimos... No sé qué te hice... Maldita sea.

* * *

Alexander parecía que iba a estallar en cualquier momento. Miró a su hija y luego dirigió una mirada inquisitiva al resto. Nadie abrió la boca. Ambos hombre permanecían en sendos cabeceros, uno en frente del otro.

—Aquí sufrimos por nuestras necesidades...

—No sigas —musitó.

—¿Qué no siga? —Antón señaló a Mateo—. Tu hijo conoce tu pasado mejor que tú. ¿Te ha juzgado? ¡No!

Le dirigió una mirada casi de estupor, Sara estaba aterrada, temblaba como una hoja y se aferraba con fuerza a Meredith.

—¡Cállate! —le gritó—. ¡No te permito que les hables a mis hijos...!

—¿De qué? —volvió el tono agotado y triste en sus palabras—. ¿De tu vida...? Casualmente en la misma que la mía, la de sus padres, la de sus madres. ¿Quién eres tú para impedir que sepan sus raíces? ¿Quién, Alexander?

—Enterré mi vida el día que salí de aquí —le señaló—. Y tú me lo recuerdas cada vez que bajas al pueblo y paseas a tus chicos provocando a la gente que te cruzas.

—No puedes cambiar tu pasado.

Alexander avanzó con pasos firmes hacia Antón. Dominic hizo un amago con la intención de levantarse pero este le hizo un gesto para que permaneciera quieto. Llegó hasta él y se quedó inmóvil.

—Mi pasado solo me hizo sufrir.

—¿Dónde quedó lo que fuiste una vez? ¿Dónde quedó tu humanidad?

—Enterrado bajo este mismo suelo.

Se giró y avanzó de nuevo hacia la puerta, se quedó de espaldas unos

momentos y se alejó por el pasillo hacia la puerta.

7. Empieza el juego

Dudaba de la posibilidad... pero sí, al final, te pudo la curiosidad.

* * *

Dominic había hablado con Catinca. Antón se había acostado un rato muy afectado por aquel enfrentamiento. Estaba triste, era una de las pocas cosas en las cuales él no podía hacer nada. Consolarle hubiera sido ridículo, nadie había dicho una sola palabra el resto de la sobremesa, cada uno se retiró a preparar sus cosas o acostarse un rato antes de partir. La pequeña Sara se había ido llorando con su hermano el cual trataba de consolarla sin ningún resultado. Sentado en la butaca de la habitación permanecía en silencio mientras Samara preparaba las cosas para regresar. La imagen de Alexander lleno de ira frente a su mesa, aquel hombre tan imponente y pragmático. Ni siquiera Carlo había abierto la boca aquella tarde. El respeto que profesaban por Antón había hecho mella en todos. ¿Qué podía hacer? Nada...

Terminó de preparar su bolsa. Dominic era un hombre tan ordenado y pulcro que ya tenía todas sus pertenencias listas para irse, en cambio ella solía dejarlo para última hora. Lo miró y se acercó colocándose entre sus piernas de rodillas, pasó las manos por sus muslos y le sonrió. Acarició su cabello y jugó con sus rizos. Estaba pensativo, pero su rostro no reflejaba tensión alguna, tan solo serenidad.

—Hay algo que no me dices —la susurró—. Y debieras...

Samara frunció el ceño e hizo una mueca de curiosidad.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque te conozco muy bien princesa...

—No creo que sea el momento —contestó ella.

—Siempre es buen momento, cariño mío —pasó el dedo por sus labios y la sonrió con dulzura—. Habla.

—Yo también quiero probarlo —sintió un leve rubor por sus mejillas y bajó la mirada.

—¿El qué?

—Lo que decía Alexis, ese sentimiento de abandono. Desde que hable con él me he dado cuenta que jamás lo he sentido.

—Porque estás a la defensiva frente a ti misma.

—No sé cómo hacerlo, es decir, no sé cómo alguien se abandona, como llega un momento en el que sientes eso...

Tiró de su mano y la sentó en su regazo. La hizo apoyar la cabeza en su hombro y metió la mano por debajo de su falda acariciando su sexo delicadamente. La besó en la frente y se rió.

—No sabes lo que estas pidiendo... Te dije que no necesitaba eso de ti.

—No —musitó—. Quizá no lo sepa pero quiero conocerlo. Probar si soy capaz de pasar por ello.

—Es duro —le dijo—. Muy duro, Samara.

—Necesito vivirlo Dominic. Quiero probar lo que se siente, Alexis era tan apasionado cuando hablaba de ello que no puede ser tan malo... Era intenso, me llenó de curiosidad.

Dominic negó con la cabeza y sonrió.

—Si fracasas quizá sea más doloroso que superarlo... Tu carácter te hará pasar por malos momentos, Samara, debes estar segura de lo que me pides antes de decidir algo.

Notó como sus dedos jugaban con la entrada de su vagina, empezaba a mojarse al contacto con su clítoris y le resultó difícil no moverse.

—Esto... —la susurró— te costaría mucho más de lo que ahora te cuesta —le clavó los dedos— y tu eres caliente y pasional... ¿Comprendes?

La besó y los movió dentro, las yemas de sus dedos chocaron con las paredes de sus entrañas.

—Necesito probarlo... —musitó jadeando—. Es como un reto para mí

ahora. ¿Y si lo consiguiera? —se movió nerviosa—. ¿Si pudiera hacerlo?

Dominic la besó apasionadamente y apretó su clítoris haciéndola gemir de placer.

—Quizá no aguantes ni una semana nena... No cederé a nada y lo sabes. Una semana entera, con sus noches y sus días amor...

—¿Y si la aguanto? —separó las piernas ansiosa.

Dominic la levantó en el aire y la depositó sobre la cama poniéndose sobre ella.

—¿Qué sentirías si lo soportara?

Sintió su miembro, entraba despacio mientras la miraba con gesto de curiosidad.

—Orgullo... Cariño mío. ¿Es suficiente para ti?

La envistió suavemente mientras la presión de su cuerpo la transportaba a otro mundo y la llenaba de deseo. Metió la lengua en su boca y se aferró a su pecho.

—Necesito saber si soy capaz Dominic...

La abrió la camisa y lamió sus pechos, los mordió y subió con la lengua por su cuello.

—Recuerda entonces algo importante... —la susurró pasionalmente al oído—. Pase lo que pase... Recuerda siempre que te amo.

El primer bochorno para Samara fue nada más llegar a casa. Dominic la pidió que se quitara la ropa y se colocara en el centro de la habitación con las manos en la nuca. Quería conocer que sentía Alexis, saber qué sensación producía abandonarse como él lo había descrito y para ello, perdería su condición, sus privilegios y su libertad y conocería lo que era vivir como una esclava. Se sintió extraña frente a Dominic, él estaba de pie frente a ella y la observaba en aquella posición tan incómoda. Estaba segura que él no confiaba en su aguante pero quería demostrarle que podía ser capaz y que aunque lo pasara mal superaría esa semana.

—Samara voy a darte la oportunidad de volver a meditar tu decisión cuando te explique las normas —musitó—. En el momento que aceptes, si así lo haces, no hay marcha atrás. Claro está, a menos que te rindas.

—Podré con ello... —dijo digna.

—No lo tengo claro.

En aquel momento lo único que deseaba era demostrarle que al menos lo intentaría, pensó por un momento superar aquella semana, y sintió una emoción casi fuera de lo normal en ella. Ser mejor que las demás, ser incluso mejor que Romina. Su orgullo, no defraudarle ante aquella situación.

—Está bien —continuó—. Hoy dormirás y descansarás como siempre. Mañana es lunes, avisaré Carlo en tu trabajo que estarás una semana fuera por causas familiares, necesito tenerte aquí las veinticuatro horas. Escucha atentamente las normas, porque si incumples cualquier pequeño detalle serás castigada, también serás castigada si así me apetece, no tiene que haber una causa, simplemente que yo lo decida. Iras siempre desnuda, como cualquier esclava, a menos que te diga lo contrario permanecerás de rodillas siempre, incluso para ir a cualquier parte de la casa, te desplazaras así y cuando tengas que pararte o escuchar, lo harás como estas, con las manos en la nuca y la mirada en el suelo. No permitiré que me mires a menos que yo te diga que lo hagas, no hablaras a menos que yo te digas que lo hagas. No comerás, no te moverás a menos que te lo ordene y no te tocaras ni un centímetro de la piel a menos de que yo lo haga por ti. ¿Me sigues?

—Sí —musitó.

—Si te preguntó algo, asentirás con la cabeza sin mirarme, seré yo el que te indique, si quisiera lo contrario, como debes expresarte, respuestas cortas y concisas: sí Señor, no Señor. Si deseara que te extendieras, también te lo haré saber... No es tan bonito, ¿verdad?

—Podré con ello —repitió.

Dominic sonrió y se frotó los ojos.

—¿Por qué, Samara? No necesitas pasar por esto.

—Lo hiciste con Romina, estoy segura.

—Romina me retó estando en Quimera, se pavoneaba de lo capaz que era de servir a un hombre pidiera lo que pidiera, la dije lo mismo que a ti. No aguantarás una semana —hizo una pausa y sonrió—. Y no lo consiguió. Aguantó tres días.

El corazón le latía a dos mil revoluciones por minuto. Dominic tenía una expresión de ironía y perplejidad. Estaba segura de que pondría todos los medios para que ella no soportara esa semana.

—Te voy a ser muy franco princesa —se acercó a tan sólo unos

centímetros de sus rodillas y se agachó—. Voy a poner todo mi empeño en este juego. Es decir, lo considero un juego, una prueba, yo no quiero una mujer a mi lado que actúe como lo vas a hacer tú ahora, pero sí que es cierto que me llena de curiosidad verte en situaciones límites para ver como reaccionas.

—Te aseguro que lo conseguiré —volvió a repetir con la misma dignidad.

La miró y pudo ver una leve sonrisa de provocación en ella, inclinó la cabeza y sonrió con la misma mueva provocadora.

—Está bien... Será como tú desees.

Aquella misma noche Dominic reunió a todos en su casa. Mateo llegó totalmente derrumbado, al principio había mantenido la entereza frente a su hermana, pero la había dejado en su casa y al llegar se derrumbó.

—No sé cómo solucionar esto Dominic, es bochornoso —se dejó caer en el sofá al lado de Carlo—. Mi hermana está muy afectada, no creo que pueda volver a casa de momento. No, estando mi padre como está.

—Tiene casi la mayoría de edad. Matricúlala en la Universidad aquí —le dijo.

—Eso he pensado pero tengo la cabeza como un bombo. Entiendo también a mi padre, comprendo que tiene todo el derecho a estar así...

Carlo levantó la ceja y lo miró.

—Además —prosiguió—, no sé si el tiempo mejorará lo que ha pasado este fin de semana... No sé, estoy hecho un lío. No sé qué hacer.

—Dejar que pase el tiempo y ver cómo evolucionan las cosas. —Roberto se levantó y paseó por el salón—. Es normal que alguien os haya visto y se lo comentara, ese pueblo no es más que eso, un pueblo.

—Con respecto a Sara creo que devolverla al pueblo no la beneficiará. Matricúlala aquí, ocúpate de ella y mantén cierta distancia con tu familia un tiempo hasta que pase la tensión inicial —Dominic se aproximó a la ventana — el resto no debe preocuparte, aunque por Antón me gustaría que las cosas cambiaran...

—Sara aún no terminó el instituto... Le queda un trimestre y tendrá que volver —se frotó la frente—. Joder...

—No sé qué problema hay, que se quede en Quimera —le sonrió con ironía.

—Que divertidito —Carlo se rascó la cabeza—. Sarita y Natachita con sus mochilitas en la Universidad, la recogen los papás adoptivos a la salida... —soltó una risa pero cesó al ver la cara de Mateo y Dominic de inmediato—. Vale, era para romper el mal rollito que hay, joder.

* * *

Samara estaba medio dormida cuando lo oyó entrar en la habitación. El ruido de la ducha la medio despertó nuevamente y se incorporó. Dominic salió del baño con la toalla en la cintura y una expresión algo apagada, supuso que la conversación con el resto no había sido muy animada. Pensó en Mateo, en su gesto de tristeza cuando su padre discutía acaloradamente con Antón, en Sara y sus ojos empañados en lágrimas. Quizá no tardaría en pasar por algo similar, sus padres apenas le habían vuelto a llamar y eso tan siquiera la preocupaba. Tenía cierto rencor aún por su padre, no podía pensar en el sufrimiento de su hermano y en los años que había pasado solo, privado de todo lo que era una familia y vagando por las calles siendo tan joven. Eso la entristecía, Luis era una persona tan humana que incluso tras aquel sufrimiento había conservado la esencia de una personalidad pura y buena sin embargo, algo le decía que no iba a quedar así.

Dominic se sentó en la cama y se inclinó hacia delante.

—Esto es como un patio de colegio —susurró—. Cuando no pasa algo con uno, pasa algo con otro... Es como tener diez hijos incontrolables y cada día un problema con uno de ellos.

—Os protegéis —le dijo—. Eso es bueno Dominic —se rió por lo bajo le resultaba graciosa la comparación—. Es una época mala, pasará.

—Eso espero —se giró hacia ella y la miró con curiosidad—. ¿Echarás de menos la cama? —la espetó—. Lo digo porque será la última vez que duermas en ella... a menos que seas eficiente y calladita, que lo dudo —hizo una mueca irónica.

—Me provocas... No caeré en tu trampa. Te conozco bien...

Se rió al escucharla y bajó la cabeza, estiró uno de sus brazos y con la mano le hizo un gesto para que se acercara.

—Ven... —dijo sin mirarla.

Samara alargó el brazo y de un tirón la llevó hacia él.

—Te diré una cosa mi amor —la cogió por la cara y la besó, luego aproximó la boca a su oreja y continuó—. Otra cosa que no debes olvidar —susurró—. No tienes ni la menor idea de hasta dónde puedo llegar.

La sonrió con dulzura y la besó en la frente.

—Así que... no lo conviertas en una guerra personal conmigo... hazte a la idea de que quieres experimentar ese abandono del que hablas o competir por ser mejor que Romina, llámalo como quieras... pero no vuelvas a dar por hecho que me conoces bien... o te demostraré... que estás equivocada «mi amor».

8. La iniciación

No te haces una idea de lo mucho que disfrutaré contigo princesa, quizá pague un precio por ello, pero te dije un día que te lo daría todo...

* * *

Sintió como apartaba la sábana de un tirón y la bajaba de la cama. Casi no le dio tiempo a reaccionar, estaba medio dormida y su mano la aferró hasta hacerla caer de rodillas en el suelo. Recordó la conversación del día anterior y colocó las manos en la nuca. Bochornoso, se sentía algo ridícula y desangelada. Él estaba de pie, llevaba un pantalón vaquero y una fina camisa blanca, fue lo único que pudo ver, bajo la mirada al suelo y se mantuvo expectante mientras Dominic permanecía de pie en uno de los extremos de la habitación.

—Sígueme —la ordenó.

No estaba segura de lo que iba a hacer, se quedó totalmente paralizada y pensó en incorporarse pero volvió a darse cuenta de que eso sería un error inmenso y gateó por la alfombra hasta la puerta. Quizá estuviera preciosa, quizá ridícula, el corazón la latía por la vergüenza a gran velocidad y las mejillas empezaron a arder a medida que avanzaba detrás de él por el corredor de la primera planta. Se repetía que era capaz de hacerlo, que podría con aquella prueba que tan horrible se le presentaba ya a primera hora, del primer día. Dominic frenó en seco y abrió la puerta de la habitación de Luis.

—No puede hacerme eso —pensó Samara.

Luis estaba frente al espejo de la pared arreglándose la corbata. Al verla su rostro se tornó crispado.

—¿Qué coño...? —dijo.

—Está convencida de que es capaz de superar la semana que Romina no pasó hace años —oyó decir a Dominic—. ¿Qué te parece?

Luis se agachó hacia su hermana y la levantó la cara con la mano.

—Pero Sam... —se frotó los ojos y volvió a mirarla—. Estás loca...

No le dijo nada, tan sólo le sonrió y le guiñó un ojo. En aquel momento Luis apenas prestaba atención a sus gestos, la miraba totalmente descolocado sin entender por qué hacía todo aquello. Volvió a incorporarse y ambos hombres se quedaron de pie uno frente al otro. Se alejaron lo suficiente para hablar entre ellos sin que ella se diera cuenta de lo que decían. Samara permanecía de rodillas, con la cara roja de la vergüenza y una expresión algo desorientada. Pensó por momentos que si pasaba esa vergüenza con Dominic y su hermano no quería imaginar con el resto, pero esperaba que Dominic no hiciera partícipes a los demás aunque no estaba muy segura de que eso ocurriera. Cuando Dominic regresó, se inclinó hacia ella y la miró.

—Mírame princesa —le dijo.

Levantó la mano como si fuera a chasquear los dedos.

—Atenta —dijo con ironía—. Recuerda este sonido —chasqueó los dedos—. Voy a hacerlo otra vez por si no lo has oído —otra vez chasqueó y la miró—. ¿Oyes ese sonido? Contesta.

—Sí... —susurró.

Le dio una suave bofetada y volvió a coger su mentón.

—Sí Señor... Otra vez.

—Sí Señor.

—Muy bien —inclinó la cabeza a la derecha y su rostro pasó de la alegría a una seriedad casi cortante—. Recuérdalo bien, cuando lo oías te quiero a mi lado siempre. Estés donde estés... ¿Lo has entendido?

—Sí... Señor...

No era la orden, ni siquiera su postura y el hecho de estar desnuda. Era la forma irónica que usaba con ella, eso era algo que la sacaba de quicio y él lo sabía. Se incorporó y avanzó hacia la puerta, la abrió y salió, Samara se

quedó durante unos segundos ofuscada sin saber que hacer hasta que se dio la vuelta y la miró.

—No fijas tus ojos en él —se repetía una y otra vez— es lo que quiere, que le retes y castigarte. No le des ni un motivo, eso le desquiciará.

Se rió para sus adentros y avanzó hacia la puerta mientras su hermano, que seguía sin salir de su asombro, contemplaba la imagen con los ojos a punto de salirse de las orbitas se giró levemente hacia él y sonrió. En ese momento se sintió fuerte, incluso creyó que Dominic no la había visto hasta que al cerrar la puerta de la habitación volvió a inclinarse y la agarró por el pelo.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le dijo—. Habla...

—Me... me despedía de él...

—Conmovedor —musitó—. Te recuerdo que a menos que te permita hacer o decir algo no puedes ni tan siquiera gesticular, así que deja los detalles cariñosos para cuando verdaderamente se te permita tenerlos. ¿Me entiendes?

—Sí Señor —tensó las mandíbulas. Le tiraba del pelo con fuerza.

—Bien, sígueme gatita... Vamos a aprender lo básico...

Avanzó hacia las escaleras y se quedó frente a ella.

—A bajar las escaleras como una buena zorra. A ver qué tal se te da.

—¡Santo cielo! —pensó—. Lo más sencillo que difícil se torna en esta posición.

Avanzó hacia el primer escalón y la entró el pánico. ¿Cómo lo haría? Era horrible, colocó las manos en el primer escalón y avanzó, cuando intentó colocar la rodilla en el mismo sitio ya tenía que bajar la otra mano al siguiente escalón y se veía rodando escaleras abajo. Dominic se había parado en el primer descansillo y se apoyaba en la barandilla de madera con gesto cómico.

—Vamos, nena, no es tan difícil —dijo con sorna.

Samara frunció el ceño y colocó la rodilla en el primer peldaño mientras la mano descendía hacia la siguiente, así una y otra muy despacio fue descendiendo torpemente las escaleras hasta que tropezó y bajó de golpe dos escalones.

—Mal, sube al principio y empieza de nuevo.

Quería matarlo lentamente, subir era más sencillo. Otra vez estaba en la parte superior y empezó a descender haciendo lo mismo. Una mano en el peldaño inferior, sus rodillas se clavaron en el suelo y empezaban a dolerla. Comprobó que era más cómodo colocar las manos en un peldaño dejando otro en medio, entre sus rodillas y las palmas, así que tras descubrir aquel truco bajó más rápidamente hasta rozar las piernas de Dominic. Este descendió el resto de las escaleras y esperó al final mientras ella seguía descendiendo lentamente. Cuando llegó a la planta de abajo se llenó de orgullo. Lo había conseguido. Dominic se inclinó y la cogió por la mejilla.

—Qué lista es mi niña... —parecía como si azuzará a un caniche—. Sígueme —repitió ya con más autoridad.

—Capullo —pensó—, Samara uno, Dominic cero —rió para sus adentros y avanzó tras él emocionada por superar algo tan sencillo como bajar unas escaleras.

Dominic entró en la cocina y la hizo sentarse sobre sus tobillos, sus nalgas se apoyaron en los pies y colocó las manos nuevamente en la nuca.

—Aquí será el único sitio donde podrás incorporarte, siempre y cuando no estemos ninguno de nosotros dentro.

—¿Nosotros? ¿Quiénes? —pensó.

—Ahora te ocuparás tú de preparar desayuno, comida y cena, lo servirás en esa bandeja, volverás a dejarla y cuando tus manos estén libres volverás a tu posición. Desayuno siete de la mañana, comida dos y media, cena diez de la noche, ni un minuto más ni un minuto menos. ¿Ves aquello?

Le señaló dos cuencos de plástico blanco en el suelo, uno tenía agua y el otro estaba vacío. En aquel momento le hirvió la sangre.

—Ahí beberás y comerás.

—No me lo puedo creer —farfulló.

—¿Has dicho algo? —la miró con curiosidad.

Meneó la cabeza negativamente y observó minuciosamente los dos cacharritos. Era humillante, se inclinó un poco con la intención de medir el perímetro, estaba claro que quería que metiera hasta la nariz dentro del cuenco.

—Con la lengua, se femenina... No vayas a abrir la bocona e intentar engullir las cosas que queda poco elegante y sería una torpeza por tu parte.

Estaba disfrutando como un niño aquella situación.

—Poco a poco... Como un gato... Vamos, acércate y bebe, veamos cómo se te da.

Se apoyó en la pared y cruzó los brazos a la espera. Samara que no salía de su asombro y cada vez le resultaba más bochornosa la situación, avanzó un poco más y acercó la cara al cuenco, sacó la lengua y lamió el agua, pensó en que sería más fácil tomar el cuenco con las manos y beberlo cuando no la viera, luego pensó en la posibilidad de ser cazada y se llenó de pánico. Poco a poco fue lamiendo el agua hasta que la mandó parar.

—¿Ves qué fácil?

Se limpió la nariz con la mano y suspiró.

—Vamos Micifú... —dijo con humor—. Sígueme, queda mucho aún por enseñarte.

Samara descubrió algo revelador el primer día de su semana; disfrutaba horrores superando cada una de las pruebas que le hacía pasar. No por el hecho en sí de hacerlas, más bien por el hecho de ganarle a él. Eso le dio fuerzas para no desmoronarse, aquel primer día, preparó la comida a la hora exacta y tras comer en aquellos horribles cuencos y superar su vergüenza nuevamente volvió a sentirse radiante. Siempre conseguía mirar por el rabillo del ojo a Dominic, sus gestos eran realmente algo nuevo para ella pues el no poder observarlo con total libertad le hacía fijarse más en los pequeños detalles. Lo mismo ocurrió tras la comida, al no ir a la empresa en toda la semana Luis le había traído bastante documentación que debía mirar y solucionar, así que desde su rincón observó minuciosamente lo que hacía y como se comportaba y fue realmente revelador. Jamás había tenido la oportunidad de analizar a Dominic en su día a día, sin aquella pose digna y controladora que también sabía mantener. Era doloroso mantener la postura tanto tiempo, a veces bajaba el peso de su cuerpo sobre sus piernas pero cuando Dominic levantaba la cabeza del escritorio se erguía rápidamente y se tornaba digna, bajaba la mirada y disimulaba y cuando oía nuevamente los papeles, levantaba la vista y lo controlaba. ¡Y que increíble! Tenía muchos detalles que nunca había percibido, fruncía el ceño al leer, a veces farfullaba y se reía suavemente leyendo alguna sentencia o lo que pedía alguna parte contraría. Lo más gracioso fue ver una fila de lápices de colores pulcramente

colocados frente a las hojas y la forma de elegir los colores para marcar las cosas que parecían importantes. No pudo más que reírse, le recordaba sus años de estudio en la Universidad y sus manías que al igual que él parecían perseguirles aún pasado los años. Otro detalle gracioso que descubrió en sus horas de tormento de rodillas fue la forma de sujetar el bolígrafo cuando estaba concentrado, lo mantenía en la boca de lado, con el ceño fruncido mientras abría los ojos como platos al leer algo que no le gustaba en exceso, luego se levantaba rabilaba por las innumerables estanterías repletas de tomos de derecho y cuando encontraba el libro adecuado paseaba ensimismado leyéndolo hasta que encontraba algo y sonreía involuntariamente como diciendo: «Ya son míos». Entonces se giraba, parecía observarla, avanzaba varios pasos y luego volvía a su mesa retomando su trabajo sin decirle nada. Y cierto era, que aquella situación tan simple era una tortura, pasadas dos horas de rodillas el dolor era más intenso y cada vez le costaba más mantener la compostura y las manos en alto y aun así, aguantó.

—Veo que las cositas sencillas las aguantas sin problema cariño —musitó sin levantar la vista del escritorio.

Miró el reloj y se incorporó, Samara seguía sus zapatos por la habitación. Se acercó a la mesa baja frente a los sofás y cogió algo de la encimera, luego se acercó a ella y se agachó, comía algo que parecían frutos secos.

—¿Tienes hambre? —la preguntó.

—Un poco... —dudó—. Señor.

Estiró la mano y la abrió. Tenía varios cacahuetses y avellanas que desprendían un olor exquisito.

—Come —dijo acercando la mano.

Samara observó su palma y luego le dirigió una mirada tímida e inocente.

—Vamos... —repitió—. Come.

Abrió la boca y con la lengua tomó una de las avellanas, el olor de su piel al pegar la nariz a su palma la embriagó por momentos mientras masticaba el fruto. Alexis tenía razón en algo, necesitaba de una forma casi enfermiza una simple caricia de él. Lo vio sentarse en la butaca de enfrente, separar las piernas y colocar la mano entre ambas. La miró con la cabeza inclinada hacia adelante y la sonrió. Aquella mirada, aquella sonrisa desequilibrada como cuando un loco se ríe y te mira, era algo que hacía tiempo que no veía en su

rostro. Gateo hacia él, estaba algo entumecida pero sintió alivio al poner su peso en las palmas. Abrió la boca y volvió a coger cuidadosamente una avellana de su mano.

—¿Está buena? —preguntó con humor.

Ella meneó la cabeza afirmativamente.

—¿Quieres más?

Volvió a menear la cabeza y cuando se disponía a lamer la siguiente avellana Dominic inclinó la mano y dejó que todas las avellanas cayeran por la alfombra. ¡Horrible! Apenas sabía dónde habían acabado algunas de ellas y la miraba esperando que se inclinara y cogiera una a una con la boca. La cara comenzó a arderla e hinchó las fosas nasales instintivamente.

—Cómelas —dijo entonces—. Todas...

El pudor se apoderó de ella y tuvo que darse cuenta, pues se rió suavemente al ver su cara o quizá le cambió el color de tal manera que incluso a él le resultó imposible disimular la gracia que tuvo aquello. Samara respiró profundamente y con dignidad se inclinó hacia delante y comenzó a coger una a una las pequeñas avellanas y frutos que había en el suelo. Terminó de recogerlas todas después de cerciorarse que no había ninguna debajo del sofá o en algún rincón y dio gracias a Dios de que no fuera así, estaba segura que hasta aquellas se las hubiera hecho comer. Volvió junto a él y esperó llena de ira a su lado. Y como se reía para sus adentros, veía a Dominic aguantar la risa de una forma casi dolorosa. Se frotaba los ojos y apretaba la boca mientras la rabia aumentaba en ella de una forma que casi estuvo a punto de hacerla estallar pero pensó nuevamente en superar aquella semana y volvió a tomar aire con la intención de relajarse.

—Está bien —pensó—. Me está mirando, espera que me rebele y me vuelva loca, pero no voy a darle ese gusto. Aguantaré, que haga lo que quiera, sus ojos brillan, espera ansioso que falle... —se decía una y otra vez—. Es el primer día, se recrea con las pequeñas e insignificantes cosas pero tiene mucho más guardado... ¡Oh dios! Tengo que conseguirlo...

Mientras pensaba todo aquello Dominic no dejaba de mirarla, primero con humor luego su rostro se llenó de curiosidad y pareció observarla con deseo, con una leve picardía casi palpable. ¡Cuánto le deseaba! Qué hermoso estaba así, medio tumbado en la butaca, como si se hubiera desplomado sobre

ella y esperara que le besara dulcemente. ¿Por qué le hacía aquello? ¿Por qué no la acariciaba o al menos le decía que la quería?

«Recuerda que pase lo que pase te amo»

Eso había dicho y ahora la miraba con tanta ternura que fue peor aún soportar aquello que recoger los frutos del suelo y no meterse entre sus brazos para que la abrazara. Ahí estaba ella, de rodillas frente a él, entre sus piernas deseando horriblemente que pasara al menos su mano por el cabello y la besara en la frente pero no lo hizo, se incorporó y caminó hacia la puerta, oyó el chasquido de sus dedos y lo siguió hacia el salón.

—Sube al piso de arriba y prepárame el baño —le ordenó—. Y no te tenses tanto mi amor... hoy es el primer día y son cosas sencillas... Siéntete orgullosa de que tenga la delicadeza de ir despacio contigo —cogió de la encimera de la mesa del salón una manzana y le dio un mordisco—. Todavía no ha empezado la semana y ya has hinchado esa vena de la frente como cinco veces —se rió—, si aguantas la semana, que lo dudo, descubrirás alguna cosa importante.

Comenzó a subir los peldaños de las escaleras y chasqueó nuevamente los dedos sin mirarla.

—Vamos... ligereza... —musitó dando otro mordisco a la manzana.

* * *

La había dicho que se bañara y le esperará en el suelo de la habitación. Eran las doce de la noche y estaba agotada, la cena le había dado mucho trabajo, sobre todo por la necesidad de complacerle y que quedara satisfecho con el menú. Había fregado los platos, recogido todo y cuando el agua caliente cayó por su piel creyó morir de placer por momentos. Ahora estaba de nuevo de rodillas en un lateral de la cama, se apoyaba sobre sus talones y permanecía con las manos en las piernas a esperas de que él entrara. Cuando oyó sus pasos el corazón se le aceleró. ¿Por qué lo veía tan arrebatador? ¿Acaso las horas observándolo le hacían contemplar detalles que hasta ahora no se había percatado? Estaba de pie con un fino pantalón de pijama de seda negro y su inmenso pecho al aire. Llevaba unas llaves en las manos y las zarandeaba

mientras caminaba en dirección a ella, al llegar a su altura las lanzó sobre la mesita y la levantó del suelo.

—¿Sabes por qué una esclava o un esclavo agradece cada castigo de su Señor? —la cogió por los hombros y pegó su nariz—. Contesta...

—No Señor...

—Ponte a cuatro patas en la cama —la ordenó—. Por qué su tiempo, es muy preciado, y cuando se castiga, ese tiempo se lo dedica a su posesión. A algunos les excita sentir dolor, sin más, no se paran a pensar que ese tiempo tiene un gran valor, incluso no se paran a pensar que ese castigo es algo que a su Señor le place hacer y tampoco agradecen que lo hagan con ellos o ellas.

Pasó las yemas de los dedos por sus nalgas y caminó alrededor de la cama.

—Otros piensan, que después de un castigo siempre viene algo bueno, igual su Señor, esta tan contento de su sometimiento que les compense de algún modo... Entonces... esperan ansiosos los castigos, porque tras ellos, les dedicaran un gesto de ternura, una caricia, quizá placer... o no. O tal vez les dejen con su tormento y ni siquiera puedan complacerse a sí mismos, es tan ambiguo...

Oyó el ruido de un cajón pero no se atrevió a darse la vuelta, el pelo la caía por la cara y ni siquiera podía ver donde estaba. Se sobresaltó al sentir su mano por la espalda acariciándola. Rozó su sexo con los dedos subiendo suavemente por la raja de su culo, se apartó y al momento volvió a sentir su dedo en él.

—Te dije que no tenía por qué tener una razón para castigarte lo recuerdas, ¿verdad?

—Sí Señor...

—¿Recuerdas todo lo que te dije mi amor? —la susurró al oído mientras sus dedos se colaban dentro de ella.

—Si... —jadeó—. Señor...

—Pues cuenta... —musitó.

De golpe sintió un terrible varazo en la nalga derecha que la abalanzó hacia delante.

—Uno... Dos... Tres... —era horriblemente doloroso lo hacía con una intensidad inhumana—. ¡Cuatro! ¡Cinco!

No lo soportaba, era brutal, apenas la daba tiempo a aferrarse a la colcha y recibía uno y otro y no la daba tiempo a contar. Las lágrimas empezaron a brotar en sus ojos y la tensión en sus mandíbulas le provocó un dolor en la sien que la taladró. Dominic seguía golpeándola las nalgas una y otra vez sin intención de parar.

—¡Veinte! —gritó—. No... no más... No más...

Otro golpe seguido de varios más la derrumbó sobre la colcha, pero él la incorporó y la colocó de nuevo a cuatro patas. Le ardían las piernas, el culo, era como un volcán a punto de erosionar.

—¡Treinta y cuatro! —pensó en la posibilidad de desmayarse, o quizá la posibilidad de apartarse de él pero eso era fallar—. Treinta... y ocho...

Cuando llegó a los cincuenta ya no sentía nada.

—Dios mío... Dios mío... —susurraba—. Que pare, no lo soporto...

La cogió por un brazo y la llevó al extremo de la habitación, ancló sus muñecas a la pata del «sinfonier» y quedó hecha un ovillo en el suelo. Cuando se dio cuenta de que pretendía dejarla toda la noche en el suelo su ira se apoderó de ella e intentó liberarse.

—¡No puedes dejarme aquí! —lloriqueó—. ¿No es suficiente todo lo que has hecho hoy conmigo?

Se giró y la miró totalmente desenchajado. Inclino la cabeza y abrió los ojos como platos.

—¿Cómo has dicho?

¿Ni una caricia? ¿Pretendía que durmiera así sin un simple gesto de cariño? Estaba rabiada y dolorida, comenzó a llorar como una loca.

—¡Nada! ¡No dije nada!

Se dirigió al baño y volvió con algo en la mano, la enceló la boca y la volvió a dejar en el suelo.

—Ya me parecía a mí que tanta calma era extraño. Así, calladita, mañana tengo que madrugar y no tengo ganas de oírte.

Allí de pie frente a ella, a tan sólo unos centímetros de su cuerpo era como un titán. Permanecía observando sus ojos, intentando leer aquella rabia que aumentaba en ella a medida que avanzaba la noche. La sonrió y se metió en la cama con su tranquilidad habitual. Ella apenas durmió en toda la noche, el culo la ardía y aquella postura de lado en el suelo resultaba incomoda

pasadas unas horas, cuando la claridad comenzó a invadir la habitación, lo observó dormir plácidamente, su pecho subía y bajaba, brillaba bajo los leves rayos de sol matutinos y parecía emerger amenazador en cada movimiento. Ella había decidido pasar por eso, podía pararlo en cualquier momento, era cierto, pero ya había pasado un día. No pudo remediar sentir su sexo latir al imaginar tan sólo un minuto de ternura que saliera de él. Deseaba tanto que la amara un poco, con aquella pasión que emergía y era tan destructiva... Intentó incorporarse, pero era imposible atada a las patitas del «sinfonier», no tenía margen de movimiento. Volvió a quedarse dormida y cuando despertó Dominic ya estaba vestido y esperaba sentado en la butaca leyendo la prensa. La miró fijamente y ni siquiera la sonrió. Dobló pulcramente el periódico y se incorporó.

—¿Te encuentras bien? —la preguntó.

Movió la cabeza afirmativamente. Se acercó a ella y la movió hacia un lado para verla las nalgas. Seguían resquemándola, no quería imaginar la imagen que tendrían.

—¿Quieres seguir con esto? —la volvió a preguntar.

Meneó nuevamente la cabeza. La quitó el celo de la boca y la soltó las muñecas, la ayudó a levantarse y la llevó a la ducha.

—Entonces prepárate —le dijo antes de irse—. Serán días intensos.

9. Sigue el tormento

Eres como una piedra preciosa, demuestra que merece la pena admirarte.

* * *

El día siguiente no hizo más que acrecentar la necesidad de Samara por la atención de Dominic. La noche anterior ni siquiera la había tocado, Luis permanecía alejado quizá porque así lo quería Dominic, quizá por su trabajo y la atención a Natacha y Sara, no lo tenía claro pero el amor de su hermano tampoco era algo que se notara y eso no hacía más que aumentar la soledad que sentía y su deseo. El rincón del despacho se convirtió en habitual, parte de la mañana Dominic la pasaba trabajando, esta vez le sorprendió haciendo malabares con dos manzanas mientras hablaba por el manos libres del teléfono del escritorio, por lo poco que entendió preparaba un juicio con uno de sus empleados y le explicaba los puntos importantes donde debía hacer hincapié. Así que comenzó a acostumbrarse a mantenerse de rodillas durante horas, sin una mínima atención y plantada como una figura de porcelana que no hablaba ni se movía. ¿La desearía? Claro que sí, Dominic sabía controlar sus impulsos pero eso no significaba que no sintiera necesidad de hacerla suya, estaba convencida y eso la animaba que él estaba casi igual que ella, a veces la miraba de arriba abajo ferozmente como si en cualquier momento fuera a saltar sobre ella y se decía «que lo haga», «necesito tanto sentirte» sin embargo Dominic volvía rápidamente en sí y se abstraía en su trabajo

mientras pasaba lentamente el tiempo para ella.

Se agachó frente a ella y mordió una de las manzanas, era irónico hasta que punto una persona necesita de la otra, que el sencillo gesto de pegar los labios en aquella fruta y mirarla la excitara horriblemente. Su sexo se encendió como un misil, si en aquel momento Dominic hubiera pasado los dedos por él posiblemente se hubiera enfadado. ¿En qué creería que pensaba? Simplemente en él.

—¿Te aburres? —preguntó sonriente.

Ella negó con la cabeza y levantó la vista.

—Como un lirón —pensó—, pero no te lo diré. No te daré ese placer.

—¿Quieres comer algo?

—A ti —volvió a pensar—. Sólo a ti.

Negó con la cabeza y le sonrió. ¿Por qué estaba tan hermoso aquella mañana? Quizá se estaba volviendo loca, el sexo la latía y empezaba a notar su humedad entre las piernas. Se movió torpemente y suspiró. Aquello era una tortura, rezaba porque ese día al menos la dedicara unos minutos de ternura. Bajo la fina camisa de seda se marcaban las formas de su cuerpo, al estar agachado a su lado su brazo se apoyaba en la rodilla y tensaba la inmensa masa de músculo bajo la tela. Samara repasó sus brazos, la cadenita de su cuello de la que jamás se desprendía, sus inmensas manos y su boca, masticaba despacio la manzana sin perderla de vista un segundo.

—No te preocupes —le dijo con humor—, ahora saldrás a dar un paseo.

Dicho esto la puerta sonó y para su sorpresa en el que estaba en el umbral de la puerta no era su hermano como esperaba si no Carlo. ¡Horror! Ni siquiera había pasado un día y ya estaba allí plantado con las pupilas dilatadas una mueca irónica y a la vez de sorpresa por no creerse todavía lo que veía. Tenía la boca ligeramente abierta y sobre la mano una fina cadenita precedida de un collar que hacía girar despacio sobre su dedo índice.

—Llegó el encantador de perras para tu paseo matutino —soltó histriónico—. ¡Tachán!

¡No podía creerlo! ¡No serían capaces! Pegó un leve saltó y la colocó con maestría el fino collar de cuero alrededor del cuello, a continuación la enganchó la cadenita y la meneó suavemente.

—Creo que voy a tener un orgasmo en cualquier momento —dijo con

humor.

—Vamos princesa, al jardín —Dominic se levantó y se apartó de ella—, hace un día estupendo para dar una vuelta.

Si la vergüenza tenía una foto en las enciclopedias su foto sería la portada. ¡Carlo la iba a sacar a pasear como un chucho! ¡Santo cielo, era humillante! Sintió el tirón y gateó hundida hacia su pierna. Pensó que aquello era lo peor que podía hacerle, darle a Carlo la oportunidad de hacer lo que la diera la gana. Le siguió hasta la entrada y salió tras él al jardín, iba haciendo pompas con un chicle y era realmente horrible verlo. Su gesto digno, la forma chulesca de masticar la goma de mascar y su mano elevada a modo de «soy el rey de lo absurdo» con ella al final de la cadenita de plata a cuatro patas. Dio gracias a Dios de no tener vecinos, la arrastró fuera del porche y notó la hierba húmeda y el olor a primavera.

—Pipi fuera, caca en jardín —le dio un ataque de risa y volvió a arrastrarla hacia el centro del campo—. Puedes marcar los rosales, así las otras perras no te quitaran el territorio.

—Maldito cabrón egocéntrico —musitó—. Me las pagarás, Carlo...

—Esclava mala y contestona... Quita esa cara de odio y olisquea un poco. Vamos —dio varios pasos y Samara lo siguió maldiciendo entre dientes—. Ahí hay una rocalla preciosa llena de flores y plantas para que mees.

—Esto es humillante —susurró.

—Tengo una erección —soltó una risotada y se tocó la entrepierna.

Tiró nuevamente de ella y la llevó alrededor de la finca varias veces, lo peor fue pasar por la parte de piedras decorativas del jardín, las piedrecitas se la clavaban en las rodillas y las manos y le hacían daño, luego la llevó a la zona de atrás donde el sol pegaba con fuerza y al pasar por las losetas casi se quemó con ellas y paró en seco. Carlo se dio la vuelta y le dio un tirón.

—Te aviso de que no te dejaré entrar hasta que no mees —musitó.

—¡No! —gritó angustiada—. No puedes hacerme eso Carlo, no puedes obligarme a...

—Claro que sí puedo, vas a mear en el jardín. Y solo cuando termines te dejaré entrar en casa, es más se me pone dura pensar en ello, si te digo la verdad nunca vi una mujer orinar a cuatro patas debe de ser... sublime...

¡Vamos! —Silbó con sorna—. Un dos, un dos.

Era horroroso, no se cansaba de repetirlo una y otra vez. ¿Cómo eran capaces de aquello? Orinar en el jardín. ¿Y luego que más? La furia se apoderó de tal manera de ella que se imaginó varias veces coger la cadenita y estrangularlo lentamente. La miraba riéndose, dieron cinco vueltas a la casa y ella no estaba dispuesta a orinar allí como si fuera un perro, no le daría ese placer. A la décima vuelta ya no tenía fuerzas para pasar por el maldito caminito de piedras decorativas y se dio cuenta que tenía solo dos opciones, obedecer o levantarse rabiada y entrar en la casa con la consecuencia de la reacción de Dominic y su fracaso. No... había llegado hasta allí y no iba a rendirse tan fácilmente.

—Está bien, Carlo...

Se giró y la miró sorprendido.

—¡Va a mear!

Cerró los ojos y asintió con la cabeza. Estaba a punto de llorar de la impotencia, no soportaba más aquel trato.

—Sí... pero no me hagas pasar más por las piedras... Te lo suplico...

Carlo se cruzó de brazos con la boca medio abierta por la emoción y dejó de masticar el chicle. Estaba ansioso por ver aquello.

—Espera, espera... —dijo emocionado— hazlo de cuclillas, que te vea bien...

—Estás enfermo —musitó de nuevo agotada.

—¡Sí! —dijo con gozo—. ¡Oh Dios mío! ¡Sí! ¡Mi primera vez!

Samara se colocó de cuclillas y obedeció. El tiempo que duró aquella tortura le pasó como si fueran diapositivas de una película, Carlo con los ojos muy abiertos sin perder detalle, su inmenso bulto del pantalón emergió con la imagen como un monstruo amenazante. Ella se sentía horriblemente mal pero en cambio Carlo la miraba fascinado ¡Lo estaba haciendo! ¡Sí!

Cuando termino la extendió un pequeño pañuelo de papel y Samara se limpió.

De vuelta a casa lloraba humillada y atormentada. Él se quedó en la puerta pero no entró. Se dio la vuelta y la miró durante unos segundos hasta que se inclinó y la cogió por los hombros.

—Escúchame —le susurró con una fuerza inmensa—. Escúchame porque

será la única vez que te lo diga.

Samara se asustó por la pasión que emanaban sus palabras pero tenía la cara surcada de lágrimas y tuvo que limpiarse con la mano para verlo mejor.

—No te rindas... No lo hagas... Ella no fue capaz de pasar esto... ¿Lo entiendes?

Hablaba en bajo, sus ojos se movían velozmente y repasaban su rostro.

—No entiendo...

—Sigue adelante, puedes hacerlo...

—Vale —sollozó.

La sonrió y se incorporó. Entró tras él nuevamente en el salón.

—Oh, nena, viniste a mi mundo volando... —frenó de golpe y la miró mientras la dirigía una sonrisa—. Papi... La cachorrilla ya está en casa... —dijo entrando en el despacho.

Podría explicar de mil maneras lo que sentía en aquellos momentos. Podría decir que era horrible, que jamás en su vida se sintió tan avergonzada como aquellos días, podría decir que después de cada prueba superada se sentía bien, orgullosa de pasar a otro día, a otro nuevo reto o como quisiera llamarlo Dominic, a otro juego. ¿Y si lo lograba? ¿Cómo reaccionaría él? Se partiría la espalda para que no lo superara ¿O quizá deseaba más que ella que lo lograra? ¿Qué pensarían los demás? Carlo la había ayudado. ¿Por qué? ¿Realmente la quería? ¿Le tenía la estima que parecía tenerla cuando abrió los ojos y se compadeció de ella? Todo pasaba y se mezclaba en su cabeza una y otra vez, a fin de cuentas, tenía mucho tiempo para pensar en su rincón. Durante el resto del día no hizo más que esperar, ni siquiera la sonrió un momento. Era como si ella no estuviera en la casa. Preparó la comida, preparó la cena y recogió todo pulcramente para luego comer en el suelo como él se lo había indicado. Luego volvía a la esquina, unas veces en el despacho, otras en el salón mientras él dormitaba en el sofá ajeno al mundo, a su dolor por la ausencia, a sus ojos llorosos por el mal momento de la mañana. Quizá era lo que quería, que se desesperara, de todas formas, él tenía una larga semana para atormentarla, y esos leves detalles eran quizá más dolorosos que un castigo: su ausencia, no amarla, no necesitar de ella. Otra noche sin tocarla, durmiendo en el suelo anclada al «sinfonier» y la mañana siguiente nuevamente la rutina, empezó a pensar extrañamente. ¿Cómo podía

llamar su atención?

Estaba en el salón peleándose con los mandos de la televisión buscando como siempre el canal de economía. Samara gateo hacia la cocina, se incorporó torpemente y troceó pequeñas porciones de distintas frutas en un plato: manzana, piña, melocotón, fresas, plátano... Lo colocó en la bandejita de plata y caminó hacia el salón. Al llegar se arrodilló frente a él y depositando la bandeja en el suelo la empujó delicadamente. Se quedó inmóvil, con la cabeza inclinada hacia el suelo y las manos en la alfombra. Dominic bajó la mirada y observó la imagen. Un silencio devastador se cernió entre ellos y bajó el volumen de la televisión de golpe. Elevó la vista discretamente para mirarlo, observaba el platito repleto de fruta con el ceño fruncido. No lo dudó, lo elevó con las manos y sin levantar la vista del suelo se lo ofreció.

—Un regalo para ti, mi Señor...

¿Y si no lo quería? ¿Abría metido la pata o quizá el detalle valdría la pena? ¡Estaba tan necesitada de que viera que estaba ahí! ¡Maldita sea existía!

Dominic extendió la mano y lo cogió sin decir una sola palabra. Lo apoyó sobre la mesita auxiliar y tras volver a dar el volumen comenzó a comer los pedazos rabilando nuevamente con el mando.

—Buena chica...

Por alguna extraña razón se llenó de gozo, estiró el cuerpo y le beso la pierna para volver a su posición. ¿Qué era aquello? No lo sabía, solo necesitó hacerlo sin más. Volvió a mirarla pero siguió sin decir una sola palabra y cuando centró la atención nuevamente al televisor continuó devorando la fruta.

Y entonces pensó. ¿Y si debo no solo hacer lo que me dice y demostrar que soy su esclava? Quizá así conseguiría algún trato de favor. ¡Exacto! Gateó nuevamente por el salón y trepó escaleras arriba hacia la habitación, Dominic se giró extrañado y levantó las cejas sorprendido al verla bajar de nuevo a los pocos minutos. Traía sus zapatillas en una mano, eso provocó que varias veces estuviera a punto de caer por las escaleras pero la daba igual. Llegó a sus pies y le quitó los zapatos y se las colocó con cuidado. Él no salía de su asombro.

—¿Pero qué haces? —la preguntó.

—Cuidarte... —dijo tímida.

Se incorporó y se llevó a la boca el último trozo de fruta y la observó con curiosidad.

—Lo importante es... ¿Por qué?

—No sé, creo que no solo es obedecer, ¿no? Supongo que un hombre, espera ser atendido, cuidado. Incluso que se adelanten a sus deseos... —se puso nerviosa y se angustió— o igual es absurdo lo que digo y...

—Está bien... —susurró—. No sigas. Es suficiente. ¿Para qué? —fue la siguiente pregunta.

Maldijo su inteligencia, que era algo que la desesperaba muchas veces.

—Para que me veas... —balbuceó—. Solo eso.

Aquel «sinfonier» era el objeto odioso que se había convertido en su peor enemigo en la casa, sin embargo, cuando Dominic la mandó ir a la habitación ya entrada la madrugada se colocó en la misma posición y esperó que volviera a encadenarla a las dichosas patitas de madera. Aguardó inmóvil mientras se duchaba y se le ocurrió en ese momento otra idea. Saltó velozmente al armario y sacó su precioso pijama de seda negro, dejó el pantalón sobre la cama, bajó corriendo a la cocina y subió con un vaso de agua en un platito que depositó en la mesita de su lado y a continuación volvió al lado del mueble y esperó. ¡El mando! Seguro que quería mirar la televisión un rato como cada noche, gateó hacia la encimera de la mesa cercana a la ventana y lo depositó sobre su mesita al lado del plato y el vaso. Otra vez gateó a su rincón y se mantuvo expectante. Salió del baño y quedó plantado en mitad de la habitación pero luego avanzó hacia la cama y apartó la ropa que dejó sobre ella. Se quitó la toalla que le cubría la cadera y pasó casi rozándola hasta llegar a la cama. ¿Por qué demonios tenía ese culo tan horriblemente apetitoso? Dicen que los hombres son más feos desnudos que vestidos, pero él la había hecho sentir tantas veces tan poco a su lado. Lo tenía de espaldas, haciendo girar la rueda del despertador totalmente desnudo y era desquiciante, lo miró durante los segundos que dedicó a aquel detalle, sus piernas tensas, esas nalgas morenas y desequilibrantes que apetecía morder y no parar, su inmensa espalda, sus brazos fuertes y bien proporcionados. Definitivamente, se estaba volviendo loca, por un momento

estuvo a punto de ponerse a reír como una enferma; luego recordó que otra vez la esperaba el duro suelo y pensó.

—Bien, es el tercer día —musitó—. Ella no aguantó ni tres días. ¡Sí!

Mientras meditaba todo aquello no se dio cuenta que se había metido en la cama y no la había atado al «sinfonier» y en aquel momento lo que se le abrió fueron los cielos cuando golpeó con la palma de la mano la cama y la miró.

—Al trote —ordenó.

Se quedó paralizada ¿Podía dormir con él? ¿Entonces era eso? ¿Debía compensarle, buscar algo que le complaciera aunque hubiera mil castigos horribles esperándola? Saltó como una exhalación y se metió en la cama casi llorando de la emoción, la rodeó con el brazo y la besó en la frente. ¿Cómo podía sentir aquello? Emoción, nervios, deseo, necesidad... ¿Agradecimiento? Se estaba volviendo loca pero era feliz. Metió la cabeza por su brazo, olió su estómago, besó su pecho desafortadamente, se acurrucó entre sus brazos y aspiró una inmensa bocanada de aire.

—Samara tranquila...

Quizá en aquella situación en la que ella estaba inmersa se comprendían muchas cosas que en la vida de la gente normal no significan nada. Cosas que se hacían monótonas y no adquirirían el valor que debieran. La cogió la cara con la mano y la miró.

—Dime, ahora... hoy, esta noche ¿Qué esperas de mí?

Se quedó mirándolo aletargada.

—Que me quieras...

La sonrió y la mordió el labio inferior, su lengua se coló en su boca y buscó la suya como loca. Su mano, por fin acariciaba cada centímetro de su piel, su estómago, sus piernas, pasaba veloz por su cuello y sujetándola de la nuca la llevaba más a él. Tiró de la sábana y la destapó bruscamente, tiró de su mano y la giró poniéndola a cuatro patas pero en vez de mantenerla con las manos en el colchón la levantó hacia él hasta dejar su espalda pegada a su pecho y su forma de morderla la nuca, de lamer su oreja y besarla la mejilla ladeándola la cara, su forma de separarle las nalgas y penetrarla con la misma pasión que aferraba su cadera y la enroscaba el otro brazo apresándola contra él, la envolvieron en un torbellino de sensaciones. Apretaba su pecho

izquierdo pellizcándola, la cogió la cara y girándosela aún más la mordía la boca hambriento. No dejaba de moverse dentro de ella, no soportaba ni un minuto más aquella situación, estaba tan necesitada de él que a veces pensó que le resultaría difícil mantenerse lúcida en aquel trance tan delicioso. Horrible cuando deslizó la mano por su estómago y separó los labios para clavarse más en ella. Sus fluidos le empararon los dedos y se los metió en la boca para que los chupara. Ella lamió sus dedos, ansiosa, hambrienta de más. No podía dejar de gemir.

—Tranquila... —la susurró pero eso fue peor—. No tengas tanta prisa...

—No puedo...

—Claro que sí... —volvió a decir pegado a su oreja— y debes hacerlo, por qué no sabes cuándo volverás a tener esto otra vez... así que... disfrútalo.

* * *

Día cuarto, el peor de su vida. Si Dominic había demostrado hasta entonces que era capaz de cambiar el curso de las cosas cuando todo parecía cernirse en una calma casi perezosa, ese día culminó su tortura.

—Hoy es un día especial, cocinarás para cinco personas.

Caminaba por el despacho con las manos a la espalda como si pasara revisión a un batallón de infantería. Samara, como siempre, de rodillas, en su rincón con los ojos abiertos como platos y una expresión dubitativa.

—Pregunta lo que quieras —asintió—, es más, interrumpe si tienes dudas porque es muy importante que lo tengas todo claro cuando salgas de aquí.

Meneó la cabeza y esperó.

—Servirás la mesa a las dos y media. He mandado que traigan por encargo una buena cantidad de entremeses que colocarás al principio y el resto que prepares es cosa tuya. No seas simple, es una comida de negocios.

—¿De negocios? —se llenó de espanto—. ¿Pero no son Carlo Roberto y los demás?

—No, amor mío —la sonrió de medio lado y continuó caminando—. Son clientes especialmente escogidos para poder permitirme este pequeño lujo contigo... ¿Acaso piensas que soy tan mediocre? ¿Qué sería tan sencillo para

ti? —soltó una suave risa—. Me subestimas, cariño mío...

—¡Oh Dominic, pero por Dios! —estaba horrorizada—. ¿Desnuda? ¿Delante de gente que jamás vi en mi vida? ¿Humillada?

—No tenemos la misma visión —dijo—. Estarás preciosa, delante de gente que efectivamente no has visto en tu vida, pero que valora y comulga con lo que van a ver, y tu única humillación es tragarte tu orgullo y acatar las cosas que te pidan sin más.

Se llenó de estupor y de vergüenza. El simple hecho de imaginarse, con su cuerpo totalmente expuesto a las miradas de otros hombres la llenó de cólera, miedo, terror y vergüenza. Demasiados sentimientos se mezclaron en ella, aquello era una situación horrible. Si era cierto que en Quimera pasó quizá por lo mismo pero se había acostumbrado a todos y cada uno de ellos y jamás la expuso de aquella forma a desconocidos. Comenzó a temblar como una hoja y su corazón latió bruscamente. Tuvo la sensación durante unos minutos que la habitación daba vueltas delante de ella y se apoyó en el suelo para tomar aire.

—No me hagas esto... Dominic... voy a ser tu mujer...

Se giró con una expresión de indignación y pestañeó varias veces.

—Gracias por recordármelo, se me había olvidado —la ironía la perforó los tímpanos—. ¿Y?

—Me verán como...

—Alto —dijo tajantemente—. Te voy a decir una cosa. Si por un milagro, que repito, lo dudo, terminas esta semana, no tienes ni la mejor idea de las cosas que descubrirás incluso de ti misma... Es más, te puedo asegurar que te llevarás muchas sorpresas. Deja de pensar en tonterías, preocúpate de cumplir y actuar como lo que pretendes ser —su soberbia le hacía daño—, y olvídate de qué pensarán los demás o como te ven.

—Señor... —suspiró angustiada—. No entiendo por qué lo haces...

—Lo entenderás... —la miró con dulzura y la sonrió con malicia—, si acabas la semanita... y ahora me escuchas atentamente...

* * *

Tenía la mesa preparada y perfecta. Todas las exquisiteces que había encargado Dominic estaban distribuidas en platitos coquetos con mucho gusto, había todo tipo de productos exóticos. La comida estaba lista, el horno mantenía el calor del segundo plato. Cuatro horas encerrada en la cocina pero lo había conseguido y ahora, tras ducharse, se decoró el pelo con un broche de piedras de colores y él solo le permitió ponerse unos bonitos pendientes, una fina cadenita en la cintura que brillaba bajo la luz del día y una pulserita en el tobillo y sendos brazaletes. Se observó en el espejo nerviosa, sus pechos estaban encendidos, sus pezones se erizaban por los nervios y permanecían contraídos tan nerviosos como ella. ¡Horror! La cara la ardía y estaba muerta de miedo y de vergüenza pero era lo que había, eso o renunciar y dejarle ganar.

No, no podía derrumbarse ahora, no cuando era el cuarto día y se imaginaba todas las noches a Dominic levantando el teléfono y diciendo a Romina que ella lo había superado todo. Se sintió levemente emocionada dado el nivel de nervios en su cuerpo y cuando sonó la puerta pensó que se iba a desmayar. Dominic hablaba con alguien en la planta de abajo, varias voces de hombres emergieron desde abajo, se aproximó a la barandilla y metió levemente la nariz por los barrotes agachada de tal forma que no pudieran verla. El corazón se le hizo un puño. Dos hombres vestidos de traje negro permanecían de pie junto a Dominic, uno de ellos, de una altura descomunal parecía de fuera, remarcaba la «erre» con fuerza, como lo hacía Natacha. Pensó en Alexis. ¡Cuánto necesitaba en aquel momento su consejo! El hombre extranjero tenía una altura poco habitual, fuerte, de pelo cano y facciones muy agresivas y mentón ancho, a su lado había otro hombre que parecía más joven que él, permanecía inmóvil con las manos en los bolsillos del pantalón, el pelo rizado y una sonrisa hipócrita que le recordaba a Carlo horriblemente. Samara se movió en silencio hacia la derecha para conseguir ver a un tercer hombre de unos treinta años de complexión más delgada que el resto apoyado en la pared peleándose por encender un fino cigarro, llevaba un traje color gris perla y tenía el pelo algo largo y engominado que le daba un aire golfo y achispado, su camisa se abría con aire chulesco profiriéndole un semblante más juvenil y macarra. Pero lo que más miedo le dio fue el cuarto hombre, plantado en el umbral de la puerta, parecía el mayor de todos,

casi de la misma edad que Antón, tenía el pelo cano, un gesto de enfado en el rostro, nariz afilada y piel oscura. Sujetaba entre ambas manos un bastón de madera con una empuñadura en plata y miraba con aire agresivo a su alrededor. En aquel momento creyó que perdía el conocimiento, mientras todos hablaban afablemente el extraño hombre levantó ferozmente la vista hacia ella y clavó sus ojos en ella como si supiera desde un principio que estaba allí. Ella reuló de cuclillas y se mantuvo expectante. ¿Cómo era posible? El hombre se mantenía inmóvil apoyado sutilmente en el bastón que más que una ayuda era un detalle ornamental para su egocentrismo, tenía una complexión atlética, incluso más que lo más jóvenes y aún así, seguía con la vista en alto y el ceño fruncido sin decir una sola palabra.

—Me ha visto... —pensó—. ¿Cómo es posible? Dios mío...

Elevó el bastón y profirió un golpe sordo contra la tarima de madera, en ese momento un Doberman descomunal entró en el salón y se sentó a su derecha.

—Argas —oyó decir al extranjero—. Tu perro tiene más años que tú, no te servirá de mucho si tiene que defenderte —rió.

—¡Estupideces! —musitó con arrogancia—. Darko es más válido que todos esos guardaespaldas que te custodian las pelotas.

Dominic le dijo algo que no llegó a escuchar, estaba más apartado y apenas podía verlo, calculó que lo tenía justo debajo y apenas podía verle más que el brazo cuando gesticulaba. El hombre del perro, Argas, meneó la cabeza negativamente con el mismo gesto de mal genio y farfulló algo.

—Dios mío, ayúdame a pasar esta noche... —susurró.

—¡Romano! —dijo Argas—. Vamos, muchacho ¿A qué esperas? Ese maravilloso vino que guardas recelosamente en tu pequeña bodega y que tanto me gusta, debería ser servido por ese tesoro del que tanto hablan las malas lenguas... —se rió mezquinamente.

El joven rubio que la recordaba a Carlo meneó la cabeza con aprobación.

—Siempre con tanta prisa —musitó él—. Pasad a la mesa. Tenemos mucho de qué hablar.

—Los cuatro jinetes de la Apocalipsis —pensó Samara—, y ese Argas, el mismo demonio.

Oyó el golpe brusco del bastón justo cuando se disponía a caminar, el

perro se incorporó y lo siguió y cuando el hombre se sentó este se colocó nuevamente a su derecha.

—Mis negocios —musitó el hombre moreno con pinta chulesca—, han tenido beneficios este último semestre, pero la cosa está mal, la crisis se nota hasta en los bienes de lujo. No debiera, mis propiedades pierden valor.

Así comenzó una conversación de la cual no tardó en perderse. Dudaba que hacer, esperaba nerviosa a que Dominic la llamara. Durante unos minutos pensó que el demonio del bastón le diría a Dominic que su esclava torpe espiaba desde las escaleras pero incluso parecía que disfrutara con el miedo que reflejaban sus ojos. Mientras charlaban pensó en mil cosas totalmente ridículas, en que el perro la oliera y subiera descubriéndola, en que se le quemara la comida del horno y entonces el demonio del bastón la echaría al perro para que la devorara, en salir corriendo de allí, incorporarse y decir: Vale, estoy acojonada, con esto no puedo me rindo. Ninguna era buena idea, de ninguna saldría bien parada. Se rió por lo bajo y con eso dejó constancia de que ya se había vuelto loca totalmente, porque si era capaz de reír en aquella situación es que había perdido la cabeza. Pero oyó la voz de Dominic y volvió a la realidad y el terror se apoderó una vez más de ella. Su nombre, Samara, era el momento.

—Camina siempre —recordó sus últimas palabras en el despacho—. No es necesario que bajes de cabeza, sé digna, sé tú. Sabrás cuando debes inclinarte, saldrá de dentro de ti postrarte. No te sientas inferior, imagínate que eres una piedra preciosa que debe ser admirada y sonríe como tal...

Se incorporó y cerró los ojos unos segundos. En el momento que pusiera el pie en el primer escalón todos la verían. Unas inmensas ganas de llorar se apoderaron de ella, respiró profundamente y comenzó a bajar las escaleras.

10. La gran noche

Y ahí estabas tú...

* * *

Un silencio demoledor emergió en mitad del salón, a su paso, tan solo los crujidos de la madera bajo sus pies descalzos. Sus manos estaban heladas, rozaba con las yemas de los dedos su piel y sentía la gélida sensación, los nervios en el estómago, los ojos de los hombres clavados en cada centímetro de ella. Por un momento creyó desvanecerse, sus pasos acompasados se hicieron cada vez más sonoros. Ya estaba a los pies de la escalera, justo en la parte inferior, el último peldaño, el suelo frío del salón. Creyó oír una melodía más allá de las paredes de la casa, más allá de su cabeza.

—Roxenne —pensó—, si al menos tú estuvieras aquí... Carlo...

Giró y quedó frente a ellos. El horrible silencio que se cernía sobre sus cabezas resultaba incómodo. Dominic permanecía algo más apartado del grupo, un grupo que se limitaba a observarla de arriba abajo como en su vida lo habían hecho. Colocados casi formando una semi circunferencia perfecta quedó plantada en mitad de los cuatro y se postró de rodillas con la cabeza inclinada hacia delante. Suplicó que alguno de ellos dijera algo, Dominic ni siquiera se había movido, incluso creyó si quiera haberlo visto pestañear. Pensó, que llegado ese punto donde se encontraba totalmente desnuda e indefensa, qué más daba todo. Debía intentarlo, demostrar de algún modo que ella podía con esa prueba aunque ni siquiera supiera las declinaciones de

aquellos tipos, lo que pretendía Dominic de ella o incluso lo que simplemente esperaba de ella sin más.

—¡Qué bella Matrioska! —el hombre descomunal se inclinó hacia delante y la observó minuciosamente.

—No hables si no te preguntan, compórtate como una verdadera esclava —pensaba para sí—. Es más, lo has leído infinidad de veces, incluso Alexis te enseñó ciertos detalles que desconocías, recuerda a Natacha, sus formas, su humildad que a la vez la hacen segura, por qué no se siente avergonzada de ser lo que es.

—Levanta la cabeza Matrioska —elevó la mano por debajo de su mentón y la hizo mirarlo—. Deliciosamente tensa, deliciosamente nerviosa y avergonzada ¿Me equivoco? —la sonrió.

—No Señor —dijo.

Dominic se mantenía a un lado del salón, con una copa de vino dando pequeños sorbos apoyado en la pared.

—¿Y eso? —volvió a preguntar.

—Simplemente humilde —musitó.

Se dibujó una sonrisa bonachona en el hombre ruso y la soltó la cara, ella volvió a bajarla.

—Incorpórate —el tono cavernoso de Argas emergió de la nada y avanzó dos pasos al frente aferrado a su bastón— y mírame.

Se levantó con torpeza, realmente eran más altos de lo que pensaba. Situada frente a ellos a penas les llegaba por la nariz, bajó los brazos y se quedó plantada nuevamente frente a ellos mientras los dos hombres más jóvenes analizaban hasta el más mínimo detalle de su cuerpo. Era horrible, ¿qué mujer por muy segura de sí misma es capaz de soportar aquello? Sus manos, el hombre más joven y rizado alargó el brazo y la tomó la palma de la mano con suma delicadeza, repasó su brazo, sus dedos, se acercó a ella y pasó por detrás haciendo lo mismo con el otro brazo y dejándola con ellos en cruz mientras acariciaba su espalda como si buscara un defecto, como si fuera a comprar una joya y no estuviera seguro que fuera real o una copia. La apartó el pelo hacia delante y sintió sus fríos dedos por debajo de su espalda, las nalgas. Una leve palmadita le provocó una suave risa, casi dulce y añorada y volvió a colocarse frente a ella.

—Algún día tu belleza desaparecerá —tenía unos ojos brillantes y una sonrisa delicada y afeminada—. Ese es el gran momento para una esclava, cuando no se posee la belleza de la juventud y tus virtudes deben ser más intensas...

—¡Pamplinas! —Argas elevó el bastón y lo apoyó en su barbilla levantando su cara y haciéndola mirar hacia él—. Abre la boca...

¿Qué estaban haciendo? Parecía como si se dispusieran a comprar un caballo y buscaran el menor defecto para rechazarlo, Dominic aún no se había pronunciado y las pocas veces que le dirigía una mirada eran simples y sin ningún tipo de gesto que pudieran decirle algo. Lo vio acercarse a la mesa y picar algo haciendo caso omiso a lo que hacía el resto, la miró y se lanzó a la boca lo que parecía una almendra y se apoyó en el canto sin soltar su copa. El hombre engominado se aproximó a él y le acompañó. Parecían hablar entre ellos con murmullos imperceptibles mientras los otros tres seguían su análisis exhaustivo con suma atención.

—Matrioska —musitó el ruso—. Tu Señor nos ha dado plena libertad para ordenarte lo que deseemos. ¿Tienes algo que objetar al respecto? ¿Algo que debemos saber?

—No Señor —musitó—. Si él lo ha dicho no tengo nada que añadir. Así será.

—Dicen que tienes carácter —Argas arrugo su cara y ladeó la boca con ironía— que eres terca y orgullosa, no hay nada más exquisito que una mujer así para enseñarla donde está el límite de su libertad.

Observó que tenía un pequeño colgante dorado que se balanceaba en su cuello bajo la camisa entreabierta, sus canas resplandecían sobre la lámpara del salón. No era un hombre feo pero sí mayor y algo ajado por los años. Frunció el entrecejo y la sonrió con despotismo.

—Bien, tengo un hambre voraz. Así que sirve la cena que nos tienes preparada con rapidez y elegancia, luego da de cenar a Darko —al oír su nombre el perro levantó las orejas y gimió—, puedes incluso acompañarlo para que el animal no se sienta solo... en la alfombra. Y no le toques, no le gustan los desconocidos.

Miró al perro y suspiró en silencio. Asintió con la cabeza y se dirigió a la cocina mientras los demás se iban sentando en sus sillas correspondientes.

Con sumo cuidado sirvió el delicioso consomé que había preparado, no era una buena cocinera pero por suerte tenía una cantidad mínima de platos que su madre le había enseñado a preparar y elaboraba con perfección.

Mientras los hombres cenaban y hablaban de negocios preparó un par de platos para aquel endemoniado chuchito que no hacía más que seguirla con la mirada. Dominic estaba sentado en la cabecera de la mesa rectangular, se colocó de rodillas junto a él y volvió a percatarse que ni siquiera la prestó atención cuando hizo aquello, sin embargo, el hombre que la había cogido la mano, el joven de mirada más dulce y sonrisa algo afeminada, le pasó la mano por la cabeza. No fue nada, incluso podría decirse que en otro momento hubiera sido frustrante pero en aquel instante agradeció con toda su alma aquel pequeño detalle del desconocido. Lo miró, sí, era cierto que le recordaba a Carlo, volvió por segunda vez a echarlo de menos y le entraron de nuevo las ganas de llorar.

—¿Cómo está Antón? —dijo el ruso—. Tengo entendido que se medio jubiló.

—Ivanov, Antón es imposible que se jubile, se moriría en dos días —dijo Dominic.

No era necesario que hicieran nada para hacerla sentir pequeña, por momentos la daban ganas de gritar «Estoy aquí» «¿Acaso no me veis?». Rozó con los dedos ligeramente la pierna de Dominic justo por debajo del pantalón, así podía tocar la piel y acariciarle sin que nadie se percatara. Este pegó un ligero bote y la dirigió una mirada feroz. Se rió hacia sus adentros, pensó que no podría decirle nada, no cuando el resto charlaba sin darse cuenta que la sumisita mantenía su postura sin moverse como habían ordenado.

—¿Qué harás? —pensó para sí con humor—. No puedes reñirme, te dejaría en evidencia y todos se enterarían que soy una desobediente.

Volvió a sonreír con disimulo. Deslizó los dedos por encima de su tobillo hacia arriba y llegó casi a la rodilla, luego cambió de idea, Dominic estaba en la cabecera, el tal Ivanov en uno de los lados a su izquierda y más próximo a ella, en el lado derecho, el chico de mirada dulce aún así, la mesa no le permitía ver lo que hacía con las manos, como mucho donde miraba o si movía la cabeza y con respecto a Argas, estaba demasiado alejado como para

preocuparse de ella.

—Tengo que firmar el contrato después del postre que me has preparado —dijo Argas—. Aprovecharé para preguntarte varias dudas con respecto a unas clausuras jurídicas que me anotaste al final.

—Sin problema —Dominic se movió incomodo.

Ahora era el momento, deslizó la mano por debajo del mantel y le rozó la entrepierna. Iba a matarla, pero que bien se sentía una cuando podía provocarlo de aquella manera sin darle opción a reprochárselo.

—Así dejamos listo los avales y todos los documentos que tenía pendiente.

—Perfecto —contestó Dominic mirándola de refilón y limpiándose la boca con la servilleta.

Se movió ansiosa al notar que su sexo empezaba a despertar a su contacto. Lo miró con malicia de soslayo y luego se balanceó suavemente para acomodar sus doloridas rodillas en la alfombra. Poco a poco y sin perder de vista a ninguno de los dos hombres más cercanos fue acariciando su entrepierna por encima del pantalón, para su desgracia su erección era directamente proporcional a su excitación.

—Matrioska —la voz de Ivanov les hizo pegar un bote a ambos—. ¿Qué tenemos de postre?

Bajó con rapidez la mano y levantó levemente la cabeza.

—Fresas con nata nueces y caramelo, Señor —dijo—. Es nata casera, y el caramelo también lo he preparado con una receta familiar.

El muchacho de mirada más dulce y más cercano a ella la pasó de nuevo la mano por la cabeza. Otra vez vio a Carlo reflejado en sus ojos y una mezcla de la dulzura de Alexis en su sonrisa.

—Recoge pues bonita —dijo—. Seguro que nos encantará.

Se disponía a incorporarse cuando Dominic la miró desafiantemente. El gesto que puso predecía una catástrofe futura.

—No, princesa —negó—. Dado que aún sigues torpe para actuar como una verdadera esclava, recoge la mesa y sirve el postre sin incorporarte, a cuatro, te elevas, y de rodillas. Seguro que tardas un poquito más, pero estoy convencido que mis invitados no tienen mucha prisa...

—Maravilloso —musitó Ivanov—. Darío —confirio mirando al chico de

mirada dulce—, seguro que tu hambre es compensada.

—Seguro que sí...

Y allí estaba ella, maldiciendo entre dientes, con la cara como un pimiento, intentando mantener el equilibrio con los platos en las manos. Llegaba a la mesa y luego avanzaba con las rodillas hasta la cocina, tras esto, volvía a gatas para repetir la operación una vez más. Humillante, realmente en el tiempo que llevaba con Dominic había pasado mil momentos desquiciantes, quizá el hecho de estar siempre con los mismos había tapado lo que realmente podía sentir una mujer en su situación. La vez que volvió de la cocina le vio sonreír con malicia, acomodándose en su silla como un rey poderoso. Qué tontería, aquello se había convertido en una guerra particular del más fuerte, por mucho que Dominic la hubiera avisado de que no debía verlo así, no se equivocaba. Si, no podía negarlo, mientras recogía cada uno de los platos y colocaba las preciosas copas decoradas con fresas cortadas en láminas finas, pensaba que ella lo había pedido. Si pasaba por aquello era única y exclusivamente culpa suya.

Darko, el perro de Argas, que no se había movido del lado de su dueño más que para comer, la miraba ir y venir. Pensó para sí que hasta el perro tenía más privilegios que ella. Depositó todas las copas con cuidado decoradas con una bonita forma de nata modelada con trocitos de nueves y unas hebras delicadamente dibujadas sobre todo ello. Darío, que parecía el más agradable de todos saboreó gustoso el postre y asintió con la cabeza. Argas observaba la copa con gesto ceñudo como si en su vida hubiera visto tal rimbombancia.

—Santa Madonna —musitó—, qué cosa más extravagante pone esta chiquilla. —Esto me sube el colesterol. Creo que voy a prescindir de esta exquisitez.

—Entonces es buen momento para hablar de lo nuestro. —Dominic se levantó de la mesa—. Acompáñame.

—Perfecto —dijo al tiempo que le seguía y cerraban la puerta del despacho.

* * *

—Nyotaimori —la voz casi desconocida del hombre más alejado provocó en Samara un escalofrío por todo el cuerpo.

—Dante... —dijo Darío con gesto de humor.

—Ven, Samara —estiró la mano y esperó a que ella se acercará a él—. Voy a explicarte en qué consiste la técnica del Nyotaimori.

Dante, su nombre por primera vez. Estiró el brazo hacia ella y la levantó sentándola sobre la mesa, quedó con las piernas algo separadas y el hombre entre ellas.

—¿Sabes lo que es el Nyotaimori? ¿Has oído hablar de él alguna vez?

Meneó la cabeza negativamente y se sintió algo descolocada. El hombre tenía el pelo oscuro, sus facciones eran más angulosas que las de Dominic pero poseía unas mejillas muy elevadas haciéndole hermoso, se dio cuenta de que llevaba un pequeño pendiente con un diminuto brillante en una de sus orejas. La miró fijamente y levantó una ceja.

—Es una costumbre japonesa. Comer en el cuerpo de una mujer. Se suele entrenar durante muchas horas para no moverse, es un error imperdonable hacerlo, pues el sushi, en su caso, que mantiene casi la misma temperatura que el cuerpo podría estropearse.

Darío soltó un suspiro y comenzó a reír.

—Aparta las cosas de la mesa y tumbate.

Obedeció algo lenta, pues estaba totalmente descolocada. Dante se levantó con su aire prepotente y depositó sobre su sexo toda la copa. El frío la hizo pegar un leve gemido y se movió nerviosa.

—No... —musitó pellizcando su pezón con una fuerza horrible—. Eso no, tienes que estar muy quieta, lo único que puedes mover en tu pecho y eso porque no te queda más remedio que respirar.

Empezaba a sentir como la nata escurría por sus labios. Las pequeñas láminas de fruta se esparcían por su monte y alguna se había quedado encajada en su ingle. Ivanov soltó una estrepitosa carcajada y se balanceó en la silla, ella sólo pudo ladear la cara y cerrar los ojos por la vergüenza y su imposibilidad a quedarse totalmente quieta.

—Veras Samara, es muy importante que entiendas que no debes moverte, en Japón se castiga con mucha severidad que una mujer no sea capaz de educar su cuerpo y su mente para este tipo de placeres. Ahora es más

extendido en los países europeos, no existe la esencia de la disciplina Nyotaimori, pero yo llevo muchos años fuera, veremos si tu eres capaz de hacer lo que te estoy pidiendo. Ni un leve gemido, ni un suspiro ni movimiento... ¿Comprendes?

Asintió con la cabeza y notó escurrirse la nata un poco más hacia abajo.

—¿Lista?

Estaba aterrada, le quemaba el pezón por el pellizco tan brutal y meneó la cabeza con lentitud por miedo a derramar el resto del postre.

—Bien... Darío, juega —dijo Dante.

Darío apartó su copa de la mesa y pasó el dedo por el centro de su sexo. Notó como se deslizaba suavemente y con facilidad por sus labios y sintió como la rozaba con destreza hasta alcanzar después un pedazo de fresa. Se lo llevó a la boca y lo saboreó con humor. Ivanov optó por pasar la pequeña cucharilla por encima del monte, alcanzó una lámina de fruta y luego para su sorpresa introdujo suavemente la cucharita un poco en su sexo hasta empaparla con la nata y se la llevó a la boca. En ese momento Samara no pudo contener un leve movimiento y otra vez se vio torturada por los dedos de Dante que la apretaron cruelmente el pecho. Aquel hombre disfrutaba haciéndola daño, ni siquiera se centró en comer de ella, se mantenía cerca de su cabeza y observaba sus gestos vorazmente, como si esperara ansioso un fallo para castigarla. Nuevamente los dedos de Darío se abrieron paso por el centro de su sexo, la separó con cuidado un poco más las piernas y los metió con suavidad hasta rozar ese punto que le hacía enloquecer. Samara comenzó a respirar nerviosa, intentó centrar la imagen en el horrible Doberman que permanecía tumbado en la alfombra para aliviar su excitación de alguna forma pero era imposible, aquel muchacho sabía muy bien lo que hacía, sacó los dedos y se los llevó a la boca para dejar pasar a Ivanov que ya jugueteaba con varias piezas de fresa que se habían escurrido por la cara interna de sus nalgas hacia el culo. Sintió el metal de la cucharita rozar su ano, subir lentamente hacia arriba y recoger las láminas que quedaban encajadas en su sexo. Nuevamente se movió al sentir el metal dentro y otra vez Dante apretó su pezón con violencia hasta que la hizo gritar.

—Shh... —la susurró con el dedo en los labios.

—Mi copa —musitó Darío.

La hizo levantarse y la colocó a cuatro patas en la mesa. Le separó las piernas tanto que le dolían las ingles, luego volcó su contenido sobre el culo y fue escurriendo por la rajita hasta la mesa. Las fresas se amontonaban entre su espalda y él lamía sus nalgas pero la nata a medida que pasaba el tiempo impregnaba cada centímetro de su sexo. Estaba a tan solo dos centímetros de Dante, mirándole de frente y no sabía muy bien que haría detrás Darío. Pero Dante alargó sus dedos y colocó sus índices y pulgares alrededor de sus pechos.

—Recuerda, se obediente... No te muevas...

¡Horror! La lengua de Darío recorrió su sexo desde el clítoris hasta su ano y se movió de nuevo haciendo que Dante la torturara nuevamente y esta vez con mayor saña los pezones. Ivanov soltó una carcajada y se cambió de silla para estar detrás de ella. La cucharilla está vez fue más prudente, pero notó que a la vez sus dedos se metían dentro y arrastraban la horrible fruta hasta sus entrañas para luego sacarla y empaparla en la nata con maestría. Se preguntó ansiosa y desesperada por qué no aparecía Dominic e interrumpía aquella tortura. Era imposible permanecer quieta, cuanto más notaba la lengua de Darío, cuanto más sentía la cucharita moverse en torno a su sexo, más ganas de moverse y arquearse la entraban. Otra vez el horrible pinchado que acompañaba a sus pellizcos la hizo gritar, Dante mantenía ligeramente la boca entre abierta y se pasaba la lengua por los labios disfrutando cada gemido de dolor que profería su garganta.

—¡Por Dios... no...! —intentó decir.

En ese momento Dante la besó con violencia y la pellizco con tanta fuerza que creyó romper a llorar de dolor pero a su vez uno de ellos lamía el resto de la nata con tanta sutileza que aquello se convertía en una orgía de sensaciones dolorosas, placenteras, vergonzosas y despiadadas.

Se apartó de ella y la rodeó el cuello con una de sus manos. La otra se mantenía sujeta a uno de sus pezones y se acomodaba a su vez en la silla con regodeo. La última copa fue una tortura, ya no soportaba el juego y era cada vez más difícil no moverse, así que Dante la profirió varios pellizcos que acabaron por hacerla llorar desconsoladamente. Cuando terminaron su postre los pezones la latían como si tuviera dos inmensos corazones en cada uno. Ivanov la ordenó ir al baño y limpiarse, y cuando regresó recogió la mesa y

esperó de nuevo hasta que Dominic y Argas aparecieron por el lateral del salón haciendo que el perro saltará de alegría al ver a su dueño. Los demás se habían servido unos pequeños vasitos de licor de la camarera auxiliar y se mantenían charlando animadamente como si nada hubiera pasado en el salón.

—¿Todo bien? —dijo Dominic—. Veo que os gustó el postre.

—No lo dudes —confirió Dante y se rió sardónicamente.

Juegos... estaba segura de que no era lo único que tenía preparado para ella. No tratándose de Dominic, esos hombres eran tranquilos, no estaban ahí para torturarla ni ponerla a prueba, solo era una cena de negocios, donde el tener a una mujer sumisa dispuesta a recibir cualquier orden era normal para ellos, igual sus casas tenían pequeñas mazmorras para sus innumerables esclavas, quizá no concebían una vida más allá de las puertas de sus hogares sin ese pequeño complemento decorativo. Dante e Ivanov encajaban a la perfección con ese perfil de hombre, Argas era más cascarrabias y parecía un hombre que como Antón se mantenía al margen de ciertos entretenimientos pero ¿Y Darío? Lo había estado observando durante los minutos que pasó de rodillas junto al sofá y el hombre no transmitía esa sensación de prepotencia y egocentrismo que el resto. Quizá eran perfiles muy distintos, era normal, en Quimera también existían. Dante disfrutaba con el dolor, era claro, solo había que ver la expresión de su cara cuando la apretaba con saña sus doloridos pezones. Ivanov encajaba más con el dominante elegante y sibarita que podía asemejarse al estilo de Roberto pero Darío, el más joven de todos no era capaz de clasificarlo, la acarició la cabeza con cariño varias veces y luego había jugado con ella sin hacerla daño.

Dominic seguía absorto en sus pensamientos balanceando su copa de vino, con las piernas separadas y algo taciturno. ¿Qué pasaba por su mente? Se movió discretamente hacia la derecha para rozar su pierna. «Sí, estoy aquí. Acuérdate que te quiero y por mucho que te provoque estoy muerta de miedo».

Le golpeó el recuerdo de aquellas palabras que Dominic había dicho cuando le pidió sentir el abandono del que hablaba Alexis: «Recuerda siempre que te amo». ¿Acaso lo podría olvidar? Era demasiado pronto aquella noche, la cena se había adelantado y el reloj ni siquiera marcaba las once, Argas levantó el bastón apartándola de lleno de sus pensamientos y le

apunto a la cara directamente.

—Bueno, muchacha —dijo—, aunque estás realmente encantadora al lado de mi perro creo que empiezo a tener cierta curiosidad por conocer ese carácter del que haces gala.

Se levantó del sofá con rapidez. Ese hombre pasaba de los cincuenta y aún así tenía un físico envidiable, su rostro estaba surcado de finas arrugas por los años pero eso le conferían un atractivo maduro y elegante, en cambio cuando se quitó la chaqueta del traje observó que tenía una espalda casi de la misma anchura que Dominic y sus brazos eran joviales, quizá por el ejercicio o por una vida moderada, una complexión atlética de un hombre que se cuida y que había sido muy hermoso en su juventud. Su mano derecha portaba en uno de sus dedos un sello de inmensas proporciones con una especie de detalle encatrado en el metal formando una estrella.

—No dudes, Argas —oyó decir a Dominic—. Tenéis plena libertad para lo que estiméis oportuno. Ella lo ha pedido.

—¿La Matrioska lo ha pedido? —preguntó Ivanov con humor.

Dominic se incorporó y la empujó con el pie hacia el centro del salón, dejándola de rodillas en medio de los dos módulos de sofás.

—Sí.

Argas se giró repentinamente como si de un demonio se tratara y sus ojos brillaron con una intensidad casi diabólica. Alargó la mano y tomó una copa de cristal.

—Entonces, sáciate —le dijo entregándosela a Samara.

—Señor, no entiendo —dijo ella al tiempo que cogía el cristal.

—Tienes sed de conocimientos, quieres conocer el límite de la humillación, pues sáciate —se rió y una inmensa dentadura marfil se dibujo en su rostro—. Llénala y bebe.

Dominic sonrió negando con la cabeza. El rubor emergió en su cara y empezó a sentir el rabioso calor de la desesperación. ¿Acaso pretendía que...? ¡Dios mío, era horrible!

—Yo se lo pondré más fácil, si me permitís —Dante se reclinó en el sofá y tiró de su muñeca arrastrándola y colocándola entre sus piernas—. Hoy no tienes un Señor, tienes cinco. Ardua tarea, debes complacernos a todos, uno a uno, con nuestras declinaciones y vicios. La primera orden es clara, sáciate...

Se soltó los botones de su pantalón y liberó su inmenso miembro. Este brilló ferozmente bajo la tenue luz. La tomó la mano y la hizo rodearle el sexo con la mano. Empujó su cabeza y Samara abrió la boca clavándose bruscamente contra él. Dante la movía a su antojo haciendo que se tragara cada centímetro de su inmenso miembro, incluso llegó más de una vez a sentir arcadas cuando la empujaba la cabeza con tanta crueldad. Notaba como el resto miraban entretenidos la escena, Dominic a veces parecía perder el interés y hablaba con Argas, mientras ella se esforzaba en no perder la concentración, Dante continuaba mientras asfixiándola con movimientos cada vez más violentos. Entonces supo que quería decir Argas, lo supo en el mismo momento en el que Dante la apartó violentamente y cogiendo su mano atrajo la copa a la punta de su sexo y descargó su contenido en ella. Lo había pensado, le resultaba algo cruel pero era cierto. El líquido lechoso lleno a penas dos centímetros la copa, la hizo chupar los restos y la empujó nuevamente al centro.

—Cuidado no derrames el contenido —musitó—. Bebe.

—Por Dios...

—Bebe —fijó sus ojos en ella y su orden fue lenta y seca—. Vamos...

Samara apretó los labios y miró a Dominic, la miraba con los ojos muy abiertos y creyó ver una mueca de ironía casi imperceptible.

—No puedes hacerme esto... —pensó mientras le miraba suplicando compasión—. No lo permitas... no me hagas esto...

—Dominic... —susurró lastimosamente.

Dante se levantó del sofá y se colocó frente a ella.

—No me hagas repetirlo una vez más. Bebe.

Se acuclilló frente a ella y esperó a que ejecutara su orden. Mientras Samara bebía aquel líquido infernal la miraba con sorna disfrutando el momento como un desequilibrado. Al terminar, movió la cabeza hacia el sofá y la señaló a Ivanov.

—Y ahora sigue con la ruta... Tienes mucho trabajo y seguro que mucha sed...

Repitió el proceso uno a uno. Argas se reía cuando la copa se llenaba más de lo normal y ella ponía una expresión de repulsión y agonía. Bebió el semen de todos y cada uno de ellos hasta que llegó a Dominic sin embargo la

paró cuando se disponía a bajar su bragueta y arrastrándola por un brazo la metió en el baño y la lleno la boca de pasta de dientes. Fue vergonzoso sentir sus dedos entrando dentro y lavándola los restos de lo que había bebido. Intentó hablar y decirle algo pero era imposible.

—¿No pretenderás apenas tocarme después de esto?

—Mmm —musitó—. Dominic, por favor... yo...

Le resultaba imposible hablar, cada vez que intentaba decirle algo, metía más adentro los dedos y la pasta la picaba la campanilla. La empujó la cabeza al centro del fregadero y le dio un cepillo. Samara se cepilló los dientes nerviosa y aceleradamente bajo su atenta mirada.

—Sigue —la ordenó—, y esmérate... Rapidito.

Cuando terminó volvió a llevarla al salón y otra vez la colocó en el centro de todos y se sentó. Ivanov estaba de pie y sostenía en las manos una cuerda. Se acercó a ella y le ató las muñecas a la espalda, luego la empujó con suavidad hacia adelante hasta que su cara quedó apoyada en la alfombra y el culo levantado.

—Una esclava pasa por diferentes fases a lo largo de su adiestramiento. Uno controlar su rabia cuando se siente humillada, obedece las órdenes, sean las que sean. Como has hecho tú hace un momento. Aguantando tu asco, tu odio, eso se refleja en los ojos de una mujer por mucho que disimule su tormento —se alejó de ella y tomó algo que Darío le entrego—. Otra el dolor, pero no el leve dolor de un castigo, a veces una esclava es castigada por mero placer, por mero capricho del que sirve.

La golpeó la cara interna de las piernas con lo que parecía una vara y eso la hizo gritar de dolor. Estaba acostumbrada a que los golpes que Dominic la profería siempre fueran en el culo y aquel latigazo la pilló desprevenida y fue asestado en una zona demasiado sensible para ella.

—Ahí... —dijo—, en esa fina piel casi inmaculada... Entre la parte interna de tus rodillas y el culo... ¿Duele, verdad?

—¡Sí! —gimió angustiada.

—Disciplina, Matrioska, debes decir «Gracias Señor».

Otro golpe brutal la hizo llorar. Un hilo de voz salió de sus labios y repitió sus palabras entre balbuceos. A medida que la azotaba con aquella fuerza tan descomunal como su altura, el sudor comenzó a caerle por la frente

y lloró con más intensidad.

—¡Gracias Señor! —se sentía mal, muy mal. El dolor era insoportable y no tenía intención de parar—. ¡Gracias Señor!

Ni siquiera buscó a Dominic. Solo le dio tiempo a observar al joven Darío a su izquierda situado con la misma expresión de dulzura de siempre. Durante minutos la azotó con tanta intensidad que creyó que jamás se borrarían las marcas de las hileras sonrosadas que empezaban a dibujarse en sus piernas. Cuando el enorme ruso creyó conveniente cesó su castigo y se situó frente a ella.

—Injusto, pero cuando perteneces a alguien tu dolor depende de sus caprichos —la pasó la mano por la mejilla con cariño y la sonrió—. No llores... Matrioska... —dijo con amor—. Lo mejor de todo esto es el cariño que recibes por tu aguante y sacrificio. Algún día desearás ser castigada solo por esa recompensa.

Con los ojos llenos de lágrimas recordó lo que le dijo Alexis, las mismas palabras que sentados en el jardín de Quimera, él intentaba explicarle.

En ese momento y llegado a ese punto ya no le importaba nada. Fuera lo que fuere lo que querían de ella, le daba igual. Sintió un inmenso dolor por la lejanía de Dominic, ese abandono al que la estaba exponiendo, sin pronunciarse, solo observando lo que hacían sin decir o hacer nada. Entonces sintió rabia, eran sentimientos contradictorios, agotamiento, abandono y ahora rabia. Rabia por él, rabia por el hecho de aguantar aquello y por no saber aún como terminaría la noche.

—¿Compraste las acciones del Banco Central al final? —dijo entonces Dante a Dominic.

Eso era lo humillante, ni siquiera era el centro de atención de aquellos individuos. Estaba en mitad del salón con las piernas hirviendo en una orgía dolorosa y aquellos seres sin sentimientos comenzaban una conversación que nada tenía que ver con ella, como si en ese momento no fuera importante o lo suficientemente entretenida para ellos. Elevó un poco la cabeza y miró a Darío. El hombre se mantenía concentrado en su rostro y no había dicho ni una sola palabra en varias horas. Mientras el resto se enzarzaba en otra de sus conversaciones de negocios se agachó hacia ella y la levantó la cara.

—¿Te encuentras bien? —la preguntó.

—Necesito ir al baño...

Darío se incorporó y la levantó del suelo.

—Voy a llevarla al baño...

Ninguno puso ningún reparo y la acompañó al aseo. Samara se sintió bastante violenta cuando el hombre permaneció en el umbral de la puerta y ella intentaba sentarse en la taza con la incomodidad de llevar los brazos a la espalda.

—¿Vas a quedarte ahí? —preguntó.

—No lo dudes.

—Por Dios, esto es de locos...

Darío la sonrió apoyando su peso en el marco de la puerta y cruzó los brazos. Cuando terminó de orinar la hizo sentarse en el vide y abrió el grifo del agua caliente.

—Estate quieta Samara —le dijo—. Solo voy a lavarte un poco, intentaré no tocar las marcas de tus piernas...

—¿Por qué eres agradable? —le dijo—. ¿Qué escondes tú?

Darío se rió y empapó una esponja con un poco de jabón, luego la humedeció con cuidado y se la pasó por el sexo suavemente.

—No escondo nada niña...

—¿Tienes esclavas? —Samara lo miraba curiosa y acelerada—. Dime...

—Hablas mucho y preguntas demasiado.

El calor del agua la hizo pegar un ligero bote. Darío era delicado en su tarea, pasaba la esponja por ella con cuidado y luego la sumergía en el agua que se iba acumulando bajo su sexo.

—¿Qué vais a hacer? —al no notar enfado alguno en él siguió bombardeándolo de preguntas—. Dime, por favor, te lo suplico.

—Samara —se incorporó y la levantó en el aire sentándola sobre la encimera de mármol del lavabo, se colocó entre sus piernas y la miró fijamente—. No me tutees, aunque mi carácter no sea colérico o agresivo, no te confundas. Sabes bien que cada uno usa sus métodos. Vienes de Quimera, debieras dar por hecho las cosas.

—Lo siento, Señor —susurró cabizbaja—. Necesito tanto conseguir pasar esta noche, es algo tan personal... Y me siento tan ridícula a veces.

Darío era una mezcla de Carlo, Alexis y su hermano. Sintió cierta empatía

hacia él cuando la acarició la cara con ternura y la sonrió.

—Preciosa esclava —la miraba como un padre mira a su hija—. No existe nada en tus actos ridículo, no al menos para nosotros. Eres hermosa, provocas cuando puedes. ¿O crees que no he visto lo que hacías a Dominic en la mesa cenando? —la apartó el pelo de la cara y la besó en los labios—. Esa frescura y esa osadía es lo máspreciado que tienes pero úsalo con prudencia, si no de nada te valdrá...

Darío se ríó y volvió a mirarla. Su mano acarició sus pechos y descendió por su estómago con cierta delicadeza, cuando llegó a sus labios y aún sin apartar la vista de ella la introdujo uno de sus dedos muy despacio.

—Te enciendes tan rápido... —se acercó a su cara y la besó en la mejilla—. Es angustioso morir de deseo y no poder saciarte como antes en la mesa. ¿Verdad? —la susurró—. Estar empapada, ansiosa cuando sientes la lengua en tu coño y que no te den la posibilidad de correrte. ¿No es así?

En aquella postura, atada y sentada, con la cabeza casi a punto de golpear el espejo del baño apenas podía mover la cadera, aquel hombre empezaba a mover los dedos con una maestría que la estaban volviendo loca, sus susurros, el roce de sus labios en la oreja eran dolorosamente excitantes. Respiró profundamente e intentó moverse en vano, estaba entre sus piernas y no la daba opción a escapar del tormento al que la estaba exponiendo.

—Señor, por favor...

—Temer que te cedan y luego darte cuenta que te encuentras en una situación que si lo hiciera, te entregara, disfrutarías como una perra... ¿Me equivoco?

A medida que hablaba se iba empapando más. Ahí estaba él, Darío el poeta, quizá el mayor tormento que pudieran darle en aquel momento. Delicado y tenaz, diabólicamente excitante. No iba a dejarla que se corriera, estaba totalmente segura que aquel hombre tan sólo la provocaba un placer indescriptible para luego apartarla de su lado.

—Podría... —dijo entonces.

—¿No entiendo, Señor? —jadeó ansiosa.

—Podría follarte ahora mismo... —giró el dedo y la penetró con otro mientras hacía suaves círculos en su clítoris con el pulgar— delante de tu Señor, te sentirías sucia... Eres demasiado caliente e impulsiva para no ceder

a los placeres que te dan, ¿verdad, Samara?

A eso se había dedicado, a observar los detalles más pequeños. Si no paraba de tocarla de aquella manera iba a explotar en cualquier momento y sus mejillas empezaban a adquirir un color casi rojo por el placer. Él lo veía, mantenía su suave sonrisa y de vez en cuando se apartaba de su oreja para mirarla directamente a los ojos.

—Por favor...

—Incluso ahora te sientes mal... empapada por un desconocido. Nerviosa por si Dominic entra en el baño y te encuentra gozando entre mis manos... pero mírate... no lo puedes remediar... a tan solo unos segundos de correrte...

—¿Por qué me hace esto? —susurró a punto de estallar.

Darío se rió, sacó los dedos de dentro y se los chupó con delicadeza.

—Para que te des cuenta preciosa que a veces, lo más sutil, es lo que más puede tocar la moral de una esclava...

11. Nada es lo que parece

Y no acabas de entenderlo...

* * *

No era su semblante impertérrito, ni siquiera la sonrisa dulce y pausada que la dirigió durante toda la noche, sus ojos azules redondos le proferían un aspecto casi angelical, un hombre que trasmitía calma o al menos eso era lo que pensó de él cuando lo vio. No, no tenía la misma mirada provocadora de Carlo, ni tampoco la serenidad y la pasión de su hermano, era algo distinto, algo que la desorientaba, quizá Darío aún no había enseñado sus cartas y solo jugaba con la posibilidad de atormentarla de forma sutil, como él bien dijo en el baño. Cuando salió del aseo tras sus pasos firmes se volvió a sentar en el sofá mientras ella volvía al lado de Dominic, él tenía una expresión de calma, inmerso en una conversación de balances, acciones y números. Por primera vez en todo ese tiempo, se dio cuenta de lo que realmente era Quimera para ella, echó de menos a todos y cada uno de los que formaban esa familia, con sus defectos, sus virtudes, ese apoyó casi transparente y necesario que la transmitieron siempre que se encontró en una situación delicada y que ahora allí de rodillas, no tenía. Pensó en su hermano, si estuviera en aquella habitación la abría susurrado al oído que todo iba a salir bien, Carlo la provocaría con su aire burlesco pero luego la guiñaría un ojo para que la serenidad volviera a su cuerpo, y Roberto, con su aire lustroso y su semblante sibarita, la sonreiría o incluso mandaría a Yelina o Xiamara para que la

pasaran el brazo por el hombro. Quizá Mateo la observara anonadado como siempre, preguntándose por qué una mujer como ella regalaba aquel don tanpreciado, su voluntad y Meredit, su gran amiga y confidente... ¡Cómo echaba de menos a todos en aquel momento!

«Recuerda siempre que te amo». ¿Por qué dijo aquello? ¿Por qué la rebotaban esas palabras en la cabeza de aquel modo tan doloroso? Lo miró durante breves segundos, la forma de mover sus manos cuando hablaba, su gesto osado y pensativo al escuchar, sus rasgos amenazantes que tanta belleza la proferían, su boca, perfecta y delicadamente perfilada, la nariz respingona que arrugaba cuando se enfadaba. Repulsión por lo que había hecho, esa maldita copa que bebió llena de su líquido, llena de humillación. Ni siquiera en ese momento Dominic la miró de una forma determinada, tan sólo observó lo que hacía sin decir una sola palabra o dar a entender un gesto aunque fuera de asco. ¿Tan capaz era de controlar sus emociones? ¿O quizá es que no había nada que controlar? Decidió dejar de pensar en todas esas cosas o se volvería loca antes de que terminara la noche. Una noche demasiado larga para ella, lo peor de todo estaba aún por llegar...

* * *

—¿La casa de los Cross sigue siendo tan acogedora? —Dominic miró a Darío, que seguía sin perder de vista a Samara.

—Impoluta, mira que pensé en venderla mil veces, pero cada vez es más habitual cuando vengo que tire de ella, y no me provoca un gasto excesivo, así que he optado por mantenerla.

—Tu tía cuidó esa casa en vida como si fuera oro.

—Es muy isabelina, demasiado para mi gusto personal pero para lo que la uso...

—Bien, entonces no hay más que decir. Si no os importa dejarme un momento a solas con Samara.

Aquello le provocó una punzada en el vientre. Mientras los hombres se retiraban al despacho de Dominic, este se levantó y la puso de pie frente a él. Lo miró desorientada, tenía un brillo en los ojos inusual, la apartó el pelo de

la cara y la sonrió de una forma que se le cerró el corazón y por momentos pensó que aquel músculo había dejado de latir.

—Princesa... —alargó la mano y la quitó los dos brazaletes que llevaba—. Ahora tienes que irte con ellos.

—¡No! —le salió de la garganta como un misil. No podía creer lo que la estaba diciendo—. No... Dominic... No puedes hacer eso... no puedes dejarme sola con ellos, fuera de aquí...

—Te irás con Dante y Darío. Ivanov y Argas están alojados en un hotel, mañana madrugan y se van rápido pero ahora tienes que ir con ellos. Se ocuparán de ti hasta mañana.

La aferraba por los brazos con fuerza mientras Samara negaba con la cabeza una y otra vez. Comenzó a llorar desconsoladamente, jamás se había apartado de ella ni un minuto, lo poco que recordaba en soledad había sido un mero capítulo sin importancia con Carlo y él estaba a tan solo unos metros de aquella habitación. ¿Cómo podía? ¡Sola! ¡Con aquellos hombres que apenas conocía! ¿Por qué?

—No —susurró—. No tienes ningún derecho a suplicarme nada, tú lo pediste.

—¡Jamás me has dejado sola! —gritó—. ¡No puedes dejarme sola con ellos!

—Entonces deja todo esto ahora —la miró con dureza y la apretó más los brazos—. Puedes pararlo todo con una sola palabra, incluso puedes pararlo en mitad de la noche y te iré a buscar de inmediato ¿No te das cuenta que todo depende de ti?

—¡No es justo! —una rabia como jamás había sentido se apoderó de ella—. ¡No es justo! ¿Eso es lo que quieres? ¿Qué me rinda como Romina? ¿Para sentirte mejor contigo mismo?

—Estas equivocada...

—¿Quieres que haga eso? —volvió a gritar—. ¡No! ¡No! —gritaba—. ¡Me niego!

La meneó para que se calmara pero eso no hizo más que acrecentar su llanto.

—¡Basta, Samara! —su tono autoritario la hizo parar de llorar al instante—. Basta...

Su voz pasó de la dureza a la tranquilidad. La miró unos segundos y continuó.

—¿Qué pensabas que era una esclava? Todavía no tienes ni la menor idea de lo que pretendes sentir, ese abandono, esa sensación que tanto llenaba la boca de tu amigo ¿Te crees que se siente en dos días bajo la protección de la persona y del entorno que conoces? El problema es que aún no sabes lo que me has pedido, no tienes la menor idea de nada...

—No entiendo por qué haces eso... ¡Ellos no me harán sentir nada!

Se apartó de ella y luego volvió a avanzar cogiendo su cara con ambas manos.

—Mi amor... no serán ellos, tienes razón —la besó en los labios y se quedó durante unos segundos pegado a ella con los ojos cerrados—. Claro que no serán ellos... Pero esta noche conocerás lo que buscabas. Esta vez no puedo hacerlo yo... Mañana lo entenderás.

* * *

Ni siquiera la permitieron coger nada de casa. Dante salió del despacho y la colocó un collar en el cuello con una pequeña correa corta. Ni siquiera lo miró con la intención de despedirse, la abandonaba a su suerte, para aprender algo de aquella noche que aún no entendía. Ilógico, Darío se sentó en el asiento del copiloto, Dante conducía su bonito coche deportivo, de esos que llaman baja bragas, igual de egocéntrico que él mismo. Estaba aterrada, desnuda y sentada en el asiento de atrás, ¿acaso la sacarían a la calle así? ¿Por qué la dejaba sola? ¿Qué era lo que aquello podría enseñarla? Humillación y sí abandono, pero por parte de Dominic. Una hora y media de viaje a través de la carretera secundaria para llegar a la casa de los Adams. Pensó en la casa Cross, la casa heredada de Darío, tenía que ser aquella, la arquitectura era claramente Isabelina, una puerta enorme arqueada y dos torres frontales a cada lado. Pensó que si escapaba de allí, se perdería en el bosque o la comerían los lobos. Le dio por reírse sin ganas. Aquello era un mal sueño y no podía despertar.

—Señorita... —Darío se giró levemente pero no la miró—. Bienvenida a

mi hogar de verano, en el momento que bajas del coche, a cuatro patas.

—No... no me encuentro bien...

—Se llama «estar acojonada lady» —dijo con sarcasmo Dante—, pero se te pasará...

Aparcaron justo delante de la puerta, ella gateó atada por la correa hasta la entrada y al traspasar la puerta se dio cuenta que todo el recibidor, un inmenso suelo de piedra se extendía bajo sus rodillas. Dante tiró con fuerza de la correa y la provocó un gemido lastimero.

—Animal —susurró ella.

—¡Oh! Ya vemos el carácter de la niña, perfecto, ahora que no está tu Señor sácalo, no nos debes pleitesía —se inclinó hacia ella y se acuclilló—. Tu zalamería, tu belleza, no vale una mierda en esta casa, me importas tres cojones y yo... no te quiero... por lo que... me tira del rabo tus gestos de pena, tus posibles llantos y tú... carita de niña buena...

—Me da igual —Samara lo miró con odio. Darío la observaba a poca distancia mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba en un perchero—. Me da igual...

Dante se rió y dio otro brusco tirón que la empujó hacia delante. Ella intentó mantenerse de rodillas pero a punto estuvo de caer de bruces contra el suelo.

—Camina, zorrita, te quedan dos pisos para llegar.

La subió con dureza peldaño a peldaño sin darla tiempo a veces a apoyar las manos en las escaleras, de esa forma, iba a trompicones y a veces incluso la arrastraba. Darío iba detrás, con su calma pausada y como siempre sin abrir la boca. Al llegar a la planta segunda las rodillas la ardían, la piedra le había golpeado varias veces los huesos y tenía rozaduras en las dos piernas, abrió una de las puertas más próximas a la escalinata y la arrastró dentro, enganchó la correa a una argolla de una de las paredes que sobresalía y se apartó encendiendo un cigarro. Samara miró a su alrededor. Era una habitación, con una cama matrimonial inmensa, una mesa de madera tallada y ribeteada en las patas con motivos florales, varias alfombras en los extremos y centro del piecero y dos inmensos ventanales de doble puerta. Las paredes estaban tapizadas en papel de colores clásicos, le recordó a la casa de su abuela en el pueblo, a las bombillas pelonas que pendían del techo y solo se encendían

con una pequeña perita colgante con la que una se estrellaba cuando se incorporaba en la cama en mitad de la noche.

—Dominic... ¿Por qué me has dejado sola? —musitó llorando anclada a la pared absurdamente.

Observó a los dos hombres, Dante se había sentado frente al escritorio y buscaba en los cajones suspendidos a ambos lados, algo que no tardó en encontrar. Darío la miraba, como si fuera un espíritu de otro mundo, en mitad de la habitación con las manos en los bolsillos y un gesto relajado.

—¡Las encontré!

Se acercó a ella y la pellizcó ambos pezones. Se encendieron con mayor fuerza y este aprovechó la dureza para colocarle dos pinzas que la apretaban con violencia y se clavaban en su piel. De ellas colgaban dos pequeños cascabeles.

—Así no te nos pierdes... la casa es muy grande... No los pierdas.

—Duelen...

—Al principio. Luego pasa y si no te pasa, es lo que hay.

La sonrió con burla y la besó en la frente. Samara intentó apartarse de él pero sus manos la sujetaban con fuerza el cuello y la mantenían tesa como un poste.

Dante se incorporó y sin mediar una sola palabra salió de la habitación. Samara fijó su atención en Darío. Seguía inmóvil en mitad de la alfombra, con el rostro algo tornado y una mirada penetrante y concentrada en ella.

—¿Y ahora qué? —preguntó desesperada. Le ardían los pezones y aquellos cascabeles tintineaban como la pulsera de Catinca del tobillo—. ¡Dime algo! ¿Qué vais a hacer conmigo? Creí que tú eras diferente... —sollozó. El hombre no hablaba y eso la angustiaba y rabiaba más—. ¡Dime algo!

Avanzó dos pasos hacia ella y la sonrió.

—Intenta no moverte de esa manera, solo provocarás que te duelan más...

—¡Me importa una mierda! —lloró.

Se acercó algo más y la propinó una fuerte bofetada en la cara.

—Cállate, Samara.

—¡Cállate tú! —gimió.

Soltó una carcajada estrepitosa y en ese momento se dio cuenta que Darío estaba disfrutando viéndola así. Intentó devolvérsela, que más la daba, ellos no eran Dominic, no eran nadie. No les debía nada y no iba a ponérselo fácil. En aquel momento mientras él seguía observando cómo se rebelaba consigo misma la entraron unas inmensas ganas de partirle la cara y salir corriendo de allí. Decirle a Dominic «Tus amigos inútiles no han podido retenerme», «No han sido capaces de controlarme», «No han podido conmigo».

—Me habían hablado de tu carácter... En casa de tu Señor lógicamente era imposible verlo, pero ahora, es... increíble el genio que sacas... Tremendo...

—¿Y de qué vale? ¿Me volverás a abofetear? Me importa una mierda. No sois nada para mí... No os debo nada...

—Cierto... pero no te olvides preciosa esclava, que tu tampoco eres nada para mí —la dulzura de sus palabras empezaba a darla miedo—, como bien dijo Dante, aquí nadie te quiere. Ponte de rodillas y estate quieta, no voy a volver a decírtelo otra vez.

Le obedeció por inercia, luego se arrepintió de haberlo hecho y se inclinó hacia delante para intentar soltarse del anclaje. Darío se acercó a ella y la soltó el collar del cuello. Quedó liberada y esto la provocó confusión. Estaba de rodillas pegada a la pared y lo tenía delante de pie. Había agachado ligeramente la cabeza y la observaba.

—¿Lo pondrás fácil o difícil? —le dijo—. Hagas lo que hagas, conseguiré hacer contigo lo que me plazca, por un camino o por otro. Tú decides.

—Te odio...

—Pon la manos en el suelo Samara... mantente a cuatro patas... No te lo digo más veces...

—Te odio... Eres odioso...

—Eso no era lo que parecía en el baño. Es más, creo recordar que me pedías que no dejara de...

—¡Cállate!

—¿Te duele recordarlo?

—¡No quiero oírte!

Tiró de su pelo con fuerza y la arrastró hacia la cama. El somier era tan alto que la levantó como un saco. Pasó su brazo por la cintura y la elevó de

lado como si pesara unos gramos para luego lanzarla con fuerza. Los cascabeles tintinearón, se puso sobre ella y le sujetó los brazos por encima de la cabeza.

—Dios, me otorgó una paciencia de Santo, pero, madre mía... niña, estas a punto de acabar con ella... Cálmate... Sé que es difícil, te sientes mal, sola, rabiada, pero lo único que conseguirás mi preciosa esclava es que todo sea más difícil y todavía queda demasiada noche para que sufras así... No me tutees.

Se inclinó hacia su cara y la besó en la mejilla con fuerza.

—Por favor... Te lo pido una última vez... Deja tu odio... hacia él ahora...

Comenzó a llorar nuevamente bajo su peso. Darío se apartó de ella y se acercó al escritorio. Volvió al poco y la colocó de rodillas entre las dos barras de madera que sobresalían del piecero de madera. Ató sus muñecas, una a cada lado, quedando de rodillas con las piernas separadas mirando hacia la pared en el extremo de la cama.

Sintió su mano entre las piernas, algo duro la penetraba. Ni siquiera intentó ver que era, estaba demasiado agotada hasta para eso. Meneó la cadera, el aparato la tensaba los músculos vaginales horriblemente.

—Intenta que no te caiga —dijo—, ahora no te costará dentro de un tiempo será algo incómodo.

Lo miró con rabia y sintió una palmotada en el culo que la tiró hacia delante.

—Quita esa expresión de odio de tu cara —otro golpe la obligó a avanzar con las rodillas más al extremo de la cama.

—Separa más las piernas y abre la boca —al decir esto la introdujo una bola con dos tiras de cuero en la boca. Las tiras pasaban por sus mejillas y se unían atrás por una hebilla. Lo apretó con fuerza y la amordazó—. Preciosa... Eres como una muñeca de porcelana...

Meneó con los dedos los cascabeles de sus pezones y tiró levemente de ellos. Samara puso un gesto de dolor y cesó. Se colocó por detrás y la ató el pelo en una cola. Así no la molestaría. Fue delicado, recogió sus mechones más cortos con sutileza y los pegó por detrás de sus orejas y luego volvió con dos horquillas que ajustaron más el cabello hacia atrás. La miró unos

momentos y sonrió. Samara se revolvió pero con menos fuerza.

—Lista... ¡No! Falta un detalle...

Se movió con rapidez y buscó en un armario encastrado en la pared algo. Era un bonito corsé de cuero que colocó con cuidado bajo sus pezones, apretó las tiras entrelazadas con fuerza y la volvió a observar unos segundos.

—Desde atrás una mujer con un corsé tiene un culo realmente apetitoso... Mira... eres como una muñeca de porcelana pero algo plateresca... a juego con la casa... Deliciosa...

Se rió y Samara intentó moverse con rabia.

—No puedes hablar, como las muñecas —soltó una carcajada y saltó encima de la cama—. Ni darte la vuelta, ni quejarte... que paz... muñequita...

Darío el poeta era un demente, lo pensó durante segundos mientras lo observaba moverse de un lado a otro de la cama contemplando su obra de arte. Se puso frente a ella a los pies de la cama, la cabeza le llegaba por el pecho, la levantó la barbilla y la miró con dulzura.

—Si me prometes que no vas a escupir tonterías por la boca te quitaré esa mordaza —ella meneó la cabeza afirmativamente—, pero te advierto que si me engañas te la pondré toda la noche.

—Mmm...

—Está bien, recuerda lo molesta que es.

Dicho esto la desprendió de la bola y se sentó en una silla de respaldo redondo tapizada que había frente a la cama.

—Me he pasado horas escuchando, viéndote interactuar entre todos —se desprendió de la chaqueta del traje y la colocó en el respaldo con sumo cuidado—, he analizado tus gestos, que te da miedo, con que gozas... Soportas las humillaciones, eso está claro, te cuesta digerirlo, pero lo haces aún así, tienes un pequeño punto débil —hizo una pausa y se levantó avanzando hacia ella—, estás perdidamente enamorada de Dominic... —rozó con los dedos su entrepierna y Samara se movió incómoda—. Este es su tesoro... ¿Verdad?... que nadie lo toque...

—No me...

—Shh... Recuerda lo que me has prometido hace un momento...

Se quedó frente a ella y volvió a rozar su sexo sin apartar la vista de ella,

la cual no podía disimular su incomodidad ante aquella situación.

—Su flor... que nadie más que él lo encienda... quizá Quimera puede permitírsele siempre que él lo acepte... pero ahora, te toca un hombre que no conoces y él no está... Samara... —metió el dedo dentro de ella y permaneció inmóvil— esto —sacó el dedo empapado en flujo— es lo que te devora el alma... lo que te humilla... lo que te hace sentir realmente sucia...

—No tienes derecho a...

Cogió su barbilla con fuerza y la apretó las mejillas con los dedos.

—Hoy tengo todo el derecho del mundo, mañana será otro día —la sonrió con una mueca que se parecía a una sonrisa burlona y volvió a pasar los dedos por su sexo—. Una vez más. Te lo preguntaré una sola vez. Yo. Ahora. Antes de que todo empiece. ¿Quieres irte de aquí?

—¡No! No quiero irme de aquí —gritó—. ¡Me importa una mierda que...!

La profirió otra terrible bofetada que la ladeó la cara.

—Con el «no» bastaba.

Dio un silbido largo e intenso y a los pocos segundos apareció Dante, con su expresión de triunfo y una vara en la mano.

—Pues que empiece la fiesta, lady —dijo Dante.

Se colocó detrás de uno de los laterales y la asestó un golpe certero en las nalgas, Samara miró directamente a los ojos a Darío y apretó con fuerza las mandíbulas.

—Si te suelto... ¿Gatearás hasta mis botas y te comportarás con una verdadera, zorrita? ¿Eh, muñequita?

—No.

Otros dos golpes la zarandearon hacia él.

—¿Me servirás como debe servir una esclava?

—Antes muerta... —le sonrió con odio al mismo tiempo que recibía otro golpe en el culo.

—Me encantas...

Dante volvió a azotarla varias veces.

—No parara hasta que cedas muñequita de porcelana —musitó—. ¿Me servirás como debe servir una esclava?

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó desafortadamente.

Los varazos continuaron durante minutos. Estaba agotada, le dolía todo el cuerpo y el pelo ya no era un peinado recatado y curioso, era una maraña de tirabuzones que se desparramaban por su cara y sus pechos desordenadamente.

—¿Me servirás como debe servir una esclava?

—No... —susurró apenas sin fuerza.

Otra vez Dante descargaba su fuerza sobre sus nalgas y de vez en cuando pasaba las manos por las marcas resquemándola más aún.

—Está... está bien...

Darío avanzó dos pasos y se inclinó hacia su boca.

—No te oigo muñequita...

—Si... te serviré... haré lo que me pidas pero dile que pare... te lo suplico...

Levantó el brazo hacia Dante justo cuando estaba a punto de lanzarle otro de sus varazos y se apartó. Se sentó en la mesa y se columpió.

—Tiene carácter, la putita —dijo encendiendo otro cigarrillo.

—Bien, te soltaré, pero recuerda que debes comportarte como una esclava, si algo no me gusta volveré a atarte y seré yo quien pase la noche azotando ese culo tan perfecto que Dios te ha dado.

Liberó sus muñecas y cayó sobre el colchón agotada. Lo vio sentarse en la silla y esperar su reacción. Estaba claro que hiciera lo que hiciera, al final de un modo u otro conseguiría lo que quería. Descendió torpemente de la cama y a gatas se acercó a él y le besó las botas. Primero una y luego otra. Se quedó entre sus piernas respirando aceleradamente y sin aliento.

—¿Te portarás bien?

—Sí...

La molestaba horrores el aparato que llevaba dentro de ella. Se movió lastimosamente y lo miró. Darío tenía una expresión pensativa y algo distante. Era como si intentara meterse en su cabeza y buscar esa parte oculta que podría salir de su genio incontrolable. Pasó la mano por su mejilla y la apartó la maraña de pelo.

—Incorpórate —la ordenó— y separa las piernas.

Obedeció. Su cabeza estaba a la altura de sus pechos y observaba las pinzas con curiosidad. Descendió hacia su sexo y palpó el aparato

empujándolo hacia dentro, al hacerlo presionó suavemente su clítoris y dio un pequeño bote intentando apartarse de él.

—Quieta...

Una vez más rozó su clítoris y Samara se ruborizó. No podía remediarlo, su pequeña zona sensible era algo que no podía controlar por mucho que lo intentara y aquel hombre sabía cómo hacerlo y hasta qué punto la gustaba. Se humedeció el dedo y volvió a pasar la yema por él.

—Pon las manos en la nuca y repito, no te muevas.

Mientras jugaba con ella presionó un poco más aquel monstruo que tenía dentro, esta vez apenas notó su roce pues el contacto con su clítoris empezaban a excitarla horriblemente. Separó con los dedos ambos labios y lo dejó totalmente al aire.

—Fíjate... Esto es envidiable...

Dante se rió. Samara se estaba encendiendo de una manera aterradora, sus dedos abrían el capuchón y con la otra mano rozaba delicadamente su clítoris.

—Qué sabia es la naturaleza... Este es el botón de la sumisión —soltó una risa pausada y la miró—. Qué difícil, ¿eh? Es pasar la yema por el centro y todo se nubla, la fidelidad, el amor, la rabia, los principios...

—Por favor... —suplicó desesperada—. Déjeme...

—Si pasara la lengua por él te correrías como una loca en mi boca... por muy dura que seas... ¿Me equivoco?

No contestó y apretó las mandíbulas con rabia.

—Samara contesta...

—No... No se equivoca... «Señor» —ese final fue con odio.

Darío se rió con más fuerza y la sacó el aparato que llevaba dentro.

—Abre la boca —le dijo—, dado que sigues con tus ademanes vamos a ponértelo más difícil.

De un movimiento la encajó el pequeño consolador o lo que demonios fuera y la miró con humor.

—Como te caiga, te meto en el coche y te dejó tal cual estás en el primer bar de carretera lleno de camioneros que vea.

Samara se dio cuenta que hablaba en serio, era la primera vez que veía esa expresión de rabia en sus ojos y su voz tajante que nada tenía que ver con la dulzura que hasta ahora mantenía.

—¿Me has entendido?

—Mmmm...

—Separa más las piernas y no hagas que me levante de la silla...

Mientras Darío observaba aquella imagen algo ridícula de ella no podía ver donde se encontraba Dante sin embargo en aquel momento le daba igual, nadie la había humillado tanto como aquellos dos hombres. De pie, con las piernas separadas, mojada por sus propios fluidos y con aquel instrumento en la boca y las manos a la nuca se sentía terriblemente ridícula. ¿Qué más daba ya todo? Dominic no estaba allí, Luis no estaba allí, ni siquiera Carlo podía verla, nadie vendría a ayudarla y fuera lo que fuese lo que querían hacer con ella de un modo u otro, Darío tenía razón, lo harían. En ese momento, se derrumbó. Cerró los ojos y se dijo «Está bien, deja de mirarme, sé que estoy ridícula y seguiré estándolo hasta que tú quieras», luego al abrirlos y ver que aún seguía mirándola con humor se derrumbó, pero no por el odio, ni por la tristeza de encontrarse sola con ellos, simplemente porque era obvio que no podía hacer nada.

Darío era como un radar para sus expresiones. En ese momento se incorporó en la silla y se inclinó hacia delante apoyando las manos en la piernas. Frunció el ceño y pestañeó varias veces. ¡Qué hermoso era, tan hermoso como perverso! Si, lo había notado, había notado que estaba agotada. La quitó el aparato de la boca y se levantó besándola apasionadamente.

—¿Te das cuenta que estas aquí porque quieres? —musitó.

—Sí Señor...

—Porque él, también quiere.

Se percató de que Dante había desaparecido.

—Lo sé...

—Ahora compórtate como una esclava y haz tu trabajo... dame placer... y discúlpate por tu osadía...

Rendida, esa era la palabra, rendida. Era cierto, ella estaba ahí para hacer lo que la pidieran. Se sentó en la silla y ella descendió entre sus piernas, no había escapatoria, soltó con cuidado los botones de su pantalón y liberó su sexo. Hermoso, hinchado y delicadamente tenso para ella. Lo miró unos segundos, los suficientes para darse cuenta que sus ojos volvían a proferir esa

dulzura que poseía. Se metió su miembro en la boca y lamió con cuidado todo su perímetro. Notó su mano acariciando su cabeza, sus dedos rozando la mejilla cuando se tragaba su sexo hinchado, su respiración que iba acelerándose de la misma forma delicada con la que la tocaba. Estaba excitada, no podía remediarlo, aquel hombre era sensual y delicado, pasaba los dedos por sus labios tensos, acariciaba su boca recreándose quizá en la forma de lamerle y devorarlo. Su sabor, la invadió como un torrente sin apenas darla tiempo a tragar aquel liquido lechoso. Se quedó durante unos segundos quieto, la mantenía con ella en la boca a medida que iba deshinchando casi imperceptiblemente su tamaño. Apenas un poco, pero lo suficiente para notar que se estaba relajando. No iban a permitir que disfrutara. Tras esto se levantó y arregló la ropa. Abrió la puerta y la hizo bajar a gatas al piso inferior. Dante se peleaba con algo en el salón, parecía unos cables que conectaban el televisor. Miró a Darío y luego a Samara que se mantenía de rodillas a su derecha.

—Allí —la señaló un rincón de la entrada donde tan solo había una manta en el suelo— dormirás allí, cuando despiertes prepararás el desayuno y lo servirás. Procura que no pase de las ocho. Hay mucho que hacer.

—¿Alguna duda? —preguntó Darío.

—No Señor...

—Pues a tu sitio —musitó.

Obedeció y se acurrucó en el suelo. Mientras el sueño y el recuerdo de Dominic se iban apoderando de ella observó a los dos hombres en la sala anexa. Estaba muy pegada a la amplia escalinata pero podía ver con claridad a ambos. Darío se había inclinado sobre el mueble del televisor y tras conectarlo se quitaba la camisa y se sentaba junto a Dante. Igual existía otra Quimera en algún lugar y ellos eran parte de una familia parecida a la que ahora ella tenía y tanto necesitaba en aquel momento. Igual había alguna mujer perdidamente enamorada de ellos, que soportaba la vida que le daban por que no existía nada que la llenara más que eso. Cerró los ojos y se quedó dormida...

* * *

—Despierta...

Despertó desubicada sin saber donde estaba. Le dolía la espalda terriblemente y el costado, había dormido toda la noche en posición supina sobre aquella piedra perversa y protegida de ella por una fina manta. Se incorporó como pudo y gateó hasta lo que parecía la cocina. Miró el reloj, apenas eran las siete. Preparó zumo, troceó algo de fruta, café con una de esas cafeteras antiguas que casi le estalla en la cara y unas tostadas. Luego decidió que unos huevos revueltos les encantaría, así que se apresuró a rebuscar en la nevera encontrando sin problema todo lo que necesitaba. Media hora más tarde estaba en la segunda planta con las dos bandejas que subió en dos veces. Abrió la única habitación que conocía y lo encontró profundamente dormido boca abajo. Podía divisar sus curvitas juveniles bajo la fina tela de la sábana y el culo respingón. Apenas le tapaba, se quedó de rodillas con la bandeja en el suelo y carraspeó sutilmente. Darío abrió los ojos y tensó los músculos de la espalda estirándose.

—Buenos días Señor —musitó—, su desayuno...

Levantó medio dormido la cabeza y la dejó caer con pereza.

—Por dios Samara... son las siete y media... Maldito Dante —levantó el brazo y señaló con el dedo una puerta que estaba en un lateral—, entra por ahí... es la otra habitación se comunican entre si... fuera... —dijo.

Gateó hacia la otra bandeja que había dejado en el umbral de puerta y abrió la puerta con torpeza, sujetar una bandeja de rodillas era difícil. Ya no tenía vergüenza, después de todo, eso, era una tontería. Dante estaba oculto bajo el enorme almohadón de plumón. Apenas le veía. Se levantó y llevó la bandeja hasta la mesita, la depositó encima y volvió a ponerse de rodillas, luego tiró de la sábana y meneó el brazo de Dante que parecía engullido por la almohada y el edredón. En cambio, este pegó un bote y se incorporó como una bala.

—Coloca el almohadón, quiero estar cómodo —le dijo incorporándose.

Samara obedeció azuzó la almohada y se la colocó en la espalda. Dante era más atractivo recién levantado que con aquel aire chulesco que le caracterizaba. Frunció el ceño y sus enormes ojos castaños analizaron minuciosamente la bandeja. Mientras decidía o al menos parecía decidir por dónde empezar le dobló la sabana bajo su estómago y le colocó con cuidado

la bandeja, el tiró de uno de sus enganches del pecho y el tintineo del cascabel sonó nervioso.

—¿Necesita algo más?

—No, vete.

Salió de la habitación y otra vez se dirigió a la de Darío. Estaba medio dormido, sentado en la cama con el pelo revuelto. En aquel momento la imagen que le vino a la cabeza fue Alexis, sus mismos remolinos revoltosos por la cabeza. ¿Cómo podía un hombre con un talante tan dulce ser tan cruel en determinados momentos? Le acercó la bandeja e hizo lo mismo que con Dante. Dobló la sábana, colocó el almohadón y le puso sobre las piernas la bandeja. Se fijó en que llevaba un pezón perforado con un pendiente diminuto y plateado.

—¿Tienes hambre?

Meneó la cabeza y bajó la mirada. Darío lanzó al suelo unas cerezas y la miró.

—Come —la espetó.

Por momentos dudó pero al instante gateó hacia una de ellas y cogiéndola con la boca la masticó con dignidad, Darío no dejaba de mirarla mientras daba largos tragos al zumo de naranja. Ella gateó hacia el otro lado de la habitación y cogió otra, luego otra y por fin la última.

—¿Tienes más hambre?

Volvió a menear la cabeza. Darío partió un pedacito de tostada untada en mantequilla y la puso sobre su mano, se acercó sutilmente y la cogió con cuidado.

—¿Qué edad tienes, Samara?

—Treinta y dos años...

—Yo tengo dos menos que tú —la sonrió sardónicamente y devoró el resto de la tostada—. ¿Te molesta?

El hombre que la estaba torturando era más joven que ella, eso haría daño a cualquiera, pero en ese momento no sintió un ápice de malestar en todo aquello.

—No Señor...

Acercó el zumo a sus labios y la ofreció beber del vaso.

—Me alegro. No se suele encajar bien... bebe y dame las pepitas que

tienes en la mano... —se rió con malicia y estiró la mano.

Samara obedeció y se quedó algo descolocada, oyó el televisor en la habitación de al lado y a Dante soltar varios improperios en lo que parecía una carrera de coches.

—¿Cómo te sientes? Habla, no te calles nada.

—De ninguna manera, ni bien, ni mal.

—¿Te molesta que te lance la comida en el suelo y sigas de rodillas?

—Me da igual Señor... Estoy bien... No me importa, no.

La acarició la cara y ella sonrió sin darse cuenta.

—¿No temes que pueda pasar hoy?

Se quedó pensativa unos momentos.

—No... lo que venga lo soportaré. Llegado a este punto...

—Posiblemente me apetezca castigarte, volver a azotarte las marcas que ya te llenan el cuerpo.

—No me importa, Señor.

—¿Por qué?

—Supongo... —apoyó las manos en las piernas y bajó la cabeza— que haga lo que haga, no valdrá más que para complicar las cosas.

—Pero ayer, aún dolida por los golpes y por todo lo que pasó te mojaste...

—Lo sé... Una mujer que pasa por eso no sería capaz... cedí y me rendí supongo... No me importa lo que haga conmigo, pasaré lo que sea con tal de demostrar que...

—¿Sabes lo que significa eso, Samara?

—Sí, que me rindo.

—Que te abandonas... —la miró fijamente y dio un largo sorbo a la taza de café humeante—. Tan sencillo y a la vez tan complicado... ¿Y sabes por qué estás aquí? Porque no hubiera sido lo mismo con él a tu lado.

Se quedó petrificada mirándolo, aquel joven de nariz afilada y mejillas doradas, más joven que ella, la dejó totalmente descolocada.

—Mírate, de rodillas al lado de mi cama, con esas cositas juguetonas colgando de tu pecho, el corsé y repleta de marcas. Me miras y me dices que no te importa lo que venga que lo asumes y lo acatas hasta volver al lado de tu Señor. ¿Qué más quieres aprender?

Mordisqueó un trozó de manzana como si le estuviera contando una anécdota y se inclinó en el almohadón.

—Cuatro hombres, cuatro terrores representados en cada uno de ellos. Argas la vejez, no pareció importante, Ivanov la fuerza, te dio igual, Dante la mezquindad retorcida llevado al sadismo, ahí dudaste y luego estaba yo, el más sutil pero que detectó tu miedo: fallarle y gozar con otro hombre, es decir, tenías miedo de ti misma... ¡Qué paradoja! ¿No?

—¿Quiénes sois? —dijo descolocada—. ¿Quién eres?

Darío cogió la bandeja y la colocó sobre la cama con cuidado. Golpeó el colchón y la invitó a subir.

—Recuerda que Quimera fue el hogar de más gente que ahora tiene su vida fuera de este país. Argas también fue un niño de orfanato, solo que su vida le alejó de aquí. Pero siempre que necesitan algo, no dudamos en venir. Como también han hecho ellos en su momento.

Soltó con cuidado sus pinzas, la liberó del corsé y saltó de la cama. Abrió el cajón del armario y se vistió tranquilamente bajo la atenta mirada de Samara que permanecía de rodillas totalmente bloqueada. Miró el reloj.

—Las nueve y media —la besó con pasión y la acarició la cara con dulzura—. Eres libre, Samara. En una hora te recogerán. Debes ducharte y vestirme. Tienes tu maleta en la habitación de al lado. En ella encontraras tus pertenencias y tu ropa.

Dante soltó un grito de enfado y a punto estuvo de volcar la bandeja.

—No, no entiendo nada... Señor...

—No me llames Señor, ya no soy tu Señor, llámame Darío —la besó la mano y la ayudó a bajar de la cama—. Quedan dos días para que finalice tu semana, ya no depende nada de mí.

—¿Me recogerá Dominic?

—No lo sé, preciosa.

La acompañó a la habitación de al lado y sacó la maleta del armario. Estaba claro que Dante la había metido en la habitación la noche anterior. Darío abrió los ventanales y la miró con cariño.

—Te hubiera encantado hacerte mía aunque fuera una sola vez...

Metió la lengua en su boca y la aferró con fuerza entre sus brazos.

—¿Os... os volveré a ver?

—Todos estamos unidos por nuestro pasado, has tenido que escucharlo alguna vez. Estoy seguro que sí...

12. De vuelta a casa

Y que Dios me perdone por lo que voy a hacer...

* * *

Dante la miró con cortesía y le profirió una sonrisa enternecedora. Le tomó la mano y la besó, sus ojos denotaban calma y serenidad.

—A tus pies Samara —le susurró frente a la puerta de entrada—. Ha sido un placer conocerte.

Estaba lista para irse, portaba en la mano su pequeña maleta de viaje. Darío la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—Suerte muñequita. Espero que todo te salga bien. Ha sido un honor poder participar en esta prueba que tú misma te has impuesto.

—Gracias.

Que irónico pero que gran lección que siempre habían repetido en Quimera, eran hombres normales, podían tener familia, hijos, una vida plena y sencilla, incluso un carácter tierno y apacible y sin embargo modificar esa parte de ellos, cuando ejercían su papel. Esa era una de las cosas que había visto con sus propios ojos esos dos días. Los verdugos que la habían aterrorizado aquella noche estaban frente a ella, como dos seres maravillosos y la despedían deseándola lo mejor.

—Yo también de conoceros y espero volver a veros de verdad...

Estaba agotada pero ansiosa, Darío había llamado a la casa y sabía por él que Dominic no sería quien la recogiera, vendrían su hermano y Carlo. Por

una parte lo agradeció, estaba tan agotada que necesitaba unos minutos de respiro antes de verle de nuevo. Cuando el coche pitó más allá de la puerta de forja corroída se apresuró a atravesar los amplios jardines a paso ligero, Carlo estaba de pie junto al coche, llevaba unas gafas de sol, unos pantalones de traje impolutos y una camisa blanca. No se pudo contener, tiró la maleta en el suelo, saltó a sus brazos como una niña que acaba de ver a su madre por primera vez en meses y rodeó su cintura con las piernas. Empezó a besuquearlo insistentemente.

—¡Cómo me alegro de verte, Carlo! —gimoteaba.

Carlo estupefacto casi perdió el equilibrio mientras Luis permanecía en el coche con los ojos abiertos como platos.

—¡Cómo te quiero! ¡Cómo te quiero! —decía ansiosa.

—Ay... Dios... que nos la han cambiado —la apartó descolocado y la miró—. ¿Estás loca? ¿Pero qué demonios...?

—Carlo... Estás aquí... Estás aquí...

La bajó del cuello intentando mantener la compostura. Frunció el ceño y Samara se enroscó a su cuello otra vez.

—¿Quieres subir al coche pesadita? Se ha vuelto loca...

Otra vez la descolgó de su cuello y la empujó delicadamente hacia la parte de atrás, Samara entró y se aferró con la misma intensidad a su hermano que saltó por entre los sillones delanteros para sentarse con ella.

—Sam... Mi amor... ¿Cómo estás? —la abrazó con fuerza.

—Bien... Tranquilo todo está bien... ¿Y Dominic?

—En casa cariño —dijo—. Estuve a punto de venir por ti ayer de madrugada... No... no estás mal, ¿no?

—Estoy bien, Luis. De verdad. No te preocupes.

—Nos ha jodido —Carlo se dio la vuelta y se quitó las gafas—. ¿Qué? ¿Yo de chofer? Pasa para adelante, Luis.

Durante parte del trayecto Samara rodeó el asiento del copiloto para abrazar a su hermano, Carlo la miraba de reojo algo descolocado y de vez en cuando ella le besaba la mejilla antes de darle tiempo a quitarla de encima. Era increíble. Hasta ese momento no tenía ni la menor idea de lo mucho que les quería a todos. Su hermano de vez en cuando la miraba extrañado como intentando comunicarse telepáticamente con ella. Estaba eufórica, feliz por

verlos de nuevo, ansiosa por llegar a casa y ver a Dominic sin embargo, sentía temor por el momento, todavía quedaban dos días y no tenía ni idea de lo que la esperaba. Posiblemente se derrumbaría, habían sido dos días terribles, pero en ese momento estaba acelerada y emocionada. ¡Les había echado tanto de menos a todos!

—¿Te ha dicho algo de mí? —le preguntó a su hermano.

—Nada. Ayer llegué a casa después de irlos todos y estaba encerrado en el despacho. Esta mañana hizo lo mismo...

—No deberías hablar tanto —Carlo lo miró de reojo.

—No sé más que ella Carlo. ¿Qué más da?

—Os eché mucho de menos...

—Sam... Para esto ya... Te lo pido, te lo imploro...

Samara se inclinó hacia atrás y frunció el ceño.

—No... No quiero. No puedes pedirme eso. He llegado casi hasta el final, ¿sabes lo que significa para mí conseguirlo? ¿Demostrar que soy capaz de todo lo que me imponga?

Luis miró a través de la ventana y se frotó los ojos, exhausto.

—Es una locura... —susurró—. Una maldita locura que no va a acabar bien.

—¡Ayer me trataron como en mi vida! —se sentía confusa y ofuscada—. Y lo soporté, llegué aquí muerta de miedo y sola pero también pase por ello.

Luis meneó la cabeza negativamente.

—¡Pijadas psicológicas! ¿No te das cuenta que está mermando tu cabeza para asestarte un golpe final?

—¡Basta! —Carlo frenó el coche de golpe y lo metió formando una nube de polvo en el arcén—. Baja del puto coche conmigo ahora mismo —le espetó a Luis—. ¡Ya!

Bajaron del coche y se metieron casi en mitad del campo. Los observó discutir acaloradamente durante minutos, su hermano se frotaba la cabeza y daba vueltas sobre sí mismo haciendo círculos mientras Carlo parecía echarle en cara algo. Al regresar, ninguno abrió la boca el resto del viaje, Samara no tardó en quedarse dormida del agotamiento.

13. Duele

Jamás te querrán como te he querido yo...

* * *

Cerró la carpeta de anillas sobre el escritorio y salió al jardín. Era uno de esos días de mitad del año que parecía pleno verano, el calor era insoportable y una suave brisa le movía el pelo acompasadamente. ¡Ah, qué recuerdos el olor a hierba! Cuando pasaba largas tardes con su madre en aquel pequeño campo anexo a la piscina municipal, los pequeños bocadillos de crema de cacao que le hacía merendar y aquel enjuto y achicado salvavidas que siempre se dormía cuando más llena estaba la piscina. Caminó por el suelo de baldosas, su pantalón de lino revoloteaba por la brisa y la camisa se abría por su parte inferior dejando entrever su estómago. «Jamás te querrán como te quiero yo y ni siquiera te has dado cuenta aún». «Si supieras lo que me duele...» No lo sabía, jamás lo sabría, al menos no era consciente de su dolor. La amaba, la había amado desde el primer día en que la vio, dejó de verla y siguió amándola con la misma intensidad. «¿Qué me estas pidiendo Samara?» Su límite, quería llegar a lo más profundo de su límite, quería conocer que se sentía en la situación de Alexis, ¿cómo negarse a eso? Por amor quizá. Lo hubiera hecho, posiblemente unos días antes se vio tentado a decirle que no seguiría con aquel juego, sin embargo, superó los primeros días y le dejó descolocado. Para qué negarlo, nunca apostó un duro por sus primeros días pero sabía que lo hacía por el rencor a Romina, por sentir que

ella era mejor, que había elegido bien y solo pensaba en decirla: «No seas estúpida. No necesito que me demuestres que eres la mejor, aunque no lo fueras te seguiría amando con toda mi alma». Pero volvió a sorprenderle y logró pasar ciertas cosas que no esperaba, ayer había sido una noche terrible, había apostado la cabeza a que no se iría con ellos. No lo hizo, le daba una lección, quizá era él quien no la conocía tanto como creía. Apretó con fuerza las mandíbulas y respiró profundamente, había momentos en los que la rabia, aquella que tiempo atrás le envolvieron en una oscuridad de odio, emergía en su cabeza. «¿Quieres sufrir? ¿Envolverte en esa sensación de desamparo que tanto deseas sentir? ¿Me conoces?». Soltó una suave carcajada y se giró hacia la casa. Oyó el coche de Carlo junto al portón principal. «Es el momento, mi amor, voy a quitártelo todo... aunque con ello sea yo el que me quede sin nada...»

14. Dame algo de ti

Perdóname, mi amor, por lo que estoy a punto de hacer. Sin embargo, tú me lo pediste y aun sabiendo a lo que me exponía... Yo te lo doy.

* * *

Necesitaba que la dijera algo, que la abrazara, que la amara con toda su alma y le susurrara algo bonito al oído. Estaba de pie en mitad del salón y observó cómo depositaba la bolsa de mano en el suelo. El juego seguía, estaba segura de ello, su mirada imperturbable se lo decía una vez más.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Sí...

Carlo ni siquiera había entrado, posiblemente tomaría un par de cervezas con su hermano y volvería a reprocharle sus comentarios que no había entendido tan siquiera.

—No quiero saber que te han hecho... recuérdalo.

—No... Si crees que...

—No quiero saber nada —la interrumpió—. Nada.

Samara lo observó durante breves momentos. La camisa blanca vaporosa se abría contrastando con su piel oscura, como siempre, las manos en los bolsillos, su semblante serio, su mirada fija.

—¿Seguimos adelante? —le preguntó.

—Seguimos.

—Entonces desnúdate y póstrate.

Obedeció rápidamente y con soltura Nunca había sido tan rápida en aquellas circunstancias pero empezaba a ser habitual y no le costó más que segundos obedecer sus órdenes. Dominic pasó a su lado y fue lo único y necesario para sentir excitación al oler su perfume. ¡Por dios, cuánto deseaba que la tocara! ¡Qué tormento más aterrador! Vendó sus ojos con fuerza, tanto que la tela oscura se clavaba en su piel provocándole un leve dolor punzante en las mejillas.

—Sigue mis pasos, a cuatro princesa...

Gateó torpemente escaleras arriba, no ver nada dificultaba la tarea. Giró a la derecha y avanzó por el pasillo hasta la que parecía por la distancia la última habitación que había en la casa. Al llegar se mantuvo expectante oyendo diversos ruiditos que no identifico, luego la cogió por el brazo y la levantó para colgarla del techo. Se quedó de puntillas, demasiado justo para estar cómoda, sus deditos apenas rozaban la tarima y si se mantenía así mucho tiempo sería horrible para ella. Creyó sentir un leve calambre en una de sus piernas y la movió.

—Es incomodo pero para una chica preparada como tu es una tontería, ¿verdad, mi amor?

Rozó con los dedos sus piernas y la entrada de su sexo.

—¡Tócame! —pensaba ansiosa—. Tócame una y otra vez, quiero sentirte, quiero sentir como te mueves dentro de mí. ¿Cuánto llevo así? Una semana... necesito tanto de ti...

Las correas o lo que fuera que apresaban sus muñecas la apretaban con dureza y la rozaban la piel cuando intentaba mantener el equilibrio, Para su sorpresa la levantó la pierna derecha, flexionándosela y atándola con maestría ajustando otra cuerda a su cintura.

—No puedo apenas...

—Lo sé, mi amor.

—¿Me vas a dejar así?

—Tal cual... No des saltitos... eso solo incrementará el dolor de tus brazos cuando tu peso caiga de nuevo hacia el suelo.

Parecía agotado, al menos esa era la sensación que sacaba de su tono de voz, eso o que la calma que le invadía era extremadamente paralizante.

Hablaba despacio, con suavidad, sin prisa y con cariño. Sintió como se alejaba de ella, quizá se mantuviera a unos metros observando su figura o como bien decía Darío la muñeca de porcelana. Qué irónico, se sentía nerviosa por el no saber que vendría pero sus fuerzas y su valentía habían aumentado con el paso de los días y las pruebas superadas. Estar de puntillas sobre una pierna era algo demasiado incomodo. Se sobresaltó al notar su mano rozar su clítoris.

—Ahora no te muevas —la susurró—. Te empieza a crecer el bello y es algo que no soporto... Mantente quieta o te cortaré.

Fue en ese momento cuando sintió como la impregnaba de crema, la fina cuchilla se desplazó suavemente por su pubis mientras con un paño húmedo algo caliente la quitaba los restos. Era horrible, sus dedos separaban sus labios y aquello la provocaba una excitación que en vista a su situación era inmensa. Sí, él era quien la tocaba, eso era suficiente para enloquecer de la emoción, como jamás lo había sentido, valorando quizá más si cabe que fuera él y nadie más que él quien la estaba acariciando. Por un lado sintió una necesidad de su calor insoportable, por otro la calma de sentirse segura, no amenazada por la posibilidad de que otro hombre la hiciera suya. Otra vez una orgía de sensaciones que se entremezclaban y aceleraban por momentos.

—Te eché mucho de menos —dijo ansiosa.

—Yo a ti también mi amor... —era como si la contestara en un estado de concentración y pasotismo—. No te muevas, Samara...

—No me hicieron nada que tú...

—Por favor... obedéceme, no quiero saber nada del tema.

Sacudió en algún sitio la cuchilla, oyó los suaves golpeteos del metal sobre algo y volvió a pasarla suavemente por su sexo.

—Listo —susurró y sintió sus labios besarle la entrada de su sexo—. Ahora ten paciencia...

Al decir esto le sintió cerrar la puerta y le oyó alejarse por el pasillo. Pasaron las horas, estaba claro que Luis tenía razón, si venía totalmente descolocada psicológicamente ahora en aquella postura, su agotamiento físico iba pasándola factura lentamente. No veía nada, no oía ni un sonido que la avisara de que él estaba en casa, durante horas permaneció de puntillas sin saber cómo soportar aquello con dignidad. De vez en cuando se sujetaba a las

correas y se colgaba para descansar la pierna pero eso era quizá más doloroso dado su bajo tono muscular. ¿Dos horas? ¿Tres, cuatro? Había perdido la cuenta y los calambres empezaban a emerger como tiburones desde abajo, abriendo sus fauces afiladas y devorándola los músculos.

—¡Dios mío! Qué horror... —estaba rota y agotada, se balanceó sobre sí misma y volvió a poner su peso en los dedos de los pies—. No puedo más... no puedo... no puedo... ¡No! Tengo que poder... tengo que hacerlo...

Aquel jolgorio moral era devastador. Las muñecas la ardían quizás despellejadas por su propio peso, pensó que su pierna debía tener el color de las orquídeas y si a eso le unía las marcas de Dante era todo un cuadro picasiano. La puerta, la oyó cuando casi estaba a punto de ponerse a gritar como una descosida. Los pasos, sus pasos. Era capaz de rastrear su olor a muchos metros a esas alturas y el taconeo de sus pisadas firmes eran incomparables a ningunas otras.

—Sigo pensando que no serás capaz de superar este fin de semana —lo oyó decir mientras parecía sentarse frente a ella.

—¿Cómo puedes decir eso? Mira cómo estoy... lo que he pasado...

—¿Por qué lo haces, Samara?

Se balanceó a punto de morir del dolor y el agotamiento y sonrió con las pocas fuerzas que tenía.

—Por orgullo, porque tú crees que no soy capaz.

—Pero en el fondo, ayer, cuando estabas expuesta a aquellos cuatro hombres y creí que saldrías corriendo disfrutaste...

Samara se quedó en silencio.

—Princesa, sé franca conmigo... es importante.

—Sí, disfruté... Me avergüenzo cada hora pero me excitó sentir que no podía controlar nada, pero no por el hecho de sentirme invadida por ellos, sino porque cumplía lo que tú querías... —sintió su risa y el despecho emergió en ella—. ¡Suéltame ya, por favor, no puedo más! —sollozó.

—Cuando seas franca, en todo.

—¡Soy sincera! Es cierto, he sentido dolor porque me dejaste sola, pero mira donde estoy. Todavía tengo... —se balanceó—. Tengo fuerzas para lo que sea.

—¿Estás segura de eso?

Samara se rió.

—Has conseguido que sea más fuerte... Más no puedes hacerme...

—No digas eso —su voz se tornó melodramática—. No vayas por ahí...

¿Acaso parecía intentar razonar con ella? Dudó unos segundos, su percepción de la realidad empezaba a distorsionarse.

—Hazme el amor... Necesito sentirte... No me has tocado...

—Ponte recta, Samara...

—¡Por Dios, suéltame!

Le oyó levantarse y aproximarse a ella. La quitó la venda de los ojos, soltó su pierna y volvió a sentarse frente a ella, en una silla que había colocado en mitad de la habitación. Parpadeó dolorida, intentando adaptarse a la luz de la estancia con torpeza. Parecía que ya era de noche, había estado todo el día anclada al techo y empezaba a no sentir apenas el dolor de sus brazos y la pierna entumecida. Dominic encendió un cigarro y la observó con los ojos ligeramente cerrados. El respaldo de la silla estaba al revés, sus manos se apoyaban en la parte superior y sujetaba con la boca el cigarro en un gesto chulesco.

—Podré con todo Dominic... pero te suplico que me hagas el amor... no lo soporto más... es tormentoso...

—Te diré que voy a hacer, más bien te diré qué va a pasar —dio una inmensa calada y volvió a coger el cigarro apoyando los brazos en el respaldo—. Mañana vence la semana, es cierto que has llegado hasta un punto que no te creía capaz, soy un hombre que sabe quitarse el sombrero cuando le demuestran que estaba equivocado...

—Puedo con todo, puedo con todo... —rió como una desequilibrada—. ¡Con todo!

—No vas a pasar de esta noche...

—¡Sí! —le pudieron los nervios y el agotamiento—. Y lo sabes...

—Es más, en media hora abras roto... te doy la oportunidad de enmendarte y abandonar...

—¡Jamás!

Dominic se incorporó, la acercó el cigarro a los labios y Samara aspiró una inmensa bocanada.

—Medítalo...

—No... —lo miró con rabia e ironía—. No voy a dejarlo, no existe nada que pueda humillarme más, lo has hecho todo... ¿Castigos? Puedo con ellos, abandono, me has tenido horas aquí colgando, me has duchado con agua helada más de una vez, he servido a tus amigos como una esclava... todo... —se rió de nuevo y lo miró.

—No dudaré en ir a buscarte al fin del mundo... Tampoco lo olvides nunca, mi amor...

La besó con pasión y Samara sintió que un escalofrío la recorría todo el cuerpo. Pasó por detrás de ella y la acarició la espalda, sintió su mejilla rozarla la nuca, apartó su pelo y la besó en el cuello, el hombro, acarició sus brazos doloridos y aún tensos por las correas. Su boca, su tierna y maliciosa boca se pegó a su oreja y un cosquilleo desquiciante se apoderó de ella y de su sexo.

—Te soltaré de tu tormento... te diré qué vas a hacer esta noche y cuando lo asimiles será cuando complazca tus ganas de mí...

Rozó con las yemas de los dedos su coño y lo abrió delicadamente. Ahora estaba frente a ella, la besaba la mejilla y la acariciaba suavemente el clítoris. Samara estaba empapada, tan solo necesitó unos segundos para sentir que sus fluidos la inundaban cuando su boca rozó la oreja y sus susurros comenzaron.

—Eso es lo que va a pasar esta noche... en ese orden, primero te diré qué tienes que hacer, luego soltaré tus correas y te follaré... pero creo mi amor... —su dedo se coló con facilidad dentro de ella— creo que no va a ser como esperabas... a menos que abandones ahora mismo...

—No... no... —jadeó—. No voy a abandonar...

—Lo suponía —metió la lengua en su boca y mientras la clavaba más los dedos la movía dentro una y otra vez. La mordió el labio inferior y la miró con la misma duda que minutos antes—. Entonces deberás prepararte, te ducharás en el baño y volverás a ponerte esos bonitos brazaletes que decoran tu cuerpo...

—Sí... Haré lo que me pidas... No pares...

Separó las piernas, sentía tal descarga de placer a su contacto que se aferraba a las correas con fuerza tensando su cuerpo.

—Esta noche demostrarás todo lo que has aprendido en tu semana de cautiverio... Una preciosa esclava, que disfruta con lo que hace porque sabe

que al final del día si es obediente recibirá su premio...

Soltó una de sus manos, besó sus labios y soltó el otro brazo. Samara se sintió desfallecer en sus brazos. La levantó en el cuello y la llevó a la cama, volvió a estirar sus brazos y la ató al cabecero con cuidado sin dejar de besarla.

—¿Eres una buena esclava? —la susurró volviendo a meter sus dedos dentro de ella—. Dímelo...

—Sí... lo soy...

Movía la cadera como loca, Dominic se quitó la camisa y se colocó sobre ella, notaba el bulto de su entrepierna clavado en su pelvis latir con brutalidad.

—Entonces será sencillo para ti... Estas empapada... Tienes hambre, ¿verdad?...

—Sí... Haré lo que me pides... pero fóllame.

El ruido de un coche y las luces de sus faros se reflejaron en la ventana.

—Mira —volvió a susurrarla—. Ahí esta nuestro invitado, al que debes servir hoy como has aprendido...

—Sí... ¿Quién es?...

Cogió la venda que previamente había colocado en los ojos y la pasó suavemente por su boca.

—Tu padre... —la susurró apretándola con fuerza la mordaza.

Samara pegó un bote y lo miró estupefacta. Se meneó bruscamente mientras él le hacía un gesto con el dedo para que se callara, movía la cabeza en señal de negativa con los ojos abiertos de par en par y una expresión de terror que no pudo contener. La penetró muy despacio, la besaba suavemente la mejilla mientras la susurraba que se calmara, que todo iba a salir bien. Samara estaba excitada, era imposible no estarlo y por mucho que intentara patear por el miedo a lo que venía tenerlo dentro de ella después de tantos días de tormento era algo que no podía controlar.

—No vas a hablar... no quiero escucharte, piensa... piensa si merece la pena... enseñar a tu padre en que se ha convertido su niña del alma... —la envistió con dureza sujetando su cara con la mano.

Balbuceó algo ininteligible, se preguntaba. ¿Por qué? ¿Por qué usaba aquello contra ella? ¿Por qué su padre venía aquella noche a su casa? ¿Lo

había llamado él? ¿Para hacerlo aquello sin más?

—Te odio... Te odio en estos momentos pero no pares... —pensó— en que me he convertido... ¡Eres perverso, no puedes hacerme esto! —se dijo para sí.

La rabia y el placer la engullían, Dominic se clavaba en ella sin darla tregua hasta que aquel calambre que tanto ansiaba la atravesó por dentro y la hizo jadear debajo de la fina tela que ahogaba su grito ensordecedor. Paró de golpe y se quedó mirando sus ojos durante segundos. Estaba asustada, respiraba nerviosa con una expresión de pánico en su mirada.

—Tu hermano estuvo quince años en la calle por su culpa —le dijo—, quince años sin nada, tu padre pasó mil veces por delante de la destartalada casa que su madre tenía y lo veía sentado en las malditas escaleras de un porche que se caía y ni siquiera paró una sola vez por sus remordimientos...

—¡No quiero escucharte! —gimoteó para adentro—. ¡Cállate!

—Le sobraba el dinero de aquella y no fue capaz de pagarle una maldita educación, solo paseaba por allí asegurándose de que su perfecta vida no fuera tocada por su otra familia y ¿sabes qué? Todavía ayer tu hermano le llamó y teniendo la posibilidad de quitárselo todo, de dejarle sin nada como él, le ha perdonado... No perderá su casa, que podría ser derruida, Roberto puede comprar el terreno de esa maldita casa y tirarla abajo, no perderá su vida... y me pregunté: ¿Por qué cojones hace eso Luis? Por ti...

La soltó la mordaza y la besó con rabia la boca.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué? —gimoteó.

—Crees que es porque no pases esta noche, por ponerte a prueba y que abandones pero no, es más sutil que todo eso, lo que te ofrezco, lo que te expongo y te dejé a tu merced es la posibilidad de ser tú quien le haga pagar el daño a tu hermano. Tu moral, tu amor por Luis, tu vida nueva, él le ha perdonado por ti. Ahora mismo está en el despacho entregándole sus malditos papeles para que su casa no sea destruida, vivirá como siempre... La única penitencia que tiene es hacer entender a tu madre lo que hizo pero tú... —le giró la cara para que lo mirara—. ¿Qué harás por él?

Se rió sardónicamente y se apartó de ella. Parecía un titán a los pies de la cama abrochándose los pantalones, fija su mirada en ella.

—Esa es tu última prueba. Hacer lo que tu hermano no se atreve por ti.

Lo que haría ahora mismo si no te quisiera como te quiere... ser tú... la que le haga pagar... su dolor.

15. Apocalipsis

La cuerda que siempre se tensa termina desafinando. PAULO
COELHO

* * *

Se vio veinte años atrás, con su vestido de paje blanco ribeteado, sus flores rosas bordadas en hilo, sus zapatos de charol a juego, su padre siempre la había llevado a todas las ferias, las caravanas ambulantes de atracciones la llamaban la atención. Solía comprarla un enorme caramelo de colores que devoraba con ahínco.

—No te acerques al barrio de detrás. La gente es mala, la pobreza les hace ser malos —le decía—. Tú eres una niña con clase, es bueno que te juntes con los niños de tu nivel.

Se imaginó a Luis con sus años, ocho o nueve, quizá doce. Ella lo había tenido todo, ni siquiera sabía que existía. ¿Cómo puedes hacerme esto, Dominic? «No puedo bajar así y exponerme de esta forma, es mi padre... mi padre me quiso siempre más que a su vida. Le romperé el corazón y el alma». «Como también se lo rompió a tu hermano».

Un nido de avispas se agolpaba en su cabeza, la había soltado y estaba debajo del chorro del agua, lloró como una loca, gritó con desesperación. Golpeó la pared con los puños y se dejó caer de rodillas mientras se balanceaba aferrándose el estómago con las manos. Porque dolía, dolía lo que la pedía, si abandonaba, abandonaba a su hermano, si seguía mataría a su

padre del disgusto por verla así. ¿Qué hacer? ¿Cómo podía hacerla pasar por aquella lucha existencial? Se aferró a los bordes de la bañera y salió torpemente. Dominic se mantenía frente a la ventana de la habitación en total silencio, había salido al pequeño balcón y mantenía las manos sobre la barandilla de madera y una expresión ausente más allá del jardín, de los árboles y los pequeños arbustos que rodeaban la casa.

—Tu padre te vio —musitó dándose la vuelta y fijando su mirada en ella—. Tu hermano le entregó un video que grabé hace meses estando con ambos en la cama.

Se quedó paralizada con la toalla enroscada en el cuerpo y el pelo goteando sobre su pecho.

—Supongo que te preguntarás porque lo hicimos. En el fondo no tienes la culpa de todo lo que hizo sin embargo eres lo máspreciado que tiene, la única forma de hacerle daño y obligarle a contar a tu madre la verdad eras tú.

—No puedo creer lo que me estás diciendo...

Se tapó la boca con la mano y abrió los ojos de par en par.

—Ese era el fin... Recuerda que tu hermano te reconoció, que se acercó a ti para vengarse de él, es otra historia lo que aconteció después, que te ame y no sea capaz de seguir su venganza...

Avanzó varios pasos hacia una Samara, totalmente ida y desconcertada.

—No es como yo, le pueden los remordimientos y después de aquello no ha querido seguir. Ahora lo tienes abajo, casi disculpándose con él —hinchó las fosas nasales como si la rabia no le dejara continuar—. No es justo... Se merece la mayor de las miserias y él no es capaz de hacerlo por ti —soltó una suave risa y meneó la cabeza—. Y tengo que respetarle sin más...

Lo miró con un odio casi palpable, su estado medio catatónico se transformo poco a poco es una expresión de rencor, aversión por todo lo que estaba escuchando. Al menos esa era la sensación de Dominic, sus mejillas sonrosadas empezaban a adquirir un tono casi rojo, apretó los labios con desprecio y soltó su toalla quedando totalmente desnuda.

—Serás capaz... —le dijo asombrado.

—Te odio... Acabas de romperme el corazón...

—No me digas eso...

Avanzó hacia la puerta y la abrió con brusquedad, Dominic la siguió y la

empujó hacia atrás apartándola de ella y volviéndola a cerrar.

—¿Por qué, Samara? ¿Todo esto por Romina? ¿Por tu orgullo?

—Aparta de mi camino. Voy a terminar lo que he empezado...

—Antes contéstame.

—¡No!... No... Porque tú me lo has pedido, voy a hacer por ti, por mi hermano lo que queríais, me importa una mierda este juego ya —comenzó a sollozar con rabia—. Ahora se trata de lo que has pedido ¡Tú! Lo que tu estas pidiéndome que haga.

La agarró por el brazo y volvió a apartarla de la puerta.

—¡Suéltame! —gritó enrabiada—. ¿Eso es lo que quieres? ¡Pues también lo haré!

—Basta, Samara...

Forcejeaba con él intentando soltarse de sus manos.

—¡Déjame bajar! —gritó. Comenzó a llorar como una loca—. ¡Te he dicho que me sueltes!

—¡Basta! —su grito la petrificó. Jamás en todo el tiempo que llevaba con él lo había oído levantar la voz de esa forma—. Se acabó... —dijo con tono suave— es suficiente, lo acabas de decir... eso era lo único que debías decir desde el principio...

—¿De qué demonios hablas?

La tenía sujeta por los brazos y clavaba los dedos en su carne.

—Porque yo te lo pido —susurró—. Era tan sencillo como eso, no por tu orgullo, no por tu envidia o necesidad de superar a Romina, te dije que no era una guerra, tu fin era abandonarte... y esto es lo que significa. Incluso con la rabia que te consume y el odio que dices tenerme, aceptas mi capricho y te entregas a una causa que no te beneficia a ti en absoluto...

Lo miró aturdida y desorientada. Sus fosas nasales subían y bajaban al compás de su pecho. Tenía el pelo revuelto, los tirabuzones le caían por la cara y le ardían los brazos por la presión de sus dedos en la carne.

—Esa es la esencia que buscabas... ¡Esa!

—Me estoy mareando... No puedo más...

La arrastró hacia el armario y la puso una bata corta de raso negro. Samara ató el cinturón con torpeza con la mirada ida como si fuera una especie de pelele.

—Piensa lo que te acabo de decir mientras despido a tu padre.

* * *

Salió por la puerta y descendió las escaleras lentamente. Luis salía del despacho delante del padre de Samara. Tenía un gesto algo apagado aunque se esforzaba en sonreír a Dominic cuando lo vio.

—Os agradezco lo del edificio. Yo...

—Es mejor que se vaya —dijo Dominic— antes de que sea yo quien me...

No acabó la frase, Samara bajó las escaleras de la planta de arriba de dos en dos. Su bata de raso revoloteaba al ritmo de su fino cinturón pasando como un rayo por delante de Dominic.

—¡Hija! —le dijo—. ¡Me alegro de verte, cariño!

Le asestó una bofetada que a punto estuvo de hacerle caer en el suelo del salón. Su padre se llevó la mano a la cara y la miró confundido. Luis se llevó la mano al pecho y se apoyó en la barandilla, daba la sensación de que le iba a dar un infarto en cualquier momento.

—Tú —le espetó con rabia—, no quiero volver a verte en toda mi vida... —le señalaba amenazadoramente con el dedo.

—Hija...

—¿Cómo pudiste engañar a mi madre, engañarme a mí de ese modo?

—No entenderías nada... No es tan fácil —se enderezó con dignidad y cerró el puño en señal de crispación—. Las cosas no son tan sencillas, Samara. Yo solo buscaba lo mejor para ti y para tu madre.

—¿Lo mejor para mí y para mi madre o lo mejor para ti?

—No me des lecciones de moral, Samara... No tú...

No lo esperaba, pero lógicamente estaba preparada. Su padre dio un paso hacia ella con la intención de acariciar su cara pero Samara se apartó con rabia.

—No me toques, estás podre por dentro...

—Es tu hermano y te acostaste con él aún sabiéndolo... No me des lecciones de vida correcta... Cometí un error pero tú...

Dominic se mantenía en el último peldaño de la escalera y no quitaba ojo a Luis, que permanecía inmóvil aferrado a su pecho mirando a su hermana.

—Yo volvería a hacer lo mismo una y otra vez... —dijo— padre...

El hombre miró a Dominic y se giró con desprecio para mirar a Luis.

—Estáis todos locos.

—Sal de mi casa —dijo Samara—. No quiero volver a verte en mi vida.

—No puedes decir eso.

—Sal de aquí.

—Si lo haces, no volverás a verme más, Samara.

—¡Fuera! —le gritó.

Su padre avanzó hacia ella, por un momento pensó en abrazarla, pero tragó saliva y rozando su hombro bajo la cabeza y se alejó hacia la puerta para después irse.

Permaneció inmóvil de espaldas a ellos. Su delgadez era quizá más remarcada pasados aquellos días tan duros. Bajó la cabeza y se quedó pensativa. Luis empezaba a incorporarse como intentando recomponerse de un golpe en pleno vientre por el contrario Dominic permanecía con las manos en los bolsos y una expresión de tristeza en la mirada.

—Me voy de aquí... —susurró sin darse la vuelta—. Tengo que salir de aquí...

Luis avanzó con la intención de acercarse a ella pero Dominic le paró en seco. Ella se giró y subió los peldaños de la escalera, despacio, sin fuerzas, como si no quisiera llegar al final. Su enjuta figura desapareció tras la puerta del primer piso y se encerró en la habitación. Antes de que los rayos de sol dieran vida a la casa aquel domingo se había ido.

—Dominic... —Luis se desmoronó cuando lo vio de pie junto a la ventana de la habitación con el anillo de Samara en la mano.

—Déjame solo, Luis —le musitó.

16. En el infierno

Te di lo que me pediste, algún día lo entenderás, sabiendo que quizá te perdería para siempre.

* * *

Luis atravesó el callejón de la Avenida y se dirigió hacia la puerta de local, la ventanita del centro se abrió y Ray asomó la nariz por el pequeño espacio rectangular.

—Tienes muy mala cara —le dijo abriendo la puerta— y son las nueve de la noche de un domingo... malo...

—Ponme una copa, ponme tres mejor. No, ponme la botella entera, necesito emborracharme.

Se desplomó en el sillón de terciopelo rojo. El local estaba vacío. El inmenso hombre dejó la botella en la mesa y se sentó a su lado.

—Natacha no entra hasta las diez.

—Mejor, para entonces estaré lo suficientemente borracho para no verla.

—¿Qué te pasa, amigo?

Dio un trago a la botella y la dejó sobre la mesa. Se frotó los ojos y se inclinó hacia delante apoyando los brazos en la encimera y bajando la cabeza.

—Me muero por dentro, Ray —musitó.

Lo miró desconcertado y le quitó la botella de las manos.

—No es la solución a tus problemas —se levantó y le puso un vaso— con calma...

—No me jodas... papi.

Se bebió el vaso de un golpe y se sirvió otra copa. Tarareaba algo ininteligible mientras se afanaba por no derramar una gota de licor en la mesa.

Natacha apareció por la puerta y al verlo, abrió los ojos asustada.

—Señor, ¿qué le pasa?

Soltó una risa sardónica y meneó la cabeza.

—¡Ah!, si empiezo no acabo... mi reina... te quiero lista para mí en quince minutos abajo... Ayúdame a olvidar...

Ray la hizo un gesto de aprobación. Ella tenía que trabajar aquella noche pero vista la situación debía irse con él.

—Te sustituirá otra camarera niña, vete tranquila —le dijo.

—Ya lo dijo Pablo Coelho... «El amor es una fuerza salvaje, cuando intentamos controlarlo nos destruye, cuando intentamos aprisionarlo nos esclaviza»... Yo soy un esclavo... ¿Natacha? —se rió y bebió—. Todos al final somos esclavos de nuestras necesidades... de vosotras...

Soltó una suave carcajada y cogiendo la botella la arrastró por la encimera hasta avanzar con ella por la planta superior del local. Natacha no salía de su asombro, estaba claro que algo había pasado con su hermana pero no le iba a preguntar nada. Bajó con él al piso de abajo, donde tantas veces habían pasado horas intensas. Se quitó la chaqueta y lo miró mientras se sentaba en el sofá de la primera sala.

—Perdóname... —le dijo.

La joven pasó las manos por sus pantalones y le soltó delicadamente los botones de su camisa.

—¿Por qué? Señor, no tengo nada que perdonarle.

—Oh, claro, sí... —Estaba como una cuba pero mantenía la compostura y su talante.

Dejó su pecho al aire, su fina piel color dorado y su vientre liso. Lo besó delicadamente y sintió el calor de su estómago, el latido de su corazón bajo la piel, la carne y sus huesos.

—No... No te quiero de rodillas, ven aquí conmigo.

Natacha se sentó en sus rodillas y lo miró preocupada y asustada.

—¿Qué le pasa, Señor?

La levantó en el aire y la colocó sobre sus piernas mirando hacia él. Su pequeño sexo se apoyaba en el bulto de su pantalón y se rozaba discretamente.

—Mi obediente sumisa... Perdóname por apartarte de mi lado y no darte la importancia que mereces...

Se ruborizó pero el saltó sobre su boca y la besó con pasión.

—Me está asustando, Señor...

—No te asustes, ya estoy yo bastante asustado por los dos. Sí, me suelo asustar a menudo —se inclinó hacia atrás apoyando la espalda en el sofá y dejó caer los brazos uno a cada lado de él—. No soy un hombre fuerte, tengo muchos defectos. Mírame, a punto de llorar como un niño y si no lo hago —se rió— no es por ti. Es que si empiezo no paro. Vamos, consuélame... Dime al menos tú que algo he hecho bien en esta vida...

Se volvió a incorporar y pasó la mano por entre sus piernas. Arrancó sus bragas con sutileza y las dejó en un lado del sofá.

—Dime que no soy un mal hombre, dime que una mujer es capaz de perdonar cualquier cosa cuando ama porque si no me lo dices, me moriré...

La agarró por el cuello y liberó su miembro. Natacha sintió la presión de su sexo clavándose dentro de ella, rozando las paredes de su vagina y abriéndose paso a través de sus entrañas.

—Dime... Dime que me quieres...

—Señor claro que lo quiero —sintió sus labios pegarse a ella con fuerza y su lengua moverse dentro como una serpiente.

—Dime que todo va a salir bien.

—Señor...

—Vamos, Natacha... Miénteme... No te lo ordeno, te lo suplico...

Natacha se movía sobre él mientras sus manos se clavaban en su cadera. La mordía el cuello y lamía cada centímetro de él. Ella inclinó la cabeza hacia atrás y se dejó hacer. Puro fuego, quizá por la desesperación o por la angustia que lo acompañaba. Succionó sus pechos delicadamente y la levantó con suavidad para clavarse en ella nuevamente. Una de sus manos se deslizó por debajo de sus nalgas y la separó el sexo para abrirse paso con más destreza. Que intenso placer, que pasión más dolorosa y sin embargo, cuanto sufrimiento veía en sus ojos. Tiró de ella y la apretó a sus caderas. Mordió su

barbilla y se aferró a su espalda como si le fuera la vida. Sintió su pasión, su dolor, la forma de besarla, de hacerla suya. Su miembro erecto, aún después de engullir la inmensa botella de alcohol se movía locamente entre sus piernas.

—Señor, si sigue así no podré...

—No me importa...

—Pare... —le suplicó. Él apenas escuchaba—. Pare, por favor...

—Grita para mí...

Clavó los dedos en su espalda y la envistió con más fuerza. Natacha se estremeció mientras le mordía los labios y ahogaba su grito de placer. Sintió como la llenaba, como el líquido lechoso golpeaba sus paredes, como se aferraba a ella y al mismo tiempo... se venía abajo.

17. Soledad

Dónde estás...

* * *

Hacía años que no viajaba sola en avión. Un par de veces siquiera por el trabajo y su última vez en vacaciones. Ahora se encontraba sola, se enjugó disimuladamente las lágrimas con un pequeño pañuelo de hilo blanco y se quedó medio dormida. Por suerte tenía el asiento de la ventana, podía observar las nubes blancas y el ala izquierda del avión surcando el aire imponente y en todo su esplendor. El sueño empezó a apoderarse de ella y soñó con él. Aquella noche en su apartamento cuando se vino abajo, cuando la decía con la pasión más dolorosa y palpable que la amaba con toda su alma y que no sabía hacerlo de otro modo. Soñó con sus besos, con el tacto de sus dedos y sus escasas sonrisas. Cuando se encerraba en la cocina con su hermano sentado en la encimera hablando como un loro mientras él se peleaba con los botes de especias. Fue una mezcolanza de recuerdos, de pequeños detalles carentes de sentido pero intensos. Cuando despertó el sobrecarga avisaba que llegaban a destino. Se abrochó el cinturón y cerró los ojos. Apagó el móvil. No había recibido ninguna llamada. ¿Qué pasaría en la casa? Ni siquiera se despidió de ellos. Su hermano estaría destrozado y Dominic... Sintió la necesidad de llorar de nuevo. Un joven de unos veinte años la miraba con dulzura. «Ves mi tristeza, pero no te preocupes. Todo pasa». «No dudaré en ir a buscarte al fin del mundo si es necesario». «No...

No me encontrarás... No quiero que lo hagas...»

* * *

Se quedó dormida pero esta vez no soñó.

—Júrame que no le has dicho a nadie que estoy aquí —musitó sujetando el móvil mientras un taxi la llevaba al centro de la ciudad—. Por favor...

—Ve al hotel que te reserve, yo tardaré dos minutos en llegar... Está situado en Mitte, al lado de una calle comercial bastante interesante. Si chapurreas al menos el inglés, será fácil que te desenvuelvas aquí. No linda... Nadie sabe qué estás aquí. Sabes que puedes confiar en mí.

—Tengo miedo.

—Lo sé —al otro lado del teléfono se hizo el silencio—. Todo pasa, Samara. Hay mucho tiempo para hablar. Dile al taxista que te lleve al hotel Gold Inn Angletterre.

—Gracias por todo...

—A ti, linda, y bienvenida a Berlín.

Llegó una hora después, el tráfico era intenso y el hotel se hallaba en mitad del casco urbano. Era precioso, un botones la ayudó a bajar el equipaje y la acompañó a la recepción. Un hotel con una fachada de principio de siglo con una amplia recepción en madera de cerezo. Había varias personas esperando en la entrada y se sentó en unos sillones de cuero negro. La recepcionista la hizo una señal y la sonrió con dulzura. Chapurreó su inglés habitual y la entregó las llaves de la habitación, el botones se apresuró a subirle las maletas y la acompañó por los amplios pasillos tapizados con alfombras rojas hasta la habitación. Era exquisita, el suelo estaba tapizado con una alfombra continua color burdeos, un visillo crema oculto por unas hermosas cortinas en tonos amarillos que daban paso a una terraza con mesa y unas sillas. Podrían cenar en el balcón aquel, las vistas a la calle principal eran maravillosas y la temperatura no bajaba de los veinte grados. Miró al botones y le entregó una buena propina que aceptó sonriente para luego irse. Abrió las puertas de la terraza y respiró el aire. En un par de horas la algarabía de abajo desaparecería con la entrada de la noche. El nudo del

estómago no había cesado desde que había subido al avión, era angustia, dolor y tristeza. La imagen del espejo que pudo ver era francamente horrible. Tenía ojeras y su cara estaba pálida y sin brillo. Se dirigió al baño y sacando de su bolso un pequeño neceser intentó solucionar el desastre. Tenía los nervios a flor de piel, el golpeteo de la puerta la hizo volcar el neceser y sus pinturas se esparcieron por el suelo. Salió del aseo y abrió la puerta. Sus caracoles, sus labios de querubín y sus mejillas juveniles.

—Linda mía... —susurró abrazándola.

—Alexis... —dijo rompiendo a llorar.

18. Sin ti

Actuar, mientras preso del delirio no sé ya lo que digo ni lo que hago y sin embargo... es necesari.

* * *

¡Actuar!
¡Mientras preso del delirio,
no sé ya lo que digo ni lo que hago!
Y sin embargo, es necesario... ¡esfuérzate!
¡Bah! ¿Acaso eres tú un hombre?
¡Tú eres payaso!
¡Ríe, Payaso, sobre tu amor despedazado!
¡Ríe del dolor que te envenena el corazón!

Opera del Paglacci, LEONCAVALLO

* * *

Había escuchado ese fragmento de la opera del Payaso miles de veces desde niño. Solía sentarse en el regazo de su madre y dormitar bajo la melodía y la voz magistral de Pavarotti. Canio descubría la infidelidad de su esposa Nedda, aún así, debía interpretar su papel de payaso, roto por el dolor y la desesperación. ¡Qué trágico le resultó siempre! Zarandé el dedo índice como

si dirigiera un coro y se rió. ¿Por qué Nedda tenía que morir? ¡Ponte el traje! La función debe continuar... Suspiró bajo la tenue luz de la lamparita de mesa y dio un trago a su copa. Luis llamó a la puerta y entró interrumpiendo aquel momento del aria en donde el tenor lloraba desconsoladamente por su amor traicionado.

—Ha llamado a Meredit —musitó de pie tras el inmenso sillón de piel.

—*Ridi, Pagliaccio, sul tuo amore infranto, ridi del duol che t'avvelena il cor!*... —meneó la copa entre los dedos y el hielo tintineó—. Me alegro...

—Dominic —no soportaba verlo así.

—Muda en pantomimas la congoja y el llanto; en una mueca los sollozos y el dolor. ¡Ah! —meneó la cabeza y se acomodó en el sofá—. Qué quieres, Luis...

—¿No vas a preguntar cómo está?

—Ella siempre estará bien...

Se colocó frente a él y lo miró con rabia.

—Maldita sea, Dominic... ¡Reacciona!

—Ríe, payaso... y todos te aplaudirán —dijo fijando su mirada en él mientras apoyaba los labios en el cristal de la copa—. Es sublime... Me encanta esta ópera... Sírvete una copa.

—No quiero una copa, quiero que reacciones. Llevas días encerrado aquí.

Le sonrió sutilmente, el brillo de sus ojos le daba un aire casi desequilibrado.

—No le dijo dónde está, solo que está bien y que se ira, que viajará un tiempo.

—Mi Nedda quiere viajar...

—¡Dominic! —le entraron unas inmensas ganas de partirle la cara para ver si así le volvía la cordura.

Cerró levemente los ojos y miró a Luis de reojo. Si aquel gesto lo hubiera hecho en otras circunstancias hubiera parecido hasta cómico.

—Dime que lo tienes todo controlado como siempre por el amor de Dios, amigo mío, dime algo...

—No puedo decirte eso —susurró.

Luis se frotó la cara y se sentó en el canto de la mesa. Dominic daba pequeños sorbos a su copa y mantenía la mirada perdida.

—Joder...

—No tengo nada controlado Luis, nada... Solo tengo roto el corazón, déjame acostumbrarme a este dolor y cuando lo asimile quizá piense con mayor claridad... Ahora no puedo pensar, solo me compadezco de mi mismo —bajó la mirada al suelo y se rió suavemente—. Debe ser así...

—¿Así? —no podía creer lo que decía—. Mi hermana está sola a saber donde por nuestra culpa. Esta maldita semana...

—Me parece que voy a llorar... —dijo con un tono lineal y falto de sentimiento—. Otra vez... ¿Puedo?

—¿Estás borracho?

—¿Eres idiota? —frunció el ceño—. De ella... No, Luis, no estoy borracho, solo te hablo como un hombre débil. Voy a llorar... Déjame solo... Mañana me pondré también yo mi traje de actuar, y me pintaré la cara de blanco y saldré al escenario. No te preocupes, amigo, mi melancolía será tapada por la máscara melodramática que siempre llevo.

—Te estás volviendo loco, Dominic...

—Hace tiempo que lo estoy, amigo. Por eso me amas.

—¡No puedo con esto!

—Tranquilo, me hincaré de rodillas ante ella. No me importa. Daría la vida por ella, todo lo que tengo y más con tal de que sea feliz, aún lejos de mí.

—Me empiezas a dar miedo...

—Vete...

—Dominic... —suplicó.

—Vete, por favor.

19. Osadía

Te dije una vez que me pasé toda la vida amándote...

* * *

Entró en el edificio a primera hora de la mañana, absorto en sus pensamientos. Mateo le había dejado todos los informes sobre la mesa de la sala de reunión con sumo orden. Eso le gustaba, Mateo se mantenía distante a su situación algo que también le agradaba, no soportaba que la gente, su entorno, se compadeciera de él. Su secretaria apareció casi derrapando por uno de los pasillos perpendiculares a la zona de administración.

—Señor, tiene una visita —apostilló nerviosa—. Le dije que no podía pasar a su despacho, pero la señorita dijo que...

—No pasa nada —la vio de espaldas balanceándose en la silla confidente y no necesitó más explicaciones—. No importa, me ocupo de ella.

Entró en el despacho y la cabellera caoba de Romina revoloteó al girar la silla. Se levantó con gesto de tristeza y se acercó a él con la intención de abrazarlo.

—No hace falta que finjas, Romina —le espetó—. ¿Qué quieres?

Ella soltó un suspiro mezquino y se volvió a sentar en la silla.

—Ver como estabas. Me enteré de que Samara se ha ido y...

—Y dijiste, voy a consolar a Dominic —se dejó caer en la silla y rió sin ganas—. Entiendo... Un detalle por tu parte si no fuera porque no me lo creo. ¿Qué quieres?

—¿Tendría que querer algo? —se rió suavemente hinchando el pecho como un pavo y haciendo que los botones de su camisa verde amenazaran con estallarle en la cara—. Repito que solo quería ver como estabas.

—Bien, Romina, estoy bien. Apuesto a que llamaste a Quimera y Catinca te puso al día.

—Sí —se incorporó y se sentó en el canto de la mesa a su lado—. Dominic... ¿Tanto me odias? No entiendo por qué te comportas conmigo de esa forma tan frívola. —Pasó los dedos por su mejilla—. Yo no te odio...

—No voy a comenzar una conversación que no irá a ningún lado —le dijo.

—¿Crees que volverá? —acarició su pecho por encima de la camisa. Dominic seguía su mano de reajo—. ¿Qué opinas...?

—No lo sé. Es un riesgo que todos corremos, incluso tú.

—¿Me quisiste alguna vez, Dominic?

—Romina...

Se inclinó hacia él y lo miró con deseo, su pelo brincaba al ritmo de sus movimientos.

—Tan poco estuvo tan mal Dominic, éramos más jóvenes, cierto, pero tú siempre mantuviste la esencia de tu carácter, aun teniendo veinte años eras lo que ahora eres... Por eso me excitabas tanto, por eso me entregué a ti como en mi vida.

La cogió por el brazo y la miró fijamente a los ojos.

—Romina. No pierdas más tiempo —musitó con suavidad.

—Igual no vuelve, maldita sea...

—No me importa —sonrió y la pasó la mano por la cara—. Hay un error inmenso cuando una mujer se entrega por «morbo» Romina, que nunca llega a estar a la altura de lo que intenta ofrecer —se acercó a su oreja y entreabrió los labios—. Como en tu caso... —susurró.

Lo miró con rabia y sus ojos empezaron a destellar.

—Nadie te querrá como yo —se incorporó y se dirigió a la puerta—. No lo olvides nunca, Dominic.

Salió empujando a Luis que venía por el pasillo. Dominic se reclinó en la silla y miró los papeles de su mesa, se levantó y se aproximó a la ventana.

—¿Todo bien? —le preguntó en la puerta.

—Todo bien —musitó sin apartar la vista de la calle y el estruendo de los coches.

Se quedó solo y cerró los ojos. Recordó el día que estando en esa misma ventana la podía ver sentada en la terraza de enfrente, mirando el teléfono, haciendo tiempo para subir a verlo, su pelo acaracolado brincando con la brisa, su nerviosismo, su sonrisa. Recordó un poema que de niño leía a menudo.

—«Otras me amaron más y sin embargo...» —recitó melancólicamente — «a ninguna la quise, como a ella...»

20. Todo sigue su curso

No soporto la distancia, la impotencia que jamás sentí me llena el alma.

* * *

Dos semanas conociendo el precioso Berlín, sus noches, sus museos. Dos semanas en las cuales cada atardecer, sentados en alguna terraza del barrio de Mitte donde se elevaban las suntuosas oficinas de empresas internacionales, la vida nocturna o el epicentro de las compras, le contaba todo lo que había pasado. En ningún momento se quedó de noche con ella, ni siquiera se acercó con la intención de besarla respetando claramente su luto. Alexis no la interrumpía, mantenía un silencio absoluto mientras ella forjaba un monólogo que solo era interrumpido por sus llantos o incluso por sus silencios pausados. No encendió su teléfono aunque a veces se vio tentada a hacerlo, sentía una inmensa preocupación por su hermano, por él. No podía regresar.

—¿Qué harás cuando te vayas de aquí? —le preguntó.

—Necesito viajar. Hay muchos sitios que aún quiero conocer. Italia, cuando estudiaba hice el típico viaje de estudios y conocí Roma, Florencia, Niza y Venecia pero era un viaje escolar, me quedé con las ganas de regresar y pasear por las calles tan típicas... los museos, los monumentos... No lo sé... Estoy perdida.

—Un buen sitio —Alexis se balanceaba en la silla, su pelo era zarandeado por la brisa juguetonamente—. Lo conozco.

—¿Qué opinas de todo lo que te he contado?

—Muchas cosas...

Lo miró algo confusa y se inclinó para coger su mano.

—Si he venido aquí es por ello. No perteneces a Quimera, estás al otro lado de la calle desde donde ellos miran, solo tú podrías...

—Linda... ¿Por qué me preguntas algo que ya sabes? No finjas que no tienes la respuesta. Él solo hizo lo que tú le pediste, lo que buscabas.

—¿Por qué de esa forma?

Alexis soltó una suave risa y se apoyó en la mesa con los brazos extendidos y aferrando su mano.

—Cuando quieres someter a un hombre, es sencillo. Anulas su fuerza, su virilidad. Una mujer domina al hombre menguando su poder, ella te castiga, tú eres un hombre que la duplicas en peso pero aun así, de rodillas, le rindes pleitesía y no eres nada. Con una mujer es distinto, la mujer es romántica, cariñosa y afectiva, tienes que quitarle esos valores, no por la fuerza, ni por el capricho, tienes que menguar sus pasiones... Si fueras un hombre como yo lo hubiera tenido fácil, castígalo, somételo y prémialo con sus vicios, tu sexo... En ti, eso no vale. Tienes unos valores como mujer más profundos, eres menos instintiva, más mental... no buscas el sexo como premio, buscas el amor y el cariño por encima de las cosas y lo que más temes es fallar a los que amas... —dijo—. Samara... Te suplicaría ahora mismo incluso de rodillas que me dejaras hacerte el amor aunque solo fuera una vez si existiera un atisbo de posibilidad, una brecha en ti, sin embargo me has contado cada día que has vivido y aun sintiendo tu dolor, no la hay.

—No te entiendo.

—Él solo te dio lo que le pediste, te lo dijo el día antes linda... «No dudaré en ir a buscarte al fin del mundo si es preciso». Sabía que con ello te perdería. Tú lo sabes...

Meneó la cabeza negando sus palabras y se perdió visualmente más allá de los edificios de cemento que emergían al final de la calle.

—Me iré mañana. Te agradezco tu tiempo y todo lo que has hecho por mí.

—No era la forma que deseaba verte de nuevo pero sabes dónde estoy.

—¿Y Romina?

—Viaja mucho linda... y yo también tengo una vida que llevar. No le explico que hago cada día, no es así como llevamos esto.

—Te suplico que no le digas nada.

—Dominic la llamó tres días antes de que vinieras.

Se quedó sorprendida ante aquella afirmación.

—Sí, le dijo que habías pasado la prueba, se dedicó a romper todos los floreros de casa —soltó una risotada y bebió su copa—. Tenías que haberla visto, era como un perro de presa en mitad de una tienda de figuritas de porcelana.

—Pero yo tres días antes de venir estaba en la casa de Darío...

—Supongo que ya dio por hecho que lo que te pidiera lo harías o quizá ya te sentía lejos de él por lo que vendría...

Se quedó pensativa y le entraron ganas de llorar.

—Había decidido contarme lo de la cinta... —pensó en alto— porque aún no sabía lo de mi hermano... —lo miró con los ojos inundado en lágrimas—. No superé la prueba, me fui al día siguiente...

—Lo que tu hicieras no tiene por qué ser igual a lo que él viera —dijo. Meneó la cabeza y con ello sus rizos se desparramaron por la frente—. ¿De dónde sacaste mi teléfono? ¿Cómo diste conmigo?

—Me lo dieron...

—Es decir, alguien sabe dónde estás, ¿no?

—Sí, pero no diré nada. Tengo plena confianza en esa persona.

21. Sigue mi tormento

Y pasa lento... Sin embargo, recuerda lo que te dije...

* * *

Llevaba casi un mes alejada de él y sufría su ausencia más de lo que había creído. Las calles de Florencia atestadas de turistas eran el lugar perfecto para perderse sin que nadie interrumpiera con preguntas inadecuadas sus largos paseos, sus meditaciones, sus horas de soledad observando los preciosos monumentos y edificios que tiempo atrás siendo niña había conocido por primera vez. Ni una sola llamada de él, no era que deseara que lo hiciera, quizá así era todo más sencillo sin embargo no podía dejar de mirar el teléfono con la idea de que en algún momento sonara y escuchará su voz al otro lado del aparato. Sin embargo Dominic parecía respetar su decisión, al menos la necesidad de pasar un tiempo sola, pensar en todo lo que había pasado y si en algún momento decidía volver que fuera porque ella así lo había querido. ¿Cómo podía ser tan duro? Quizá estaba equivocada, quizá era cierto lo que Alexis decía y Dominic tan solo había hecho lo que ella le pidió, a fin de cuentas, no la hubiera dejado bajar las escaleras y mostrarse de aquella manera ante su padre, solo era una prueba, una más de todas las que día tras día había pasado con él. ¿Qué haría? ¿Sufriría su ausencia igual que ella? Para qué negarlo, observaba las parejas sentadas en alguna pequeña mesa de las diminutas terrazas, sus miradas cariñosas y sus palabras tan habituales y no le hacían sentir nada. Si, podrían quererse mucho, jurarse

amor eterno en una ciudad tan romántica como aquella, decirse bonitas cosas, amarse como todos los mortales y ¿para qué? ¿Acaso su forma de amarla era peor que aquella?

Durar todo puede dudar menos o más sin ser lo políticamente correcto... Samara observó los ojos de uno de los jóvenes más cercanos a ella, sujetaba con cariño las manos de su pareja, la sonreía, quizá le estaba diciendo que la quería. Se quedó pensativa unos segundos saboreando su café y sonrió. Ni siquiera los ojos de aquel hombre reflejaban la pasión que Dominic era capaz de demostrar con ella muchas veces. No, no la veía, no veía ese amor tan desequilibrante, esa necesidad de decirla tantas cosas que no sabía expresar con palabras y lo hacía con sus ojos, como si estuviera a punto de acabarse el mundo y solo tuviera unos segundos para decirle todo lo que sentía. Por momentos se vio tentada a coger su móvil y llamarle, posiblemente su hermano no la llamaba por qué él se lo había pedido, porque Meredit les había tranquilizado, pero necesitaba oír su voz, en aquella terraza, en aquel mismo momento, casi frente al suntuoso baptisterio junto a la catedral de Fiore, a más de mil kilómetros de él, se dio cuenta que ella jamás le había dicho que le quería de la misma forma que Dominic lo había hecho con ella.

Y soñó con él. La noche que entró en su casa, la forma de hacerla suya de aquella manera tan desequilibrante. Sintió de nuevo el pavor al notar su presencia en la habitación, su peso sobre ella mientras le susurraba que nada podía hacer, que ahora todo cambiaría. Samara despertó de madrugada sudando y respirando a gran velocidad, miró el reloj, tan sólo había dormido un par de horas y parecía como si la noche no tuviera fin. Su teléfono parpadeaba, lo cogió apresuradamente y leyó el mensaje de texto: «Sam, por favor llámame es urgente». Marcó el número de su hermano y al oír su voz se le abrió el mundo.

—¡Sam! ¿Estás bien? —su voz era ansiosa y desesperada.

—Estoy bien, Luis, solo necesito pensar...

—Vale, respeto lo que haces, siento mucho todo lo que ha pasado Sam pero por Dios, no puedes irte así...

—¿Cómo está él?

Se hizo un leve silencio y lo oyó suspirar.

—¿Cómo quieres que esté? Sam, hace una semana que no sé dónde está.

Me dejó todas las cosas importantes del trabajo y desapareció. Dime que está contigo o me va a dar algo.

—No... No está conmigo, no sabe dónde estoy...

—¡Joder! Me va a dar un infarto —otra pausa que la hizo pensar que su hermano lloraba—. Sam, dime que me has perdonado por lo que he hecho...

—Todos necesitamos de nuestra venganza Luis... por mucho que me pese, hasta tú tenías derecho...

—Sam... —Se derrumbó y comenzó a llorar como un niño—. Vuelve...

—Luis, no me hagas esto ahora...

—Hay algo más que debo contarte, también le he dejado varias llamadas a Dominic pero tiene el teléfono apagado y no soy capaz de ¡dar con ninguno de vosotros en el peor momento! —levantó la voz con desesperación y enfado—. ¡Maldita sea!

—¿Qué pasa, Luis? —comenzó a asustarse.

—Antón está mal... Ayer Catinca me llamó, le tuvieron que ingresar de urgencias y está en observación, aunque no sabe nada de todo esto ya tiene muchos años... Joder... ¿Por qué todo tiene que juntarse?

Sintió un nudo en el estómago y comenzó a ponerse nerviosa.

—¿Y dices que Dominic no sabe nada? —susurró.

—No, Sam, mi móvil me avisaría si encendiera el suyo pero no soy capaz de hablar con él... Por el amor de Dios, Sam... Regresa a casa...

—Dame un poco más de tiempo, Luis...

—Te daría la vida si así pudiera solucionar todo.

Colgó y se quedó pensativa. Volvió a coger el móvil y llamó a Catinca. La joven al oír su voz comenzó a llorar.

—No te preocupes, Samara, de momento está bien, ha sido un bajón de tensión muy grande, creí que era serio pero quieren hacerle unas pruebas estos días para quedarnos más tranquilos.

—Siento no poder estar ahí, Catinca...

—Escúchame bien —su voz sonó autoritaria—. No sabemos dónde está Dominic, pero te suplico...

—Catinca, por favor...

—No, escúchame —la interrumpió—. Si por un momento existe la posibilidad de que vaya a buscarte estés donde estés...

—Eso es imposible...

—Si fuera así, no le digas nada y si hay una mínima posibilidad de que todo se arregle. ¡Hacedlo, maldita sea!

—Júrame que Antón está bien...

—Aún no lo sé, Samara.

—Te llamaré mañana —susurró a punto de llorar—, pero él no vendrá...

—Samara... Dominic encontraría una aguja en mitad de la nada si se lo propusiera, si su marcha ha sido para encontrarse contigo, por favor, zanjar esto antes de venir a Quimera, decidáis lo que decidáis, mi padre no está ahora mismo para un disgusto...

—Hace una semana que se fue, si como tú dices quisiera encontrarme...

—Hubiera tardado dos días, lo sé.

—Os quiero a todos —dijo con tristeza.

—Nosotros a ti también, Samara.

* * *

No durmió en toda la noche. Cuando el reloj marcaba las nueve de la mañana ya estaba lista para bajar a desayunar, tan solo tomó un zumo de naranja natural, se miró en uno de los espejos de recepción y se dio cuenta de que tenía unas ojeras inmensas. Pidió un taxi para ir hasta el aeropuerto, prefería reservar el billete allí mismo y asegurarse de un buen horario para volver a España. La terminal estaba abarrotada de gente, la algarabía de religiosos era la que más se notaba a esa hora, grupos de jóvenes con camisetas idénticas con las letras «Amanecer, la esperanza de la juventud» corrían ansiosos con sus maletas a cuestas de un lado a otro, varias monjas pasaron a gran velocidad por la escalera mecánica y la empujaron, aquellos lugares tan atestados de gente eran claustrofóbicos para ella. Llegó a la zona de mostradores y al ver una multitud inmensa agrupada en filas decidió parar a tomar algo en una de las pequeñas cafeterías menos abarrotadas. Cinco minutos más arriba o abajo no la quitarían el vuelo y su estómago empezaba a pedirle algo de comer urgentemente. Miró a través de la cristalera, los aviones italianos tenían colores llamativos en sus colas, verdes y rojos,

incluso alguno de la aerolínea Avianca, mezclaban el rojo, el azul y el amarillo en una algarabía multicolor. Atravesó la amplia zona de mesas y pidió un café cargado y un par de tostadas, le dio un vuelco al corazón al ver un hombre de espaldas idéntico a Dominic pero al girarse de dio cuenta que se estaba volviendo loca y lo peor de todo, que deseaba que hubiera sido él. Tras desayunar bien volvió a la zona de billetes y se puso la última en la cola, era increíble la cantidad de adolescentes histéricos que corrían de un lado a otro en grupitos precedidos de un profesor, después de pasar dos horas en la cola consiguió reservar su vuelo para el día siguiente y regreso de nuevo al hotel, en el taxi se preguntó dónde habría ido Dominic, por qué no la había llamado ni una sola vez y con quién estaría en aquel momento. Posiblemente él se hacía las mismas preguntas o quizá ya no...

La recepción aquella mañana estaba abarrotada de gente, varios congresos se habían estado anunciando toda la semana en los tabloneros de anuncios de la planta baja y parecía que todos se habían congregado a la misma hora. Apenas pudo llegar al mostrador para pedir su llave sin tropezar con varios hombres que la miraron de arriba abajo, se abrió paso de nuevo entre ellos y tomó el ascensor en dirección a su habitación. El pasillo revestido en alfombras continuas de color rojo y dorado olía a limpio. Giró para la zona de habitaciones pares y comenzó a temblar. De pie al fondo del inmenso pasillo, justo delante de la puerta estaba él, inmóvil apoyado en la pared con las manos en los bolsillos y perdido en sus pensamientos. Al verla se incorporó y pareció ocupar todo el ancho del pasillo, su camisa blanca perfecta, sus pantalones oscuros y sus ojos que aún a metros podía verlos brillar con intensidad. No fue capaz de dar un paso adelante, sentía sus finas piernas temblar como hojas de papel y un calor inmenso comenzó a subirla por la cara. Parecía que el universo entero dividía el espacio entre ellos, un túnel inmenso y al final: él.

Dominic avanzó lentamente por el pasillo pero parecía no acercarse nunca, tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia delante y sus ojos se mantenían fijos en ella con el gesto casi enfermizo que le caracterizaba. En aquel momento que parecía pasar a cámara lenta para Samara vio su cadenita dorada brillar a cada paso, sus manos ocultas dentro de sus bolsillos aparecieron de repente, giró las manos poniendo las palmas hacia arriba y

estiró los brazos como si se dispusiera a comprobar que estaba lloviendo, pero por el contrario la miró en mitad de su recorrido y cuando ella comenzaba a avanzar algo la paró en seco. Dominic cayó de rodillas en mitad de la alfombra y quedó plantado delante de ella con los brazos en la misma posición.

—¿Qué haces? —consiguió preguntar pero apenas le salió un murmullo—. Dominic...

—Si tengo que suplicarte de esta forma que vuelvas a mi lado me quedaré así hasta que lo hagas.

—Por Dios... —estaba a un metro de él y apenas se atrevía a avanzar más ni moverse—. No hagas eso...

—No puedo vivir sin ti —levantó más los brazos y su camisa se tensó—. ¿Esto es lo que se siente? —preguntó—. Mírame, Samara...

—No tienes que... —avanzó varios pasos y lo miró a punto de llorar.

—No puedo cambiar princesa... pero tampoco puedo dejar de amarte... Te dije que iría a buscarte al fin del mundo si era necesario.

Se agachó frente a él y lo miró con tristeza. Dominic tiró de su brazo y la hizo caer de rodillas, parecían dos monaguillos en mitad del pasillo.

—Ahora dime... dime que no quieres volver a verme nunca más en tu vida y me iré sabiendo que he hecho lo imposible para recuperarte —dijo con rabia cogiendo su cara con ambas manos—. Dímelo, Samara.

—¿Por qué haces esto?

—Un mes, Samara —apoyó la frente en la suya y cerró los ojos—. Dime que no has estado con otro porque no podría soportarlo.

—¡No! —dijo ofendida—. Dominic, yo...

Al escucharla se aferró con fuerza a ella y pareció aliviado.

—Dime que me vaya —la repitió al oído—, pero dímelo ya, porque no soporto un día sin ti así...

Samara comenzó a llorar desconsoladamente.

—No quiero que te vayas —sollozó—, pero no puedo más. ¡Ya no sé qué más puedo darte!

La abrazó con fuerza y Samara empezó a llorar con más intensidad.

—Te di lo que me pediste, Samara.

—Lo sé.

—Y sabía que con ello pasaría esto —la sujetaba con fuerza mientras la murmuraba en el oído—, pero no me abandones ahora... Ahora no...

—¡Oh, Dominic! Levántate, por favor.

—No hasta que me digas que regresaras conmigo —la apretó con más fuerza y miró hacia el pasillo con rabia—. Te esperé más de veinte años, tengo el resto de mi vida para quedarme así hasta que vuelvas a mi lado.

—Me hicisteis mucho daño.

Movió su cara mientras presionaba con las manos las mejillas de Samara y la miró.

—Jamás hubiera permitido que tu padre te viera así.

—No lo sabía.

—Nunca quise una esclava, ¡maldita sea! Fuiste tú la que pidió algo de lo cual yo te avise —negó con la cabeza, sus ojos estaban vidriosos y sus mandíbulas tensas—. No soportaría perderte ahora.

Samara no podía asimilar lo que estaba pasando, era ilógico comprender que aun viéndole así frente a ella de rodillas suplicándola que regresara a su lado no había perdido en ningún momento la autoridad que emanaba su presencia. Si hubiera sido otro hombre el que se hincara de rodillas frente a ella quizá parecería diferente pero Dominic era incapaz de perder su esencia.

—Vi a Alexis en Berlín —musitó—. Me dijo que Romina recibió tu llamada días antes de acabar la semana.

—Te conozco lo suficiente para saber que serías capaz de todo, princesa... Me quedaba la duda de lo de tu padre, si te hubieras negado también la hubieras pasado. Tu hermano se merecía un minuto de gloria.

Miró al suelo pero Dominic levantó su cara y volvió a tensar las mandíbulas. Tenía el bolso en el suelo y su fina tarjetita de la puerta en mitad del pasillo.

—Has tenido mucho tiempo para pensar y comprender... No podría creer que te resultara sencillo imaginar tu vida sin nosotros. No me puedes mentir en eso.

—No, no lo haré. Es cierto —respiró profundamente y lo besó—. Levántate, por favor... No soporto verte así.

—Regresa a mi lado, Samara... Te lo ruego.

Movió la cabeza afirmativamente y comenzó a llorar otra vez

desconsoladamente, mientras lo miraba.

—Claro... Claro que volveré...

—No vuelvas a abandonarme —susurró pegando la frente en la suya—. No vuelvas a apartarte de mí de esa forma porque me moriría.

—No...

Pudo ver que de su bolso salía un billete de vuelo y lo cogió con los dedos, se rió suavemente y lo rompió en pedazos desparramándolos por el pasillo. Cogió la tarjeta de la habitación y se quedó varios segundos mirando los ribetes dorados de la alfombra mientras sujetaba con la mano la maneta de la puerta y se incorporaba, tiró de su brazo y la levantó, la puerta se abrió a su paso. Samara dejó caer el bolso en mitad de la habitación y se sentó al borde de la cama. Dominic se inclinó entre sus piernas de cuclillas y la miró fijamente, estaba agotada, el rímel surcaba su cara como si de una muñeca del pasado se tratara.

—No vuelvas a devolverme esto nunca más...

La cogió la mano y colocó el anillo de oro blanco en el dedo. Samara se rió delicadamente y suspiró al sentir el metal en su piel. Su expresión impertérrita apenas la decía nada, no podía soportar tenerlo tan cerca y que apenas la rozara con las manos. Deseaba tanto que saltara sobre ella y la hiciera suya una vez más... Notó sus manos deslizarse por sus rodillas, la forma sutil que añoraba de repasar los centímetros de su piel con exquisito cuidado, como si buscara un leve fallo, un leve detalle que no le gustara. Al sentir sus dedos por los muslos un escalofrío la invadió todo el cuerpo y creyó desfallecer de placer. Sus pezones se encendieron horriblemente y levantó la vista hacia ella incorporándose, trepando entre sus piernas y pasando la lengua por su boca con suavidad. Le abrió la camisa, tocó su piel caliente, la suavidad de su pecho y el calor que emanaba de él. Intentó abalanzarse ansiosa pero se recreaba lentamente como si jamás la hubiera visto, apartando su pelo con cuidado, desabrochando uno a uno y sin prisa los botones de su camisa como si el tiempo se hubiera parado para ambos. Le pasó los brazos por encima de la cabeza y la sujetó suavemente con una mano mientras con la otra le deslizaba las braguitas con delicadeza. Observó su sexo unos segundos y respiró profundamente.

—Si te hubiera tocado alguien...

—¡No! —musitó—. Sería incapaz, Dominic...

Su boca la hizo callar, su lengua se colaba ansiosa en ella mientras notaba como soltaba la hebilla de su pantalón. Mientras se colocaba sobre ella y su miembro resbalaba hambriento entre sus piernas, la besó en la mejilla y susurró suavemente en su oreja.

—Cásate conmigo, princesa...

—Ya sabes que lo haré, Dominic —jadeó.

—Mañana...

—Mañana —susurró ella aferrándose con fuerza a sus brazos.

22. Sincérate conmigo

La sinceridad es parte de nuestra vida, sin ella no somos nadie. Necesitamos conocer vuestras entrañas para sacar de ellas lo que necesitamos.

* * *

Le hizo el amor sin más, no porque tuviera miedo a su rechazo, al temor, al daño que podría ocasionarla después de su sufrimiento, no era eso siquiera. Sencillamente era lo que necesitaba de ella, quererla sin más. De una forma sencilla, como el resto del mundo, de la misma forma que la hubiera querido cualquier hombre que no fuera él. Así le sentía a veces, que estaba mejor lejos de él, con una persona que la diera el cariño y el afecto de una forma limpia y sin dobles caros pero luego la observaba, analizaba sus formas y como en sus palabras añoraba cada uno de los que la rodearon todo este tiempo con él y dudaba si sería feliz en una vida sencilla. Dominic permanecía tumbado de lado con el brazo flexionado sobre la cabeza, la observaba con gesto ceñudo intentando traducir la expresión de su cara. Ella permanecía en silencio mirando al techo, la mirada perdida, su pelo desparramado por la almohada, sus eternos bucles que él tanto amaba enredados en ella. Dedujo la lucha interna que podría estar viviendo, aun así, le había dicho que si, que se casaría con él, que lo quería desde el día que lo conoció y la obligó a amarlo a su manera. Ella, Samara, el amor de su vida, la única mujer que había querido. Movi6 levemente la cabeza y lo sonrió.

Dominic solo vio tristeza en sus ojos.

—¿Por qué me miras así? —se giró hacia él en una postura idéntica y apoyó la mano en la cabeza—. Me analizas constantemente, lo sé, ya te conozco bien.

—Analizo tu tristeza. Los ojos de la gente dicen mucho de su alma.

—¿Mi tristeza? —sonrió con una mueva vaga y sus mechones galoparon por su pecho.

—Sí, princesa, tu tristeza, ahora dudo si es porque te has dado cuenta de que no eres feliz o... —pestañeó mientras cerraba levemente los ojos.

—Siempre he creído que me lees la mente de alguna forma.

—Tienes terror a lo que crees que te has convertido, lo que has sido capaz desde que me conoces de hacer —susurró—. Samara...

Meneó la cabeza negativamente y la apartó un rizo de la cara.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Falté a mi palabra de no tocar tu familia ni tu vida personal —continuó—. No lo hice por mí, los acontecimientos me hicieron decidir fallarte en ese punto por tu hermano, me siento culpable cada día que pasa.

—No... No quiero hablar de eso ahora —le interrumpió.

—No has tenido, no hemos tenido una conversación «humana» desde que nos conocemos, no huyas de eso, no puedes, ya no. Tengo que decirte cómo me siento, es el momento ¿No te das cuenta? No soy un personaje de una historia, no soy irreal, soy un hombre como cualquier de los que te cruzas cada día, con las misma debilidades, los mismos fallos y las mismas carencias y tormentos... Tienes que entenderme, saber la razón por la que hago las cosas y tomo decisiones...

—Me resulta extraño escucharte hablar así —le dirigió una mirada tímida y se tapó con la sábana—. Supongo que os he perdonado a ambos.

—No, no nos has perdonado a ninguno —rió melancólicamente y la besó—. Lo has aceptado sin más. No soy un tirano, Samara, no soy un dictador, solo soy una persona que ama de una forma... dolorosa. Es todo lo que puedo darte... Eso y todo lo que tengo...

—¿Quieres sinceridad? —preguntó angustiada.

—Por supuesto —contestó.

—No concibo una vida sin vosotros, sin ti, sin tu entorno, eso me aterra,

me aterra pensar de lo que he sido capaz desde que te conocí, esa falta de amor propio cuando me pides algo y te obedezco sin pensarlo, pasar el día intentando averiguar qué te gustaría que hiciera, como debería comportarme, ser mejor que el resto, tu eres el mejor de todos debería estar a la altura de lo que esperaste siempre, es horrible... —se quedó en silencio y apoyó la cabeza en la almohada de nuevo— horrible irme un mes y darme cuenta que soy capaz de destrozar hasta mi familia si tú me lo pidieras. ¿Sabes lo horrible que me siento? —hizo una pausa y continuó—. No te puedes hacer a la idea... Creí que si me iba vería las cosas de otra manera, sería capaz de llamar a mi padre, disculparme con él, calmar a mi madre y volver a casa a abrazarlos pero no quiero, no soy capaz de ver mi vida con el orden que antes tenía por vuestra culpa. ¡Me acosté con mi hermano! No ha sido fácil aceptarlo pero lo peor de todo es que después de saberlo aún le quiero del mismo modo y volvería hacerlo una y otra vez... ¡Eso es horrible moralmente! Me expuse a gente que ni siquiera conocía y ¿sabes? Me sentí orgullosa de ello porque te demostraba que era mejor que las demás, eso también es una locura ¿Quién que esté en su sano juicio entiende eso, Dominic? Tú, yo... Quimera... nadie más...

—¿Y qué te importa la gente? ¿Lo moralmente correcto? ¿Te piensas que el mundo que te rodea no se mata a pajas pensando en aberraciones cuando nadie los ve? ¿Que sus fantasías son más púdicas que las tuyas o lo que tú haces? —soltó una risa y se dejó caer en la almohada—. Si supieras las veces que todos nos hemos preguntado lo mismo que tú...

Samara se incorporó y apoyó la cabeza en el cabecero, se frotó la cara y meneó la cabeza negativamente. Eran más de las doce de la noche y el ruido sonoro de los coches perforaba el suave silencio de un hotel dormido. Dominic se frotó los ojos y se rió.

—Nunca... —musitó—. Nunca seas hipócrita contigo misma, princesa.

—¿Qué quieres decir con eso?

Dominic se incorporó y tiró de ella hacía sí. Apoyó su frente en la suya y la miró con dureza.

—Si durante el tiempo que llevas a mi lado hubiera visto en ti un atisbo de que algo de lo que te rodea no te gustara, no hubiera seguido con esto. Sí, es cierto que hay ciertos momentos en los que no lo has pasado bien,

reconozco que si me enfado disfruto con ciertas cosas poco éticas pero volvías a mí una y otra vez a por más.

—Eso es cierto.

La sujetó del cuello y la besó en la frente, los músculos de sus brazos se tensaron como si pretendiera cogerla por el pelo e intentara controlar aquel impulso.

—Entonces no intentes auto convencerte de que algo con lo que disfrutas está mal... No eres la única mujer en este mundo que gozaría como lo haces tú con esta vida, la mayoría solo fantasean por que los hombres que las rodean no son lo suficientemente valientes para soltar su alter ego y darles lo que necesitan... —volvió a sonreír y tiró de ella con más fuerza—. ¿Prefieres que te haga el amor con delicadeza? Puedo hacerlo... Pídemelo...

Se ruborizó, aún después de tanto tiempo era capaz de ponerla nerviosa en tan solo segundos.

—Vamos... pídemelo... Pídemelo que te hable con dulzura, que te diga esas bonitas palabras que te diría cualquier otro si te tuviera en su cama.

La besaba en la mejilla mientras la apartaba el pelo con delicadeza y bajaba a su cuello para seguir besándola.

—Para Dominic... No es eso lo que...

—Yo podría decirte eso pero no es lo que quieres... —notó como la apretaba la nuca y la metía la lengua con más firmeza en la boca—. Lo que pasa es que aún no eres capaz, de decir con la boca llena lo que realmente deseas de mí...

—Si soy capaz... Ya sí...

Dominic se apartó de ella y abrió los ojos con ironía.

—Pues dilo.

—No... No seas así ahora.

—Dímelo —repitió de nuevo sin soltarla mientras deslizaba la mano por debajo de la sábana y rozaba su sexo ya empapado.

—Lo sabes ya...

—También sabes que te quiero y aun así necesitas que te lo recuerde.

—Dominic... No me hagas esto ahora... No me siento...

—Mírame a la cara, Samara, no te lo estoy ordenando, te lo estoy pidiendo sin más. No te voy a obligar a...

Samara dio un salto al notar los dedos dentro y se pegó más a su cuerpo.

—A nada... —susurró con suavidad—. Hoy no, mañana tampoco pero sé franca conmigo...

La pasó la lengua por la boca y clavó los dedos.

—Dime que no disfrutas cuando te pongo de rodillas, dime que no es lo que quieres...

Notaba sus dedos jugar dentro de ella, como rozaba esa fina zona detrás de su clítoris donde el placer y el tacto aumentaban los calambres cada vez más. Separó las piernas, casi lo tenía encima y su mano apenas la daba tregua mientras olía su pelo, su mejilla, mientras la susurraba en la penumbra de aquella forma que tanto había echado de menos.

—No puedo decirte eso —jadeó—. Lo sabes.

—Entonces deja de compadecerte de ti misma —le dio la vuelta y la puso boca abajo— y demuéstreme en que has cambiado en todo este tiempo Samara... —susurró en su oído mientras se abría paso entre sus piernas.

23. Todo vuelve a la calma

Siempre hay una razón para todo, un gesto, una pregunta, incluso una simple mirada...

* * *

Luis viajó en el primer vuelo a Florencia y antes de las nueve de la mañana estaba en el hotel. Dominic había dejado una copia de la llave de la habitación para él en recepción, entró indicando al botones que trasladaran las maletas de la habitación de Romano, a la habitación de Samara, algo que el muchacho de apenas veinte años no comprendió inicialmente ni tampoco la recepcionista que lo miraba extrañada y con gesto de no entender nada.

—Señor, pero la habitación mil veinticinco solo tiene una cama matrimonial y ustedes...

—Señorita, baje las maletas de Dominic Romano a la habitación de mi hermana y haga lo que la digo. ¿No es una suite? ¿Hay alguna norma que impida que tres personas estén en una habitación de más de mil euros la noche?

Meneó la cabeza nerviosa y sonrió.

—No, Señor, lo decía por su comodidad, si quieren que les traslademos a una que posea dos camas para que puedan...

—Nos arreglaremos señorita. —La sonrió con sutileza mientras la daba dos billetes de veinte—. Siempre se nos dio bien los puzzles.

La joven miró de reojo al botones y le hizo una señal para que obedeciera.

—Que lleven las maletas dentro de dos horas, no quiero que nos molesten, el desayuno ahora mismo, de esos que se llaman continental, que tenga de todo, vengo muerto de hambre —notó la mirada ruborizada de la muchacha mientras se dirigía al ascensor y como una de sus compañeras cuchicheaba con ella—. Por cierto —se giró y la miró—, tendrás dos más de esos si subes tu misma a llevarlo —por el mero hecho de ponerla nerviosa no se perdería su cara por todo el oro del mundo—, buenas tardes...

No tardó en estar delante de la puerta de la habitación, ver a su hermana después de un largo mes de ausencia le llenaba de felicidad, verlos juntos, la llamada de su amigo para que cogiera el primer vuelo a las dos de la mañana casi lo mataba de un infarto la noche anterior pero ahora estaba ahí, delante de la cama, su hermana profundamente dormida con los bucles desparramados por las sabanas y aferrada a Dominic mientras la sábana resbalaba sutilmente por su cadera dejando entrever una de sus piernas y parte de su maravillosa nalga.

Se mantuvo durante un minuto en silencio entre la penumbra de la habitación, se quitó la chaqueta y la ropa y se coló desde el lado izquierdo por detrás de su hermana. ¡Qué sensación más apacible sentir el calor de su piel! No se daba cuenta, se movió acercándose más si cabe a Dominic y respiró profundamente aún dormida. Luis la apartó el pelo de la cara y la besó en la mejilla, el mero roce de su sexo contra su cadera le provocó una erección de mil demonios y se aferró a su pecho pasando el brazo por debajo de su costado hasta tirar de elle hacía él.

—Sam... mi Sam... —murmuró. Ella se movió lentamente y sonrió quizá soñando con algo bonito—. Te quiero tanto —la besó nuevamente en la mejilla y apretó sus pechos con firmeza.

—Que tierno... —Dominic seguía de lado y tiró de la sábana hacía sí—. Me alegró de que estés aquí Luis —farfulló medio dormido y sin girarse.

—Me duelen las pelotas de tanto avión...

Samara abrió los ojos y al ver a Luis pegó un suave gemido de alegría pero este la tapó la boca con la mano y la besó.

—¿Qué hora es? ¡Has venido rapidísimo! —musitó desperezándose.

—Sí —apenas la escuchaba, se enredaba entre sus piernas ansioso por poseerla—, muy rápido...

Dominic se levantó, camino desnudo por la habitación y se acercó a la ventana apartando con cuidado los visillos pero al instante, apartó la cabeza agobiado por los rayos de sol.

—Es muy temprano —dijo dirigiéndose al baño.

—Sam, voy a follarte —se puso sobre ella y la besó— o me va a dar algo aquí mismo.

—Tenía ganas de verte...

—Abre las piernas Sam o te las abro yo —se estaba volviendo loco.

—Luis... —Samara le sonrió con sutileza y se puso sobre él rápidamente —ábre las tú... —rió mientras se clavaba en él muy despacio.

La puerta sonó suavemente tres veces, Luis recordó la joven muchacha de mejillas sonrosadas y pelo dorado de la recepción.

—Mierda —gruñó—. El desayuno —bajó a su hermana de encima y se giró.

—Abro yo —dijo Dominic saliendo del baño.

Y ahí estaba la pobre muchacha, con el carrito de acero inoxidable de varias bandejas supletorias repletas de comida y una expresión de pavor cuando Dominic abrió la puerta totalmente desnudo y se quedó mirando a la joven con el ceño fruncido.

—¡Oh, Dios mío! Señor, perdón —carraspeó levemente y bajó la mirada. Era tan bajita que el carrito la tapaba medio cuerpo y quedaba a la altura perfecta para sentirse todavía más abochornada—. Vengo, vengo con el...

—Pasa —Luis se incorporó en la cama y la sonrió con el pelo totalmente descontrolado— déjalo ahí mismo. ¿Cómo te llamas?

La pobre chica apenas sabía cómo ponerse y dónde mirar. Aquel inmenso hombre la miraba de pie totalmente desnudo y aunque no era la primera vez que algún cliente le abría la puerta de esa guisa, ninguno le había impactado tanto. Volvió a carraspear y un suave hilo de voz emergió de su garganta.

—Joanna...

—Te prometí algo pero si salgo de la cama vas a parecer la divina trinidad —meneó la mano—. ¿Ves esa chaqueta? Saca la cartera, y coge lo que te dije que te daría.

Dominic se estiró y se tumbó en la cama.

—Señor, es... ¿Es esto?

—Sí, saca el dinero. ¿Ves todo lo que hay?

—Sí, Señor —no entendía, se aferró a su falda de tubo y lo miró nerviosa.

—Luis... ¿Vienes, tocapelotas?

—Vengo contento como en mi vida Dominic —susurró—. Solo estoy provocándola un poquito...

—Ya lo tengo, Señor, me dijo cuarenta —dobló los billetes con sumo cuidado y los dejó a la vista de su cliente. La habían enseñado bien, ciertos clientes podían permitirse muchas cosas en un hotel tan caro como aquel y no dudo en sonreír aún con aquella imagen en la retina y dar un paso atrás—. Gracias, Señor.

—No hay de qué. Joanna...

—Dígame, Señor.

—Cada vez que necesite algo si eres tú quien viene tendrás lo mismo.

—Buenos días —dijo abriendo la puerta—. Gracias, Señor...

Samara saltó de la cama y se abalanzó hacia el zumo de naranja, cogió un bollo dulce y se lo llevó a la boca. Estaba muerta de hambre, todos aquellos días apenas había probado bocado pero esa mañana se sentía bien. Devoró el panecillo bajo la atenta mirada de Dominic, que se mantenía sentado en una de las butacas con el periódico en la mano y con unos pantalones de satén oscuro que acababa de ponerse.

—¿Todo bien por la ciudad? —preguntó Dominic a Luis.

Este carraspeó suavemente y sin apenas mirarlo bebió su zumo a gran velocidad.

—Sí... —susurró—. Nada... nuevo...

—¿No se te habrá ocurrido decir nada al resto de la boda, no?

—No te preocupes, si dijera algo Carlo fletaría un avión entero lleno de circenses con tal de tocar las pelotas. Cada vez me recuerda más a House y su humor sardónico.

—No tengo nada que ponerme ni...

—Por eso no te preocupes, princesa —musitó Dominic doblando el periódico—. Ya me he ocupado yo.

—Tenemos hora a las cuatro de la tarde, como la niña es católica apostólica fue algo más complicado —rió Luis—, pero nada que no haga algo de dinero y alguna llamada a las dos de la madrugada...

Samara miró a Dominic y le preguntó.

—¿No eres creyente?

—No —confesó—. Soy ateo. Aún así, tendrás una boda religiosa tranquila... con cura y esas cosas... —suspiró y se incorporó de la butaca sentándose a su lado—, aunque tú de blanco... Mejor ibas de rojo...

—Y tú de verde —dijo Luis terminando su tostada mientras se chupaba los dedos—. Te favorece el verde. No sería mala opción...

—Voy a ducharme —dijo Samara al tiempo que se levantaba y desaparecía tras la puerta.

—Y ahora dime que cojones pasa —le espetó Dominic quitándole la taza de café de la mano.

—No sé a qué te refieres...

—Nos conocemos muy bien. Te he preguntado si todo está bien y no me has mirado a la cara.

Luis suspiró y frunció el ceño.

—Antón tuvo una leve bajada de tensión y está hospitalizado. Nadie ha querido decirte nada hasta que vuelvas porque está mejor.

—¿Cómo? —abrió los ojos como platos y buscó su móvil pero Luis le paró al instante y saltó sobre él para apartarle del teléfono.

—Catinca no me perdonará que te lo haya dicho, por favor Dominic, deja que pase hoy... Está bien, de verdad... Hoy es tu día, por favor...

Lo miró algo sorprendido y se apartó dudoso del aparador.

—Está bien —dijo confuso—, pero no vuelvas a ocultarme algo así...

—Dominic.

Le cogió por los hombros y lo miró con dureza.

—Nunca.

—Vale... pero relájate por favor... lo último que supe hace unas horas es que esta mejorando. Mañana regresaremos, un día amigo, solo un día.

—¡Vale! —dijo levantando algo la voz y frotándose la frente—. Vale... —susurró.

—Té envidia —dijo mirándolo— con toda mi alma, Dominic...

—¿Por qué dices eso ahora?

—Por qué vas a casarte con ella —meneó la cabeza—. No quiero perderla...

—No digas chorradas, Luis. ¿Perderla?

—No quiero que me la quites... Prométeme que no la alejaras de mí nunca...

—Esta conversación ya la hemos tenido. No vas a perder a nadie — meneó la cabeza sin entender su arrebató pero lo veía melancólico y algo trágico—. Joder, Luis... qué obsesión con perderla. Nada va a cambiar...

—Samara Romano... Me alegro y a la vez me muero... No lo puedo remediar —se colocó frente a la ventana y empezó a divagar—. Igual tenéis hijos y luego el tío Luis sobraré, seguro que...

—¡Para! Frena —dijo—. ¿Eres tonto del culo? ¿Qué dices?

—Pequeños Romanos repelentes que me impedirán tocar a su madre...

—No... ¡Joder! ¿Pero qué coño dices? —no podía creer lo que oía, comenzó a reírse aunque le apetecía darle una bofetada para que reaccionara—. Luis, estás muy mal de la cabeza. ¿Hijos? Tú corres mucho, no quiero hijos.

—Eso lo dices ahora.

—Basta —le frenó—, nadie te va a quitar nada, ni sobraré en ningún sitio. Tu hermana té necesita —suspiró—, no de la forma que te gusta pero bueno, partamos de la base que al final acaba siempre igual la historia...

Luis se giró y lo cogió por los brazos con fuerza.

—No me la quites.

—Que no...

—¡Júralo!

—Esto es ridículo.

—¡Júralo!

—Joder, lo juro —dijo mirándolo de reajo—. Estás chiflado.

—Tu noche de bodas...

Dominic perfiló una sonrisa casi maquiavélica y meneó la cabeza en tono afirmativo.

—¿Qué pasa con mi noche de bodas?

—¿Qué tienes preparado, amigo? Yo me quedaré aquí y os veré en el aeropuerto pero donde irás con ella, eso no me lo has dicho.

—Ni pienso hacerlo.

—Solo dime que no tengo que estar preocupado...

Dominic mantenía esa sonrisa inquietante y se apartó de él de repente.

—No tienes que estarlo.

—No te creo.

—Me da igual Luis... Como tú dices... es mi día... solo voy a disfrutar lo que significa para mí que ella firme ese papel. Tú asegúrate que Antón este bien el resto es cosa mía. Tu hermana no va a sufrir más de lo que ha sufrido estos días.

Metió las manos en los bolsillos del pijama y se colocó dando la espalda a Luis frente a la ventana, giró levemente la cabeza y le sonrió.

—Regresará a Quimera sin su apellido entre otras cosas...

24. Quédate conmigo

Ninguno de nosotros somos nada sin vosotras. Nuestro poder aumenta con vuestra gratitud.

* * *

Carlo derrapó por el pasillo de la casa y se estrelló contra uno de sus perros. Maldijo en varios idiomas y aterrizó sobre el teléfono fijo que no paraba de sonar.

—¿Catinca? —dijo aceleradamente—. ¿Todo bien? Joder, menos mal... sí... dos días más, bueno me parece normal que quieran que quede un poco más, es una medida de prudencia. Iré a buscarte. Dame veinte minutos.

La noticia de que Antón empezaba a mejorar le llenó de júbilo, Meredith había salido a primera hora de la mañana para pasar el día con sus padres, empezaba a ponerse nervioso. No sabía dónde estaba Luis, Dominic no daba señales de vida y Mateo había regresado con su hermana al pueblo con la intención de solucionar el momento estelar con su padre. Cogió la chaqueta del traje del perchero de pie y salió al jardín, el día parecía mejorar y una tenue brisa de mayo le golpeó la cara despeinando sus finos mechones rubios. Los sábados a esa hora la autopista estaba medio vacía así que no tardó en llegar al Hospital y ver a Catinca sentada en uno de los peldaños que conducían a la puerta principal. Se compadeció de ella, de su tristeza, del agotamiento que reflejaba su mirada y bajó del coche.

—Vamos, niña —le dijo acercándose—. Sube al coche, te llevaré a tomar

un desayuno decente y vendrás a casa a descansar.

La joven se levantó y le sonrió sin ganas.

—Estoy tan cansada...

La abrió la puerta del coche y pocos minutos después entraban en una cafetería bastante coqueta.

—¿Sabes algo de Dominic y Samara?

—No —la contestó—, pero no creo que tardemos en saber algo, Luis a desaparecido y eso me dice que algo se está cociendo conociéndolos.

—Me alegraría mucho que fuera así Carlo —notaba su cansancio en cada palabra que salía de su boca—. Llévame pronto a casa. Necesito darme una ducha y descansar.

—Come primero, has bajado mucho peso.

Cuando llegaron a casa, se quedó profundamente dormida en la bañera, fue Carlo el que la despertó casi una hora después. La ayudó a salir y la rodeó con una toalla.

—Quédate conmigo —le pidió mientras comenzaba a dormirse en la cama. Luego se hizo la nada.

25. Una boda íntima

Porque sé que con esto aún estás incompleta, todavía guardo una baza que no te esperas.

* * *

Nunca había imaginado su boda como un espectáculo de desconocidos y una algarabía de niños corriendo por un jardín, no. Casi más bien, todo lo contrario. Un sitio íntimo, un momento entre dos, quizá alguien más de confianza y un paisaje hermoso donde respirar un aire diferente. Estaba radiante y contenta, la pequeña capilla a las afueras de Florencia era idílica, su vestido de organza con un escote palabra de honor y una leve cola ribeteada era precioso. Su hermano estaba histérico, Dominic como siempre rozando una tranquilidad casi inhumana permanecía entre el cura y otro hombre mientras hablaban en bajo sobre los veinte papeles que había tenido que firmar sin apenas leer.

—Nos falta un testigo —musitó el hombre que parecía un funcionario del Ayuntamiento.

Luis miró la hora y pestañeo nervioso.

—¿Dónde coño se habrá metido?

—¿Quién?

Samara quedó totalmente a cuadros cuando la puerta chirrió y un hombre atravesó la galería renacentista a paso ligero. Abrió los ojos como platos, si había algo que la podría sorprender en aquel momento era verle a él allí.

—¿Tú? —musitó.

—Hola, muñequita —Darío la besó en la mejilla y dio la mano a Dominic—. Me perdí un poquito... disculpad el retraso —clavó sus inmensos ojos azules en ella y la profirió una sonrisa angelical—. Divina...

—¿Qué haces tú aquí?

—Oh, vamos, Sam... —susurró Luis—, si les digo algo a Roberto y Carlo se monta un circo y tienes aquí a doscientos invitados en lo que canta un gallo.

Darío se colocó la chaqueta del traje y se aliso la camisa.

—Por nada del mundo me perdería un acontecimiento de este calibre y más tratándose de la muñequita y mi buen amigo.

—Señor Cross, su carné de identidad, por favor —dijo el funcionario.

Dominic avanzó varios pasos y la ofreció la mano.

—¿Lista? —musitó.

—Lista —contestó ella.

26. Jugando

No intentes buscar explicación a nuestros comportamientos, tenemos muchas formas de cuidar de los nuestros, de amarlos, de jugar...

* * *

—Oh, nena... viniste a mi mundo volando... pero te corté las alas... mi prenda...

Catinca despertó al oír a Carlo tararear en el aseo. Había dormido cuatro horas y se incorporó algo atontada.

—¿Carlo?

—¿Cati? —contestó con sorna asomando la cabeza por la puerta—. Qué... ¿Mejor?

—Sí... Me duele un poco la cabeza pero estoy mucho mejor. ¿Qué hora es?

—Las siete de la tarde —saltó a la cama y se puso sobre ella—. Me alegro de que estés mejor.

—¿Dormiste conmigo algo?

Empezó a besarla con delicadeza.

—No... Me quedé a tu lado escuchándote hablar en sueños. Decías, Carlo... fóllame duro... Necesito que me rompas el culo...

—¡No seas idiota! —intentó apartarlo con humor.

—¡De veras! Te retorcías de placer cuando te di un besito... Estabas

teniendo un sueño de zorrita y decías mi nombre una y otra vez...

—Baja de encima de mí, Carlo.

La subió los brazos por encima de la cabeza con humor y la separó las piernas con la otra mano.

—Vale, pero antes déjame preguntarle a mi amigo si quiere lo mismo.

—¡Carlo!

—¡Cati! —inclinó la cabeza y sonrió con malicia. Sus braguitas de seda estaban empapadas y al rozar con la yema su clítoris se movió nerviosa—. ¡Ah! Mientes... Estás mojada...

Se movió nuevamente intentando zafarse de su mano que la mantenía inmóvil pero pesaba demasiado para ella y le costaba respirar si se inclinaba más.

—Carlo...

—Cati...

—Deja de repetir lo que digo y quítate de encima —volvió a moverse pero no consiguió nada.

Carlo comenzó a reír y se sentó sobre sus piernas, soltó sus manos pero de poco la valió con aquel peso sobre ella. Soltó los botones de su camisa, la cogió la mano y se la llevó a la entrepierna.

—Mira... cómo me pones... Ahora tendré que follarte o me subirá la lefa a la cabeza...

—Y te dejará más imbécil de...

—Shhh... —puso los dedos en sus labios y la hizo un gesto para que callara—. Lo nuestro es una guerra continua... y eso amor mío es algo que me provoca más ganas de follarte... Si alguna vez cedieras a mis deseos y no me resultará tan difícil meterte la polla entre las piernas... —se inclinó y acercó la boca a su oreja—. Todo sería diferente y sé que te encanta que te trate como una zorra... Solo tengo que pasar la mano por tu coñito... —pasó los dedos por él y un fino hilo transparente se balanceó—. Sí... esto es lo que me mata... que seas tan... predecible...

—Carlo... Ya está bien...

—Voy a follarte antes de que te vayas... Mi hospitalidad nunca es gratuita —susurró besándola—. De ti depende... ten cojones... por una vez en tu vida...

Lo miró tensando la mandíbula y le mordió la boca.

—Está bien —dijo al fin con rabia—. Hazlo...

—¿Cómo?

—Sin compasión...

—¡No me digas! —contestó con sorna.

Catinca le dio una bofetada y se rió.

—No, como una nena...

Carlo ladeó la cara y se limpió el labio mientras se reía. La agarró del cuello y la levantó levemente.

—Bienvenida a mi mundo, mi preciosa puta...

Tiró de ella y la lanzó fuera de la cama. La agarró por el pelo y la empotró contra la pared, la cara de Catinca chocó contra el pladur y sintió como la arrancaba la ropa interior de un tirón.

—Abre la boca...

La metió las bragas en la boca y la lanzó sobre la cama. Ató sus manos al cabecero y separó sus piernas. Colocó un cojín sobre su cadera y la elevó delicadamente.

—Ummm...

—¿Hace cuanto no te la meten por el culo, Cati?

—Mmm —negó con la cabeza y movió las piernas intentando quitárselo de encima.

—Mucho, ¿verdad? Creo que la última vez fui yo en verano y mira tú... estamos en mayo... Telita —le dio una bofetada y la cogió la cara—. Mírame...

—Mmmm.

Otra bofetada la hizo mirarle mientras sus fosas nasales se hinchaban y deshinchaban y parecía sonreír con odio.

Se puso de rodillas entre sus piernas y metió los dedos en su sexo. Frunció el ceño y algo le iluminó la cara. Soltó sus muñecas y la puso a cuatro patas, abrió la mesita y sacó un consolador y tras sacarle las bragas de la boca se lo hizo chupar.

—Espera, Carlo, espera un momento...

—Abre la boca... —tras mojarlo se lo metió dentro y volvió a atarle las manos sobre la espalda. Catinca quedó de rodillas casi con la cabeza en la

colcha y aquello penetrándola la vagina—. Eso es... y ahora me vas a soltar el pantalón con esa boca que tienes... sí... no me mires así... usa tu lengua, los dientes, pero como tenga que ser yo quien me saque la polla te la voy a encajar en el culo sin sacarte el juguetito y créeme... con lo cerrado que lo tienes todo te va a doler un poquito...

—¡Carlo!

—Vamos... nena...

Catinca lo miró descolocada. Estaba de rodillas con aire chulesco sobre la cama, la camisa abierta y las manos en la cintura.

—Venga... tú puedes, zorra... un dos un dos...

—Eres un puto cabrón...

—Haberlo pensado antes de darme esa ostia en la boca...

—Solo quería jugar un poco...

—Y eso hacemos —la guiñó un ojo y meneó la cabeza—. Venga que me duermo...

—Dios...

—Y la virgen... Vamos, no lo digo más veces... Muérdeme... —se rió y meneó la cadera—. Mi preciosa gitana atrevida...

Catinca gateó sobre la cama y giró sobre sí misma, mordió el cinturón de metal y tras pelearse varios minutos con él consiguió soltarlo. Lo difícil fue después para quitar la hebilla del pantalón y el botón, tuvo la suerte que tras varios minutos de pelea con él, el ojal era más amplio y consiguió soltarlo y bajar la cremallera. Era horrible, su inmensa melena la daba un calor tremendo y Carlo se mantenía expectante hasta que al bajar su ropa interior su inmenso miembro saltó como un resorte y por primera vez se alegró de ello.

—Te mentí —dijo entonces—, te la voy a meter por el culo igual.

—¡No!

—Sí... sí...

La arrastró hacia el centro de la cama y la apoyó la cara sobre las sábanas. Sintió como movía el consolador y apoyaba la punta en la entrada de su ano y empezó a sudar del terror. Iba a suplicarle que fuera delicado pero apenas le dio tiempo, notó como su verga se abría paso hacia dentro y una punzada de dolor la perforó cada centímetro de su cuerpo.

La cogió las muñecas por donde se unían y tiró de ella hacia sí.

—Joder... Presión...

—¡Para, Carlo, me haces daño!

—Llora...

—¡Carlo!

No la oía, bombeaba como un demente chocando con fuerza contra su culo y clavándole más si cabe el consolador dentro de ella.

—¡Carlo, por Dios! —suplicó.

—Llora... —jadeó cogiendo sus pechos y levantándola hacia él hasta chocar con su espalda—. Suplica... Cati... me la pone más dura... Llora... y suplica... y puede que me apiade de tu dolor...

—Por dios, Carlo... para, por favor... para... para...

—Dijo caperucita al lobo.

—¡Cabrón!

—Voy a llenarte ese culito de leche y cuando empiece a escurrir por tus piernas te haré lamerlo... todo...

La bombeaba con más intensidad. De vez en cuando movía el consolador y la provocaba un grito de dolor.

—Algún día dilatarás y esto será el cielo para ti...

—Para, por favor...

—Cuando me corra y me chupes las pelotas.

Catinca comenzó a sollozar. Le ardía el culo, le ardían hasta la entrañas y Carlo no paraba de golpearla con la cadera sin compasión. La sujetó por el pelo y la besó en la nuca sin soltar sus pechos con la otra mano.

—Y estas tetas grandes y redondas... Duras... Cuando seas... buena... dejaré que te metas mi polla entre ellas... pero solo... —la embistió y jadeo—. Cuando seas buena.

Metió la lengua en su oreja y la mordió el lóbulo tirando de su pendiente con firmeza.

—Si no meneas el culito un poco, tardaré en correrme y te dolerá más... vamos, zorra... hazlo... trabaja un poquito... Acorta tu tormento...

—¡Carlo...! Por favor...

Catinca giró levemente la cadera y lo sintió resbalar más dentro de ella. La tenía totalmente inmovilizada, sus pechos apretados en su mano, la cabeza

inclinada hacia atrás. Sentía su pecho chocar en su espalda y sus jadeos en la oreja cada vez más ansiosos de más.

—Muévete, Cati... Ahora...

Obedeció y comenzó a mover la cadera, el dolor era cada vez menos nítido y el roce del consolador comenzaba a dejar de molestarla.

—Muévete como una zorra para mí... Eso es... Así...

Notó su semen caliente en las entrañas, sus convulsiones y sus jadeos y las embestidas violentas hasta que se quedó quieto casi temblando.

—Ya está... ahora viene lo peor... sacarla... despacito...

—¡No!

—Oh sí... —se limpió con lo que parecía una toallita y la arrastró hacia él sacando el consolador con tranquilidad—. Pobre Cati... ¿Quieres darme otra hostia?

—No...

—¿Quieres correrme? —se rió—. Vamos... dime...

—Sí...

—Pídemelo bien.

Lo miró con rabia y se mordió el labio inferior. Mientras, le dio la vuelta y la tumbó boca arriba.

—Dímelo... Cati...

—Quiero correrme... por favor... Te lo suplico...

—No.

La pasó la lengua por entre las piernas como si lamiera un helado y la volvió a mirar.

—Hazlo mejor, gitana.

—Permíteme correrme, por favor... Te lo suplico —era bochornoso para ella.

—Bueno... No está del todo bien pero... me vale...

27. Yo también soy oscuro

Incluso los que más creen conocerme a veces se equivocan; dentro de cada uno duerme algo oscuro, nuestros demonios son parte de nuestras vidas.

* * *

Darío miró de reojo a la joven empleada del hotel y luego observó a Luis.

—No estarás pensando... —frunció el ceño y se rió—. Joder, Luis...

—Es una cría...

Dio un trago a su copa y apoyó la espalda en la pequeña barra del bar.

—¿Dónde han ido?

—No tengo ni idea, Darío... Mejor así.

—Tramitó el cambio de apellido, ¿no?

—Y ella lo firmó sin mirar. Estaba ansiosa no vio los veinte papeles, creo que no vio ni el primero.

—Pero lo sabía ya, así que...

—La impedirá que trabajé en la multinacional donde está. La quiere cerca, en alguno de sus negocios, controlada. Dominic es así, apostarí la cabeza.

—Samara Romano —musitó Darío—. Esa muñeca es preciosa... Me suena hasta raro... Lo consiguió...

—¿Te follaste a mi hermana?

Darío se rió y dio un trago a su copa.

—Ojalá... Pero no. Es tan caliente... tan dulce... y aún así cuando se enfada esa mirada enciende hasta a un muerto... Me encantaría haberla probado —miró a Luis y se encogió de hombros—. Joder, soy sincero.

—Se lo pedirás... Lo sé.

—No lo dudes —musitó—. No sé qué dirá pero tengo que probarla... Lo siento, Luis... es como algo pendiente que no me deja dormir y sé que no te hace gracia pero decirte lo contrario sería mentirte.

—No te preocupes... ¿Volverás a España?

—Posiblemente —dijo—. Una de las empresas que tengo con Roberto funciona demasiado bien, no necesito estar fuera y he ganado suficiente dinero como para rascarme los cojones el resto de mi vida. Quiero estar en mi casa, llevo mucho tiempo fuera y solo.

—¿Volverás por Quimera?

Darío sonrió y bebió de su copa.

—Si. Todos estáis medio casados pero bueno... Tengo ganas de conocer a esa Sara y al nuevo fichaje, Mateo, se que tienes una preciosa sumisa también y Carlo sigue igual de desequilibrado que cuando tenía veinte años... Dominic me dijo que anda persiguiendo a Catinca.

—Se aburre y la amarga aunque ella mal no lo pasa.

—No pararé hasta conseguir lo que quiero ¿Lo sabes verdad? —dijo adquiriendo un semblante serio.

—Lo daba por hecho ya, Darío.

—Mis parafilias estas controladas.

—Eso dijo Hitler antes de incinerar a media población judía.

Darío lo miró y le profirió una sonrisa amable.

—¿Qué dice Dominic?

—Que tiene un castigo pendiente y yo soy el primero de la fila —se rió.

—Esto no acabará nunca —le cogió por el brazo y lo apretó con fuerza—, Darío...

Se giró y lo miró durante breves segundos.

—Cuando llegue el momento quiero estar presente.

—Aún no te fías de mí, te recuerdo que estuve solo con ella en la casa y vino entera...

—Aún no me olvido de la última noche de caza que pase contigo...

Dominic te dejará al libre albedrío y eso...

—Eso no debe preocuparte pero si te quedas más tranquilo, no tengo ningún problema.

—Me quedaría más tranquilo.

—Ha pasado mucho tiempo desde aquello Luis, teníamos veinte años. Si no empiezas a olvidarte del pasado acabará contigo poco a poco...

28. Soy más listo que tú

Jamás me subestimes...

* * *

Depositó la pequeña maleta sobre la cama del hotel y se acercó a la ventana. Era maravilloso respirar ese aire tan puro en aquel diminuto pueblo que descansaba en todo su esplendor sobre las colinas. Lo había elegido por su encanto arquitectónico, sus murallas, el enorme anfiteatro donde en verano solían realizar espectáculos medievales. Su cercanía a Florencia y porque él ya había estado allí muchos años atrás. En el mismo hotel, quizá en la misma habitación aunque no lo recordaba con claridad pero sin ella. Ahora la observaba caminar por el suelo tapizado en una alfombra gris perla, con un pequeño vestido blanco que había puesto tras cambiarse, su cabellera revuelta por la brisa del viaje y sus pequeños pezones rozando suavemente con la fina tela de algodón veraniego. No era la época, aún así, hacía demasiado calor para ir de otro modo. Avanzó hacia el interior de la habitación, cenarían posiblemente en alguna pequeña terraza cercana al hotel pero antes la mecería entre sus brazos con la intención de calmar el dolor que estaba a punto de sentir. Por que era necesario, una vez más...

—Samara —se acercó a la butaca de piel flor oscura y se sentó con elegancia. La camisa se abría juguetona y su eterna cadena de oro brillaba contra su piel canela—. Ven...

Se aproximó radiante frente a él y se acuclilló entre sus piernas. Le regalo

una sonrisa enigmática y fue en ese momento cuando vio con claridad que no iba a equivocarse aquella noche.

—Ahora no quiero tus mentiras —la espetó—. No quiero oírte decir que todo pasa y que entiendes y comprendes cada cosa que te he dicho como siempre.

—No entiendo a donde quieres llegar —desvió su mirada en dirección a algún lugar del suelo y dudó.

—Si te he repetido todo este tiempo que te conozco demasiado bien no juegues con mi inteligencia... No soy idiota, princesa... Ahora eres mi esposa, tú lo has querido así, aún rota por el daño que te hemos ocasionado has sonreído en menos de dos días y no ha salido de ti ni un reproche. Deja de mentir ya y enséñame de una vez lo que llevo buscando todos estos años. Dame una carta para mi siguiente jugada o seré yo quien la saque...

Samara apretó las mandíbulas con fuerza y apartó el pelo de su frente. Sus ojos estaban vacíos y su mirada era fría como nunca.

—Eres un hombre inteligente no lo dudo...

—No lo hagas.

—Y no dudo que sabes perfectamente lo que has hecho en todo este tiempo... —hizo una pausa y dejó caer sus rodillas sobre la alfombra rozando con sus dedos la entrepierna de Dominic—. Ya no tengo miedo al que vendrá...

—Ahora estás casada conmigo.

Soltó una suave risita y jugueteó con el dedo entre su bragueta y la piel de su estómago. Dominic la cogió la muñeca y la acercó hacia él.

—Se me agota la paciencia... Creí perderte cuando te fuiste, pero has vuelto demasiado rápido a mi lado y eso me ha recordado que si te escogí no era por lo maleable y sumisa que podías llegar a ser...

Lo miró enfurecida y le devolvió nuevamente una suave sonrisa forzada.

—He pasado tus pruebas... ya no tengo miedo... no tengo vergüenza, no me siento ridícula con la posibilidad de alguna situación que puedas — Dominic levantó las cejas y la sonrió con un gesto que la invitaba a seguir hablando—. Prepararme...

Casi sin darla tiempo a reaccionar le dio una bofetada que la tiró sobre la alfombra.

—Sigues mintiéndome...

Samara se apartó el pelo de la cara y lo miró tumbada de lado sobre sus brazos.

—No te lo voy a poner fácil...

—Vamos... eso es... sal ya de dentro...

—No voy a dejar que siempre consigas lo que quieres por que ahora... no te tengo miedo...

—Más... dame más...

—Y si... hay algo que me has enseñado en todo este tiempo, amar tanto como a odiar, yo también tengo la virtud de hacerlo, me odio a mí misma, por todo lo que he hecho, pero ya no me importa, ahora no tengo miedo ¡No tengo miedo! —se empezó a reír como una loca y se incorporó sobre sus nalgas hasta sentarse en el suelo—. No te lo voy a poner fácil... ¿Y sabes por qué?

Dominic se meneó en la butaca y sonrió suavemente.

—No tengo ni idea, pero sí... dímelo tú...

—Porque ya no te temo —pestañeó con humor y se arrodilló gateando hacia él—. Ni a ti... ni a tus métodos... ni lo que venga... ni como... Creía que no podría, hable con Alexis y dudaba de si al verte sería capaz de asimilar el dolor pero te vi... sentí una angustia y un amor incontrolable y cuando al día siguiente desperté a tu lado me di cuenta que no te había perdonado y quizá no lo haga nunca pero eso... tiene que sonarte de algo. ¿No, Dominic?

Soltó una suave risa y la miró con incredulidad.

—Me suena...

—Tú jamás me has perdonado que ni siquiera te viera siendo un niño, jamás lo harás por mucho que te esfuerces. Ahora empiezo a entenderte... Ahora comprendo como eres capaz de quererme y a la vez sentir ese rencor que llevas dentro... ¡Yo también lo tengo!

—Duele, ¿verdad? —rió.

Ella lo miró perpleja y se apartó descolocada.

—Mucho.

Samara se levantó del suelo y lo miró desde arriba. No pudo contener una suave risa cuando levantó la vista hacia ella y la vio tan rabiada.

—¿No vas a decir nada? —le dijo fríamente.

—No me lo va a poner tan fácil... —susurró casi con un suave hilo de voz.

—No. Soy tu mujer y he pasado tus pruebas. ¿Qué té queda ahora, Dominic?

Soltó una carcajada y se inclinó en la butaca sin dejar de mirarla.

—Mi amor... Lo que siempre he estado buscando.

Samara se movió nerviosa y abrió los ojos.

—Tu odio, tu rencor, tu amor, tu osadía, tu esencia...

Se levantó de la butaca y se colocó a dos centímetros de ella.

—Por ejemplo... —continuó—. Quítate la ropa.

—Quítamela tú.

Otra carcajada retumbó en sus oídos y le impregnó todos los poros de la piel. Le hubiera abofeteado en aquel momento pero se contuvo con firmeza sin moverse de su lado mientras seguía riendo como un loco. Cuando acercó las manos a su cara y la rozó con los labios la boca con la intención de besarla, Samara se dejó hacer y le devolvió con pasión aquel beso sencillo y casi etéreo.

—Quítate... la ropa... mi amor...

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Porque yo te lo pido... —susurró en su oído—. Y porque me respetas y me amas... Y porque si tengo que romperte la ropa cada vez que no me obedezcas, mañana saldrás en pelotas de esta habitación al aeropuerto... y eso no lo quieres, ¿verdad, mi amor?

Se mordió los labios y meneó la cabeza mientras lo miraba con rabia.

—Contesta —dijo con una seriedad casi palpable.

—No, no es lo que quiero.

—Entonces obedece —susurró—, me encantará comprobar tu falta de miedo, será maravilloso descubrir lo mucho que me odias, no tienes ni la menor idea del tiempo que esperaba este momento —la observó desprenderse del vestido sin apartar la vista de él con dignidad—. Te lo pondré muy fácil, cariño mío... Revélate lo que quieras, no voy a censurar lo que lleves dentro, nunca ha sido mi intención.

—Siempre has tenido este fin. La boda no era más que la necesidad de

tener plenamente el control de mi vida. Lo he sabido siempre.

—Nunca te subestimé. Quizá el resto sí y por eso jamás te traté como a las demás mujeres de Quimera.

—También has sabido que pasaría las pruebas, una a una, y con ello perdería mi miedo y tras carcomerme por dentro reaccionaría así —se rió suavemente. Sus cabellos resbalaron por sus pechos y los ocultaron ligeramente—. Siempre tan calculador...

Pasó sus largos dedos por la cara de Dominic y le besó suavemente la mejilla. Ni siquiera se movió, se mantenía alerta y expectante observándola jugar con su camisa, soltando los botones uno a uno mientras se mantenía tan hermosa frente a él.

—No tienes ni idea de la calma que se siente cuando una no tiene miedo a nada... —deslizó las yemas por su pecho y le acarició el estómago—. Cuando ya no queda un resquicio de pudor... porque nada queda peor que puedas hacerme...

Cuando se disponía a deslizar la mano por su entrepierna la cogió con firmeza la muñeca.

—¿Estás segura de eso?

—Sí...

La sonrió mezquinamente y volvió a soltar su brazo. Sus dedos aflojaron el cinturón del pantalón y fue soltando los botones y después la cremallera.

—Me estas retando —la volvió a decir.

—Quizá quiera más otra vez...

—Quizá no sepas ni lo que está diciendo.

—Quién sabe —musitó metiendo la mano por debajo de su ropa interior—, puede ser...

La apartó la melena de los pechos y la observó minuciosamente bajo la tenue luz de la lamparilla del techo. Samara seguía mirándole mientras acariciaba su sexo bajo el pantalón, sus ojos brillaban juguetones, carentes del pudor que siempre la había acompañado.

—Te he querido desde el día que te conocí, desde que me obligaste a vivir en ese mundo de locos del que vienes... Y jamás he sido capaz de decírtelo, por qué jamás se lo he dicho a nadie más que a ti —le pasó la lengua por los labios y sonrió con malicia—, pero no voy a ponértelo fácil...

ya no.

La tenía en la mano y se aproximó a él mientras le besaba.

—Puedes hacer lo que quieras... Ponerme de rodillas, usarme a tu antojo, castigarme de la forma que te plazca pero no te lo pondré fácil... porque ya no te tengo miedo, Dominic...

La sonrió de una forma un tanto extraña y la acarició la mejilla con dulzura. No la interrumpió en ningún momento, dejó que le acariciara y hablara sin perder un detalle de cada palabra y expresión que salían de ella.

—Y porque te odio, con la misma intensidad que te quiero, quizá sea de la misma forma que lo has hecho tú hasta ahora. Si tú hubieras intercedido mi hermano no hubiera hecho lo que hizo, no le exculpo, pero sabemos ambos que tú...

—Yo fui el culpable de todo y aunque me arrepiento volvería a hacerlo las veces que fuera necesario. Lo mismo que tú... si tuvieras que meterte en su cama otra vez...

Aquellas palabras la enfurecieron. Intentó apartarse de él pero la sujetó por los brazos con firmeza.

—¿Has terminado? —le espetó.

—Sí.

Creyó que saltaría sobre ella pero para su sorpresa la besó con delicadeza y la apretó entre sus brazos. Ella mantenía los ojos abiertos como platos y las pupilas fijas en el suelo. Parecía una niña asustada y a punto de encolerizar por una pataleta en cualquier momento.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada...

—¿No estás enfadado por todo lo que te he dicho?

—No.

—¡Te he dicho que no te tengo miedo! ¿Acaso eso no te molesta?

—Ponte de rodillas —dijo—. No, no me molesta.

—¡No voy a...!

—Princesa... Ponte de rodillas...

Obedeció ofuscada y se quedó inmóvil frente a él.

—¿Te das cuenta? —le preguntó—. No se trata de la fuerza que tengo por encima de tus posibilidades, podría ponerte de rodillas cuando me apeteciera

aunque tuviera que partirte la cara dos veces antes de que obedecieras... Ni siquiera el miedo que «ya no tienes» sería la razón, incluso el amor podría ser la razón de que obedezcas... —se agachó a su altura y la miró con dureza—. Lo haces sin más porque yo te lo he pedido y porque sabes que de un modo u otro, conseguiré lo que quiero de ti. Siempre...

—Te diré que no muchas veces... que esté casada contigo...

—Será un placer contestarte... No espero menos de ti.

29. Darío y sus terrores

Otro vendrá que bueno te hará, así dice el refrán y aun así...

* * *

Darío giró por el pasillo en dirección a su habitación, jugaba con la pequeña tarjeta de plástico entre los dedos como si fuera una moneda. El bar del hotel a esas horas estaba animado y él tenía toda la noche por delante para disfrutar al menos unas horas de tranquilidad con una copa de un buen coñac y quizá unos cigarrillos que le permitieran fumar dentro. A fin de cuentas aquel era un hotel de ricos y en ese tipo de sitios nadie le preguntaría por que fumaba un cigarro dentro de un local o si su tarjeta de crédito era visa oro o platino.

No era un hombre ostentoso, ni siquiera le gustaba que la gente supiera que venía de buena familia pero tenía que reconocer que era exquisito escogiendo los sitios y los restaurantes donde comer o cenar. Le encantaban las servilletas de tela con letras bordadas, los platos de porcelana fina y las cristalerías talladas y aunque resultara cursi, los hilos musicales de fondo, un buen camarero y la soledad. Luego estaba su belleza, algo de lo cual no era del todo consciente, sus inmensos ojos azules redondos como avellanas, su nariz respingona y afilada como si acabara de salir del mejor cirujano plástico y una boca inmensa y casi femenina que relamía despacio cuando algo que llamaba su atención le hacía concentrarse demasiado. Eso era lo que las mujeres les gustaba, su aire inocente de niño bien con el pelo revuelto en bucles castaños claros que se balanceaban a cada paso, un día engominado y

de traje, otro con sus eternos pantalones vaqueros desgastados y una camisa de manga corta que le hacía aún más joven si cabe. Darío Cross no había tenido una juventud normal, sus padres le habían mandado a los mejores colegios de Suiza, sabía varios idiomas, una formación superior a la media y un coeficiente intelectual por encima del ciento veinte y aun así, nunca fue feliz. El resto de los alumnos le veían extraño, normalmente se alejaba de la realidad, se perdía durante horas entre los libros de historia mientras el resto martilleaba su vida con fiestas de hermandades, fútbol americano y animadoras chillonas que no dejaban de enseñar las bragas y eso a Darío jamás le interesó. Ahí estaba lo extraño, ahí estaba la carencia de juventud que quizá le llevó a vagar por los locales de adultos, los salones privados y las conversaciones con octogenarios podres de dinero hasta altas horas de la mañana mientras fumaban sus inmensos puros y hablaban de la vida como si se dieran cuenta que la suya ya había terminado. Dos relaciones nefastas para su vida marcaron los siguientes años, la primera una mujer quince años mayor que él que jamás abandonó a su marido rompiéndole el corazón y la segunda la cual jamás olvidaría, Melisa... la joven de pelo cobre y pecas mortecinas.

Mientras fumaba uno de sus cigarros y esperaba a Luis, recordó a Melisa, ella siempre sonreía, siempre disculpaba sus errores, su obsesión por el orden, por los estudios, su falta de tiempo para ella. Hasta disculpo aquella nefasta noche que pasó a su lado, cuando no escuchaba sus llantos, cuando le decía que le hacía daño y no quería seguir con aquel juego tan horrible. Y Darío lo sabía y aún así disfrutó cada segundo, disfruto demasiado para no volver a la realidad y al apartarse de ella darse cuenta de lo que había hecho. Sus ojos hinchados por el llanto, sus manos temblorosas y su decepción. Eso le había superado y con gran pesar para su corazón no volvió a verla más. Lo peor de todo fue comprobar que recordar aquellos momentos eran realmente excitantes para él ¿Podía ser cierto? Sí... «Sí, mi pequeña y delicada Melisa, te he hecho daño, te he escuchado llorar desconsoladamente y aún así he disfrutado con cada una de las cosas que te hice, pero no soy un monstruo, al menos no, como tú piensas ¿Puedes creer que aún así te quiero? Ilógico quizá pero real. Te quiero con toda mi alma y aún así volveré a hacerte lo mismo cada vez que te haga mía, no puedes quedarte a mi lado, no si no me

comprendes y disfrutas de la misma forma que yo». Aquel pensamiento le seguía allá donde fuera.

En Suiza conoció a Argas, entre copas de coñac y puros le contó sus temores y fue él quien a su regreso a España le mando a Quimera, por qué allí el hombre que vivía, comprendía su dolor como nadie. Ni siquiera Antón pudo ayudarlo, no después de aquella terrible noche que pasó en la capital, no después de lo que hizo...

—Vuelve al mundo —Luis se sentó a su lado y levantando el brazo pidió lo mismo que él—. Eres como un fantasma en mitad de una algarabía. ¿Dónde estabas?

—En mi mundo —suspiró y bebió de su copa repasando a una joven que pasaba frente a él—. ¿Sabemos algo de la muñequita y Romano?

—No... y quizá no quiera ni saberlo...

—Mejor.

—¿Por qué has vuelto?

—Por melancolía y aburrimiento —lo miró con empatía y volvió a beber—. Porque necesito disculparme con Antón, necesito que me perdone Luis...

—Creo que ya te perdonó hace mucho tiempo.

—Ojalá sea así amigo —musitó de nuevo absorto en sus pensamientos.

* * *

Cenaron en el pequeño restaurante del hotel, tomaron un par de copas más y pasaron varias horas hablando de su vida y poniéndose al día. A la una de la mañana Luis estaba demasiado cansado para continuar la noche, mañana regresarían a España y pasarían por el hospital.

—Estoy agotado, creo que me retiro a dormir amigo —se levantó de la silla y cogió su chaqueta—. ¿Vendrás con nosotros?

—Es mi intención pero antes debo pasar por mi casa, poner al día un poco todo, he contratado una empresa de limpieza, lleva tanto tiempo vacía que necesita un repaso urgente, luego os llamaré.

Darío se quedó absorto en sus pensamientos, cuando volvió a la realidad creyó conveniente no beber más a menos que quisiera regresar a la habitación

a trompicones. Vio a Melisa al fondo del pasillo, más allá de los ascensores que daban a la planta.

—No deberías estar aquí. Es imposible —susurró en el otro lado del pasillo.

La imagen era nítida, la joven permaneció inmóvil mientras Darío intentaba centrar la vista.

—Vete, no eres real...

—Perdone. ¿Me dice a mí? —Una joven pasó a su lado y lo miró dudosa.

Darío se giró y meneó la cabeza con rotundidad. Al volver a mirar al pasillo Melisa había desaparecido.

—No, perdona —dijo—. Pensé que había visto a alguien conocido.

—¿Eres español? —preguntó—. Me gusta encontrarme a mi gente cuando viajo.

Darío la repasó de arriba abajo y la sonrió con dulzura. Parecía salida de una boda, los zapatos de tacón empezaban a molestarla y aquel vestidito de seda fino y de tirantes resbalaba delicadamente por los hombros enseñándole un escote aterrador.

—Sí.

La muchacha le estudiaba curiosa mientras le dirigía una sonrisa pícara.

—Oye, es la una de la mañana, estoy harta de mis primos y tampoco tengo mucho sueño. ¿Te tomarías algo conmigo? Llevo varios días sin hablar con un español y de verdad... —suspiró—. Sería estupendo poder relajarme aunque fueran una hora fuera de aquí...

Durante milésimas de segundos varias imágenes se agolparon en su cabeza, la joven enseñó una fila de dientes blancos y aquella sensación horrible volvió a apoderarse de él. «No es lo adecuado», pensó para sí. «Si me acompañas posiblemente te haga daño, eres demasiado apetitosa y bonita para resistirme y yo... no soy una buena persona».

—Mañana madrugo, cojo un vuelo muy temprano...

—¡Vamos! —insistió—. Una copita, solo un ratito, mi hotel está a dos manzanas, acabo de salir de esa maldita boda y estoy harta y agobiada —lo miró con desdén—. Por favor...

—Está bien —sonrió nuevamente y la hizo pasar al ascensor—. En la quinta planta hay una terraza estupenda con una barra fuera, las piscinas están

cerradas, estaremos bien. Mi nombre es Darío Cross —dijo.

—Yo me llamo Elena —contestó—. Encantada.

«No, esta noche te llamarás Melisa».

—Un placer Elena.

* * *

Media hora más tarde Elena estaba borracha y bailaba haciendo círculos alrededor de la piscina. Su precioso vestido de fiesta amenazaba con resbalar por sus pechos y dejar al aire aquellos dos hermosos bultos que dormían debajo. Solo con mirarla sentía aquella necesidad innata de abalanzarse sobre ella y hacerla suya. La muchacha estaba contenta, era una de esas finas borracheras que apenas se notarían si no fuera por el desparpajo y la falta de vergüenza que la caracterizaban y él la deseaba horriblemente. Deseaba olvidarse del recuerdo de Melisa, olvidarse de lo mucho que deseaba probar a Samara Romano, de la posibilidad de volver a encontrarse con Catinca.

—No quiero que termine esta noche —canturreó contenta.

—Si no quieres, no tiene que terminar.

Se giró alegre y se quedó frente a él con el moño casi a punto de desparramar su cabellera dorada.

—¿Me estás proponiendo algo?

—Sería una osadía por mi parte, acabas de conocerme, podría ser... un enfermo mental, un loco...

Elena soltó una suave carcajada y apoyó un brazo torpemente en la barra.

—No tienes pinta de eso. Más bien pareces un chico bien que nunca ha roto un plato.

«Ese es el problema, que todo el mundo se fía de mí».

Besó sus labios y se apretó contra él. Sus pechos se aplastaron contra su camisa y pudo percibir ligeramente uno de sus pezones asomando por el fino borde bordado de puntilla.

—Propón... —le susurró.

—¡Ah, niña! ¿Qué años tienes? Dieciocho, diecinueve... Eres demasiado osada con los desconocidos para tener más...

—Veinte —dijo algo ofuscada, luego volvió a sonreírle y le rozó la entrepierna—. Me quedo contigo...

—No lo hagas.

—¿No te gusto?

—Me encantas, pero mañana apenas recordaras quien era, has bebido demasiado, eres inconsciente y... me provocas demasiado para resistirme a ti...

—Vamos a tu habitación.

Volvió a frotar su entrepierna con la mano y le pasó la lengua por la boca. Darío sintió como su excitación iba en aumento, a medida que sus dedos jugueteaban con su sexo el bulto de su pantalón crecía considerablemente.

—Hay gente mirando niña...

—Pues llévame a tu habitación o seguiré tocándote delante de ellos.

Depositó un billete de veinte sobre la barra y tiró de su brazo con firmeza. Eso era lo que quería, la muchacha tarareaba alguna canción de moda, se sentía realmente hermosa, realmente desinhibida y deseaba que la follara aquella noche. «Melisa... perdóname por lo que voy a hacerte».

Entró en la penumbra de la habitación y quedó alejado de ella. Depositó las llaves en la mesa junto a la cartera, se quitó la chaqueta del traje y la vio caer sobre su cama alegremente, ella retozaba juguetona, había soltado las horquillas del pelo y sus largos cabellos se desparramaban por la colcha. Su vestido fiestero se deslizaba por sus muslos, lo miraba hambrienta y ansiosa por que saltara sobre ella en cualquier momento. Darío se quitó la camisa y se aproximó al mueble bar.

—Eres hermoso... Seguro que hay una mujer esperándote en casa...

La miró con melancolía y le sirvió otra copa. Se sentó a su lado y sintió sus largos brazos enrollándose en su cuello.

—Vamos, Señor Cross... Seguro que es usted infiel... Piensa demasiado el siguiente paso para no ser así... No me importa...

—No seas tonta...

—Fóllame...

Se giró y la besó. Deslizó sus finos tirantes y la desprendió delicadamente de su vestido. Ahí estaba ella, en todo su esplendor, con una fina piel joven, unos pechos turgentes y exquisitamente redondeados que todavía se

mantenían perfectamente torneados. La desprendió de su pequeño fular de fiesta, la sonrió y ató sus manos con él a la cama.

—Qué jugueteón...

—Silencio —la susurró.

* * *

La joven se retorció de placer, sus muñecas asidas al cabecero apenas la dejaban maniobrar, movía su cadera envuelta en un fino tanga de color rosáceo mientras le invitaba a hacerse paso entre sus piernas. Darío deslizó los dedos por el hilo y tiró suavemente de él. Estaba mojado, sintió un latido intenso entre sus piernas y se inclinó hasta rozar con la nariz la fina tela. Besó su sexo, aspiró ese aroma tan embriagador que empapaba el algodón terriblemente. Elena lo miró con humor y se encendió más aún.

—Oh, vamos... fóllame... ¡Eres tan obsceno!

—No te muevas —apartó con el dedo la telita y observó su sexo depilado —. Quiero ver cómo eres.

Su dedo se coló con facilidad dentro de ella y la hizo gemir de placer al notar su lengua sobre el clítoris. Darío paró de inmediato y observó las palpitaciones que hacían moverse delicadamente su pequeño sexo.

—Necesito oírte decir...

—¿El qué...? —jadeó nerviosa.

—Qué puedo hacer contigo lo que quiera... Necesito tu permiso...

La metió dos dedos dentro y le mordió los pechos con delicadeza. No tardó ni dos segundos en desprenderse de su ropa, la muchacha lo miraba embelesada, su pecho suave y delicadamente bronceado se apoyó sobre ella y notó cómo su sexo se precipitaba en sus entrañas muy despacio.

—Dímelo...

—Sí —susurró ella—. Puedes hacer conmigo lo que quieras... claro que sí...

—¿Cualquier cosa? —lamió su boca y mordió su labio inferior.

—Sí... cualquier cosa... pero no pares, por favor... sigue moviéndote... más... deprisa...

Sus manos se deslizaron suavemente por sus pechos, se retorció sobre ella con tranquilidad, su cadera jugaba con la suya y se clavaba despacio hasta sentir sus nalgas rozar sus pelotas. La sujetó por el cuello. ¡Qué suave y delicado parecía! «No romperé esta muñeca. No esta vez...» Apretó los dedos y su piel, ella jadeaba ansiosa, la humedad de su sexo empapaba su pelvis, le suplicaba una y otra vez que no parara mientras sus piernas se enrollaban a su cintura atrayéndole con ansias hacia ella. Lo miró durante breves segundos.

—Me haces daño...

—Lo sé...

—Para, me ahogas.

A medida que la embestía y sus ganas de correrse aumentaban sus manos apretaban con fuerza su fino cuello, la muchacha empezó a patallar, intentaba zafarse de él pero su peso la impedía moverse.

—¡No! —susurró—. ¡Para, me vas a...!

—Ahora...

Al soltar sus manos y moverse más rápido la joven sintió un incontrolable subidón que le provocó un gemido casi aterrador. Darío le tapó la boca, ahogo con su mano aquel alarido y cogiendo su cara con una mano la elevó hacia él.

—Ahora... vas a ser una buena zorra y hacer lo que te diga...

—¡Qué te pasa! —gimoteó exhausta—. ¿Estás loco?

Notó un fuerte bofetón que le ladeó la cabeza.

—Contesta simplemente sí... o no...

—¡No! —gritó—. Quiero irme de aquí...

Un brutal pellizco en uno de sus pezones la hizo revolverse de dolor. Todavía se mantenía sobre ella y la sujetaba la quijada mientras la miraba con una expresión de vacío.

—¡Por favor! —suplicó—. Suéltame...

—No hasta que te dé lo que has venido a buscar —tiró de su pelo y la levantó casi hasta retorcerla los brazos aún atados—. Mi preciosa Melisa... —murmuró.

—Darío... Me empiezas a dar miedo... Por favor...

—¿Serás una buena zorra?

—¡No!

Otro golpe ladeó su cara.

—¿Serás una buena zorra?

—¡Sí! ¡Sí, lo seré, pero para!

La besó en la boca y puso su dedo en los labios haciéndola saber que debía callarse. La muchacha estaba totalmente descolocada, en aquel momento empezaba a darse cuenta de que él no era lo que parecía y que no sabía si quiera... dónde se había metido. Soltó sus manos y la arrastró al centro de la habitación dejándola de rodillas. Nuevamente, ató las manos a la espalda y la empujó hacia delante de un golpe haciendo que su cara chocara con la alfombra de la habitación.

—Quizá esto te enseñe a no irte con el primero que ves...

—No me hagas daño.

—Eres demasiado joven para darte cuenta de lo horrible que el mundo a tu alrededor.

Lo observó ponerse los pantalones, la miró mientras encendía un cigarrillo. Se aproximó a ella y la colocó el filtro en los labios para que fumara. Elena tenía el rímel corrido, empezaban a asomar las lágrimas del miedo en sus ojos y absorbió el tabaco, temerosa de su reacción.

—¿Por qué haces esto? —preguntó angustiada.

—Me gusta deleitarme de las pequeñas cosas... Tienes miedo, lo notó en tus ojos... Eso me excita tanto...

—No se lo diré a nadie pero suéltame.

—No lo harás —se aproximó a la ventana y volvió de nuevo hacia ella, se acuclilló y le hecho el humo en la cara—. ¿Y sabes por qué? Porque te sentirás tan avergonzada de lo que vas a hacer esta noche que no te atreverás a contárselo a nadie... y porque quizá mañana sea un término muy lejano para ti.

—¿Qué vas a hacer?

—Te voy a hacer mucho daño.

La muchacha comenzó a llorar desconsoladamente y sus ojos se llenaron de terror. Darío la miró con cariño, ese era el momento maravilloso que siempre había deseado, esa expresión de miedo que tanto le excitaba, cuando anunciaba que quizá mañana no llegara.

—No estés triste...

—¡Estás loco!

—La locura es ambigua... Solo quiero enseñarte a disfrutar de algo que desconoces...

—Darío, por favor.

—Separa las piernas para mí... —Mordió su labio con tanta fuerza que la hizo sangrar—. Ahora.

Observó el fino hilo de sangre, pasó la yema de su dedo por él y se lo metió en la boca para que lo chupara. Otra vez sus dedos se colaron en su sexo mientras pellizcaba uno de sus pezones con dureza.

—Oh, Dios mío... ¡No!...

—Si te portas bien, será todo más sencillo.

—Lo haré, pero por favor no me hagas daño...

—Eso es imposible...

—¡Por favor! —lloriqueó.

Se aproximó a su maleta y con una tranquilidad devastadora revolvió en el fondo hasta sacar algo. Volvió donde ella y la colocó unas terribles pinzas unidad por una cadena que la apretaban en extremo los pezones. Al tirar de la cadena gritó de nuevo y esto le provocó otro tirón casi peor que el primero.

—No me hagas taparte la boca... Intenta no ser tan escandalosa... Al principio molestan, luego todo pasa...

Volvió a la bolsa y se aproximó de nuevo, esta vez las pinzas que traía las colocó en los labios vaginales y esto la hizo llorar con más intensidad. Las cadenas colgaban juguetonas entre sus muslos, se apartó unos pasos y la observó.

—¡Oh, Dios mío, esto duele mucho!

—Lo sé... Estas muy bonita pero si gritas otra vez tiraré de ellas, el pecho es soportable, podrías aguantarlo pero las de tu sexo te dolerán demasiado, se buena chica...

Se sentó en la butaca y dio un trago a la copa que había dejado al llegar, el hielo se había derretido y el frescor del licor le devolvió a la vida.

—Te diré lo que voy a hacer contigo... Quiero que me mires a la cara cuando lo haga... Es importante, quiero ver tu expresión en todo momento y por favor... —dijo con dulzura—. No llores... —Volvió a beber y se

revolvió con pereza—. ¿Te han follado el culo alguna vez?

—¡No! ¡Jamás! —gritó.

—Hoy estás de suerte, será lo primero que haga, pasaré la cadenita que te cuelga entre la piernas por mis pelotas, es más íntimo —se rió al ver su cara—. Cada vez que me separe de ti para embestirte sentirás un dolor horrible, es parte del juego, sé que gritaras como una loca, así que será mejor que te amordace, no quiero que algún inquilino de la planta se asuste y llame a seguridad.

—¡Por favor te lo pido! No hagas eso...

—Cuando termine de follarte el culo, me limpiarás la polla, eso generará que tenga que meterte la boca debajo del chorro del agua, es bastante desagradable y me gustaría besarte... ¿Me comprendes, verdad? —volvió a acercarse a la bolsa y sacó algo largo que parecía una fusta. Golpeó la cadena de sus pechos con dureza y la miró—. Luego seguiré con tus pechos, estarán tan sensibles que cualquier cosa que haga te provocará dolor, no patalees, para mí es muy fácil romperte la cara, me la pone dura, no sabes hasta qué punto, puedo llegar a perder totalmente la noción del tiempo y el espacio si eso ocurre. Y me darás las gracias cada vez que lo haga porque solo de esa forma me sentiré bien, permitiré aunque ahora te resulte muy difícil que te corras... Gozaras... tienes un coño sensible, tu pequeño tesoro late con facilidad cuando lo rozas adecuadamente y yo sé cómo hacer que grites de placer... que no vuelvas a gozar de la misma forma si te portas bien y me obedeces, eso será lo que te remueva el alma si mañana amanece para ti, no te estoy amenazando, solo quiero que sepas la diferencia entre que te parta el culo y disfrutes o te destroce la vida y tus relaciones personales no vuelvan a ser más que una amenaza para ti. ¿Me has entendido?

—Sí... —Estaba tan asustada que apenas un hilo de voz salió de su garganta.

—Sí, Señor... Por favor...

Se inclinó hacia ella y pasó los dedos por el clítoris.

—Justo ahí... ahora que tus labios se dilatan por el peso de las pinzas puedes verlo mejor... ¿Lo notas, verdad? —susurró—. Sólo un roce y tus flujos empiezan a salir ansiosos pidiendo más...

Se colocó de rodillas delante de ella y tiró de la fina cadena de los pechos

mientras movía su clítoris con cuidado.

—Separa más las piernas... Obedece, suéltame el pantalón y empieza a hacer tu trabajo... si no pararé de tocarte y empezaré tu tormento, pequeña Elena...

La muchacha separó nerviosa la piernas, su sexo estaba abierto por los metales y el clítoris asomaba amenazante y brillaba bajo la presión de sus dedos, era una sensación increíble, intentaba guardar la compostura pero movía el dedo sobre él con tanta delicadeza que creyó correrse varias veces pero cuando el placer se intensificaba, el hombre tiraba de la cadena y un dolor punzante cortaba sus escalofríos para empezar de cero otra vez.

—Eso es... tócala... juega con ella, pónmela dura, prepárala para ti...

La muchacha cogió su sexo torpemente y empezó a acariciarlo con temor, Darío tiró de la cadenita y la inclinó la cabeza hacia ella. Levantó la pelvis y la empujó con dureza haciendo que se la tragara entera.

Su saliva empezaba a empapar hasta su pelvis, tenía una erección inmensa. Abrió los ojos y volvió a verla, su cabello cobrizo, sus pecas infantiles en el fondo de la habitación, en un rincón. Lo miraba en la penumbra mientras agarraba a la chica por el pelo y hacía que se la tragara entera.

«Yo no quería que hicieras lo que hiciste, no quería hacerte daño, Melisa».

La rabia se apoderó de él y la giró violentamente. Empujó su cabeza contra el suelo y la clavó brutalmente en su pequeño culo al tiempo que la tapaba la boca con fuerza y aferraba su cuello hasta ahogarla.

«Vete Melisa... Ahora no debes ver esto...»

30. La vuelta a casa

Volvemos a casa y aún queda mucho que hacer, mucho que vivir y mucho que sufrir.

* * *

Luis recogió la maleta y miró el reloj. Eran casi las siete de la mañana, a las nueve saldría el avión de regreso a España. Se apresuró por el pasillo y subió a la planta superior. Llamó varias veces a la puerta hasta que Darío asomó con gesto de enfado, medio desnudo.

—Joder... ¿Acaso no has dormido en toda la noche?

Miró a su alrededor, no vio nada fuera de lugar, había un orden casi exagerado en toda la habitación pero se acercó a la cama mientras Darío se frotaba los ojos y descubrió un fino pelo rubio demasiado largo para ser de él.

—Te pillé... Por eso estas con esa cara de agotamiento... ¿Dónde está la chica?

—No sé de qué me hablas...

—Venga... Me cuelga de los dedos un cabello de medio metro —lo balanceó y sonrió—. Confiesa...

—La mandé a su hotel en un taxi a las cinco de la mañana. Una tontería...

Luis abrió los ojos como platos y saltó sobre la cama en dirección al otro lado de la habitación.

—¡Qué me parta un rayo! —se inclinó sobre la alfombra y afino la vista

—. ¿Esto no será...?

—Se mordió el labio —frunció el ceño mientras se acercaba a él—, deja de sacar conclusiones precipitadas... No he hecho nada realmente perverso con ella.

Luis se incorporó desconcertado y se dejó caer en la butaca más próxima.

—Vamos, no hay tiempo que perder, tenemos aún que atravesar la ciudad hasta llegar al aeropuerto —soltó un resoplido— y todavía tengo que llamar a Carlo para que trasmita la «buena nueva» en la casa... Creo que no le va a gustar, tendré que oír sus juramentos hasta que baje del taxi.

Una hora más tarde ya estaban rumbo hacia el aeropuerto internacional. Francesco Redi, la carretera que comunicaba Perentola con la ciudad, estaba abarrotada de coches y camiones a esas horas. Darío mantenía la vista perdida mientras escuchaba discutir a Luis por teléfono con Carlo.

—¡Vamos, Carlo! Celebrarán otra en Quimera. Díselo al resto y no hagas un drama de una tontería —silencio—. Está bien, me alegro que este mejorando —pausa—. Perfecto. Nos veremos en unas horas.

—¿Cómo le ha ido a Catinca estos últimos años?

Luis sonrió sin apartar la vista de la ventana.

—Le ha ido. Lo ha pasado un poco mal cuando conoció a Samara pero afronta la situación bien, la quiere. Es importante —se frotó la barbilla—. Será una sorpresa para todos verte después de tanto tiempo. Sara es una niña muy especial, tiene la maldad de Romina sin pulir —soltó una risa suave y meneó la cabeza negativamente—. Odia profundamente a mi sumisa, es celosa y caprichosa, me encanta su carácter de mujer en un cuerpo de niña.

—Si le pasara algo a Antón...

—No digas eso. Antón aguantará muchos años más.

—No me malinterpretes, Luis, no digo que le tenga que pasar nada, simplemente preguntó si os habéis planteado esa posibilidad.

—Hace unos años tuvo un amago de infarto y nos reunimos. Sé por Dominic que tiene todos los papeles arreglados por si eso llegara a ocurrir.

—Argas ha hecho lo mismo. Me lo comunicó hace tiempo en una de sus visitas a Suiza. No pretenden que su patrimonio mengue en abogados y notarios por no dejarlo todo arreglado —se peinó los rizos con la mano y movió la cabeza—. No tiene familia, sólo hace referencia a una prima lejana

que vive en Dublín y un par de sobrinos políticos en San Francisco. Les deja lo justo para que no tengan que preocuparse más por trabajar. Todo lo demás...

—Te lo da a ti, ¿verdad?

—Nunca me ha interesado su dinero.

—Lo sé.

—Me pasé varios meses buscando a más familiares pero o fallecieron sin hijos o sus bastardos no tienen su apellido y no lo sabe. Ha sido un hombre que vivió locamente, estoy seguro que su línea de sangre se extiende más allá de cualquier frontera —rió con sarcasmo—. Divide el patrimonio entre Dante, Ivanov y yo.

—Algo parecido pasa con nosotros, reparte las empresas entre todos, las acciones las entrega íntegras a Catinca, también las propiedades se las deja a ella pero la casa y la finca queda en manos de Dominic para uso y disfrute del resto. No quiero imaginarme ese momento.

* * *

Durante el resto del viaje se cernió un silencio casi incómodo entre ambos. Llegaron a la terminal y tras facturar las maletas decidieron pasar a la zona VIP. Allí estaba Dominic enfrascado en su lectura matutina de prensa, con un refresco enorme en un extremo de la butaca espatarrado como un adolescente. Samara no tardó en aparecer por una de las puertas del aseo. Darío no pudo disimular la necesidad de repararla cuando atravesó la sala con aquella diminuta faldita de punto y una camisa a juego en tonos verdes. Dominic lo miró fijamente y meneó la cabeza con sorna.

—Voy a ir a comprar un libro para el viaje. ¿Os traigo algo?

—No gracias muñequita —dijo con malicia. Samara sintió una leve incomodidad que no pudo disimular ante él—. Muy amable...

—La pones nerviosa —Dominic observaba alejarse a Samara a través de los cristales de la sala—. Mucho...

—No tengo el carácter explosivo de Carlo, debe estar muy acostumbrada a defenderse de todos por lo que pude analizar en ella.

—No lo sabes bien —contestó Luis.

31. La historia de Darío Cross

Aunque no te lo creas, mi amor, existe una historia casi tan hermosa como la nuestra. Quimera guarda demasiados secretos y entre ellos... todos nosotros.

* * *

Antón fue trasladado a casa a primera hora de la mañana. Pasó gran parte del día hablando con Carlo y Roberto, poniéndose al día de todo lo acontecido. Mando subir un ordenador a su habitación, varios libros de la biblioteca y puros. Catinca no dejaba de recriminarle que debía guardar reposo y no fumar pero el hombre estaba tan animado por la noticia de la boda de Dominic y Samara que apenas prestaba atención a su hija.

—Debe hacerse en Quimera —decía una y otra vez—. En los jardines, con nuestros amigos y mejores clientes. ¡Ah, tengo que mandar tantas invitaciones!

—Padre, estás débil todavía... —Catinca le colocó la mesa supletoria con ruedas en un lateral de la cama y extendió la encimera hasta sus piernas—. No creo que sea conveniente este trajín.

—Vamos, vamos. Estoy de maravilla. ¿Cuándo llegan?

—No tardaran mucho —dijo Roberto—. Han aterrizado hace media hora, no creo que les lleve más de una hora estar en la finca.

—No vienen solos Antón —Carlo que estaba apoyado en el aparador metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros.

—¿Ah, no? —dijo Antón—. ¿Quién viene?

Catinca salió de la habitación al oír el teléfono y Carlo aprovechó ese momento y cerró la puerta.

—Darío Cross está con ellos; Dominic le pidió ser su testigo en Florencia, sé que primero pasará por la casa de los Cross pero tiene intención de venir a la finca a hablar contigo.

Antón apretó los labios y se revolvió en la cama. Pestañeó pensativo y volvió a mirar a Carlo.

—Eso sí es una sorpresa —dijo meditativo.

—No sé lo que pasó con él, Antón, entiéndeme. Ni siquiera sé qué pudo hacer para desaparecer de la finca, es un tema que...

—Eso no tiene importancia ahora hijo. Darío será bien recibido.

Roberto se acercó a la cama y se sentó a su lado.

—Antón, ¿qué fue lo que pasó?

El anciano se inclinó hacia atrás y colocó la cabeza en el almohadón de satén y encaje. Parecía perdido en sus pensamientos, tenía el rostro algo tenso y se frotó la fina perilla blanquecina.

—El muchacho llegó de Suiza a través de Argas. Estaba destrozado, su novia de la Universidad se suicidó varios meses después de irse él y toda la familia se lo ocultó. Habían roto; Argas me contó que una noche Darío se sobrepasó excesivamente con ella, la muchacha sufrió muchísimo, era introvertida, le hizo daño y él intentó no hacerla sufrir más y rompió la relación. Se tomó un bote de pastillas y la encontraron varios días después. No lo superó nunca. Aquí estaba desquiciado, vosotros coincidisteis alguna vez con él...

—Sí —musitó Carlo—, pero jamás dio a entender que tuviera ningún problema de ese tipo.

—Cierto, es lo que le caracteriza, que nunca parece lo que realmente es, ni para sus virtudes y lo que es peor, ni para sus defectos.

—¿Pero qué le hizo abandonar Quimera?

—Estaba descontrolado, pero no como Dominic, que se le veía venir... A él no pude ayudarlo —hizo una pausa y carraspeó—. El pasado es el pasado hijos, dejemos los fantasmas de esta finca y continuemos nuestras vidas.

Roberto miró a Carlo algo descolocado.

—Antón —dijo Carlo al fin—, no estás diciendo todo lo que pasó.

El hombre meneó la cabeza con lentitud y volvió a revolverse en la cama.

—Abandonó Quimera porque yo se lo pedí.

—¿Qué paso, Antón? —Carlo empezaba a perder la paciencia con aquel secretismo—. Si tenemos que estar presentes en detalles extraños creo que es justo que nos cuentes que pasó. Dominic nos dijo que regresó a Suiza, pero en ningún momento nos habló de que hubiera pasado algo.

—Yo se lo pedí, hijo. Por aquel entonces Luis estaba en su apogeo, Dominic no pasaba su mejor momento y varios miembros estaban en una situación personal delicada, si se hubiera sabido...

Roberto pestañeó nervioso y miró a Antón; este dio un suspiro y continuó:

—Darío tiene pocos años más que Catinca, no lo recuerdo bien, ella siempre ha sentido como sabéis una debilidad por Dominic que jamás él ha correspondido, ahora es distinto, es una mujer pero por aquel entonces era una niña caprichosa y ansiosa por conseguir todo lo que se proponía. Cuando Darío venía a pasar unos días a la finca, la sacaba por la noche, era habitual verlos por los clubes más exclusivos de la ciudad, yo siempre conseguía saber dónde estaban y no porque me preocupara saberlo, simplemente no se ocultaban antes mis amigos más íntimos. Me gustaba su compañía por que sacaba de Catinca el recuerdo de Dominic cuando se iba durante largo tiempo. Sé que hacían mucho más, Darío era asiduo a las fiestas poco recomendables, algo que nunca permití en esta familia, si algo he intentado en esta vida es que os mantengáis alejados de alardear por eso os brinde Quimera. Pero Darío amaba la noche, los burdeles de lujo donde sé que le recibían como un Señor, se llevaba a Catinca, pagaba atenciones especiales y más de una vez casi acaba con alguna pobre muchacha por culpa de sus juegos. Le pedí que dejara de mostrarse de esa forma, Catinca era una cría y no era bueno para nosotros que la vieran por lugares de adultos con esa facilidad, se volvió desconfiado conmigo, mientras seguía con aquel estilo de vida —hizo una pausa y los miró—. Imaginaros por un momento a ese muchacho rodeado de mujeres con una niña a la cual solo la faltaba un lazo en la cabeza y un vestido de enaguas. Si, tenían la misma edad casi pero Catinca era diminuta e infantil, él ya portaba un aspecto de hombre y una

expresión de odio en su cara como si por él hubieran pasado las mayores catástrofes y tuviera veinte años más. Una noche se fue con Luis, Catinca pataleaba como una loca por ir con ellos, le prohibí que saliera, le supliqué que entendiera que no era un capricho, que no tenía edad para ciertas cosas ante los demás y la sociedad. Cuando Darío regresó yo no me enteré, Catinca debió de recibirlo ofuscada y enfadada por no haber hecho nada por llevarla y se pelearon...

Carlo se acercó a la mesilla de noche y le sirvió un vaso de agua.

—Luis ya dormía la borrachera y nadie más había en la casa, el servicio estaba de vacaciones y cuando a la mañana siguiente me levanté mi hija estaba totalmente destrozada. Conozco a Catinca a la perfección sé que le provocó y la demostró de lo que era capaz. Tuve que dejarla dos días en la clínica más privada que conocía, aquellos golpes nos hubieran buscado la ruina a todos, rompió las reglas, rompió el respetó por lo que significa una mujer libre en esta casa, incluso lo que significa una mujer que no era suya.

—¿Dominic se enteró de todo eso y no hizo nada?

—Dominic lo supo varios meses después cuando apenas quedaban marcas visibles. Fue a verlo a Suiza —cogió uno de sus puros y comenzó a encenderlo con calma—. Lo cierto es que eran tan parecidos que creo que en aquella conversación se vio reflejado así mismo con casi diez años menos. La decisión de que se enterara más tarde y aflojar el impacto de la noticia fue por el hecho de proteger a Darío. Todos habéis tenido una mala época y Catinca es como es... Caprichosa y testaruda. Dominic tuvo siempre mucha paciencia con ella por lo que es, yo siempre he sabido que vuestros arranques nos podrían traer problemas pero Darío no era Dominic...

Ambos hombres se miraron perplejos.

—Lo cuentas como si lo protegieras de lo que hizo —añadió Roberto.

—Hijo, llevo luchando toda mi vida para que podáis ser como sois, para que no os sintáis monstruos por vuestras necesidades. ¿Cómo no voy a proteger lo que yo permití siempre? ¿Cómo sentaros a todos y contaros en aquel momento lo que había pasado? No podíais pagar el error de uno, ni siquiera dejaros influenciar por mi amargura en aquel momento cuando la vi todas aquellas marcas.

—¿Acaso fue peor que la época de Dominic?

—No... En absoluto, Dominic ha sido el más problemático de todos pero Darío cometió el error de romper el equilibrio de la casa, de la familia, de los vínculos que hay en Quimera. Si una mujer no es tuya y no se te otorga ese derecho, no puedes castigarla. Si una mujer no es tuya y juegas con ella un solo «basta» debe ser suficiente para cesar en tus actos.

—Ha cambiado mucho desde entonces, le vi varias veces en la sede de Suiza —Roberto se frotaba la cabeza mientras jugaba con los cuellos de la camisa.

—Ahora es un hombre pero eso como en el caso de Dominic es un doble problema, tiene la calma de los años y la maldad que viene con ellos. Darío Cross... —Dio una inmensa calada al puro y se recostó hacia atrás—. Siempre sonriente y delicado en las formas, discreto y fino... Argas le enseñó bien. Fue su sufrimiento por Melisa y la culpabilidad de su muerte lo que le desvió de lo correcto mucho tiempo... Mi hija lo ha querido tanto...

—No puedo censurar lo que hizo —dijo Carlo incorporándose—. Es decir, no puedo si no pensar que aquí todos la hemos «cagado» en algún momento... De una forma o de otra, mira Roberto...

—Oye —dijo con gesto de enfado—, habla de ti...

—Sí, tu pasión por las vírgenes, la mía con el dolor, Dominic que es como Maquiavelo al cubo y luego tenemos a Luis, que pierde el norte cuando se coloca detrás de una sumisa que le diga «Pégame».

—Cierto —contestó Antón—. Por eso no os comuniqué lo que pasó, solo le pedí que se fuera para alejarlo de Catinca un tiempo.

—No es lo mismo Carlo —contesto Roberto.

—De todas formas —continuó Antón—, el problema fue volver a dar el equilibrio a la casa y para ello él debía irse, tened en cuenta que cuando vosotros os habéis equivocado siempre ha sido con alguien ajeno a esta familia, en este caso el error traía consecuencias importantes.

—Eso es verdad.

—Aun así le perdoné el mismo día que abandono Quimera, quiero a ese muchacho casi como a vosotros y si no le quiero más no es por lo que hizo sino porque no se dejó jamás querer...

32. Sara cambia

Jóvenes imprudentes que anhelan demasiado pronto lo que debe esperar...

* * *

Cuando Luis bajó del coche la pequeña Sara ya estaba en la puerta de Quimera dando pequeños brincos de los nervios. Una faldita de tablas y una camiseta de algodón y lo peor de todo, dos coletas. Luis no pudo contener aquel espasmo en la entrepierna cuando la vio, saltó a sus brazos enroscando las delgadas piernas en su cintura y comenzó a besuquearlo por toda la cara. Mateo salió bastante más animado de lo que creían.

—¿Todo bien por tu casa? —le preguntó Dominic.

—Digamos que por lo menos he hablado con mi padre —contestó.

—¡Luis! ¡Mi Luis! ¡Qué ganas tenía de verte! ¡Dime que no vendrá Natacha! ¡Dímelo! —gimoteó ansiosa.

—No puedo con esta niña... No, Sara... Hoy no vendrá...

—¡Dormiré contigo! ¡Qué alegría verte!

—Sara... —su hermano le lanzó una mirada de desesperación y besó a Samara—. Felicidades a los dos, Carlo se subía por las paredes pero creo que lo lleva mejor después de saber que volveréis a celebrarlo en Quimera. Samara Romano... ¡Guau! —exclamó abrazándola.

—¡Oh, vamos! —dijo Samara—. No seas picotero...

Catinca salió a la puerta y saltó sobre Dominic emocionada, besó a

Samara y pasaron dentro, todo estaba preparado para comer ya. Antón pasó mucho tiempo hablando con Dominic, Yelina y Xiamara no se despegaban de Samara y Meredith que llegó la última apenas la dejaba respirar de la emoción. Varios reproches sarcásticos de Carlo y poco más, estaba demasiado preocupado por la vuelta de Darío como para pensar en provocaciones en aquel momento aunque hizo lo posible para disimular lo que sabía ante Catinca, que no dejaba de lloriquear emocionada abrazando a su padre mientras por fin todos tomaban posición en la mesa.

—Debo buscar un momento para hablar con mi hija si viene Darío —le dijo Antón a Dominic.

—Desde mi punto de vista, si la pones en guardia, quizá sea peor que asimilarlo sobre la marcha... Catinca es muy impulsiva.

El anciano se quedó pensativo y afirmó con la cabeza.

—Tienes razón, que sea lo que Dios quiera...

—Señora Romano, señora Romano —Carlo en el otro extremo de la mesa se peleaba con el segundo plato sin mirarla—. Páseme la sal, señora Romano... —levantó el tenedor, hinchó el pecho y entrecerró los ojos levemente—. Romanita... —Soltó una carcajada—. ¡Oh Romi, viniste a mi mundo volando pero te corté las alas, mi prenda!

La tarde avanzaba calurosa, la mayoría de las mujeres decidieron salir a dar una vuelta por el pueblo a excepción de Samara que estaba agotada por el viaje y Sara que no quería separarse de Luis.

—¿Me has echado de menos? —la pequeña sonreía mientras se colgaba de su cuello en el sofá—. ¡Dime!

—Mucho —frunció el ceño y miró sus coletas—. Si te pones esos moños parece que tienes quince años, Sara...

Sonrió con picardía y le besó en la mejilla.

—Por eso lo hago, sé que te gusta.

—No digo que no, pero si salgo contigo así a la calle me van a detener si no enseñas el carné...

—Vamos arriba, quiero enseñarte todo lo que he comprado con Catinca mientras estabas fuera —tiró de su mano y lo arrastró por el salón hasta llegar a las escaleras principales—. Vamos, corre.

Entró corriendo en su habitación y sacó de los armarios varias perchas

con vestidos de colores. Luis se mantenía de pie mirando por la ventana, Sara se quitó la ropa repentinamente y su diminuto cuerpo emergió como un rayo frente a él.

—Me voy a probar este, ya verás cómo te gusta.

—¿Por qué no llevas ropa interior?

Lo miró con humor y se sonrojó.

—Porque venías tú.

Era imposible para él no fantasear con la infinidad de cosas que le pasaban por la cabeza, si tuviera una imagen de más mujer, sería fácil para él ejecutarlas; sin embargo, Sara se había emperrado en explotar la virtud de su infantil figura, sabía que eso los enloquecía y a medida que pasaban los meses era más notable su cambio de imagen.

—Pensé que querías ser como las mujeres de Quimera, Sara —le dijo con ironía— y cada vez te pareces más a esos personajes de manga eróticos.

—Lo sé —se giró con dignidad mientras se subía la cremallera de un vestido azul y su nariz respingona apuntó directamente a él—. Creo que tengo tiempo de ser como ellas, a fin de cuentas, como yo no puede ser ninguna.

—Gran verdad...

Se acercó a él y poniéndose de puntillas le besó en los labios.

—Catinca me enseña cosas muy interesantes.

Luis suspiró al notar sus pequeños pechos apretarse contra él.

—Me resultaría imposible tratarte como a ellas ahora mismo...

—No quiero eso —musitó rozando con sus dedos la entrepierna—. No quiero que hagas conmigo lo mismo que con Natacha, yo soy especial. ¿Verdad, Luis?

—Lo eres, Sara...

—Quiero que seas tú quien me elija la ropa, sé que te gustan mis vestidos pomposos, las faldas con lazos y mis coletas.

—¿A quién no...? —no sabía si aquella frase la había dicho en alto o para sí—. Tus vestiditos...

—Que me peines y me cuides y me enseñes todo lo que sabes.

Luis la miró sorprendido y se quedó con el ceño fruncido.

—Incluso he estado pensando que igual... podríamos jugar cuando

salgamos a la calle, yo sería tu sobrina, nadie tiene por qué pensar lo contrario...

—Sara... por favor...

Deslizó los dedos con cuidado bajo la bragueta de su pantalón mientras la abría.

—Así podrías llevarme de la mano —soltó una carcajada y se relamió—. Me podrías comprar helados, me gustan los helados de limón. Ir a buscarme al instituto, solo me queda un mes para terminar. ¿Te imaginas?

—No.

—Sería divertido. ¡Vamos, Luis! Nunca llevaría ropa interior, mis falditas son cortas, mis vestidos con vuelo se elevan siempre por encima de los muslos si me agacho... Sería diferente a lo que tienes, incluso podría gustarte más que lo que haces ahora...

—Niña mía —suspiró y la cogió por los hombros—. No me arrastres a un abismo que no sé cómo me hará reaccionar, podría hacerte daño.

—¡No me importa! —bajó la mirada y tensó el rostro—. Conmigo quiero que tengas lo que nunca has tenido —dijo, lo miró de nuevo y sonrió como una cría caprichosa—. Así te enamorarás de mí y dejarás al resto.

33. Pequeña Su

Y aunque quieras proteger con tu vida a lo que más amas, el destino es lo que decide. Muchos estamos condenados a estar solos, muchos estamos condenados a una sola persona...

* * *

Catinca siempre caminaba descalza bajo la hierba, desde niña era algo que no podía dejar de hacer siempre que el tiempo acompañaba, más en una tarde como esa, cuando el sol era lo suficientemente intenso pero a la vez el calor del verano todavía no había llegado. Levantó su falda e hizo tintinear la pulserita del tobillo, siempre la llevaba consigo, su madre se la había regalado cuando era pequeña. Miró hacia la casa, desde el jardín podía ver cómo se balanceaba la tumbona donde dormitaba Dominic y Samara, suspiró con melancolía, aun así ya no dolía tanto como antes. Quizá se había acostumbrado, quizá se conformaba al menos con tenerlo siempre cerca. Oyó la puerta metálica de la entrada y era raro pues poca gente entraba a pie en la finca a menos que fuera el cartero o algún turista despistado preguntando por el pueblo, no obstante, le quitó importancia y se sentó en el césped. Las risas del resto sonaron al fondo, el ruido de la música del antiguo tocadiscos del salón sonaba más allá de las puertas correderas de cristal. Posiblemente todos estuvieran tomando un café con su padre. Se tumbó hacia atrás y apoyó la cabeza en el suelo, el sol tapaba la poca visibilidad que podía tener. Cerró los ojos y se quedó medio dormida, oía el tintineo de las copas, más voces y risas

y creyó escuchar a Carlo tararear algo que no conocía.

—Carlo... Carlo... —pensó para sí—. En el fondo no sé qué haría sin ti ahora —se repitió.

Oyó el crujir de las hojas secas en el suelo, las piedrecillas del camino bajo las suelas de los zapatos y se giró torpemente intentando visualizar el camino. La claridad la impedía ver, frunció el ceño y colocó la mano sobre los ojos para protegerse del sol. Al final del camino empedrado había hombre, no tenía ni idea de quien era así que se incorporó y se alisó la falda larga para sacudirse las briznas del campo. Avanzó varios pasos y volvió a fijar la vista en él.

—¡Disculpe! —gritó—. ¿Busca a alguien?

Nada, el hombre se mantenía inmóvil, movió la cabeza en gesto afirmativo y avanzó hacia ella. Cuando apenas faltaban unos metros algo la hizo dar un paso atrás.

—Hola, Su.

Lo miró desconcertada, había pasado tantos años que apenas lo habría reconocido si lo hubiera visto en cualquier otro lugar. Sus rizos, su sonrisa inocente, aquellas mejillas sonrosadas que parecían las de un querubín, su mirada tierna y aquella forma de encogerse de hombros como cuando un niño dice «no tengo ni idea» que tiempo atrás habían sido tan familiares para ella.

—¿Darío? —dio otro paso atrás y dudó—. ¿Qué haces tú aquí?

Darío no hizo ningún gesto con la intención de moverse, parecía como si intentará no asustarla. La miraba fijamente con aquellos ojos redondos y profundos, meneó la cabeza para apartarse el pelo de la cara y la volvió a sonreír.

—Te has convertido en toda una mujer —musitó con ternura—. ¿Qué años tenías cuando me fui? ¿Quince? —suspiró con melancolía y volvió a encogerse de hombros.

—Catorce años, Darío —dijo Catinca—. ¿A qué has venido? No creo que sea buena idea que estés aquí.

—Aún no me has perdonado lo que hice y no te culpó —movió un pie sobre las piedras y metió las manos en los bolsillos del pantalón—. Han pasado muchos años, Catinca... Vengo a hablar con tu padre, necesito verlo.

Catinca comenzó a notar cómo el corazón la martilleaba el pecho. Le

dirigió una mirada inquisitoria y zarandó la cabeza sorprendida. No tenía claro cómo reaccionar, no cuando nadie la había dicho que aquel hombre iba a aparecer después de más de diez años. Se quedó muda, en esas situaciones en las que el tiempo no pasa, observándolo de arriba abajo. Apenas había cambiado, la misma altura, la misma nariz afilada y puntiaguda que le hacía tan gracioso, la misma manía de balancearse sobre sus pies de adelante a tras cuando se mantenía quieto, algo que pocas veces lograba siendo un crío.

—Dime dónde está tu padre y después me iré —su voz grave rompió el silencio que emanaba de ambos y avanzó hacia ella.

—No deberías haber venido, Darío —dijo al fin.

—La Baraka... —aquel nombre emergió de su boca y la hizo cambiar la expresión de su cara—. No todo fue tan malo... ¿Verdad, Su?

Catinca recordó la música maravillosa que sonaba en aquel local, las noches rodeada de terciopelos burdeos, los sofás tapizados de estilo inglés y las alfombras persas que decoraban aquel local. Cuando se era tan pequeña todo impactaba, recordó su primera copa de coñac en la Baraka, la forma terrible de toser cuando él líquido atravesó su garganta y aterrizó de lleno en su estómago. Darío no dejaba de decirla «despacio, no seas ansiosa, esto se bebe con cuidado» pero ella quería sentirse mayor, mayor para todo, para los hombres, para las copas de coñac y la música de Jocelyn Pook, los espectáculos de danza india que una vez al año llevaban a aquel lugar, la gramola de colores y canciones de los cincuenta que tanto la embelesaban y sobre todo porque Darío, era como un Señor allí, nada le faltaba, las jovencitas del lugar le recibían con ansias y todas deseaban que Darío las escogiera para pasar la noche dispuestas a cualquier cosa por aquellos inmensos fajos de billetes que siempre llevaba. Por aquel entonces Dominic estaba demasiado ocupado con su nueva empresa tras salir de la facultad, apenas la prestaba atención y pocas veces la dejaba dormir con él. Darío acababa de llegar de Suiza y era como un toro salvaje desbocado al que no le importaba pasearse con una chiquilla joven por aquellos lugares.

—Eso fue hace mucho tiempo —volvió en sí y lo miró—. Apenas lo recuerdo.

—No mientas —dijo y se aproximó más a ella quedando a un palmo—. Nadie se olvida de su adolescencia, no cuando la vivió como tú...

—Te aprovechaste de mi inocencia.

—Te di lo que querías —le dijo con un gesto de tristeza—. Todo.

—A una niña no hay que darla todo lo que pide —se apartó hacia atrás y miró hacia la casa sin encontrar a nadie.

—Yo no era tu padre para negarte tus caprichos, ni Dominic para protegerte del mundo, era tu amigo —volvió a caminar hacia ella y la cogió la mano—. Como un tío... —dijo con humor.

—No tiene gracia, Darío, casi me matas.

Volvió a mirarla con tristeza, alzó la vista y pudo ver a Dominic que se aproximaba por el camino que bajaba del porche en dirección a ellos. Se apartó de Catinca y la sonrió con la intención de ir hacia él.

—Me quedaré un tiempo en la ciudad... Espero poder hablar contigo con más calma.

Tras decir esto comenzó a subir el empedrado, Catinca ni siquiera se giró. Se quedó mirando al suelo, fija la mirada en las pequeñas piedras ocres. Todavía guardaba la muñeca de porcelana y vestido de antelina azul que la regaló, en el fondo del armario, sí, allí tenía que estar la pequeña Su...

* * *

Soñó con La Baraka, aquella noche había llorado desconsoladamente porque Dominic no volvería hasta pasado un mes. Darío se había acercado a ella. Olía a perfume caro y llevaba un precioso pantalón de seda gris perla y una camisa holgada blanca medio abierta. Su sueño era idéntico a la realidad pasada, quizá retazos de recuerdos que aún dormidos se hallaban en ella. Su boca perfilada color rosáceo, aquel diminuto lunar color marrón que tenía sobre el labio superior y que a menos que te acercaras mucho no detectabas a simple vista. Era tan sexy su boca con aquel decorativo detalle que aquella noche cuando se sentó a su lado en la cama para consolarla sintió deseos de acostarse con él. Sin embargo tenía catorce años, pocos para que el mundo comprendiera su madurez sexual y Darío era tan joven y tan adulto a la vez... Soñó con el momento en el cual la susurró al oído que si se portaba bien y dejaba de llorar dejaría que le acompañara a un sitio especial donde podría

jugar a ser adulta. Aquella noche la llevó por primera vez a La Baraka, el precioso local estilo inglés con amplios techos abovedados cuyas paredes eran de madera hasta media altura y el resto estaba forrado con papeles de colores tenues, era como retroceder un siglo, aquellos locales de fumadores ingleses elegantes y sibaritas donde los Señores de la alta burguesía discutían sus acciones en bolsa. Había preciosas mujeres elegantemente vestidas, con los cuellos decorados con joyas y muchos hombres. Luego supo que eran prostitutas de nivel y ella estaba allí con su vestido pomposo y una expresión desorbitada por todo lo que veía. Soñó con el momento en el cual la llevó con él a la habitación del último piso, le dijo que amar a una mujer de la forma que fuera era algo que algún día debería de probar, lo vio jugar con aquella mujer mucho más mayor que él, cierto que no tendría ni treinta años pero de aquella era una mujer adulta en todos los sentidos. Al principio la mujer de cabello cobrizo había puesto gesto de desaprobación cuando vio a Catinca allí. Darío le había dicho que si los padres llevaban a sus hijos de putas ¿por qué no iba a llevar a su dulce «hermanita» a conocer las artes? Ella observaba con ojos vivarachos cómo Darío dejaba que la mujer le quitara la ropa, otra mujer se había unido a ellos al poco de llegar y comenzaba a mordisquear sus pantalones con la intención de soltárselos mientras le toqueteaba el pecho y jugaba con la lengua en sus pezones. Catinca sintió un escalofrío entre las piernas cuando vio la imagen, la forma que lamerlo, de rozar delicadamente con los labios su miembro mientras se miraban y después la miraban con gestos obscenos a ella. Balanceaba los pies que la colgaban de la silla y se movía nerviosa en cada movimiento de las muchachas en la cama. ¡Ah, aquella forma lasciva de moverse sobre él! Cómo las arrastraba con movimientos más fuertes y bruscos a cada minuto que pasaba, su miembro, duro y goteante a punto de morir por poseerlas mientras ellas jugaban con sus lenguas, lamían su boca tocaban su sexo y contoneaban el culo dejando ver su sexo en todo su esplendor ante Catinca y luego aquella forma de lamerse la una a la otra, de darse un placer casi aterrador mientras él no dejaba de mirarlas de aquella manera tan sucia, ellas no dejaban de gemir exquisitamente y jamás perdían aquella clase y sensualidad que las acompañaban.

—No son putas, Cati... —le decía mientras las cogía por el pelo y las

hacía mirar hacia ella—. Solo son niñas de papá aburridas de su monotonía y con ganas de ganar dinero... ¿Y ves, pequeña Su? —tiró de una de las mujeres y la puso de rodillas en el suelo mirando hacia ella—. Te lamería ese zapatito de charol si se lo pidieras ahora mismo.

Catinca lo había mirado con humor y se había ruborizado.

—Prueba... Pídeselo —se sentó en la cama y empujó a la mujer con más fuerza hacía ella—. Dila... «Lámeme el zapato».

—Lámeme el zapato —había dicho ella con gracia.

La mujer reticente meneó la cabeza con un gesto de desaprobación. Darío se acercó en todo su esplendor y la abofeteó hasta tirarla en el suelo.

—Escucha a la niña y obedece —musitó con dulzura—. Si no... Seré yo quien te lo pida...

Darío canturreaba cuando hablaba, no era el tono severo y calmado de Dominic, él entonaba las frases cuando estaba ordenándolas. Era casi más aterrador escuchar aquella especie de melodía de su boca mientras las miraba fijamente y con ternura que escuchar el timbre de una orden directa y cortante.

—Putá estúpida y engreída —dijo al fin—, no volveré a repetírtelo, lame el zapato de la niña, es más, lame los dos zapatos de la niña ahora...

La chica comenzó a lamer a Catinca. En su sueño la muchacha no lloraba, pero ella sabía que había llorado desconsoladamente. Estaba sentada en la silla con aquella joven lamiendo sus zapatos y mientras Darío había vuelto a sentarse en la cama y dejaba que la otra lo devorara.

—Ven conmigo pequeña Su... Deja que mi amiga te enseñe a disfrutar de ti misma... Ven, siéntate aquí, en mis rodillas, separa las piernas, así... ahora quítate esas braguitas de algodón y abre más las piernas. Deja que su lengua juegue contigo, yo estoy aquí, apoya tu espalda en mi pecho y cierra los ojos. Así pequeña Su. ¿Ves?... Hoy eres un poco más mayor que ayer...

* * *

Despertó chorreando de sudor. Miró la hora, se había quedado frita sobre la cama y todo el mundo seguía abajo. Oyó el golpeteo de la puerta.

—¿Sí?

Samara asomó por ella y la sonrió con curiosidad.

—Cati. ¿No bajas?

Se incorporó en la cama y se secó la frente.

—No quiero ver a Darío, Sam...

—Algo me contó Dominic pero... vamos a cenar, tu padre lo ha recibido muy contento y creo... —Samara se sentó a su lado—. Creo que deberías olvidarte de todo y fingir que te da igual.

—Lo ves muy fácil, Sam —bajó la vista con tristeza.

—Vamos, saca ese carácter y riéte de todo. Hazlo por tu padre y el resto, sabes que las demás no saben nada y no comprenderían que te pasa...

—Dominic no sabe ni la mitad de las cosas que viví con ese demonio...

Se acercó a ella y la miró sujetándola por los hombros.

—Sam... No sé si ha cambiado pero algo me dice que no está aquí por casualidad... Ten cuidado. ¿Vale?

—¿Yo? —preguntó sorprendida—. ¿Y tú?

—Yo sé lo que es. Por mucho que se esfuerce en disimular su locura es capaz de engañar hasta el mismo Dios. No sé si habrá cambiado pero ¡vamos! La gente no cambia del todo con los años, solo sabe guardar sus miserias...

—¿Por qué estás tan nerviosa? —Samara la observó mover los ojos en toda las direcciones—. No te puede hacer nada, está Dominic, está tu padre, está Carlo y todos.

Catinca se colocó sobre sus rodillas y se arrastró hacia ella.

—Ten cuidado con Darío Cross, esperó que haya cambiado, nadie desearía tanto como yo que fuera así... pero no lo tengo claro... Es un demonio...

—Catinca, estuve el último día de castigo con él una noche y se portó como un caballero. No lo vi perverso ni me hizo daño.

—¿Y no viste nada raro? ¿Algo, no sé, grotesco y extraño?

Se quedó pensativa un segundo.

—Bueno, lo único esa manera de decorarte y disfrutarlo, decía que era como...

—Una muñeca de porcelana...

34. De vuelta a Quimera

A veces nuestros demonios nos susurran al oído e intentamos no escucharlos, es esa parte de nosotros que nos hace ser como somos.

* * *

Qué sensación más extraña volver a estar sentado en aquel salón después de tantos años. Sentir la mano de Antón, ver a Carlo del cual apenas recordaba nada salvo pequeños detalles, Roberto y sus muchachas, unas desconocidas para él, esa pequeña niña de ojos que todo lo saben y nariz respingona, la pequeña Sara, como la llamaban y su hermano Mateo, Catinca hecha una mujer. El tiempo pasaba para todos, Antón tenía buen aspecto, su piel tenía un color cálido y sonrosado y eso era señal de que se recuperaba con rapidez, Dominic se mantenía en el porche, de espaldas a las puertas correderas de cristal que daban al salón y que al permanecer abiertas le permitían, sin duda alguna, escuchar todo lo que se hablaba en la estancia. El olor de la casa era exquisito, tal cual lo recordaba. Nada había cambiado, los sofás seguían siendo los mismos, las habitaciones mantenían la estética de hacía diez años y sin embargo, que a gusto estaba allí. En su casa. Antón le bombardeó a preguntas casi toda la noche, su pasado, su trabajo, cuáles eran sus planes a corto y largo plazo, las reuniones con Roberto para definir sus competencias en el negocio, Suiza, la vida... Notaba la atención de todos, la curiosidad de las mujeres, esa hermosa Meredit de aspecto sencillo y belleza discreta, pensó que Mateo posiblemente era desconocedor de su vida, en parte era lógico,

llevaba poco tiempo con el grupo y había ciertas cosas que no merecía la pena contar. Samara era su centro de atención, Samara y su marido, su amigo, su confidente al teléfono durante tantos años. Y pensar que le había perdonado su catastrófica noche...

Los observó durante la cena, durante gran parte de la noche. Ella poseía una belleza griega, le recordaba aquellas musas con vestidos largos y cinturones dorados que salían en las películas de antaño con los brazos decorados de brazaletes y sandalias marrones con tiras. Se río suavemente cuando aquel pensamiento le traspaso la cabeza sin embargo no era esa belleza lo que le atraía rabiosamente, eran sus rasgos feroces, la intensidad de su mirada cuando fijaba la vista en él como si se sintiera en peligro y le avisara telepáticamente que estaba preparada y que no podría con ella. La noche que la conoció era una esclava obediente pero no era real. No poseía la humildad de una sumisa, no miraba con temor esperando una palabra para obedecer. Era como si en el momento que la vio descender por las escaleras aquella noche todos sus sentidos se hubieran puesto en alerta. Una mujer que ejerce el papel de esclava y es obligada a presentarse ante ellos «sin nada» reflejaba inseguridad y temor. En cambio, Samara había aparecido digna, con la mirada fija en ellos, los ojos brillantes y esa sensación de «me tocas porque no me queda más remedio» en su cara que tanto le había llamado la atención. Luego estaba el momento del baño, era como acorralar a un animal salvaje y excitante, que le daba motivos para cualquier cosa. Digna, prepotente y hermosa... Ella lo tenía todo. Ahora desde el sofá del salón la miraba con curiosidad.

—Me fulminarías con un rayo si tuvieras ese poder muñequita —susurró mirándola desde el otro lado del salón.

Sara apareció repentinamente, levantó las cejas con dignidad y le sonrió con osadía.

—Yo soy Sara —extendió la mano como una niña bien y sonrió.

—Hola, Sara —casi no tenía pecho y las coletas le caían por los hombros hacía adelante. Le dio la mano y sonrió—. Yo, Darío Cross, mucho gusto conocerte.

—Así que vivías fuera... Suiza me gusta, los suecos no, son demasiados rubios y blancos.

Darío embozó una sonrisa y la dejó sitio en el sofá para que se sentara. Observó sus coletas y no pudo contener la necesidad de ajustarle las gomas de cada una de ellas, la volvió a dejar ambas en su posición y la pasó la mano por la cabeza.

—En Suiza hay de todo, no solo pálidos y rubias platino niña...

—¿Vienes para quedarte?

Te pareces a Cati rabiosamente, pensó.

—Sí, es la idea.

Catinca observó a ambos desde uno de los extremos del salón y se mantuvo alerta.

—¿Tienes sumisa?

—¡Sara! —Luis frunció el ceño y puso gesto de disculpa—. Perdónala, no puedo con ella.

—Tranquilo, no me molesta su pregunta. Deja que pregunte —dijo y miró a Catinca—. ¿Hay que venir emparejado para que te dejen pasar?

—Si no tienes algo mejor, te presentaré a Natacha, es una chica que...

—¡Sara! —Luis golpeó la mesa con el puño.

Darío no dejaba de reír.

—¡Vamos, Luis! Seguro que hacen una pareja maravillosa. ¡No quiero que venga! ¡No quiero bajo ningún concepto!

Mateo la miró furiosamente, Sara bajo la cabeza y se mordió el labio inferior.

—Ei... —Darío levantó su barbilla y la miró con dulzura—. Deja que las cosas avancen, pequeña Sara. Paciencia...

—La odio... —dijo con rabia—. Yo quiero ser la única para él.

—Lo serás.

Lo miró con curiosidad y sonrió. Se levantó del sofá y corrió con Luis. Darío miró a Catinca, que no dejaba de observarlo.

Como tú de caprichosa y ansiosa, pensó.

Le guiñó un ojo y sonrió. Ella apartó la mirada y siguió hablando con el resto.

35. Sin tregua

No pienses nunca que dejaré de ponerte a prueba.

* * *

Se mantuvo inmóvil frente a la ventana inmerso en una oscuridad casi aterradora, eran la una de la mañana, quizá más tarde, se había dejado el reloj sobre la mesita y no tenía intención de comprobarlo en aquel momento. Samara entro con la misma expresión de irritabilidad que la acompañó toda la noche y ahora que todos dormían o al menos estaban en sus habitaciones no lograba desprenderse de ella. La observó revolver en la maleta inclinada hacia delante y farfullar algo ininteligible, luego se giró hacia él y gritó.

—¡Díos Santo, Dominic, me has asustado! —se llevó la mano al pecho y se inclinó hacia adelante.

—Te noto irascible y nerviosa —musitó sin moverse.

—Estoy cansada, solo eso —cerró la maleta y se acercó hacia la puerta del baño intentando soltarse el vestido.

—No —la paró en seco, y avanzó un paso—. No te desvistas aún, no vas a acostarte ahora.

Samara puso gesto de asombro y parpadeó. No era capaz de verle con total claridad, solo un leve rayo de luz exterior iluminaba parte de su rostro, su ojo izquierdo, la mejilla y parte de la boca.

—No te entiendo... ¿Por qué?

Avanzó hacia ella y se colocó los cuellos de la camisa. Tocó su mejilla y

le apartó los cabellos de la cara, sonrió con suavidad y la besó en la frente.

—Vamos a ir a dar una vuelta, princesa.

Tiró de su mano y la sacó de la habitación, descendieron las escaleras de la casa y salieron al exterior. Se quedó frente al coche y alzó los brazos en alto como si se dispusiera a rezar.

—¿Has visto qué noche más maravillosa? —dijo con un tono irónico. Se giró hacia ella y sonrió—. Sube al coche.

—¿Adónde vamos a estas horas? —sintió la fuerza de su mano contra la espalda invitándola a subir y cerró la puerta tras ella.

—Me gustan las noches así —dijo arrancando el coche—. Vuelven las noches veraniegas, la suave brisa —abrió la guantera y sacó lo que parecía un pañuelo oscuro—. Tápatelo los ojos y no preguntes más mi amor y por favor... apriétalo fuerte, hazme caso.

El final de su frase resultó algo amenazante, Samara estaba demasiado cansada para ponerse a pensar y aunque el estómago empezaba a bailar dentro de ella respiró profundamente y sacó ese atisbo de valor que hacía tiempo no sentía.

—Está bien —dijo obedeciéndole.

—No tienes miedo, buena chica... —contestó Dominic.

* * *

Dominic condujo durante más de media hora, podía notar el cambio de rasante y de terreno cuando las ruedas del coche comenzaron a traquetear al compás de las piedras. Diez minutos más tarde el coche se paraba, Samara permaneció en el interior del vehículo sin moverse hasta que la puerta del copiloto se abrió y la mano de Dominic la agarró el brazo con contundencia y la bajó. Le resultaba difícil caminar, el sueño estaba lleno de piedras y sus tacones se atascaban entre ellas, Dominic parecía tener prisa, tiraba de ella con fuerza y no la daba tiempo a buscar a tientas donde colocar el pie.

—Ahora sube los peldaños, cuanta cinco mi vida —le dijo.

Cada vez utilizaba un tono más tierno con ella, eso no hacía más que estremecerla, la dificultaba la posibilidad de saber en qué estado de ánimo se

encontraba en aquel momento. Subió torpemente aquellos peldaños y oyó el ruido de una puerta pesada abrirse. El destello de luz interior la cubrió los ojos por debajo de la tela. Un olor a lirio y vainilla la inundo las fosas nasales, oyó una música lejana más allá de la estancia donde se encontraba y el calor. Se aferró al brazo de Dominic y se pegó más a él.

—¿Dónde estamos? —preguntó nerviosa.

—Avanza a mi paso y no se te ocurra intentar soltarte la venda.

Bajo sus pies notaba la suavidad de una alfombra, los acordes de la música comenzaban a sonar cada vez más cerca y a medida que avanzaba el olor del lirio y la vainilla aumentaba.

—Dominic...

—Avanza, Samara —le susurró al oído.

Oyó movimiento a su alrededor, el choque del cristal de unas copas, oyó una puerta abrirse, el taconeo nervioso sobre una tarima y una suave voz femenina que susurraba algo en francés. Dominic contestó con un simple saludo y avanzó arrastrándola más hacia delante. Un poco más al fondo de donde estuvieran oyó la melodía que ya había escuchado con más intensidad, era una música suave, una cantante femenina cantaba en italiano, algo que no conocía y en aquella situación era hasta tétrico escuchar aquella melodía, como si tuviera delante una de aquellas escenas en las que una diva de los años cuarenta con un vestido de fiesta se contoneara y no viera el espectáculo. ¿Qué hacía allí? Se balanceó torpemente, empezaba a sentir un calor insoportable por los nervios y apretó el brazo de Dominic con fuerza. Este, tiró de ella y la acercó una copa a los labios para que bebiera. Tenía que sacar fuerzas, la estaba provocando de alguna forma y con alguna de sus ideas y recordó la noche en el hotel después de la boda, cuando le dijo que ya no le tenía miedo.

—Bebe, amor —susurró.

Samara casi se tragó la copa entera, Dominic la apartó con brusquedad la mano y la quitó el fino cristal de los labios. Luego sintió que se apartaba de ella y se balanceó de nuevo desorientada.

—No me he ido, princesa... —oyó a su derecha.

Otra vez el ruido de gente, voces que hablaban más allá de la habitación y risas femeninas que parloteaban, la canción de la diva había terminado y

ahora sonaba una trompeta muy al estilo swing. Alargo el brazo y tocó lo que parecía la barra. Sabía que Dominic la observaba así que respiró profundamente y sintió un leve alivio hasta que le vino a la mente la idea de que estaba en mitad de un extraño lugar y quizá ella era la única idiota con los ojos tapados que hacía el ridículo.

—Señorita —dijo una suave voz femenina con acento francés—. ¿Quiere un cigarrillo?

Samara meneó la cabeza y asintió nerviosa.

—No se apure, señorita, yo se lo daré encendido.

La extraña le acercó a los labios el cigarro que aspiró ansiosa y nerviosa.

—Gracias.

—No hay de qué.

—Apóyese en la barra, señorita —las erres no eran su fuerte—. Se sentirá más cómoda hasta que regrese el Señor Romano...

—¿Dónde estoy? —preguntó.

Notó como la mujer la cogía la mano y la entregaba una copa alargada con lo que parecía cava.

—Beba —dijo—. Está en un sitio seguro, no se preocupe por nada.

Oyó alejarse a la mujer y se bebió media copa de cava. No entendía que ocurría, ni siquiera entendía que hacía allí un sábado a las dos de la madrugada. Sintió que alguien pasaba a su lado, incluso tuvo la sensación de que alguien la soplaba en el hombro por detrás y se giró nerviosa.

—Hola, bonita... —La voz de Dominic la hizo pegar un bote. Lo tenía detrás y rozó su hombro con los labios—. Veo que ya tienes tu copa, tu cigarro y los nervios a flor de piel...

—¿Dominic, dónde estamos? Si lo que pretendes es ponerme nerviosa ya lo estoy, pero de ahí a que tenga miedo...

—¿Miedo? —se rió suavemente—. No digas tonterías, no pretendo que tengas miedo a nada, todo lo contrario. Tus manos están libres, puedes desobedecerme en cualquier momento y quitarte la venda de los ojos, eso es lo bueno de no tener miedo.

«Cuidado», sonó en la cabeza de Samara como un espasmo, un preaviso. Sintió su respiración en la oreja y su susurro.

—Solo te he sacado del cuartel general un poquito... Eres una mujer

preparada para todo. ¡Qué demonios! Esto es una tontería para ti después de todo lo que has pasado. ¿Verdad, mi amor?

Notó sus manos deslizándose por sus muslos y deslizó sus braguitas hacia abajo.

—Fuera esto... —Se las quitó y metió la mano entre sus piernas desde atrás—. Esto... —musitó con más fuerza en su oído metiendo los dedos dentro— que no se te olvide... que me pertenece...

Jadeó discretamente, las voces eran cada vez más cercanas. Sentía la horrible necesidad de desprenderse de la venda y observar todo lo que la rodeaba. Notó cómo alguien con voz grave le decía algo a Dominic y este se apartaba de ella para seguir hablando. Luego notó otra vez aquella sensación de que alguien le soplaba en el hombro, sintió como la apartaban el pelo y la besaban la nuca.

—Si supieras lo hermosa que estas en estos momentos —la voz era familiar—. Me alegra verte aquí, muñequita...

—¿Darío? —Samara se giró pero tropezó y a punto estuvo de caer al suelo. Estiró el brazo y tanteó su pecho, su hombro y rozó su mejilla—. ¿Qué, qué haces aquí, dónde estamos?

—Quítate la venda y lo verás.

—¡No! ¿Dominic? —sintió su brazo rodearla la cintura hasta apoyar la palma en la espalda y la zarandó como si bailara con ella—. ¿Dónde estamos?

—Dominic, ahí cerca —la besó la mejilla—. Baila conmigo, muñequita... lo clásico me apasiona, odio la música estridente y aquí siempre ponen buena música.

—¿Por qué me puso esta venda? ¿Qué tenéis entre manos?

—Baila...

Samara estaba mareada, las copas y los giros comenzaron a hacer que su cabeza se volviera loca.

—¡Darío!

—Yo no tengo nada preparado, es más, no tengo ni idea de por qué estás aquí. Ni siquiera formo parte de lo que tenga preparado para ti... —acercó la boca a su mejilla y la besó suavemente. Luego rozó su lóbulo y lo lamió con delicadeza—. No tengo la suerte...

—No entiendo nada.

—Estoy de paso... Y acompañado...

La hizo girar y la soltó de repente, Samara quedó en mitad de algún sitio totalmente desorientada y ciega. Sintió la mano de Dominic y su voz.

—Vas a caerte —la susurró.

—Dominic, ¿qué hacemos aquí? ¿Quién es esta gente?

Tiró de su mano y parecieron ir a otra habitación, el olor a vainilla era más suave, olía el aroma de los cigarrillos, notaba las voces de la gente murmurando entre ellos más abajo de ella, debían estar sentados pero no parecía que hablaran de ella. Intercepto dos hombres que discutían acaloradamente de negocios, una voz femenina que reía como loca al final de la estancia y un camarero que preguntaba si el vino lo querían con decantador o sin él. Avanzó arrastrada por la mano de Dominic y oyó otra puerta. Palpó la pared y notó que la luz había desaparecido de su campo limitado de visión. Ahora olía a rosas, a pétalos de rosas. Intentó palpar de nuevo las paredes pero no llegaba a ellas. Dominic la soltó de la mano y se acercó a ella.

—Inclínate hacia delante, princesa —susurró besando su mejilla.

Afino el oído, pero no había ni un ruido que pudiera ponerla en alerta.

—No llevo las...

—Hazlo, mi amor —volvió a decir.

Se alejó de ella y Samara obedeció.

—Un poco más —le oyó decir al fondo—. Más, Samara...

Separó las piernas para mantener una postura más cómoda y se inclinó. Su vestido era corto, tenía claro que si había alguien en aquella habitación tenía una perspectiva tremenda de sus virtudes.

—No te muevas.

Era la decimoquinta vez que hubiera arrancado la venda, sin embargo sabía que la estaba provocando. No iba a darle una razón para salirse con la suya. Le había dicho que se lo pondría difícil y esa era su intención, en aquel momento podría haberse negado, pero estaba desubicada, tenía claro que Dominic esperaba su negativa, su osadía y un motivo para castigarla, era eso lo que buscaba, eso era lo que al menos ella estaba convencida de que deseaba. Se mordió el labio y con gesto de dignidad apoyó las palmas de las manos en su nuca. Oyó su risilla provocadora y arrugó la nariz con desdén.

—No sé qué pretendes pero no te saldrás con la tuya —musitó con orgullo.

—No espero menos de ti mi amor —le dijo—. Quítate el vestido.

—¿Estamos solos?

Lo oyó suspirar y moverse. Estaba claro que si había alguien más en la habitación era como una figura de mármol pues era casi imposible que no lo detectara.

—Totalmente. Quítate el vestido —recalcó con fuerza—. Ahora.

Se soltó los tirantes apresuradamente y lo dejó en el suelo. En aquel momento pensó en lo feliz que se sentía por la poca luz que parecía haber en la estancia, llevar unos tacones que le hacían más esbelta y tonterías así. Movi6 las manos nerviosa y esper6. Se dio cuenta que jam6s se acostumbrar6 totalmente a determinadas situaciones por muy sencillas que parecieran y estar ciega, era realmente sobrecogedor.

—Avanza —le oy6 decir— varios pasos, chocar6s con un altillo. As6 que vete despacio. Oye mi voz, trepa por 6l y ponte a cuatro patas. Mira hacia mi voz, solo s6guela y sit6ate en direcci6n a ella.

Tom6 una bocanada de aire y resoplo.

—Te recuerdo —continu6— que puedes quitarte la venda cuando quieras. Si no te sientes capacitada para...

—No me la voy a quitar —interrumpi6.

—Dec6a... que puedes quitarte la venda si no te sientes capacitada para seguir sin ver la situaci6n...

Su paciencia y templanza la pusieron m6s nerviosa a6n. A veces deseaba que se alterara o demostrara su enfado, al menos sabr6a a qu6 se expon6a con 6l. Mientras avanzaba buscando el altillo pensaba que jam6s le conocer6a del todo, ya no ten6a claro si deseaba que se quitara la venda, no ten6a claro si lo hac6a con la intenci6n de que su orgullo la hiciera continuar y de este modo conseguir lo que se propon6a con ella pero ¿qu6 pod6a hacer? Se le escap6 una leve risa cuando se estrell6 con la elevaci6n, palp6 con la mano, coloc6 ambas palmas y trep6 torpemente.

—Sigue mi voz... —era melodiosa, distinta esa noche su forma de hablar — y m6rame, cari6o m6o...

Gir6 hacia la derecha y se qued6 a cuatro patas mirando hacia donde

sentía su voz.

—Separa las piernas —lo sintió moverse— un poco más, Samara...

¿Por qué se había vuelto tan dulce? Samara empezaba a sudar de los nervios y un montón de preguntas pasaron por su cabeza. ¿Era acaso realmente así cuando le decía que no lo conocía? Recordó sus arranques y su furia, apenas la sacaba desde hacía tiempo, eso quizá era peor. Saber que Dominic poseía esa tempestad la avisaban de lo que vendría pero aquella forma retorcida e irónica de susurrarla era como el preámbulo a la tormenta del siglo, pensó. Una luz suave iluminó su venda, parecía como si se hubiera encendido un foco sobre ella y enfocara directamente su cabeza. Meneó la cabeza hacía ambos lados y se movió nerviosa. Notó el olor de Dominic cerca, sintió el roce de sus dedos por su espalda avanzar despacio hasta rozar su sexo descendiendo por su culo.

—¿Estamos solos? —volvió a repetir.

—Estas mojada... ¿Nerviosa?

—Un poco —se arqueó levemente al sentir que introducía un dedo dentro de ella—. Dominic...

La besó en los labios haciéndola callar y se apartó.

—Oh, claro, sí... Estás muy mojada... ¿Te gusta sentir esa sensación de desamparo?

—No...

—¿Y por eso estás tan húmeda?

Giró la cabeza y jadeó al sentir sus dedos dentro otra vez. Era su voz, esa maldita y delicada voz que ahora usaba.

—Juegas con los registros de tu voz —se rió y movió el culo ansiosa—. Te conozco bien...

—Qué lista eres...

Le dio varias palmaditas en el culo y la cogió por el pelo.

—¿Y por qué no te quitas la venda?

—Es lo que quieres —dijo riendo—, luego tendrás un motivo para castigarme. —Notó la presión de su mano en la cabeza—. Estoy convencida de que tu amigo está aquí...

—¿Qué amigo?

—Darío —intentó zafarse de él y Dominic la sujetó con más fuerza—.

¿Darío? Sé que estás aquí, no me vais a...

—Samara... Es mejor que te calles...

—¿Acerté? —se rió y meneó el culo con gracia pero Dominic la cogió por la nuca y la agachó la cabeza contra la base dura del altillo hasta dejarla con el culo elevado y la cara en el suelo—. Acerté...

Notó como si una especie de collar la rodeaba el cuello, una especie de metal que la ancló el cuello a la superficie dura. Quedó inmóvil incapaz de mover la cabeza, Dominic colocó sus brazos en cruz y ambas muñecas quedaron fijadas de la misma forma, era como argollas metálicas que inmovilizaban los brazos contra el altillo y la impedía moverse. Intentó levantar la cabeza y mover los brazos pero aquel metal salía del mismo suelo y la impedía incorporarse.

—¿Qué es esto?

—Estas clavadita al suelo... y con el culo en pompa... si vieras la imagen... es... deliciosa...

—¡Suéltame, por favor! Dominic... No, no puedo moverme...

—Esa es la idea mi amor.

—¿Qué vas a hacer? No tiene gracia —las rodillas se clavaron al suelo, era una postura realmente incómoda—. ¿Dominic?

Algo se movió detrás de ella. No podía moverse en ninguna dirección y su mejilla derecha se apoyaba con firmeza sobre la superficie fría. Su corazón empezó a latir a cien por hora al notar que alguien pasaba la lengua por su sexo.

—¡Dominic! —jadeó nerviosa—. No tiene gracia.

—Sigue hablando —le oyó decir algo apartado—, tú sigue hablando... —le dijo con sarcasmo.

Otra vez la lengua rozó su clítoris y pasó despacio por todo su sexo. Lo único que podía hacer era juntar las rodillas pero si lo hacía su cuello se tensaba sobre el arco de metal que la rodeaba y le hacía daño.

—Por favor... por favor... dile que pare...

—No veo que te disguste, veo desde aquí que no es el caso...

—¿Quién es?

Otra vez la lengua abría su sexo, se movía juguetona por la entrada de su vagina y subía hacia arriba hasta llegar a su ano. Notó un leve mordisco en la

nalga derecha y como dos manos separan sus labios y la lengua entraba dentro de ella.

—Dominic... que pare... que pare...

¡Horror! Ahora algo la pellizcó el pezón derecho y la hizo dar un leve grito de dolor. Era imposible que fuera la misma persona, sentía la lengua en su sexo y su pezón empezaba a ser atormentado para luego continuar con el otro de la misma forma e intensidad. Sintió unos labios cálidos y jugosos en los suyos, como alguien la apartaba el pelo de la cara y la besaba la mejilla con ternura. Luego sus pechos eran apretados con firmeza y una lengua entraba en su boca. Aquello era horrible, estaba desesperada y a la vez excitadísima. La lengua de su sexo no paraba de moverse y cuando empezaba a temblar de placer se apartaba y mordisqueaba sus nalgas y los muslos. Oía las rosas, notaba manos en sus pechos, su espalda, acariciaban cada centímetro de su piel y la volvían loca. Quiso suplicar que pararan pero tenía la boca ocupada y apenas podía moverse para pedir que la dejaran. Notaba su flujo, sentía la necesidad de correrse y cuando volvió a sentir aquel pellizco horrible en el pecho se le escapó un grito que se confundía con un jadeo. Ahora notaba algo dentro de su coño, sintió el frío de lo inanimado, el movimiento oscilante de algo duro que se abría paso a través de sus paredes mientras la lengua se desplazaba hacia el clítoris y presionaba en el centro provocándola un espasmo de placer. El roce de la yema de un dedo en la entrada de su culo la aviso de lo inevitable y sintió que la llenaban por todos los lados.

—¡Díos mío! —gimió—. No... no... eso... no...

—Tranquila, princesa...

Las rodillas la dolían pero apenas le importaba, sentía que mil manos, mil lenguas la estaban invadiendo. Apretó los puños con fuerza y se movió nerviosa, los músculos de sus piernas se tensaron e intentó inútilmente soltarse de aquel tormento tan exquisito.

—No veo que lo pases mal —Dominic se colocó delante de su cara. Seguramente se había acuclillado, oía su voz a tan solo un palmo de su nariz—. ¿No, nena?

—Dominic, quién... qué... —no podía soportarlo más. Estaba a punto de correrse si aquella endiablada lengua no cesaba de jugar con ella—. Que

paren... que paren. ¡Oh Díos! Que... paren...

Le soltó el arco de metal del cuello y le liberó la nuca. Sus manos seguían ancladas pero al menos podía girar la cara. Se arqueó nerviosa y ansiosa cuando notó que una mano sacaba el objeto duro de su vagina e introducía sus dedos.

—No puedo más. Que paren...

—Relájate —le susurró él.

—Diles que paren...

—Vamos, nena... Chorreas como una perra... Disfruta el momento... Goza un poquito... para mí...

—Voy a correrme... —susurró buscando su boca pero notó como se apartaba y se alejaba de ella—. Dominic... —No aguantaba más—. Dominic —repitió a punto de estallar.

Notó la presión en el clítoris, como las manos magreaban sus glúteos y los separaban para entrar más en ella. Sus pechos estaban sujetos por otras manos, sintió como un orgasmo espantoso se apoderaba de ella y gritó como loca mientras una boca la callaba y la metía la lengua con firmeza. Tembló como loca y se arqueó como pudo hasta quedar exhausta.

—Cada vez eres más escandalosa, mi amor... Y no es que me moleste, todo lo contrario... —la sorna de sus palabras la perforó los tímpanos.

Dominic se acercó a su oreja y comenzó a aflojar la venda de sus ojos.

—Suéltame las manos —suplicó dolorida. Ya no sentía ninguna lengua juguetona ni manos por ninguna parte de sus cuerpo—. Por favor...

—Todo a su tiempo... ¿Lista?

—¿Para qué?

La luz entró de lleno en los ojos. Una luz fría que salía de un único foco anclado en el techo y que iluminaba única y exclusivamente aquel altar donde se encontraba. Parpadeo varias veces y giró la cabeza. Lo primero que vio fueron sus manos. Tenía las muñecas ancladas al altillo por una especie de puentes metálicos que salían de él. Miró alrededor, estaba demasiado oscuro y el foco la impedía visualizar lo que la rodeaba. A medida que sus ojos empezaban a habituarse a la claridad empezó a sentir el corazón salirse del pecho. Era una habitación inmensa, ella estaba en el centro y alrededor había infinidad de sillas con hombres y alguna mujer sentados en ellas. La

observaba con sus copas, giró la cabeza y pudo ver tres muchachas que la sonreían en otro extremo de la habitación. Dominic estaba en un rincón apoyado en la pared y parecía hablar con alguien que estaba sentado en la silla más cercana.

El calor subió por sus mejillas a una velocidad espantosa. Habría como veinte personas en aquella habitación mirándola, veinte extraños que la repasaban con gesto de curiosidad como si fuera un mercado de ganado y ella fuera la mercancía que subastaban.

—No puede ser... no puede ser —susurró pegando la cabeza sobre la madera.

Comenzaron a hablar entre ellos. Una mujer de aire digno se levantó de la silla y avanzó hacia ella. Llevaba un vestido de noche y unas inmensas perlas alrededor del cuello. Tendría unos cincuenta años y el pelo recogido en un moño. Se inclinó hacia delante y la acarició la cara. Samara no sabía dónde meterse, estaba horriblemente nerviosa pensando en el espectáculo que acababa de hacer para aquellos individuos.

—Tiene genio la niña —dijo la mujer apretándola las mejillas con gesto de institutriz—. ¡Romano! ¿Qué pides por ella?

—¿Cómo? —le salió del fondo de la garganta y se movió nerviosa—. ¡No! Vieja bruja suéltame...

La mujer soltó una carcajada, se puso unas gafas sin montura y le meneó la cara.

—Putita contestona... Me encantan las muchachitas engreídas como tú. ¡Romano! —gritó—. ¿Qué pides por ella? ¿Dos mil? ¿Tres mil?

—¡Suéltame!

Dominic se giró con curiosidad. Un hombre que estaba alejado de ellos se levantó y pasó por delante de Samara. Era todavía más mayor que la mujer, llevaba un traje de rayas diplomáticas y unos inmensos gemelos de oro en las mangas de la camisa. Le soltó una fuerte cachetada en el culo y la miró con el ceño fruncido.

—Yo pagaría el doble que la vieja bruja —dijo. Rió mirando a Samara y le guiñó un ojo— por esta zorrita ansiosa...

—¡Dominic! —gritó Samara cuando notó que la mujer la cogió por la mandíbula y empezaba a observarla como si comprara un pastor alemán con

pedigrí.

El resto de los hombres y mujeres seguían observándola mientras bebían y charlaban. Un muchacho de unos treinta años se acercó a ella y la sonrió.

—No vale tanto —dijo con humor—. A menos que seas un enfermo con ganas de educar, prefiero una sumisa más maleable —abrió su boca—. Buena dentadura.

—¡Romano! —la mujer se empezaba a poner nerviosa—. ¿Cuánto pides por la niña?

Dominic se acercó al grupo que rodeaba a Samara y la miró.

—Dominic... —dijo suplicante Samara.

—¿Para qué la quieres, Marina?

La mujer bajó las gafas hasta la punta de la nariz y lo miró por encima de ellas.

—Como mascota por supuesto querido. ¿Qué pides por ella? Me la llevaría un mes, dime Romano —dijo con orgullo.

Samara se movió rabiada cuando un hombre de pelo gris y rasgos realmente hermosos se acercó a ella y la acarició la cara. Se sentía ridícula en aquella postura, ridícula por el espectáculo gratuito que había dado sin saberlo.

—Doce mil por tres días —una voz irrumpió en la sala e hizo girar la cara a la mujer y los hombres que la rodeaban.

—¡Oh, venga ya! —Marina golpeó con la mano la tarima y gruñó entre dientes—. No es lógico, no pagaré tanto por superar su puja.

—¿Alguien da más? —dijo la voz.

—¡Dominic! —gritó Samara—. No puedes hacerme esto...

—Adjudicada —dijo Dominic riendo.

Todos los de la sala empezaron a salir, la mujer maldecía entre dientes y los hombres que la acompañaban se reían de sus desaires. Poco a poco se quedó vacío, Samara movía las manos con rabia mientras Dominic se sentaba en una silla con el respaldo hacia delante y fumaba un cigarro sin dejar de mirarla.

—¿Cómo puedes...?

—Nena... Shh... Si traes a una mujer aquí y la expones de esta forma es para eso...

—¿Para alquilarla? —se movió enrabiada—. ¡Por Dios!

—Bueno, doce mil por tres días es un piquito mi amor... —soltó una carcajada y tiró la ceniza al suelo—. Relájate o te dejó atada así toda la noche...

—No puedes hacerme esto... No puedes...

Dominic se levantó y soltó sus muñecas. Samara saltó como un león para abofetearlo pero Dominic la cogió las muñecas y la apretó contra él.

—Eh... calma... leona. Nunca me subestimes... mi amor...

La giró y Samara observó a Darío apoyado en la pared al otro lado de la estancia.

—Si llegan a supera la puja, estábamos jodidos —dijo riendo.

—Imposible —musitó Dominic.

Darío recogió el vestido y se lo entregó a Samara.

—¿Fuiste tú? —dijo ella—. ¿Tú pujaste?

—El mismo muñequita —contestó, abrió la puerta y miró el reloj—. Son las cinco de la mañana, mañana me acordaré de vosotros y tus inventos, Romano...

Se vistió encolerizada y salió de la habitación con ellos. Era una enorme casa estilo isabelino, cada habitación tenía una decoración en dorado y rojo, parecía aquellos locales antiguos de fumadores o las salas de té donde se reunían a charlar en las películas. Sofás y pequeñas mesas distribuidos por ellas se extendían por todo su perímetro, todas con pequeñas barras tapizadas en un rincón y camareros que atendían a los clientes. Las paredes estaban repletas de papeles de colores, la música suave emergía de cada rincón y daba un aire cálido y distinguido a cada sala. Varias mujeres de traje de noche pasaron por delante de ellos y sonrieron. En la entrada un hombre vestido de uniforme les entrego los abrigos y les abrió una inmensa puerta de doble hoja. Amplios ventanales iluminados daban vida a una enorme finca repleta de árboles frutales. Samara se giró al bajar las escaleras y leyó el letrero de la entrada, «La Baraka», miró a Dominic y tiró de su brazo.

—¿Por qué?

Abrió la puerta del coche y la besó en la frente.

—Porque conmigo, amor mío... nada es lo que parece —se aproximó a su oreja y suspiró—. Si me conocieras tan bien como dices ya lo deberías

saber.

36. Divagaciones

¿Sigues creyendo que me conoces?

Yo les advierto, a todas las mujeres,
que habitan bajo la máscara de esposas,
y a las dulces y tiernas madres,
que el destino nunca es justo.
Son las damas las que abandonan sus vidas
por la locura que brota de la desesperación.
Como la brasa que en la chimenea consume su calor,
el desdén derriba todos las murallas.

El mundo es cruel al juzgar estas cosas,
un gran mal y un gran bien
se alimentan del mismo seno.

El Amor nos convoca y nos desgarras,
cubriendo nuestros hombros con sus alas;
Y lo mejor bien puede ser lo peor,
y lo odioso ser lo deseable.

Usted debería agradecer que esta pena se haya ensañado así,
pues el Demonio ha enterrado al Ángel que hay en mí.

ELLA WHEELER WILCOX.

* * *

No era el candor que aún brotaba en ella, ni siquiera la fuerza de su mirada cuando lo observaba desorientada subida en aquel altar. El terror al abrir los ojos y ver tanta gente desconocida observándola, analizando sus defectos y sus virtudes como un pequeño animal a la espera de un nuevo amo. No era eso, ni siquiera la rabia que se apoderó de ella que la dotaba de una belleza violenta, no era la presión de su mandíbula, la posibilidad de ponerse a llorar. No. Era la facilidad por asustarla, por poseer la destreza de sorprenderla con algo aún más retorcido de lo que esperaba. ¿Lo conocía? Conocía el amor que le profesaba, conocía sus ataques de ira porque con ella había tenido muchos, conocía sus miedos, era lógico, era un hombre de carne y hueso igual de débil que el resto, un hombre que lloraba, que tenía miedo a muchas cosas. Un hombre real.

¿Lo conocía? Lo suficiente. ¡Tenía tanto tiempo para seguir mostrando cómo era! Mucho... Quizá más del que había soñado nunca, el mismo tiempo que tenía él para conocerla a ella porque a veces lo desconcertaba, Samara actuaba por impulsos y lo sabía, un día era una niña asustada, otro una mujer mezquina fabricada de cristal. De ella le molestaba un detalle sin importancia, pues ese defecto le daba una ventaja a él. No acababa de preocuparse por descubrir más de él. Jamás la hubiera cedido a aquellos individuos, no lo había hecho de ese modo con los suyos ¿Cómo iba a entregarla de aquella forma? Y él se lo había dicho poco antes. «Esto me pertenece», había apostillado. ¿En qué estaba pensando su hermosa Samara? En defenderse de él. Como siempre. Debería preocuparse por analizarlo del mismo modo que él hacía con ella. De mostrarse más preocupada en descubrir a su adversario en un tablero de juego que era más simple de lo que parecía. «No me digas jamás que no tienes miedo, no lo hagas mi amor». Hoy había dudado de la posibilidad de cederla a la prole ¡Ah, había dicho tantas veces que eso era algo que jamás haría! No era un maestro en el dolor, odiaba el dolor. El daño físico era algo que nunca le aportó nada pero podía ser más terrible, tenía una virtud muy desagradable, era capaz de provocar en milésimas de segundos el caos en la mente de una mujer, hacerla dudar de todo lo que había creído hasta el momento y aun así... Sabía que jamás dejaría de amarlo.

37. Dudas

Proteger a mi hermana era parte de mi vida del mismo modo que hacerte parte de mí. Me di cuenta de que ni siquiera he podido protegerla ni de mí mismo.

* * *

Salió al jardín muy temprano. La finca dormía profundamente. Apenas un leve ruido, algún pájaro, el aire, las ramas de los árboles. Aspiró su taza de café y se sentó en un balancín que su padre había instalado de cara al verano. El tapizado del asiento y del respaldo era algo espantoso, nunca le gustaron los colores chillones y las rayas pero no era importante, solo una mera observación matutina.

—Darío, Darío —susurró—. Ha pasado tanto tiempo... —se rió para sí e inclinó la cabeza hacia atrás—. Oh Darío...

Su falda se movió juguetona por la brisa y cruzó las piernas como un indio mientras el balancín se movía. ¿Podía sentir celos de Sara? ¿De la forma de mirarla aquella noche? Posiblemente, también sentía celos de Meredith cada vez que Carlo la besaba con ternura y eso sin mencionar a Dominic con Samara. ¿Qué iba a hacer con su vida? Era a veces tanta la soledad que sentía...

¿Se sentiría igual de solo Darío? Quizá por eso había vuelto. Era muy extraño su carácter, podría decirse que bipolar, Dominic no lloraba con una película de amor como él, solía emocionarse cuando se aproximaban las

Navidades y se pasaba horas delante de las tiendas de muñecas con las manos pegadas al cristal hasta elegir una. Recordó la noche en la cual lo encontró llorando en el salón. Ni siquiera se ocultó de ella, no le importaba que lo viera llorar, solía hacerlo aunque él no se diera cuenta que ella lo veía. Otras veces se encerraba en la habitación y se pasaba horas leyendo libros, le gustaba escribir una especie de diario, lo sabía aunque nunca dio con él y lo había buscado, claro que lo había buscado como loca. Había sido cruel con él aquella noche pero tenía catorce años, nadie puede reprochar la pataleta de una niña que deseaba extremadamente no estar sola. Dio un sorbo al café y suspiró, sí, recordaba perfectamente sus palabras.

—¡No me extraña que ella se suicidara! ¡Te odio! —había dicho. Darío se había llevado la mano al pecho dando un paso atrás, la había mirado con odio y se dejaba caer en el suelo apoyado en la pared.

—Me prometiste que iría contigo, pero sois todos unos malditos cobardes. ¡Yo soy como vosotros! ¡Soy como ellas!

La versión oficial había sido la que Darío dio, había bebido y ella le provocó, sin embargo no fue así. No había tomado una sola copa aquella noche, ella lo sabía, porque nunca bebía en La Baraka. Bajó las escaleras levantando su camión de algodón y se puso frente a él. Estaba profundamente herido y la miró decepcionado sin decir una sola palabra.

—¡Háblame! ¿Por qué te fuiste sin mí? ¿No soy como ellas? ¿Acaso no haces lo mismo con ellas que haces conmigo?

—No...

Darío se levantó del suelo e intentó subir las escaleras pero ella lo había empujado con los ojos llenos de lágrimas.

—No lo hagas... —susurró—, no vayas por ahí porque si sigues... no podré protegerte...

—¿De quién? —gritó ella.

—De mí mismo...

Catinca se sintió mal al recordar sus ojos llenos de lágrimas. Darío era un hombre sensible demasiado atormentado por el dolor de una perdida y ella le hería de muerte simplemente por ser ella.

—¡No tienes ni idea de lo sola que me siento!

Volvió a pedirla que le dejara irse pero no estaba dispuesta a terminar la

discusión y volvió a empujarlo con sus delgados brazos.

—¡Todos me abandonáis! —gritaba mientras le empujaba—. ¡Todos!

No tardó en acabar con su paciencia. La agarró por los brazos y la meneó con firmeza.

—¡No eres como ellas, eres una maldita niña caprichosa y arrogante!

—¡Y tú un estúpido que se merece lo que le pasó!

Le dio un bofetón que la tiró al suelo. Nunca nadie le había pegado así. Catinca se levantó con rabia pero Darío ya estaba totalmente descontrolado.

—¿Quieres que te trate como a ellas? ¿Eso es lo que quieres, estúpida?

La arrastró por el brazo hacia el sótano y la empujó al interior de una de las salas de su padre.

—¿Quieres ver lo que papá guarda aquí? ¿Eso quieres? —la cogió por el pelo y la llevó hasta uno de los ganchos que colgaban del techo anclando sus manos a las esposas que pendían de él. Apenas llegaba de puntillas, su camisón la daba un aire sobrecogedor—. No tienes ni idea de lo que hago yo, solo juegas cuando estás conmigo. Juegas a ser mayor porque a la niña de papá todos respetan, pobre niña... siempre sola. Assimila que así es la vida, estúpida, nadie habrá para consolarte cuando realmente estés jodida.

—¡No me dan miedo vuestros juegos!

Otra bofetada le volvió a girar la cara y Darío rasgó el camisón por detrás. La azotó en la espalda una y otra vez, notaba el calor de las heridas, notaba la humedad de lo que posiblemente era sangre y que luego comprobó. Era horrible el dolor, no paraba de suplicarle que cesara pero Darío apenas la escuchaba, la oscuridad se había apoderado de él de una forma casi irreal y ahora la enseñaba realmente que había en todo aquel submundo que les rodeaba.

Se apartó de repente, no olvidaría jamás la expresión de su cara, sus ojos abiertos terriblemente, sus pupilas dilatadas como si hubiera tomado algún tipo de droga y ahora viera un fantasma frente a él. Estaba aterrorizado pero por el contrario de lo que ella pensó comenzó a reírse con frialdad. No era Darío, al menos no era el dulce y amable Darío que la arropaba cuando Dominic no estaba y la abrazaba con ternura cuando veía la televisión.

—¡Mira! Pareces una de esas muñecas antiguas vestidas de terciopelo y tul...

Catinca recordó como la apartó el pelo de la cara y la miró con una mezcla de sorpresa e ironía. Ella no dejaba de llorar e hipar, no era eso lo que quería, no quería que la pegara de esa forma. Sintió miedo, miedo de su mirada, de su forma de acariciar sus mejillas mientras sonreía como un loco desequilibrado.

—No pretendía verte así... —le susurró—. Estás tan bonita, mi pequeña Su... —le besaba la cara una y otra vez—. No puedo verte así...

—¿Vas a soltarme? —le había preguntado nerviosa.

—No... —se aproximó—. Querías ser como ellas y esta noche te complaceré... Vas a ser mi muñequita...

Catinca buscó en el bolso de su falda el paquete de tabaco. Encendió uno de los cigarros y aspiró con ansia.

—Mi muñequita... —musitó.

38. Confía en ti misma

Jamás sientas temor por lo que me has dado, cualquier detalle para mi tiene un valor que tú jamás llegarías a comprender.

* * *

Cuando despertó le dolía terriblemente la cabeza. Miró a su lado Dominic no estaba, se levantó y tras asomarse a la ventana solo pudo ver a Catinca sentada en el porche. Miró el reloj, eran tan sólo las nueve de la mañana y se dejó caer en la cama de nuevo. De golpe los recuerdos de la noche anterior se agolparon en su cabeza y sintió rabia. Aquellas muchachas la habían lamido delante de unos viejos decrepitos y él se había reído de su inconsciencia. Dio un salto al sentir la puerta del baño y ver a Dominic entrar de repente.

—¿Tan feo estoy? —le dijo con humor.

—Déjame —contestó, se giró en la cama y le dio la espalda.

—Ah, la niña está enfadada... Vaya por dios...

Samara no contestó. Sintió el peso de Dominic sobre la cama y su mano girarla hacia él.

—Ven —le dijo y la hizo apoyar la cabeza en su pecho sentándose a su lado—. Hay dos formas de ver lo que pasó ayer. Una es la que tú tienes ahora, no debiera ser así.

—¡Fue horrible! —dijo agobiada.

—¿Horrible? —rió—. No, mi amor, fue un espectáculo increíble. ¿Oíste a alguien reírse o tan siquiera pestañear? —suspiró—. Estaban embelesados

con tu belleza, la forma de moverte sin saber que estaba pasando y disfrutando de aquella situación, te relamías los labios, te contoneabas... —deslizó los dedos por su pecho y la apretó suavemente el pezón—. Deseaban terriblemente llevarte con ellos, esos hombres y mujeres están hartos de ver mujeres hermosas, esclavas o como quieras llamarlo remarcando sus virtudes pero tú... eras todo naturalidad...

—Me trataron como un animal cuando se acercaron a mirarme —dijo ofuscada.

Dominic se rió suavemente y la besó en la frente.

—Lo importante no es como se mostraron cuando ya fuiste consciente de su presencia, cariño mío, si no como se mostraban cuando estabas en el centro de esa habitación expuesta de aquella forma y no podías verlos... Es como mirar una obra de arte en un museo y no poder tocar sus trazos por que la vitrina te lo impide, querer comprar una joya e intentar bajar el precio era lo que hacían sin embargo yo les vi cuando te movías y te relamías los labios al compás de esas muchachas que jugaban contigo y créeme amor... Estabas radiante —volvió a besar su frente y la atrajo más a él—. Se sincera, princesa... ¿No hubo un momento en el cual te sentiste, no sé, bien?

Samara lo miró con gesto de curiosidad y frunció el ceño.

—¡Oh Dominic! El impacto visual fue horrible... No sé... si realmente... —hizo una pausa y suspiró—. No lo sé, en esos momentos no veo las cosas con claridad, en la situación no pienso, luego, pasado un tiempo analizo lo que ocurre y me doy cuenta si realmente me excitó o no...

—Pues entonces, cariño mío... espera unos días, guarda tu rabia y ya me dirás...

La elevó sobre él y la sentó sobre sus piernas. Tenía la espalda apoyada en el cabecero de la cama y la toalla le cubría la cintura. Soltó sus tirantes y dejó caer el camisón, acarició sus pechos moviendo los ojos de un lado a otro como si no quisiera perderse un centímetro de su piel.

—Mírate, Samara... Ni siquiera tú eres consciente de lo hermosa que eres... Tu prepotencia frente al mundo siempre fue por tu cabeza pero no te das cuenta de la belleza que irradas estés en la situación en la que estés —cogió su cara con ambas manos y la atrajo hacia si besándola.

—Tengo muchos defectos, Dominic.

—Y eso es parte de tu encanto —la susurró mientras lamía sus labios—, es como tallar una estatua y a medida que lo haces eliminas las cosas que no te gustan —soltó la toalla y la cogió las manos llevándoselas a su sexo y haciendo que lo acariciara suavemente—. Puedes eliminarlos todos de golpe... algunos lo hacen, otros prefieren ir cincelando los detalles poco a poco.

—Has cambiado, Dominic —empezaba a sentir la dureza de su miembro entre las manos, su voz suave la relajaba, sentía la necesidad horrible de sentirle entre las piernas pero él no tenía prisa—. Estás... distinto...

—No... —lamió su pecho y rozó con los dedos su clítoris—. Simplemente ahora tengo mucho tiempo. Soy como era pero ahora vives conmigo y estás más horas a mi lado...

Jadeó cuando sintió que sus dedos entraban dentro de ella y la mordía la boca para que callara, eso la provocó un calambre de dolor pero presionó las yemas contra las paredes de su vagina y la provocó un espasmo exquisito.

—Y lo más importante —susurró clavándose en ella delicadamente—. Hay muchas formas de conseguir lo que uno quiere...

Ni siquiera le escuchó, su sexo golpeó la entrada de sus entrañas y se mantuvo quieto durante breves segundos. La penetró lentamente y la besó en los labios, su lengua pasó por el contorno mientras la apretaba las caderas contra él. La sintió respirar acaloradamente, pegó sus pechos contra él y sus pezones le rozaron deliciosamente. Volvió a mordisquear uno de ellos, el color sonrosado y la dureza de su piel le volvían loco. Y era esa candidez... la que surgía cuando la hablaba con ternura. Sí, posiblemente se enfrentaría a él muchas veces y quizá tendría que castigarla y ser injusto con ella en muchas ocasiones. La mera idea de imaginarlo le excitó. Se incorporó levemente y la clavó más contra su miembro. Samara se movía suavemente y respondía a sus besos sin importarle la noche ni lo que podría venir. Esa era la idea, la esencia de todo el juego. Apretó con ambas manos su culito diminuto y respingón y la elevó con delicadeza. Le dieron unas inmensas ganas de reírse pero no lo hizo, la levantó de su cuello y la tiró en la cama para colocarse encima de ella. Su pelo se desparramó por las sábanas, su boca entreabierta intentaba absorber el aire que la faltaba y le rodeaba nerviosa para que la poseyera...

—Despacio...

—No juegues así conmigo... No pares ahora...

Samara notaba el roce de su sexo en la entrada. Era horrible, la miraba con curiosidad sin apenas moverse mientras ella apunto estaba de suplicar que la follara.

—Dominic —dijo suplicante.

La besó con una expresión de ironía y apoyó su frente en la de ella.

—Vas a ser obediente. ¿Sí...?

—¡Oh, sí, Dominic, no me hagas esto ahora... Estoy... Estoy muy caliente!

Empujó un poco hacia dentro pero nuevamente volvió a frenar a mitad de camino.

—Intentaras buscar el sentido a las cosas desde otra perspectiva. ¿Verdad, princesa?

Le agarró por la cadera e intentó en vano clavarlo a ella.

—Samara. Contéstame y no seas tan ansiosa...

—Sí. ¡Sí!

—Aceptarás los castigos porque siempre serán enfundados...

—¡Sí... Fóllame! Te lo suplico...

La cogió la cara con la mano y apretó su mentón con fuerza pasando la lengua por su boca y besando su frente.

—¿Tienes hambre, verdad? Claro que sí...

—Sí... No puedo más por favor acaba ya... Fóllame... Lo necesito... Dominic... —jadeó al notar su sexo. Ahora solo deseaba que se moviera dentro de ella, que la follara una y otra vez sin compasión—. Dominic... Sigue... No pares ahora...

La miró sin soltarle la cara y arrugó la nariz profiriendo un gesto de asco.

—Que sea la última vez que te pones como una perra en un baño con alguien que no sea yo —le dijo. Se acercó a su oído y sacó despacio su miembro de dentro de ella—, porque si vuelvo a verte así... lo que viste ayer, te parecerá poesía...

Se incorporó como un titán y la miró. Samara no salía de su asombro.

—¿Pero Dominic...? —recordó el baño y a Darío.

Dominic cogió la toalla y la enroscó a la cintura de nuevo.

—No es justo, Dominic... Él me tocó, él me provocó y en aquel momento no supe reaccionar... —gimoteó—. No me dejes así. ¡No es justo!

Se giró y la observó en silencio.

—Lo siento... —continuó—. Yo no puedo controlar cuando...

—Claro, mi amor —otra vez su tono suave—, para eso estoy yo... para enseñarte...

Se dio la vuelta y se dirigió al baño. Samara golpeó con los puños la cama y soltó varios juramentos, se incorporó y lo siguió. Empezaba a afeitarse y mojaba la maquinilla bajo el chorro del agua.

—Dominic, eso no es justo, tú fuiste quien le dio esa libertad y yo... mi cuerpo reaccionó a sus caricias.

—Yo puedo decidir muchas cosas y de ti depende reaccionar de la forma correcta —pasó la maquinilla por la cara y sacudió la crema—. Controla tu pasión... Si no, tendré que controlarla yo...

—¡Oh, joder! —se quejó enrabiada—. ¡No es justo!

—Y controla tu boca, eres una señorita...

—¡Dominic no es... No es justo!

Se limpió los restos de crema, la cogió por la cara y la besó nuevamente.

—La vida es tan injusta...

Rodeó con su mano la nuca de Samara, la atrajo hacia él y la susurró en la oreja.

—Permíteme que te diga... que te quiero...

Se rió y salió del baño. Samara se quedó de pie sin saber qué decir, él mientras tanto se vestía y canturreaba algo. Ella ni siquiera sabía el qué.

39. Carlo y su humor

Hasta el más irónico de nosotros dota a nuestra familia del aire que a veces nos falta.

* * *

Mateo bajó al pueblo acompañado de Carlo. Quería comprar varios libros, el periódico y tomar un buen desayuno en la cafetería de la anciana María. Hacía mucho que no iba por allí, adoraba aquel lugar y desde que se había mudado a la ciudad no había vuelto a deleitarse del café colombiano y las gorditas y sabrosas tostadas que María preparaba para él cada mañana. No es que fuera un bar muy elegante, más bien era uno de esos locales algo americanizado, con bancos corridos tapizados en escay y una inmensa barra que atravesaba el local. Había incluso una gramola cerca de los baños y la gente podía elegir la canción que desearan siempre y cuando pagaran los cincuenta céntimos que eso les costaba. Todas las mesas descansaban frente a la ventana, podías desayunar tranquilamente, María, una mujer de unos sesenta años y moño canoso te servía el café con una enorme cafetera de metal satinado y podías observar el paisaje, las calles del pueblo y las pequeñas tiendas del otro lado de la calle.

—No —le dijo—. No quiero que cojas un autobús, toma un taxi y cuando estés a punto de llegar llámame, yo te recogeré —Mateo hizo una pausa y continuó—. ¡Oh, por Dios, Sara! Olvídate del dinero. Que te cobre lo que quiera —colgó algo molesto y observó a Carlo que se sentaba frente a él y

miraba a María con gesto ceñudo.

—¿Qué le pasa a la nenita? —levantó el brazo y pronunció sin hablar la palabra «café».

—No se acostumbra a su nueva vida —contestó—. Que el taxi costaría mucho, que mejor venía en autobús, yo la mato, Carlo...

Carlo soltó una carcajada estridente y se apoltronó en el respaldo.

—Bueno... Meredit, si tiene que venir desde la ciudad, igual cogía un avión. Que miren por tu patrimonio es bueno amigo —bromeó—. No es caprichosa. Buena señal... ¡Oh Dios! —Carlo mordisqueó la tostada y saltó directo a la gramola—. Voy a animar un poco este local.

—Carlo, son las once de la mañana —agradeció que el local estuviera medio vacío en aquel momento.

—Y los hijos del pecado han bajado al pueblo. —Guiñó el ojo a una muchacha que pasaba por la calle y está ruborizada le apartó la mirada—. Venga... veamos, tema, tema, tema. No, por orden alfabético, que si no me vuelvo loco. Oh sí... ¡The Rolling Stone! —soltó una risa nerviosa y miró a la anciana María, tenía las mejillas sonrosadas y regordetas y lo observaba por encima de las lentes con curiosidad—. ¡Esta! Sympathy for the devil...

La música empezó a sonar, dos muchachas acompañadas de dos chicos entraron y se colocaron cerca de la su mesa dónde la barra. Carlo tarareaba la canción mientras movía el culo con la intención de provocar la vergüenza de Mateo que no tenía sitio donde esconderse.

—Joder, aquí no me hagas esto —farfulló para sí mirando a los jóvenes que observaban divertidos la escena.

Se giró y cogió la mano de una de las chicas. Una mulata de rasgos preciosos y pelo lacio y brillante.

—Por favor —canturreó—, permíteme que me presente, soy un hombre de riquezas y buen gusto —le sonrió, besó su mano y siguió cantando por el pasillo hacia la mesa.

—Carlo, estás como una puta cabra.

—Me encanta esta canción —frunció el ceño y se terminó la tostada. Miró a las chicas en la barra y volvió a sonreír—. Ahora, dime qué te pasa.

Mateo se movió nervioso.

—Nada, pensaba en mi padre, aún tengo mucho que solucionar en casa y

luego Sara... —se quedó pensativo y miró por la ventana—. Está cambiando demasiado rápido, en unos días termina el instituto y vendrá conmigo a la ciudad...

—¿Y qué problema hay?

—Mira... —dijo, señaló con el dedo la calle y suspiró—. Aquellos eran mis amigos hace un año —había tres chicos en uno de los tenderetes montados en la calle, buscaban entre las revistas y hablaban entre ellos—. Ahora ya ni me saludan, bueno, lo hacen pero pasan de largo.

—¿Y te importa mucho?

—No, no es eso es un mero detalle que...

—Entonces, qué coño —cantó algo en inglés y pidió más café—. Este café es buenísimo. Mari Trini —dijo mirando a la anciana.

—Se llama María —le corrigió.

—Eso, María —afirmó levantando la taza.

40. Una comida particular

Sí, aunque te parezca extraño somos una familia.

* * *

A mediodía todos bajaron al pueblo en varios coches. Antón había reservado mesa en el Lusinda, un restaurante bastante concurrido donde solía comer los fines de semana con algún amigo o cliente. Catinca se había unido al grupo casi en la misma puerta del restaurante y no se soltaba de Mateo el cual no quitaba ojo a su hermana. Sara estaba radiante, precedía al grupo aferrada al brazo de Luis, mirando altiva la calle y la gente, era la primera vez que salía con ellos al pueblo y aquello era una experiencia deliciosa para ella. Sabía que la gente la miraba, ella tan solo media un metro cincuenta y de milagro y su hermoso caballero andante la acompañaba por primera vez a ella sola. Se sentía envidiada, deseaba horriblemente encontrarse con alguna compañera de instituto, que la vieran incluso sus profesores o alguno de esos novios zoquetes con los que se había besuqueado en las fiestas locales. Allí estaba el Lusinda, sus amplias cristaleras y sus mesas circulares con finos manteles de hilo y copas enormes talladas con hojas de acanto. Sara centró rápidamente su atención en el comedor y divisó a una compañera con sus padres y más allá dos hermanos que estudiaban en el mismo instituto, era lógico, el pueblo no era más que eso, una diminuta ciudad donde todos comían y cenaban en los mismos sitios. La clase alta en el Lusinda, la menos boyante, en la pizzería de Portí o en el restaurante del centro comercial. Saludó con

educación a su compañera y sonrió a los dos muchachos que no daban crédito y ella hinchada como un papagayo se acomodó en su sitio mientras Luis, sin prestar atención a su momento de triunfo la apartaba la silla y la invitaba a sentarse.

Dominic la miró de refilón y la puso gesto de desacuerdo, ella le sonrió inocentemente y se aferró a Luis con fuerza.

—¿Disfrutas, eh? —dijo Dominic.

—¡Sí! —grito, sonrió y se removió ansiosa en la silla. Llevaba un bonito vestido veraniego de tirantes y unas sandalias a juego.

—Pareces su padre, Luis... —Carlo le dio una palmadita en la espalda— y eso me la pone dura...

—Qué raro que a ti algo te la ponga dura —le contestó.

Roberto soltó una carcajada y se aferró como siempre, sin importarle nada, a sus mujeres. Varios de los hombres que comían con sus familias se giraron, uno de ellos sonrió a Yelina y recibió un empujón de su mujer.

—Vamos, muchacho —Antón, que llegó el último a la mesa, no dejaba de saludar a gente que salía de todos los rincones para ver cómo se encontraba—. Pidamos, tengo un hambre voraz.

—Sí, papi —musitó Carlo.

—¿Y Darío? —preguntó Luis mirando a la puerta.

Catinca se giró hacia la cristalera y lo vio en uno de los puestos que colocaban de la calle. Parecía hablar con una mujer mayor mientras jugueteaba con una especie de peonza antigua en su mano derecha.

—Allí, en el puesto de antigüedades de la esquina.

Darío había dejado la peonza sobre la mesa expositora y observaba ansioso los demás objetos con las manos colocadas como si rezara.

—Este muchacho no cambia, siente pasión por las antigüedades —Antón lo observaba a través de las gafas.

Darío palmoteaba nervioso por una hermosa caja de música de madera que hacía girar una bailarina con un tutú color blanco, la mujer del puesto sonreía mientras hablaba enseñándole las piezas de los engranajes, y el terciopelo que cubría el interior pero Darío ya estaba ansioso por comprarla, Catinca estaba segura que así lo haría.

—La va a comprar —dijo Antón.

Carlo farfulló algo ininteligible y Catinca sonrió.

—Es muy parecida a la que tenía mamá en el tocador —dijo a su padre.

Pagó la cajita de música y atravesó la calle dando saltitos. Lo cierto es que a Samara le resultaba casi imposible pensar que aquel hombre tuviera algún tipo de maldad más allá del juego que ya conocía. Se había parado delante de la cristalera y releía la carta que aparecía expuesta en una vitrina de puertas correderas anclada a la pared elegantemente. Se frotaba la barbilla con gracia mientras parecía decidir que tomar. Samara recordó las palabras de Catinca y la miró, ella era la única que seguía observándole minuciosamente, el resto ya hablaban entre ellos y discutían sobre que comer o beber. Darío arrugó la nariz para fijar la vista con torpeza y eso la hizo gracia, era como un niño grande con un pasado de adulto y mil pecados. Se mantenía inmóvil aferrando entre sus brazos la cajita de música como si tuviera miedo que se golpeará cuando un grupo de niños pequeños pasó corriendo a su lado.

—Disculpad, me entretuve enfrente —dijo aceleradamente mientras depositaba la bolsa sobre un pequeño saliente de la pared.

—Ya te vimos ya... —Roberto mordió el cuello de Xiamara y miró a la familia más cercana por encima del hombro de esta—. Míralos... papis zambullidos en la monotonía, hijos hiperactivos que te chupan la sangre y la vida. Mis amores —miró a ambas mujeres—. ¿Cuándo me daréis una camadita de cachorros, mis preciosas zorras?

Carlo pegó un brinco y casi derramó la copa de vino.

—Eso sí sería cómico —dijo—. Luis el pederasta y Roberto con dos familias...

—Soplapollas —gruñó Luis.

—¡Ah! ¡Se me olvidaba! Y no olvidemos el incesto —palmoteó con sorna y se llevó las manos a la cabeza—. Madre mía... Me encanta esta familia. Vamos a ir todos al infierno.

—Oh sí... —Roberto empezaba a llamar la atención sobre las mesas más cercanas—. Podría preñaros a las dos a la vez... —susurró besando a Yelina y luego mordiendo el hombro de Xiamara—. El dos por uno se pondría de moda de nuevo —frunció el ceño y las miró de soslayo—. Cumpliré treinta y seis dentro de poco, mis amores, mis preciosa y hermosas sumisas... poner las pilas, hay que mantener el apellido, quiero descendencia antes de cumplir

los cuarenta.

* * *

Tras la comida, el comedor estaba casi vacío a excepción de una mesa con un matrimonio que se mantenía a la espera de que sus pequeños acabaran sus juegos en el patio interior del restaurante. Catinca se disculpó y se dirigió al aseo. Hacía varios minutos que no veía a Darío y a Carlo, debían estar en la zona de la barra peleando por quien pagaba la cuenta, pensó. Descendió las escaleras y giró a la derecha. Se topó de frente con él que salía del baño y chocaron.

—No... Espera...

—Darío —intentó esquivarlo sin éxito. Ocupaba parte del pasillo y era imposible pasar por él.

—No puedes estar esquivándome siempre. En algún momento tendremos que hablar.

—No tenemos nada que decirnos —se apartó la melena de la cara y se encogió de hombros.

Se acercó a ella y está se pegó a la pared. Tenía la nariz casi rozando su mejilla, apoyaba la palma de la mano en la pared impidiéndola huir hacia la izquierda.

—Eras mi pequeña Su y te gustaba. ¿Acaso no recuerdas los buenos momentos? —le rozó la mejilla con los dedos—. Yo... —murmuró desgarradoramente— fui el primero para ti... Eso jamás se olvida. No puedes mentirme en eso.

Catinca apretó las mandíbulas con fuerza y su pecho subió y bajó nervioso.

—Por favor, Darío...

—Me intentaste engañar aquella noche... ¿Lo recuerdas? Con tu vestido de muñeca y tu pelo de princesita. Olías a colonia de bebe, estabas asustada y aun así, decías que no era la primera vez —pegó la nariz a su sien y aspiró el olor de su piel—. Te temblaban las piernas y te morías de ganas por tener mi polla entre ellas... ¿Lo recuerdas, verdad?

—Darío, por favor, no lo hagas —le imploró. No podía moverse, su nariz rozaba su mejilla y la provocaba un cosquilleo aterrador.

—Cati... No puedo borrar lo que pasó aquella noche, me arrepiento cada día de aquello, necesito que me perdones.

Catinca sintió ganas de llorar, intentó zafarse de él, pero la agarró por los hombros y la acercó hacia sí.

—¿Por qué has tenido que volver? ¡Dime! —le gritó—. ¿Para limpiar tu conciencia? ¡Maldita sea!

La cara de Darío se ensombreció. Meneó negativamente la cabeza y suspiró.

—No sabes lo que dices... Te he visto crecer desde lejos, apenas un par de fotos que Dominic me pasaba. ¿Sabes lo duro que fue para mí marcharme?

—¡Ja! —dijo—. Al final todos hacéis lo mismo. Me abandonáis, uno más... —agachó la cabeza—. Déjame, Darío, por favor.

—No puedes quedarte con esa maldita noche y olvidarte de todo lo pasaste a mi lado. Me niego a que sea así...

—Tuviste diez años para llamarme y no lo hiciste —lo miró con orgullo y despecho—. ¡Te fuiste de la casa y ni siquiera me viniste a ver una maldita vez, ni siquiera me llamaste para despedirte de mí!

—Estaba muy mal, tu padre me suplicó que me fuera y que no me acercara a ti. ¡Joder Cati! ¡Me acosté contigo y tenías catorce putos años y tu padre era mi mentor! ¡Te llevaba a todos los lados conmigo! La gente hablaba, la gente no podía entender que una niña bailara en los burdeles con un vestido de tul mientras su «hermano» la dejaba seguir el espectáculo. ¿No te das cuenta de lo que hice? —golpeó la pared con el puño y se quedó en silencio durante unos momentos—. Y lo peor, es que te arranqué la inocencia, te forcé aquella noche por tus dolorosas palabras y te sometí de una forma aberrante y ¡Santo Dios! Eras una niña... Cómo no iba a irme...

—Te perdoné aquella paliza el mismo día que me la diste Darío Cross. Lo que nunca te perdonaré es que tú también me abandonararas...

—Rompí las reglas, Su.

—Me rompiste el corazón —apostillo con recelo—. Renegué de los hombres, prefería el amor de una mujer a la mierda que recibía de vosotros.

—Tenía que protegerte —la cogió la cara y acercó su frente a ella—.

Cati...

—No te acerques a mí por favor... —le suplicó. Era necesario, sentía electricidad inusual a su contacto—. Déjame...

Darío apartó las manos y las elevó como si fuera a rezar.

—No te preocupes, Dominic vigila que no me acerque a ti.

Catinca se apartó de él y se dirigió al aseo.

—Catinca —dijo haciéndola girarse—. Necesito hablar contigo a solas, cuando tú quieras, pero por favor, concédeme unas horas... al menos por todo lo bueno que pasó entre nosotros...

Volvió a darle la espalda y entró en el baño. Se lavó la cara, se apoyó en el lavabo y rompió a llorar desconsoladamente.

41. Conociendo a Darío Cross

Protégete de la oveja suave, pues al lobo lo ves venir en la distancia.

* * *

Estaba en la cocina a primera hora de la mañana. Dominic y su hermano acababan de marcharse a la oficina y jugueteaba con una bolita de pan mientras leía la prensa. Darío entro con cara de sueño. Llevaba una camiseta blanca y un vaquero, se dejó caer en la silla de enfrente y bostezó.

—Buenos días —le dijo ella—. ¿Un café?

—Te lo ruego...

Le sirvió de un termo el café con un poquito de leche, luego sacó unos bollos dulces y un poco de zumo de naranja.

—¿Has dormido bien?

—He dormido —dijo devorando un bollo—. Al menos, he dormido.

—Dominic me ha dicho que comienzas las obras de tu casa esta semana. Si necesitas que te ayude o acompañe, estaré encantada de hacerlo.

Darío tenía los carrillos llenos y la miraba con los ojillos brillantes. Masticó rápidamente y sonrió.

—Será estupendo que me acompañes —se chupó un dedo y luego se limpió con la servilleta—. Me ayudarás a escoger las cortinas nuevas.

Lo miró confundida y le devolvió la sonrisa. Volvió a llenarle la taza y se columpió en la silla observándole con curiosidad.

—¿Qué miras?

—Me llamas mucho la atención. Conozco tu pasado, Dominic me lo contó pero...

—¿Pero qué? No encajo con la historia, ¿no?

Se rió y se encogió de hombros ante él.

—Bueno, la noche que pasé contigo fuiste amable y moderado. Me jugaste una mala pasada en el baño pero quitando ese detalle...

—Tengo mis momentos y mis momentos como todos muñequita.

—¿Qué hiciste todos estos años fuera de tu país? Quiero decir, aparte de trabajar...

—Perderme en un abismo tan profundo como negro, experimentar, vivir, sufrir... —embozó una mueca muy similar a una sonrisa—. Llorar...

—Diez años es mucho tiempo. ¿Y siempre estuviste solo? Es duro vivir fuera y no tener a nadie.

—Estaba Argas, pero sí. Realmente estaba solo, bueno... —hizo una pausa y bebió un sorbo de café—. Tenía mis amantes, un perro que me acompañaba al parque... —cogió otro bollo de pan y se lo llevó a la boca—. Pero sí, al final siempre estaba solo. Ellos no me aportaban más que momentos de placer, locura y algún que otro susto por mis impulsos, historia que algún día te contaré.

—¿Ellos?

Darío se apoyó en el respaldo de la silla y masticó despacio un trocito de pan, luego abrió los ojos y meneó la cabeza afirmativamente. Era un hombre extremadamente expresivo, le resultaban graciosos sus gestos inocentes y su sonrisa de niño bueno.

—¿Te gusta la historia?

—Sí —no entendía a dónde quería llegar—. ¿Por qué?

—¿Recuerdas a Marco Antonio? ¿El gran guerrero que cambió la historia? ¿Sus triunfos? ¿Su virilidad y hombría?

—Claro, sí. Cleopatra. Se enamoró perdidamente de él.

—Bien, ¿recuerdas la antigua Roma? ¿Sus emperadores? ¿Los griegos? Todos eran hombres poderosos, hombres cultos y arrogantes. Tenían amantes, mujeres, hombres...

—¿Quieres decir que te acostaste con otros hombres?

—Bueno, me gustaba despertarme con una mujer y un hombre. Dos mujeres, otro hombre —se empezó a liar solo—. Tres mujeres, otro hombre... ¿O eran tres y...?

—Para, para...

—No soy homosexual. Amo la feminidad por encima de todo pero cuando tu vida es un abismo donde no haces más que caer y nada es suficiente, buscas el amor en todas sus formas, experimentas muchas clases de cariño, muchos tipos de sexo —se quedó pensativo unos momentos y pestañeó—. A fin de cuentas solo es eso... sexo. ¿Te gustan las mujeres, Samara?

—No.

—Pero te acuestas con ellas si es necesario y lo disfrutas, ¿no? —se levantó y limpiándose la boca con una servilleta se sentó en el canto de la mesa junto a ella— es decir, disfrutas del placer que te dan pero jamás te pondría una mujer, ni te girarías a mirarla cuando pasa por la calle y mucho menos tendrías una relación con ella. Sería —meditó mirando al techo— simplemente sensaciones y poco más. ¿Me equivoco?

—Tienes razón, sí.

—Pues entonces me comprendes. Mis amantes masculinos eran hombres sin amaneramientos, ni gestos femeninos, todo lo contrario, era imposible sospechar que de vez en cuando apartaban sus responsabilidades y su familia y se metían en la cama con otro como ellos y alguna mujer... —dijo, frunció el ceño y la acarició la cabeza—. Yo enseñé a Catinca a disfrutar del amor de una mujer como ella. A abandonarse, el placer es maravilloso en todas sus formas, brinde quien te lo brinde.

Se bajó de la mesa y se acuclilló frente a ella. Movi6 la silla hacia 6l y se situ6 entre sus piernas. Samara sentía un leve dolor de est6mago. Apenas podía moverse, aquel hombre era terriblemente sensual, la palabra que la invadi6 la cabeza fue «Demonio». Sí, era así, un demonio desagradablemente provocador que jugaba con la sensualidad y la delicadeza. Se movió incomoda cuando coloc6 las palmas de las manos en sus pantorrillas y las desliz6 por debajo de su falda levantando 6sta unos veinte centímetros, dobl6 a modo de dobladillo el borde y dej6 al desnudo un poco más de su piel. Luego, acarició estas con las manos y la mir6 con dulzura.

—Yo la enseñé a tocarse con tan solo catorce años, no es que no supiera, ya conoces a Cati... era atropellada, ansiosa y acelerada... para todo...

—No deberías hacer eso. No sigas...

—La coloqué una noche delante del espejo, la senté en mis rodillas de espaldas a mí y separé sus delicadas piernas para que observara todo lo que iba a hacerla —acercó la cara a una de sus piernas y olió su piel.

—Darío —Samara bajó las manos y se aferró a la falda—. Detente...

La miró con humor y se apartó de ella.

—No abuso de la hospitalidad de los míos —dijo incorporándose—. Podría sentarte encima de la mesa y hacerte gemir como una loca, tengo ese poder. No lo dudes, tú marido, tu Señor, es claro cuando abre la puerta de su casa pero no lo voy a hacer...

—Vaya, es un detalle por tu parte —se colocó la ropa y carraspeó incomoda y nerviosa. Estaba excitada y mucho—. ¿Y ese detalle? —se levantó y quedó frente a él.

Darío la cogió por los brazos y la atrajo hacia él. La besó en los labios y luego por toda la cara como si fuera un padre y solo deseara esos delicados cariñitos.

—Todo a su tiempo...

42. Juegos

Claro que sí. Detrás de nuestros defectos, nuestros demonios y nuestro pasado, existe un buen hombre, aunque a veces parezca que duerme demasiado.

* * *

El día fue agotador para Samara. Darío tenía una vitalidad devastadora, era como seguir a un hombre hiperactivo con tacones por innumerables calles y comercios de la ciudad. Cuando se le antojaba algo era imposible despegarlo del cristal del escaparate, luego entraba y mantenía conversaciones interminables con los anticuarios, que si esta pieza era del siglo pasado, que si los detalles ornamentales bien pulidos y barnizados darían un aire más clásico al butacón isabelino, las cortinas no las quiero cremas, quiero un color más tostado porque no pega con las alfombras... Lo cierto es que Darío era encantador con todo el mundo, incluso con aquellos propietarios de tiendas algo cortantes y secos, era capaz de envolverlos con su manera de mover las manos, la forma de hablar y arrugar la nariz cuando veía una pieza interesante y sobre todo los conocimientos, muy por encima de los mismos propietarios, sobre la historia de ciertos objetos que vendían. Luego estaba el hecho de que a Darío le apasionaran las muñecas, pasaron dos horas en una de las tiendas más importantes de juguetes y era cómico verle decidiéndose por una, cuando más de una vez se vio tentado a llevárselas todas. A las tres de la tarde Samara le suplicó que pararan a comer algo, gracias a Dios, Dominic les

había llamado y se reuniría con ellos y Luis en uno de los restaurantes del centro más próximos a la empresa.

—¿Darío, no te cansas? —le preguntó agotada dejándose caer en un banco de la Avenida Cinco—. Tengo las piernas...

—¡Oh mira, mira! —tiró de su mano y la arrastró calle abajo hasta un escaparate lleno de muebles—. Si no te hubieras puesto esos tacones de reina estarías menos agotada querida —colocó la nariz en el escaparate y entrecerró los ojos—. No me gustan, son muy actuales. Vamos al restaurante.

—¡Sí, por Dios! —gimoteó desesperada.

Darío la miró compungido y frunció el ceño.

—Deberías hacer más deporte. Estas flojita —sonrió y volvió a tirar de su mano.

Samara iba como una marioneta calle arriba, por un lado Darío la arrastraba por un brazo, el otro caía muerto como si no quisiera ir con él y la obligara. Era gracioso, no podía consigo misma y él todavía podría correr una maratón si lo quería.

—¿De dónde sacas las fuerzas?

—Es la energía por la falta de sexo. Si follaras menos, estarías más activa.

—Qué risa —dijo con sarcasmo.

—Es verdad. No te miento —giró la cabeza y la guiñó el ojo.

—Qué llevas... ¿Dos días... tres?

—¿De veras quieres saberlo?

—¡Claro! —faltaba poco para llegar al restaurante—. Vamos, confiesa. Una semana —apostilló.

—Meses... Aunque en Italia tuve un pequeño encuentro... —contesto y paró en seco frente a un escaparate.

—¿Qué dices? ¿En serio? ¿Por qué? Por favor, Darío, más tiendas no...

—Estoy depurando mi alma —la soltó, cerró los ojos e hizo un gesto con las manos como si hiciera yoga—. Controla la mente, canaliza tus impulsos —abrió los ojos, agarró su brazo y tiró de ella—. Vamos, que llegamos tarde.

Llegaron a la terraza casi derrapando y tomaron asiento en la mesa reservada, Dominic y Luis aún no habían llegado.

—Me tomas el pelo. Me estás mintiendo —miró alrededor y saludó a dos de las secretarias del bufete que comían muy cerca de ellos.

—No, llevo mucho tiempo sin compañía continua. Necesitaba una purga. Mira, por ahí llegan tu marido y tu hermano.

Entraron como dos balas. Dominic con su habitual semblante serio, su traje impecable y su gesto impertérrito. Era como ver a un rey dirigirse a su trono, con paso firme, las manos en los bolsillos y la mirada fija en ella. Samara sonrió y saltó a sus brazos. Su gesto cambió y la besó en la mejilla con cariño. Tiempo atrás se hubiera muerto de vergüenza por las miradas furtivas de la gente, ahora no le importaba, era su esposa, no una simple compañía de la cual nadie sabía nada. Le rodeó el cuello y jugueteó con su pelo, estaba cansado y era lógico, llevaba mucho tiempo fuera y era demasiado controlador como para no alterarse cuando algo no salía a su manera.

—Tienes mala cara —le dijo—. Te veo cansado.

—Tú sí que estas agotada... Si no conociera el ritmo de Darío...

—¿Mucho trabajo?

—Demasiado.

Luis se enroscó en ella y la abrazó por detrás.

—Sam —dijo besuqueando su hombro—. Te suplico que lo encierres en casa y me lo quites de encima... Tú marido está loco. Es un tirano.

Aún le sonaba raro «marido».

—Disculpadme un momento —les dijo—. Necesito ir al aseo, Darío no me ha dejado parar ni un minuto.

Bajó al piso de abajo y atravesó un pequeño salón en dirección a los baños. Era bastante tarde, todo estaba vacío y olía a limpio, cosa que agradeció. Se mojó la nuca y se soltó las tiras de los zapatos de tacón. Estaba agotada y le dolían los tobillos. Se abrió ligeramente la camisa y se colocó la falda. El suelo era de mármol traventino, cosa normal en ese tipo de restaurantes caros. Se quitó los tacones y se quedó descalza sobre él. Sintió un placer inmenso al notar el frío de las losetas.

—Por Dios... qué gusto —susurró suspirando.

El ruido de la puerta la sorprendió. Se dio la vuelta y vi a Dominic apoyado en ella con las manos por detrás de la espalda.

—¡Señor, qué susto me has dado! —dijo calzándose.

Avanzó sin decir una palabra hacia ella y le abrió la camisa. Samara no

reaccionó, miró sus pechos y luego a él, que se recreaba con sus pezones y observaba de arriba abajo, su cuello, su pecho, su cintura...

—Pero...

—Cállate —apostilló con suavidad.

Se oyeron pasos, dos mujeres se dirigían al aseo, Dominic le tapó la boca con la mano y la agarró contra él. La puerta se abrió quedando ambos detrás de ella. Las mujeres charlaban animadamente sin percatarse de su presencia.

—Ni te muevas... —le susurró al oído mientras metía su mano por debajo de la falda y empezaba a deslizar sus bragas hacia abajo.

No podía hablar, abrió los ojos como platos y él le hizo un gesto con el dedo para que guardara silencio. Su mano la apretaba la boca y sus bragas iban deslizándose hasta que quedaron a la altura de sus rodillas. Las mujeres se metieron en sus respectivos aseos y Dominic aprovechó para quitarle las bragas. Apenas podía moverse, la tenía contra la pared y la puerta formaba un ángulo muerto con un hueco muy reducido. Se incorporó sin liberar su boca y sonrió.

—Te recomiendo que ni murmules... Sería... horrible que vieran que te estoy follando como una vulgar puta en un baño. ¿No crees, cariño?

Samara meneó la cabeza y abrió los ojos como platos cuando notó sus dedos colarse bestialmente dentro de ella.

—Era lo que querías, ¿no? —le susurró al oído—. ¿O te piensas que porque seas la Señorita de Romano, solo puedo usarte de noche y en la cama? —sonrió y se chupó los dedos.

Las mujeres salieron del aseo y parecieron entablar una conversación delante del espejo. Samara rezó porque se fueran rápido. Dominic le dio la vuelta y empotró su cara contra la pared. Volvió a tapparla la boca justo en el momento que iba a soltar un leve gemido de dolor.

—Ni se te ocurra. Shh...

Meneó la cabeza suplicando que parara.

—Hoy vamos a aprender a controlar esa forma de gritar que tienes por tonterías —pellizcó uno de sus pezones con fuerza y la besó en la mejilla.

Samara movió el culo hacia fuera para apartarlo de ella, Dominic mantenía la presión en su pezón y la sentía respirar con más intensidad a medida que pasaban los segundos.

—Eso es... ¿Ves que fácil? Separa las piernas, cariño mío...

Llevaba una falda tan corta que no necesitó siquiera levantarla, liberó su miembro y la penetró despacio mientras observaba sus pupilas dilatadas y la expresión de sus ojos. Las dos mujeres se lavaron las manos, parecía interminable su conversación. El ruido de los secadores murales fue perfecto para empujarla con más fuerza contra la pared y clavarle su miembro hasta chocar con su culito respingón. Samara apoyó las manos en la pared y creyó dejarse las uñas cuando empezó a moverse acompasadamente dentro de ella. Era horrible, movía su cadera con tal destreza que notaba la punta de su capullo al final de su sexo, rozaba de una forma desquiciante. Su mano izquierda se deslizó por delante y le separó con los dedos los labios.

—Anda... Aquí tenemos tu perdición... —rozó su clítoris y pasó suavemente la yema por él—. Justo ahí...

—Mmm...

—Calla, Samara... Shh...

Las mujeres parecieron caminar en dirección a la puerta, sus tacones contra el mármol sonaron estrepitosamente mientras hablaban de las gangas en las tiendas de moda del centro. Una de ellas se paró y Samara sintió su corazón reventar por momentos. Silencio. Notó la tela de su ropa moverse y luego siguió avanzando hasta desaparecer tras la puerta. Tenía el corazón en un puño y Dominic seguía moviendo desenfrenadamente su miembro en sus entrañas. La liberó la boca y Samara jadeó como una loca.

—Dominic, por Dios... No... No hagas esto nos puede ver cualquier cliente...

—Tengo una preocupación...

La agarró por el pelo y tiró de su cabeza hacia atrás. Samara apenas podía respirar, la tenía totalmente bloqueada y no podía moverse.

—Muéveme ese culo, princesa...

Sentía un placer horrible, apoyó de nuevo las manos en la pared y separó más las piernas, su polla entraba y salía húmeda, empapada de sus flujos, notaba el calor de su piel chocando contra ella, su mano jugando, separando sus labios mientras su clítoris era atormentado deliciosamente. Su orgasmo era inminente, se retorció de placer al mismo tiempo que Dominic volvía a tapanla la boca y la embestía brutalmente, ahogando sus gritos. Cerró la

puerta de un portazo que retumbó en toda la planta y la arrastró hacia él obligándola a ponerse de rodillas mientras todavía sentía los calambres del placer.

—¡Dominic, puede entrar...!

Se la encajó de un movimiento en la boca y la sujetó con fuerza la cabeza.

—Que te calles... Samara... —susurró ansioso— y date prisa... si abren la puerta van a ver a toda una profesional...

De cuclillas, con aquellos tacones que ya la atormentaban la falda enroscada y la camisa abierta lamió su miembro desafortadamente mientras sus manos la presionaban la cabeza y la traían y llevaban sin control. Sintió el chorro caliente en la campanilla y un hilo de semen se deslizó juguetón por la comisura de su boca. A punto estuvo de atragantarse cuando intentó separarse y él se lo impidió de nuevo.

—Quieta, loba...

La levantó por el pelo y la arrastró al lavabo, la obligó a llenar la boca de agua y escupir varias veces y cuando quedó satisfecho la sentó sobre la encimera de mármol y le separó de nuevo las piernas con el ceño fruncido.

—¿Qué vas a hacer?

Sacó una bolita del bolsillo y se la metió con cuidado mientras la sonreía y observaba su gesto de estupor.

—¡Dominic! —se quejó—. Déjame al menos —sollozó suplicante— ponerme las bragas, por favor...

Movió el hilo que colgaba de su coño y soltó un suspiro. Miró alrededor y cogió sus bragas, abrió la puerta de uno de los aseos, las tiró por el retrete y tiró de la cadena.

—Vaya... se me cayeron... Lo siento.

—No... No puedo salir ahí con esta falda tan corta y esa bola dentro, se me puede caer... ¡Por favor, te suplico que...!

La besó con pasión, la abrochó la camisa y la bajó del lavabo. Ella no dejaba de suplicarle que se compadeciera de ella, que la terraza estaba muy llena y que podían verla desnuda si se inclinaba lo más mínimo o el aire soplaba lo justo.

—La próxima vez no te pongas una falda tan corta y verás cómo no tienes esos problemas.

Tiró de su mano y la sacó del aseo.

—Procura vestirse así, cuando salgas conmigo...

—Por favor, por favor, Dominic, te lo suplico.

—Camina —la miró de arriba abajo y se encogió de hombros— y ponte recta.

Horrible fue poco. Atravesó la terraza rezando en bajo que por favor no le cayera aquella cosa. Tenía la sensación de que todo el mundo la miraba, eran tal los nervios que tropezó varias veces hasta llegar a la mesa. Se sentó rápidamente y colocó su servilleta en las rodillas. Darío y su hermano la miraban extrañados y no porque llevara una bolita diabólica dentro de ella, más bien porque de los nervios no se había arreglado el pelo y parecía que la habían pasado un ventilador por la cabeza.

—Caramba... —dijo Luis—. Ya decía yo que tardabais.

Dominic estiró la mano sobre la mesa y colocó el pequeño mando a distancia sobre la servilleta de Darío.

—Tú eres más cabrón que Luis —musitó dando un trago a su copa de vino.

—Samara, vete a la barra y trae las cartas, cariño.

Samara abrió los ojos como platos y sintió pánico.

—Dominic, por favor. Me niego. No... No...

La dirigió una mirada furtiva y pestañeó varias veces. Darío pulsó con curiosidad el botón del mando y Samara saltó en la silla.

—Ouh... perdón —dijo.

—Vale —dijo Dominic—. Tienes dos opciones; levantar el culo de la silla y hacer lo que te digo...

—No lo haré —contestó entre dientes—. No. ¡No!

—O... no hacerlo, perfecto. No pasará nada. Dejaremos comiendo a tu hermano y Darío e iremos directos a casa.

—No puedes obligarme, no es justo —lloriqueó.

—Te haré la maleta, te llevé a tu local preferido y te entrego al viejo más asqueroso que hayas visto en tu vida, con suerte solo tendrás que hacerle una mamadita y eso siendo positivos.

—Alejandro tiene noventa años y tiene cierta devoción por la lluvia dorada.

Samara miró a Darío con odio y luego a su hermano que intentaba no cruzar la vista con ella.

—Luis...

—¿Luis? —preguntó indignado Dominic—. Deja a Luis —sacó la llave del coche y la depositó sobre el mantel.

—Tienes dos segundos para decidirte —ladeó la boca en un intento de reír—. Libremente claro...

Se quedó en silencio, Dominic apartó la silla de repente y se levantó.

—¡No! —gritó—. No... —repitió bajando la voz—. Está bien... Está bien. Iré por las cartas.

Estaba a punto de llorar de los nervios, se alisó su diminuta falda y atravesó las mesas hasta la barra. Al llegar, se tuvo que inclinar un poco para llamar al camarero y sintió la primera descarga entre sus piernas. La vibración la paralizó, la bola temblaba tanto que parecía resbalar por sus paredes hacia abajo. Cruzó las piernas y sonrió al camarero mientras pedía las cartas.

—Por Dios, date prisa —dijo para sí.

Se giró con ellas, parecía que había kilómetros hasta su mesa, pasó por delante de varios trabajadores del bufete y volvió a sentir la descarga de la vibración que deslizó la bola hacia la entrada.

—Madre mía... por favor... no, no. Maldito cabrón.

Parecía una de aquellas muñecas Barbi sin articulaciones en las rodillas, caminaba muy despacio disimulando la vergüenza como podía. Notaba la bolita en la entrada de su vagina, apretó los músculos de su sexo hasta que llegar a la mesa y se sentó como un relámpago.

—¿Ves que fácil fue? —Dominic se limpió la boca con la servilleta después de beber de su copa y la sonrió—. Esa es mi chica...

Otra vibración la hizo saltar y dar un leve gritito. Dos hombres de una mesa cercana se giraron extrañados y Dominic sonrió moviendo la cabeza de izquierda a derecha.

—Es que se ha emocionado con la carta de los postres —les dijo con humor.

—Oye —Darío entre cerró los ojos—. ¿Este botón para qué es?

Apretó con cuidado y la bola comenzó a moverse eufórica aumentando la

vibración a pasos agigantados. Samara se puso roja, luego pálida y clavó el culito en la silla.

—No... No eso no... —susurró apretando los dientes—. Eso no... Para Darío, apágalo por Dios.

Ahora era peor. La bola golpeaba la parte de atrás de su clítoris y la provocaba descargas de placer que iban y venían. Samara junto las rodillas y se estremeció. Luis centró la vista en sus pezones, estaban totalmente encendidos y se podían ver a través de la tela tensando la blusa sin compasión. Se aferró al mantel, Dominic leía la carta sin prestarla atención y Darío se reía girando una especie de ruedecilla que no hacía más que acrecentar el meneo interno de Samara que empezaba a mojarse y posiblemente con ellos, empapando la tela de la silla.

—Sam... Madre mía —Luis se movió en la silla ansioso. Por momentos hubiera saltado sobre ella para mordisquearle los pezones sonrosados que ladraban bajo la camisa—. Al final me pongo yo peor que ella...

—¿Qué vais a comer? —preguntó Dominic.

—Oh, Dios mío... Para esto...

—Yo entrecot —Darío meneó la rueda un poco más y levantó el dedo en dirección a Samara—. ¿Y tú, muñequita?

—Parad ya... Os lo suplico...

—Yo también comeré lo mismo que tú —dijo Dominic—. Y mi querida esposa también. ¿Luis?

—Esos pezones...

—Luis, céntrate.

—Lo mismo, tiene buena pinta la carne hoy —suspiró y la acarició la mejilla con la mano—. Sam, ponte recta, se nota mucho que va a darte algo y la gente empieza a mirar.

—Que lo pare... No aguanto más... Dile que... —jadeó en bajo— lo paré por dios... —apretaba el brazo de su hermano con la mano.

Dominic la miró y tras dejar un poco más la bola temblando dentro de ella cogió el mando y lo paró casi cuando estaba a punto de correrse. Miró alrededor, no vio nada fuera de lugar. Guardó el mando en el bolso interior de la chaqueta y se colocó la camisa y la corbata.

Levantó la copa y miró a Darío.

—Por tu vuelta, amigo —dijo entonces.

43. El contrato

Tienes la suerte de tener un hermano que sufre por ti más que nadie. Como no... Lo entiendo mejor que nadie. Y siempre le dejo...

* * *

Luis dormitaba en la bañera casi oculto por la espuma. Le gustaba después de un día de trabajo excesivo, relajarse con un baño de sales y aceites con perfumes. Su hermana entró en el baño y lo acompañó. Se quitó la ropa y se sumergió a su lado, colocando la espalda en su pecho y apoyando la cabeza en su hombro.

—Sam —le dijo abrazándola—, qué poquito nos vemos ahora.

Samara estaba encantada, sumergida en aquella agua tan caliente. Se acurrucó en su pecho y cerró los ojos.

—Sara te absorbe —se río—, pero te veo feliz con ella, esa niña es fuego.

—Estoy bien pero apenas me queda tiempo para Natacha, no sé qué voy a hacer. Mi vida es un carnaval de sustos —la besó en la sien—. Sam, ¿leíste las capitulaciones matrimoniales después de tu boda?

—No, aún no —musitó jugando con la espuma.

—Sam —se encogió de hombros—. Deberías leer lo que firmaste, sé que fue todo muy acelerado pero ahora, es necesario que lo hagas...

—Luis, qué más da. Supongo que serán normas, tema de dinero, privacidad de la información de las empresas de Dominic si algún día yo me...

—Sam —la interrumpió—. Firmaste casi veinte papeles, no solo fue eso lo que aceptaste.

—Luis, ¿qué pasa? Dímelo tú si lo sabes.

Luis se mojó la cara y se frotó la cabeza. Se inclinó hacia atrás y la sumergió en el agua para luego volver a incorporarse y abrazarla.

—Tienes que leerlo, solo puedo resumirte un poco los puntos que más pueden afectarte.

—Vale, dime entonces.

Suspiró y la miró.

—Sam, tus bienes están paralizados, mientras estés casada con él no podrás disponer de nada de lo que ganaste fuera de tu matrimonio, ni tu dinero ni tu casa ni tus acciones. Sí que es cierto que casada con él dispones de una cuenta que manejaras a tu libre albedrío con mucho dinero y sin tener límite pero tus movimientos están controlados por Dominic en todo momento, él tiene la decisión de cancelar esa cuenta, ampliarla o lo que le dé la gana.

—Lo suponía, eso es una forma de localizarme si me fuera —sonrió y meneó la cabeza—. Mi marido es inteligente...

—No te rías Sam, hay mucho más —hizo una pausa y frunció el ceño—. Eres tonta, nunca deberías firmar las cosas sin leerlas. ¿Sabías que tienes que darle descendencia antes de que cumplas los cuarenta?

—¿Cómo? Estás de broma —se rió.

—Ríete, pero es así. Te has comprometido y firmado tener un chico, no vale niña, si tuvieras una hija, no heredaría nada. Si no tienes un varón pierdes tu parte de los beneficios generados durante el matrimonio, si te divorcias, tus hijos vivirán con el padre, has cedido la tutela en caso de separación o divorcio íntegramente a Dominic y la patria potestad.

—Pero Dominic no quiere hijos. Nunca los quiso —musitó ella.

—Te equivocas. Dominic los quiere en su momento. Hombre y heredero.

Samara no salía de su asombro. Estaba perpleja. ¿Un niño? ¿Y si tenía dos niñas? ¿O si no las tenía?

—Sam, ¿qué pensabas que firmabas?

—No me caso todos los días, pensé que era normal que el hombre del Ayuntamiento estuviera allí.

—¿Hombre del Ayuntamiento? Joder, nena, era un notario. Tienen que estar presentes.

—Luis sigue —se giró hacia él y flexionó las rodillas.

—Déjame pensar, era mucho —suspiró agobiado y la miró—. No podrás trabajar. Has renunciado a ello. No podrás dar información de los negocios de tu marido, tus bienes quedan administrados por Romano y asociados y si tu matrimonio funciona bien, pasaran directamente a tus hijos, perdón tu hijo varón.

Tenía los ojos abiertos y una cara de espanto terrible. Y no era por el contenido, el dinero la importaba muy poco y llegado el momento si realmente tenía hijos lo que Dominic decía no era muy insensato a excepción de la tutela. Lo que realmente la daba pavor, era que lo tenía todo calculado, tenía su vida planeada de una manera casi enfermiza y sabía la forma de arrastrarla con él.

—Es decir, que si tuviera hijas...

—Si tuvieras hijas, vivirían como vives tú, nunca les faltará de nada pero no heredaran los negocios, solo dinero y eso si... no sé...

—Luis. Sí... no sé. ¿Qué?

—Si tus hijas el día de mañana se casan con personas ajenas a Quimera, lo pierden todo. Es una locura pero fue una especie de pacto que firmaron hace muchos años todos.

—No me puedo creer lo que estás diciendo. ¿Me estás diciendo que mis hijas tienen que casarse con los hijos de Carlo o Roberto o Mateo y si no, no heredan nada?

—Más o menos, los hijos siempre tendrán parte del patrimonio de sus padres, sin embargo, sería lo mínimo aún desheredados. Es una forma de proteger todo de posibles maridos aprovechados, con algún tipo de interés o incluso que no lleven el negocio que hereden de la misma forma. Y bueno... no es que tengan que casarse con los hijos de Carlo o Roberto, más bien, hay muchos más que... Los conocerás cuando celebres tu boda en Quimera... Los de Argas, vendrán, somos más gente Sam.

—¡Esto es una locura! —se limpió los ojos del jabón y pestañeó—. ¿Es como una secta? No doy crédito.

—No, Sam... No, protegen sus patrimonios, de divorcios, herencias y

sobre todo protegen Quimera, bueno, Dominic fue un poquito más radical pero...

—¡Ja! —dijo con sarcasmo—. ¿Y qué más hay, Luis? ¡Vamos! Por eso estaba tan agradable y tranquilo... Dios mío, soy una estúpida. Lo firmé sin más... ¿Y si no lo hago?

—Firmaste ante un notario.

—¿Si no quiero tener hijos? O si no quiero... No sé, lo que sea.

—Tienes una multa millonaria. Lo has firmado delante de un notario y sin coacciones. Sam, no tendrías el suficiente dinero para pagar, ni tú, ni tus padres, nadie en dos vidas.

Salió de la bañera y se tapó con una toalla.

—No me lo puedo creer —dijo ofuscada—. ¿Qué más, Luis?

Luis se hundió en el agua y al poco asomó la cabeza y se limpió los restos de espuma.

—Todo me toca a mí siempre, no sé cómo me las arreglo —se lamentó—. No sé, eran tantas cosas... No puedes dormir fuera de tu casa, tus hijos por parte paterno serán adoptados por Antón si falleciera su padre antes de su mayoría de edad. No puedes abrir una cuenta bancaria paralela y desviar dinero a ella... No puedes recuperar tu apellido mientras sigas casada del mismo modo que tus hijos... yo que sé Sam... No debí decirte nada —se encogió de hombros y farfulló algo—. A veces todavía me pierdo en detalles jurídicos, sobre todo cuando Dominic lo redacta, es como si bajara Satanás y hablara en arameo.

—¡Luis, tenías que haberme avisado!

—No seas tonta, lo hubieras firmado igual. No tuve tiempo, no sé si recordarás que viajé de madrugada y tú estabas pegadita a él todo el tiempo. Además, tu vida si te separas no cambiaría, recuperarías todo, estas medidas son estando casada con él. Bueno —suspiró—, si tienes hijos, es más complicado pero...

—Voy a matarlo lentamente...

—Eso. Tú como un toro. Luego el chivato soy yo como siempre. Pídele la copia y que te deje leerla, tienes derecho, él lo sabe.

—¿Por eso estaba tan calmado?

Luis se rió y meneó la cabeza negativamente.

—No, Sam —dijo—. Eso le da igual, tus reacciones son algo que esperaba desde el día que me dio los documentos para que los pasara a su secretaria. Él es así, pero ahora últimamente me cuenta muy poco, sabe que me compadezco de mi hermana y le recrimino a veces sus actos y me aleja de sus planes más que nunca...

—¿Y por eso está aquí Darío?

—No creo. Darío iba a volver, coincidió. Si es cierto que habla mucho con él, pero más que por ti es por Catinca. Lo tuyo es de rebote, ahora se ocupa el sólo de sus peleas internas, está tranquilo, sí. Aun así, no sé que vendrá. Yo estoy demasiado absorbido por la niña, por Natacha... No sé.

* * *

Intentó pensar con claridad, se mantenía delante del espejo con la toalla enroscada en el cuerpo observando a su hermano a través de él. Se inclinó sobre la repisa de mármol y suspiró.

—Sam —le dijo—. ¿Habría cambiado algo si te lo hubiera dicho? Vamos, todo esto se mantendrá mientras estés casada con él, de lo contrario tu vida volvería al mismo punto de partida.

—Eran veinte hojas —musitó pensativa—. ¿Qué más hay?

Salió de la bañera, se enroscó la toalla en la cintura y se aferró a Samara por detrás. La miró a través del espejo y musitó:

—Nada que no puedas hacer —besó su mejilla.

Levantó la cabeza y lo miró.

—Por eso Darío ha vuelto —dijo riendo—. Increíble...

—Sam, no le des más vueltas eso ya es una guerra que no te corresponde.

—Por eso fue mi padrino de boda —repitió—. Lo peor de todo es que ella ni siquiera lo sabe y piensa que es por mí.

44. La conversación

Es muy difícil controlar nuestras pasiones cuando somos tan viscerales en nuestro día a día. La razón es incompatible con la pasión.

* * *

Se quedó observando a través de la ventana mientras oía de fondo las noticias.

—¿Te preocupa algo? —Darío se dejó caer en el sofá. Miró a Dominic que permanecía inmóvil—. Sí, te preocupa.

—Debes de ser prudente con Catinca —se giró en el sillón y apoyó las manos sobre el escritorio de madera—. Si te lanzas con ella, si no controlas los tiempos, pueden pasar dos cosas, que te odie o que se os vaya de las manos.

Darío suspiró y miró al techo. Apoyó las palmas de las manos en la parte trasera de la cabeza y se reclinó en el asiento.

—Ya me odia, al menos de momento. Solo pretendía habla con ella Dominic.

—No puedes arreglar en dos días diez años de ausencia. Tienes que hablar con Carlo, él ha...

—No me lo recuerdes —le interrumpió—. ¿Cuántos, Dominic? Dime — se inclinó hacia adelante y apoyó las manos en las rodillas.

—No seas tonto. ¿Hubieras preferido que siguiera como estaba? ¿Qué

saliera de noche por ahí y se liara con cualquier imbécil del pueblo? ¿Preferías que estuviera liándose con mujeres y odiando a los hombres? Vamos Darío —se levantó—. ¿Quién se iba a ocupar? ¿Yo? ¿Para machacarla aún más?

Darío se levantó y se encogió de hombros, caminó por la alfombra pensativo y suspiró.

—Antón ya les contó a Roberto y Carlo lo que os pasó. Al menos contó la parte más digerible. Ellos no son idiotas, el resto lo suponen. Te apoyan, Carlo hasta te disculpó.

—Tengo que hablar con ella, Dominic.

—Lo entiendo —se acercó a él—, pero con prudencia. Si cometes el más mínimo error, todo se irá al traste.

—Lo sé...

45. Curiosidad

Y eso mató al gato...

* * *

Se había colado en su despacho nada más irse a primera hora de la mañana. Darío aún dormía, leyó los documentos uno a uno, pero algo la llamó la atención, faltaban varias páginas numeradas que no pudo encontrar por ningún lado. Ordenó la subcarpeta con cuidado, Dominic era muy organizado y estaba segura de que si no dejaba todo como estaba se daría cuenta. Cerró el cajón suspendido y volvió a la cocina. Mientras preparaba el desayuno se quedó pensativa, había veinte páginas, la quince y la dieciséis faltaban. Buscaría el modo de seguir investigando cuando él no estuviera. Durante esa semana sería arriesgado dada la presencia de Darío sin embargo, cuando se fuera tendría tiempo y mientras todo quedara como lo había dejado Dominic nadie sospecharía de sus incursiones. Y lo cierto es que sabía que él le daría aquella copia, aun así quería jugar con ventaja.

46. Frente al abismo

Todo vuelve, y si no viene solo, nos ocupamos de que así sea. No hay nada casual... Nada.

* * *

¿Y si hablaba con él? No estaba segura, tampoco tenía mucho que perder. Sería una mera conversación, incluso, podría quedar con Darío en una cafetería concurrida, un sitio donde no le diera la oportunidad de acercarse mucho a ella. Sabía la destreza que tenía, no es que estuviera segura de sus formas pero recordaba bien aquella zalamería con las mujeres, aquella dulzura y pasión que ponía cuando algo le interesaba y no le iba a dar la facilidad de conseguir un perdón tan sencillamente. Recordó la cajita de música y su forma de protegerla de los niños. No había cambiado nada, pero quería verlo interactuar con todos. ¡Ah, si alguno le diera la oportunidad de acercarse a alguna de las chicas! ¿Qué estaba diciendo? Se estaba volviendo loca. No debía desear exponer a las demás ante él, pero... sería una forma tan rápida de saber en qué se había convertido Darío, sería una forma de comprobar qué tipo de hombre era ahora, que había cambiado en él aquellos años lejos de Quimera y de su influencia. Miró el teléfono y suspiró.

—Está bien, una hora. Comeré contigo mañana a las dos y media en el Lusinda.

Dudó antes de enviar el mensaje. Cerró los ojos y pulsó la tecla de envío.

47. Romina, Romina...

Me molesta horriblemente que subestimen algo de mí. Una mujer es un juguete peligroso, letal si cabe.

* * *

Dominic estaba en el despacho cuando ella apareció, vestida con una falda, unas inmensas botas altas de tacón afilado, una fina camisa blanca de volantes y un chaleco ajustado que apretaba sus pechos y los elevaba terriblemente. Azuzó la melena cobriza y sonrió con las manos en la cintura.

—Qué conste, que solo he parado en tu ciudad para felicitarte por tu... unión —sonrió y se aproximó a él.

Levantó la vista del papel y se puso en pie. La sonrió y se acercó a ella.

—Gracias Romina, muy amable —la contestó avanzando hacia ella.

Repentinamente le dio una bofetada que la tiró al suelo. Romina quedó de lado sobre la alfombra hasta que la levantó por el brazo y la colocó frente a él.

—Tu cachorro regresó a casa y te dijo que había estado con ella, es más, te dijo dónde estaba y tú... —la agarró por la mandíbula— callaste como una zorra despechada, haciendo que yo tuviera que atravesar medio país para encontrarla. No, no, no...

—¡De que hubiera valido! —gritó llorando—. Solo pretendía darla tiempo para...

—Claro... Romina, la del gran corazón, la bondadosa, fiel y maravillosa

«hermana» de la prole... ¿Cómo te atreviste? —le reprochó con rabia.

—No era mi guerra —gimoteó entre dientes—. ¡Suéltame!

—No encajas la derrota, ¿verdad? —tiró de ella y la empujó contra la pared del despacho, la arrancó la falda, la giró frente a él y la desgarró la parte de arriba—. ¿Esto es lo que quieres? ¿Ya no te llenan tus chicos? O es que no puedes —la cogió por el cuello y pegó su boca a su oreja— vivir sin mí...

—¿Qué haces?

La obligó a ponerse de rodillas y sujetándola por la nuca hundió la cabeza contra la alfombra.

—Esta es tu condición —le espetó—. Una sumisa podre y despechada que no admite que estén por encima de ella... ¿Te sientes mejor?

—¡Dominic! —intentó librarse de él pero apenas podía moverse. Notó un golpe en la nalga y tuvo que poner las manos en el suelo para no caerse.

—A cuatro patas, como una vulgar zorra, pero esta vez sin clase Romina, tú no tienes la clase que crees —se inclinó más hacia ella de cuclillas y le pegó más la cara en la alfombra— y lo peor de todo es que no eres capaz de pedir perdón.

—¡Eres un maldito hijo de puta!

—Y no tienes ni idea hasta qué punto lo soy —se rió, la apartó el pelo de la cara y la besó en la sien—. Y ahora, quiero oírlo, Romina: soy una puta despechada y no merezco una mierda...

—¡No pienso decir eso, maldito hijo de...!

Un golpe feroz la atravesó la nalga y clavó las uñas en el suelo. Dominic negó con la cabeza.

—Soy... —le repitió— una puta despechada y no merezco una mierda.

—¡Qué te den, Romano!

De improviso, la arrastró por la alfombra por el pelo y tiró de ella dejándola de nuevo en la misma posición.

—Voy a decírtelo una vez más y te juro por mi madre, que como no escuche lo que te estoy diciendo, te saco al pasillo así.

—¡No te atreverás!

—Oh, sí... nena —le dijo pasando la mano por su nalga—. Claro que sí...

Romina abrió los ojos y pestañeó nerviosa.

—Vamos —dijo—. Quiero oírtelo decir.

—Soy una puta despechada y no merezco —sollozó—. ¡Una mierda!

Se revolvió rabiada pero él la sujetaba con fuerza la cara en el suelo. Tenía el culo en pompa, la cara aplastada y el pecho rozando la alfombra. Pataleó varias veces pero Dominic no tenía intención de soltarla. Tiró de su pelo y la levantó haciéndola gritar de dolor.

—¡Dios, no! —jadeó.

La miró sujetándola por el cuello y pasó la nariz por sus labios, la besó en los labios y al apartarse se rió.

—Espero verte en mi boda... Vístete con un poquito más de clase, así podrás pasar por una de nuestras mujeres... Zorra, con mayúscula claro —dijo.

—Maldito seas Romano —dijo llorando—. Tú y toda tu prole...

Se arregló la camisa como pudo y apretó el chaleco, se colocó la falda de nuevo y se limpió las lágrimas. Se disponía a salir cuando Dominic la paró en seco.

—Y disfruta de Quimera ese día. Es el último que pisaras esa casa.

—No puedes hacer eso... —su cara se desencajó repentinamente y puso gesto lastimero—. No... No puedes hacerme eso Dominic —sollozó. Se aferró a su camisa pero Dominic la soltó.

—Sal de mi despacho, Romina.

—Dominic te lo suplico no me hagas eso, te pido por favor que...

—Fuera.

—Dominic por favor... —le cogió la cara con ambas manos y apoyó su frente en la de él—. Perdóname te lo suplico, no podía soportar que la prefirieras. No puedes vetarme en Quimera, es lo único que tengo.

La besó en la boca, lamió su lengua y mordisqueó el labio inferior.

—Yo te hubiera ayudado siempre que me lo hubieras pedido Romina... —dijo, besó su mejilla, luego la otra y volvió a besarla en los labios—. Mi chica rebelde... —pasó la lengua por sus labios y la rozó la nariz con la suya.

—Lo sé —susurró dejándose querer—. Lo siento, lo siento tanto...

La abrazó con fuerza, besó su cabeza y apretó su cuerpo contra él. Miró al frente y arrugó la nariz con odio.

—Sal de mi despacho, Romina —dijo con firmeza—. Ahora...

Se apartó de ella y se dio la vuelta. Romina temblaba de la angustia, se limpió las lágrimas y se colocó la ropa otra vez, tras esto, abrió la puerta y desapareció por el pasillo.

Dominic se quedó durante minutos mirando por la ventana. Se giró y apretó el botón del telefonillo.

—¿Señor? ¿Qué desea? —la voz de su secretaria rompió el silencio.

—Póngame con mi mujer —dijo—. Es urgente.

—Señor, que raro me suena —se oyó a la afable secretaria. Al no recibir contestación, carraspeó nerviosa—. Sí, Señor, ahora mismo —una pausa y volvió a hablar—. Señor, le paso.

—Gracias.

—¿Sí?

—Princesa. Coge un taxi y ven al despacho.

—¿Pasó algo? —la voz de Samara se tornó preocupada.

—¿Tendría que pasar algo para disponer de ti?

—No, claro que no —una pausa—. Está bien, ahora voy.

—Te espero.

Tras decir esto, colgó. Se frotó la cabeza y se asomó a la cristalera. Media hora más tarde, mientras tomaba una infusión apoyado en la ventana la vio descender del taxi y atravesar la calle corriendo. No tardó en sentir los golpecitos discretos de sus nudillos en la puerta y su cara asomó por la puerta.

—Pasa cariño —dijo levantando el brazo y haciendo un gesto con los dedos—. Hoy tengo para todas.

—¿Cómo?

—Siéntate —se apoyó en el borde de la mesa y la miró desde arriba—.

¿Todo bien?

—Sí —contestó—. ¿Qué ocurre?

Se cruzó de brazos y la observó.

—¿Tienes algo que preguntarme o contarme?

Samara frunció el ceño y lo miró desorientada. Negó con la cabeza. Por segundos pensó que era imposible que se hubiera dado cuenta de lo del despacho.

—No... No entiendo tu pregunta. No.

—Bien. Era una mera pregunta. Sin más. Quítate la ropa.

—¿Aquí?

—No, baja abajo y en la acera... —suspiró—. Claro. Aquí.

Se levantó, corrió las cortinas muy despacio y giró la llave de la puerta.

—Samara, no llevo un buen día. Obedéceme.

Se levantó de la silla y se desprendió de la camisa, la falda y la ropa interior. Se quedó de pie con sus zapatos de tacón y la mirada fija en él.

—De rodillas.

—Dominic, creo que...

La miró con ferocidad y obedeció. La tenía a dos centímetros y la miraba desde arriba con las manos en la cintura.

—Igual en esta postura te llevan mejor los recuerdos —se encogió de hombros y miró al techo—. Una vez más... ¿Tienes algo que preguntarme o contarme, princesa?

—Te he dicho que no —salió de su garganta como un rayo sin pensarlo—. Quiero decir que no.

—Vale —dijo. Se acercó al escritorio y sacó una hoja y un bolígrafo. Se la tiró en el suelo y la miró—. Escribe.

—¿Cómo?

—Sí, escribe. Apoya las manos en el suelo, el papel y escribe lo que te voy a dictar —se volvió a sentar en el canto de la mesa y cruzando los brazos medito unos segundos—. No volveré a mentir a mi marido y a revolverle los papeles de la mesa.

Samara levantó la vista con temor y parpadeó varias veces.

—Dominic...

—Cállate y escribe... Ya.

Copió nerviosa la frase y se volvió a situar derecha de rodillas.

—Quinientas veces.

—¿Cómo?

—Quinientas —suspiró—. Qué paciencia, por favor... Quinientas veces —repitió con serenidad.

Apretó el botón del telefonillo.

—¿Señor? —la voz femenina volvió a emerger.

—Que nadie me moleste ahora. Por favor, estaré reunido durante un buen rato.

La secretaria asintió y colgó al momento.

—De acuerdo, Señor.

—Vamos, Samara, no tengo toda la tarde.
Se sentó en un sillón y siguió trabajando.

48. Primer contacto

Y lo que tiene que ser será...

* * *

Se vistió como era habitual en ella, una falda larga estilo enagua de color oscuro con pequeños detalles plateados en los bordes inferiores, una camiseta ajustada al pecho y dos preciosos brazaletes en los brazos. El Lusinda estaba prácticamente vacío salvo por dos parejas que comían al fondo del local. Era martes, durante la semana, raro era ver el trajín habitual de la semana. El camarero la recibió con un aire algo pelotesco y la dirigió a la mesa reservada. Darío ya había llegado y observaba la calle a través de la ventana. Al verla, se levantó y la movió la silla para que se sentara.

—Muy cortés —dijo Catinca—. Eso no ha cambiado en ti.

Darío la sonrió y volvió a sentarse.

—Gracias por venir. Me alegra que estés aquí.

Estaba incomoda y algo desorientada. La servilleta se enroscaba pintorescamente dentro de la copa, así que la saco, la deposito sobre la mesa y comenzó a jugar con uno de los extremos ribeteados.

—No tengo claro qué hago aquí —musitó.

—Su, vamos a vernos muy a menudo, no podemos pasarnos los días ignorándonos —cogió la carta que le ofrecía el camarero y la miró—. Sé que pedirte perdón por abandonarte quizá no valga de nada pero ¿vale de algo que estemos así?

—La adolescencia marca la vida Darío. Tú marcaste la mía. Tú, Dominic... —suspiró y bebió un trago de agua.

—Deja el agua y toma un poco de este vino, es blanco y suave —apartó la copa de agua y le sirvió el vino.

—Lo que te quiero decir —continuó ella— es que no vamos a arreglar nada, podría decirte que te perdono. No valdrá de mucho, nada volverá a ser igual.

—Lo sé, pero igual va mejor. No tendría que ir igual o peor —sonrió mirando la copa—. Han pasado diez años, nos separamos siendo unos críos y ahora tú —la miró—. Eres toda una mujer y yo ya no soy un niño —volvió a llenarle la copa.

—Lo pasé tan bien contigo, Darío. Tú me hacías olvidar a Dominic, me hacías compañía en ese maldito castillo de piedra y soledad. Eras cariñoso, bondadoso, desequilibrado y testarudo...

Darío la escuchaba atentamente. El camarero se acercó y pidieron la comida.

—La forma que tenías de enredar a todas las mujeres que te interesaban, cómo bailabas con ellas, cómo jugabas y las manejabas para que hicieran lo que deseabas —rió para sí—. Era una técnica diferente y aun así, igual de peligrosa que cualquiera de las otras.

—Lo pasábamos bien, Su.

Catinca dio otro trago a su copa y comenzó a sentirse mejor. Darío la sirvió una y otra vez vino y aunque sabía que lo hacía para que se soltara en ese momento le dio igual.

—Sí, lo pasamos bien. Yo era una niña embelesada por vosotros. Por ti, por Dominic. Él era el guerrero —soltó una carcajada— serio, oscuro y perverso. Excitante y provocador, frío y a veces déspota pero pasional y tú eras la antítesis, la dulzura, la sensualidad y la delicadeza, eras perversamente manipulador... Os observaba interactuar con las mujeres que os interesaban en un momento puntual y cada uno a su manera tenía una mecánica increíblemente retorcida y yo solo era una niña con unas inmensas ganas de ser parte de vuestra vida, de ser como ellas.

Darío se inclinó en la mesa e hincó los codos sobre ella. Entrecruzó los dedos de las manos y apoyó la barbilla en ellos.

—Eso era justamente lo que no eras... —musitó— a ellas no las queríamos. Nunca lo entendiste. Eras una cría y no sabías que solo te protegíamos.

Catinca bebió un tragó y sonrió.

—Hasta que te acostaste conmigo y perdiste la cabeza, ¿no? —se entristeció—. Yo no buscaba protección, Darío, buscaba que me amaran.

—Touche —se rió pero al momento su gesto se ensombreció—. Te veía bailar en mitad del salón principal de La Baraka y el resto carecía de importancia para mí. Girabas con esos vestidos pomposos, tus lazos y tus zapatos de charol bajo la música y eras como una princesita. Levantabas los brazos, mirabas al techo y dabas vueltas y vueltas una y otra vez. Y yo solo pensaba: vamos, Darío, cómo puedes ser tan monstruoso, muriéndote de ganas por devorarla, es una niña y no puedes apartar la vista de ella. Eres un enfermo... cada vez me resultaba más difícil y realmente —dijo— cada vez que te metías en mi cama y te pegabas a mí como una lapa creía que me iba a dar algo. Y sí, al final conseguiste lo que deseabas, ser como ellas...

Catinca se quedó estupefacta y lo miró fijamente a los ojos. La sonreía delicadamente, era como si la estuviera diciendo, estoy cansado, no puedo más. Tú ganas, será como tú quieras.

—No me mires así, Su —dijo al fin—. La noche que me fui sin ti, se me cayó el mundo encima, aquellas mujeres no significaban nada para mí si tú no estabas. Me faltabas tú, bailando, tú observando con aquellos ojos curiosos todo lo que pasaba alrededor.

—Eso no me lo dijiste nunca.

—¡Claro! No me dio tiempo, saltaste como una tigresa despechada encima de mí. Me empujaste, lloraste, te sentías traicionada y yo solo regresaba para estar contigo... Me pasé la noche dando vueltas como un alma en pena intentando comprender por qué no podía disfrutar de la misma forma si me faltaba mi pequeña Su. Me dijiste cosas horribles, Catinca —frunció el ceño—. Me hiciste daño, me destrozaste moralmente y no soporté ese dolor.

—Y fui como ellas —apartó el plato sin apenas probar bocado.

—Te enseñé qué significaban para mí las demás.

La cogió la mano y se la besó. Catinca lo observó inmóvil y comenzó a ponerse nerviosa. Al momento se apartó de ella y carraspeó. Se llevó a la

boca un trozo de pan y sonrió.

—¿Eres feliz con Carlo? —le preguntó de improviso.

—¿Cómo? No, no estoy con Carlo yo...

—Perdona, igual no hice bien la pregunta. Quería decir, si eres feliz con lo que Carlo te da.

Meneó la cabeza con desdén y comió.

—Me lo paso bien de vez en cuando... Son juegos —bebió. Estaba nerviosa y no entendía por qué—. Solo eso.

—Lo entiendo.

Se quedó pensativo mirándola unos segundos y luego volvió en sí y sonrió.

—Vamos, come, Su. Apenas has probado bocado.

—¿Y tú, Darío? ¿Qué buscas en Samara, qué te traes entre manos con Dominic?

—Samara es la mujer de Dominic, Su, juego con ella, del mismo modo que juegas tú con Carlo... —la miró fijamente y esbozó una mueca similar a una risa.

—Vale —dijo algo irritada—. ¿Y qué se supone que quieres de mí? ¿Mi perdón?

—Tu amistad, Su. Necesito partir de un punto neutral contigo. He vuelto a casa, te he pedido perdón por el daño que te hice y me he apartado del mundo que me llevó a la oscuridad más absoluta. Solo quiero —la miró apasionadamente y sonrió— volver a verte bailar.

49. Digna

Así, contenida, hermosa y desbordada, te quiero.

* * *

La levantó del suelo y le peinó la melena. Tocó sus pechos, estaba enrabiada y del mismo modo estaba preciosa con aquel gesto de odio y las mandíbulas apretadas marcando más, si cabe, sus pómulos. Ira, esa era la palabra, llena de ira por todo, la situación, el hacer lo que la decía y no por qué temiera su enfado, más bien porque sabía que era capaz de sacarla al pasillo en aquella guisa sin importarle que dijeran todos. Era el dueño, quizá estaban acostumbrados a sus excentricidades y si no fuera así callarían de igual modo.

—Olvídate de los papeles que firmaste y mírame, Samara —la sentó sobre la mesa y se colocó entre sus piernas. Cogió su cara y la centró la vista en él—. Mírame. Nadie te va a obligar a nada que no quieras hacer princesa.

—¿Y para qué firmo todo eso?

—Estoy seguro que jamás necesitaré usarlo contigo. Son meros papeles que de nada vale si mañana decides irte de mi lado.

—¿Para qué?

—Todos nos amamos hasta que dejamos de hacerlo. Pon el ejemplo de mi hermana, imagínate que se hubiera enamorado de un tipo que gastase su dinero y se metiera en los negocios de su padre. Imagínate por un momento esa situación. ¿Cómo protegerlo todo? De esta forma. Nunca usas ese tipo de papeles hasta que un día necesitas acogerte a algo para salir de un problema o

un error ajeno. Ni siquiera tiene que ser el tuyo, puede ser el de tus hijos, tus familiares...

Samara lo miró desconcertada. Dominic tenía la capacidad de manipular hasta la catástrofe más horrible y convertirla en una bendición. Se rió al darse cuenta de aquel detalle y negó con la cabeza dándose por vencida. Era imposible continuar aquella conversación, de nada la valdría con él.

—Eres el mejor en tu trabajo por algo, Dominic. ¿No es así? —rió—. Me gustaría vestirme y leer las páginas que faltan de ese contrato, aunque realmente, en el fondo, me da igual.

—Todo a su tiempo.

—Te dije que no te lo pondría fácil —lo miró de medio lado y frunció el ceño.

—Lo recuerdo.

—No lo olvides —dijo, digna.

Sonrió y la observó confuso durante unos momentos. Había apoyado las palmas de las manos en la mesa y zarandeaba las piernas con aquellos tacones inmensos de un lado a otro. Dejó caer uno de sus zapatos y apoyó los dedos de los pies en su entrepierna.

—Ahora no quiero pensar. Estoy enfadada y ofuscada. No me serviría de nada enfrentarme a ti...

—Veo que usas la astucia. Buena técnica.

—Me duele la muñeca de tanto escribir e incluso la cabeza de dar vueltas a lo que no tiene sentido. De momento.

—¿Me amenazas? —se aproximó a ella y se colocó entre sus piernas.

—Te aviso.

Dominic abrió los ojos y se apoyó en la mesa quedando a un palmo de su cara, entrecerró los ojos como si estuviera analizando sus pensamientos y luego embozó una sonrisa burlona.

—Entiendo. Me avisas —repitió él—. Qué detalle por tu parte —respiró profundamente—. Qué paciencia... —Le dio un golpecito en la pierna para que las separara—. Levanta el culo, me vas a poner perdidos los papeles.

Lo miró y le profirió un gesto despectivo.

—¿Eso lo pone en el contrato también?

—No te pases de graciosa, Samara, que llevo un día cargadito.

Se inclinó hacia ella y la besó en los labios. Volvió a mirarla e inclinó la cabeza.

—Igual te apetece copiar otras quinientas veces «no daré por el culo a mi marido en el trabajo» —miró el reloj—. Yo tengo tiempo todavía antes del juicio —se apartó de ella y se dio la vuelta—. Vístete.

—Qué detalle también por tu parte —bajó de la mesa y se inclinó a coger la ropa—. Amable... —susurró.

Dominic se dio la vuelta y la miró con ferocidad.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—Muy bien, cariño.

Samara dio un paso atrás y lo miró.

—No puedes, no puedes hacer nada, estás en la oficina. Te pueden...

La agarró por el brazo, la arrastró al sofá y la tumbó boca abajo sobre sus rodillas.

—¿Qué haces? ¡Dominic! —pataleó pero la sujetaba por la cintura y no podía moverse ni zafarse de él.

—Mira que tengo un juicio importante y, aun así, vaya mañanita.

—¿Qué haces? —en su vida se había visto en tal tesitura—. ¡No!

—Si te comportas como una niña, habrá que tratarte como tal.

Abrió la mano y le dio el primer cachete en el culo. La fuerza del impacto la hizo gritar.

—Puedes gritar lo que té de la gana, las mamparas están insonorizadas.

Otro golpe seco y después otro. Samara no dejaba de patalear pero de nada le valía.

—Dominic, para, por favor —jadeó.

Siguió azotándola consecutivamente durante varios minutos hasta que las marcas rosáceas de las nalgas le indicaron que era suficiente.

—¿Más tranquila? —preguntó—. ¿O seguimos?

La sentó en sus rodillas mirando hacia él y la apretó con fuerza entre los brazos.

—Escúchame bien... —dijo con rabia—. Ten un poco de fe en mí —pegó los labios a su oreja—. Olvídate de esos malditos papeles, esos malditos formalismos que todos en algún momento tenemos que hacer. ¿No te das

cuenta de que mis negocios dependen de gente, clientes recelosos de sus posesiones? ¿No te das cuenta que Quimera es un enjambre de pequeños conductos que se comunican entre sí? Todos alimentamos nuestras empresas a través de nuestros contactos, Samara, todos cuidan sus patrimonios, hay pactos morales...

—¡No es justo! ¡Es machista y mezquino!

—Shh... Ten... un poco de fe —le repitió—. ¿Recuerdas lo que te dije una vez de la balanza? Si pesa más por un lado que por otro se desestabiliza... Siempre compensaré tu sufrimiento, cariño mío...

Sollozó y lo miró pensativa.

—Tengo algo preparado para ti. Ten paciencia... y olvídate de esos papeles.

—¿Algo preparado para mí?

—Será tu regalo de boda. Ten un poco de fe, princesa...

50. Quiero saber de ti

El respeto por lo de uno jamás se altera, aunque esa posesión todavía no lo sepa.

* * *

—Mi intención era verte a solas, te has adelantado, amigo —Carlo le sirvió una copa y le ofreció un cigarrillo.

—Gracias, acabo de comer con Catinca en el Lusinda, he conducido una hora y media y pensé en pasar a verte.

Se sentó en el sofá y observó a Meredith que ordenaba los libros de una de las estanterías del salón. Uno de los perros de Carlo olfateaba su pernera, luego le dirigió una mirada de moloso y se tumbó torpemente en el suelo.

—¿Ha servido de algo?

—Está dispuesta, aunque no lo ha dicho, a aceptarme en la familia —se rió con sarcasmo y dio una calada al cigarro—. No tengo prisa, me da igual, Carlo... Estoy cansado.

—Adoro a la gitana —miró de soslayo a Meredith y la hizo un gesto para que se fuera—, pero no estoy enamorado de ella. Es terca, encarada y osada. Disfruta con los juegos pero teme terriblemente que estos se prolonguen como algo habitual. Le cuesta aceptar que la dominen, es como un animal salvaje y eso vuelve loco a cualquier cuerdo.

—Me vuelvo loco solo de pensar en cómo es ahora... cómo se moverá... cómo pedirá más, sus susurros, sus jadeos —hizo una pausa y suspiró—.

Incluso cómo suplica o cómo llora o se compadece de sí misma. Tengo un vago recuerdo de cuando era una niña en ese aspecto y no dejo de pensarlo desde hace años.

Carlo lo miró con cara de susto y se frotó la entepierna.

—Me la estas poniendo dura.

Darío puso gesto de desagrado y bebió un trago de su copa. Tenía la mirada perdida y fumaba muy despacio.

—¿Cómo va la boda?

—Roberto está contratando las tres carpas, se cerrará la parte de atrás de la finca.

—¿Tres?

—Sí, una central donde se hará la boda, y dos unidas por pasillos. Una para las mesas y otra para el salón de pensar —se rió—, como digo yo, sofás unas pantallitas de plasma ancladas o suspendidas al techo y una música relajante, hay mucho anciano, no sea que tanta fiesta les mate de un infarto. Luego la de la boda será otra zona de música, es la idea, pero poco puedo decirte, eso lo lleva Roberto.

—Entiendo.

—Mateo está reservando los hoteles más cercanos. Son casi trescientas personas, el pueblo va a arder. Entre clientes, amigos y compromisos...

—¿Os puedo ayudar en algo?

—Céntrate en Cati, lo demás es cosa nuestra, ya tendrás tiempo de organizar la tuya.

—No me jodas, anda —le dijo ofuscado.

Carlo lo miró de reojo y bebió un trago.

—Lo importante es cerrar la finca donde este la fiesta. Ten en cuenta que habrá mucho empresario y alguno incluso puede llevar pegado al culo algún fotógrafo o periodista sin saberlo. No queremos que alguno se desmadre y salgamos en los telediarios al día siguiente con la frase «así va el país» —se rió de pronto y suspiró—. Ay... En fin, la cuestión ahora es, que ese pueblo va a llenarse de excéntricos durante una semana y sus vírgenes corren peligro.

—¡Ah, Carlo! —Darío rió—. Estás chiflado.

Carlo se levantó del sofá y se sentó a su lado, le pasó el brazo por los

hombros y lo besó en la frente.

—Anímate, Darío. Se te nota agotado psicológicamente.

—La finca me trajo demasiados recuerdos, buenos y malos. Ambos desconcertantes.

—Antón se sorprendió de tu vuelta. Supongo que sabía que algún día tenía que llegar sin embargo está muy feliz.

—Supongo que sí —musitó levantando los hombros.

Carlo le apretó con el brazo hacia él y le besó en la mejilla.

—Hermanito... —susurró—. Y no te olvides de mí... cuando sea tuya...

Darío se rió y negó con la cabeza. Bebió de su copa y miró al techo.

—No tienes remedio —contestó.

51. Que dios se apiade de mi alma

Y las dos sois mi vida. Mi miedo, mi único temor radica en vosotras.

* * *

Llamó a la puerta muy tarde. Luis asomó la cabeza y quedó sorprendido.

—Necesito ver a Dominic —musitó.

—¡Cati! —abrió la puerta rápidamente. Hacía mucho frío y comenzaba a lloviznar—. Por Dios, ¿qué haces aquí?

—He venido en taxi. ¿Darío?

—No lo sé, debió liarse en su casa con las obras o colocando cosas, aún no ha vuelto.

—¿Qué pasa?

Dominic bajó las escaleras y se sorprendió al verla en el salón. Tenía un gesto de agotamiento poco habitual en ella, el pelo revuelto y mojado por la lluvia y un aire algo salvaje y desaliñado.

—Tengo que hablar contigo —comenzó a llorar desconsoladamente—, un momento solo —sollozó.

La abrazó y la meció suavemente.

—Catinca, será mejor que te des un baño y te quedes aquí esta noche.

Samara también bajo al salón y se sorprendió al verla en casa. Puso gesto de extrañeza, miró a su hermano y este se encogió de hombros. Catinca no dejaba de llorar aferrada a Dominic, la imagen era bastante sorprendente,

nunca había demostrado un talante excesivamente cariñoso con ella y en ese momento era todo lo contrario. Miró a Samara y luego a Luis algo confundido y se sentó con su hermana en el sofá.

—Voy a prepararte algo de comer, Cati —dijo Samara—, y a buscarte algo de ropa, esta que traes está empapada.

—Voy contigo —dijo Luis con prudencia.

La cogió por la cara y se la llevó a su pecho.

—¿Qué pasa, Cati?

—Estoy hecha un lío, Dominic —susurró—. ¡Un lío! Me duele la cabeza, se me cae la finca encima allí con mi padre, enloquecido con tu boda y me siento sola y desorientada más que nunca —comenzó a llorar de nuevo.

—Bueno, pues te vienes a casa, o a la de Carlo o a la de Roberto. ¿Qué problema hay? También está Mateo.

—Siempre de acogida —gimoteó haciendo un puchero—, como la hermana idiota de todos.

Dominic soltó una carcajada.

—¡Oh, vamos, nena! —la zarandéó—. No digas tonterías.

—Vas a ser un novio muy guapo y elegante y yo estaré ¡horrible!

Volvió a reírse y la apretó contra su pecho con más fuerza.

—Tu problema es Darío. ¿Me equivoco?

—No dejo de darle vueltas al asunto Dominic, su vuelta me desconcierta, creí que la razón sería tu boda, tus favores o incluso Samara pero ahora no tengo nada claro —se limpió la nariz con la mano y metió la cabeza por su cuello—. Sus ademanes, su dulzura otra vez. Me hizo mucho daño. ¡Y lo había olvidado por completo! Y ahora... —cerró el puño con crispación— vuelve y me recuerda todo de nuevo y no sé qué hacer, ni qué decir...

—Calma, Catinca.

—¿Sabes que comimos juntos hoy?

—No sabía nada, no.

—Dejé que me explicara, quería abofetearle la cara cuando escuchara sus tonterías. Estaba segura de que serían verdaderas tonterías pero luego me contó su historia. ¡Maldita sea! No sé qué pensar.

—Que todos tenemos un poco de culpa en lo que paso, Cati —musitó él— y que ahora debes dejar que pase el tiempo, dale un voto de confianza y

deja que las cosas sigan su curso.

—Es tan odiosamente dulce, Dominic, y tengo esa extraña sensación de que manipula, que manipula la realidad —suspiró—, pero luego lo escuchas, lo miras y ese odio que siento, esa rabia por haberme dejado sola y lo que hizo... ¡Se va! ¡Y no quiero!

Samara apareció con una bandeja, un plato con comida, algo de fruta y unos yogures.

—Estas a la defensiva con algo que paso hace diez años, Catinca —le acercó la bandeja y se la puso sobre las rodillas—. Come.

—Lo peor de todo —dijo llenando la boca de pan— es que me resulta horriblemente difícil odiarlo y por el contrario...

—Te mueres de ganas por qué te abrace —Samara se quedó ida y pestañeó.

Dominic la miró de reojo y volvió a fijar la vista en su hermana.

—Sí, bueno. ¡No! Solo que me gustaría abofetearlo y me es imposible...

Cenó aferrada a Dominic y luego se dio un baño. Samara la dejó un bonito camisón de seda. Estaba rendida y no tardó en quedarse dormida profundamente mientras la acariciaba el pelo. Tiempo atrás, cuando ella se había refugiado en Quimera, Catinca no la había dejado sola, ahora era ella la que estaba perdida y confundida, pasaba quizá por un dilema emocional similar al suyo por aquel entonces.

* * *

Darío regreso de madrugada. Entró en penumbra y dejó la chaqueta en el perchero de pie detrás de la puerta. Vio luz a través de la puerta del despacho de Dominic y entró.

—Trabajas demasiado, Dominic.

—Te esperaba —se levantó estirándose y se peinó—. Mi hermana está en casa, duerme arriba.

—¿Disculpa? —preguntó desconcertado.

—No —le aferró por el brazo y lo miró con dulzura—. Calma, deja que descanse, solo está desorientada y enfadada consigo misma pero todo marcha

bien, Darío.

Apoyó la mano en la barandilla de madera y subió.

—Voy a acostarme, estoy agotado y mi casa parece el circo del sol. Mañana pensaré con más claridad.

Entró en la habitación ofuscado, se desnudó y se metió en la cama. No dejaba de darle vueltas a la situación. Sin embargo estaba agotado, la casa estaba desordenada, los obreros habían manchado las muñecas de la habitación de abajo con pintura y ahora tendría que arreglar el desaguisado. Era tan ordenado que le resultaba despiadada esa falta de organización. Se empezó a quedar dormido pensando en si restaurar primero los muebles nuevos o arreglar las muñecas que habían manchado. Pensó en Cati segundos antes de quedarse dormido.

Debía haber dormido una hora cuando algo lo despertó. Abrió los ojos torpemente y se llevó la mano al pecho. Catinca estaba de pie delante de la cama y lo observaba minuciosamente mientras dormía. Era como la Virgen María con aquel camión blanco, es más, por momentos dudó si estaba despierta o tenía un episodio de sonambulismo. Se frotó los ojos y sintió que el corazón se le estabilizaba.

—Me has asustado, Su —dijo.

—No podía dormir.

La imagen de años atrás le vino de golpe al cerebro y se inclinó hacia adelante sentado en la cama asegurándose de si estaba o no dormida.

—¿Estas dormida?

—No soy sonámbula Darío —dijo ofendida—. Es que no puedo dormir. ¿Puedo?

No supo que contestar. Meneó la cabeza a lo tonto y se apartó a un lado de la cama.

—Claro... Es, es grande la cama me apartaré y así podrás dormir a gusto —se trabó y se sintió un poco estúpido.

Catinca se coló bajo las sábanas y lo miró de reojo. Darío estaba descolocado, la situación repentina lo pilló de improviso y no sabía muy bien cómo reaccionar. La arropó con cuidado de no tocarla y apagó la luz. Se quedó mirando al techo con la extraña sensación de que si la tocaba, o como mínimo la rozaba, saldría despavorida.

—Darío —se giró hacia él y sus ojos brillaron en la oscuridad como dos focos.

—Dime, Su —tenía tantas ganas de abrazarla que le iba a estallar el pecho en cualquier momento.

—¿Te volverás a ir?

—No, Su —contestó sin desviar la vista de la lámpara suspendida.

Sintió que se deslizaba por las sábanas y notó su brazo enrollarse en el suyo, luego una pierna se encaramó en su cintura y le provocó una especie de descarga eléctrica por todo el cuerpo. Su cabeza se apoyó en su pecho y notó el calor de su aliento en la piel.

—Estoy muy cansada...

Pasó la mano por su frente y la acarició el pelo. Pegó la nariz a los mechones y aspiró su perfume. En ese momento sintió el deseo irrefrenable de saltar sobre ella. Era incómodo, si se giraba estaba perdido, si se mantenía boca arriba no tardaría en darse cuenta del espectáculo. Dobló la rodilla para disimular su excitación, la erección era descomunal y ella mantenía la pierna a pocos centímetros de su miembro. Durante segundos deseo rezar, deseo suplicar que si llegaba el momento se pudiera controlar con ella. ¡Hacía tanto tiempo que no se abrazaba a una mujer por miedo a hacerla daño! Pensó que quizá hubiera sido mejor haber quemado sus ansias en La Baraka, aquellas mujeres hubieran soportado cualquier cosa a cambio de un puñado de billetes. Luego recordó a la joven del hotel, en el fondo solo la había atormentado un poco, asustado si cabe para luego dejarla ir.

—¿Qué piensas?

—Nada.

Quería morir. ¿Acaso no era consciente de lo que le estaba haciendo pasar? Notó como el peso de su cabeza comenzaba a hacerse más intenso y se quedaba dormida. Giró la cabeza y contempló uno de sus pechos asomar levemente por el contorno del camisón, el pezón sobresalía enredado en sus mechones y no lo soportó. Rozó con los dedos el fino camisón y acarició el sonrosado caramelo sintiendo la fina piel en las yemas. Estaba totalmente dormida y lo estaba martirizando sin piedad. Deseaba apretarlo entre sus dedos, presionar con fuerza aquella belleza diminuta hasta sentir el temblor de su cuerpo bajo sus dedos. ¡Ah, qué placer más exquisito! Era tan

maravillosa y tan mujer. Deslizó el dedo por su pecho y el camisón de raso cayó suavemente hasta descubrir totalmente el seno, redondo, suave y cálido. Él no recordaba que fuera así. Lógico, por aquel entonces tenía catorce años, sus pechos aún no estaban desarrollados del todo y sus curvas no eran más que leves proyectos de lo que ahora era. ¿Y esa cadera? Deslizó la mano por su contorno y Catinca se movió inconscientemente, el camisón apenas la tapaba el final del culo y al alzar la pierna se le veía la nalga. Inmensa pierna, si pudiera arrancarla el camisón, la observaría durante horas mientras mordisqueaba suavemente sus pezones hasta hacerla gritar de dolor.

—Oh, Señor —susurró agobiado.

Usar por breves momentos la mujer de otro, como algo que disfrutas para luego entregarlo a su dueño era sencillo. Pero aquello, ¿cómo hacerlo? ¿Cómo no parecer un degenerado o un monstruo si al final su intención era hacerla suya para el resto de sus días?

Acercó la cara a sus labios y abrió levemente la boca. Cerró los ojos y deseó besarla con todas sus fuerzas sin embargo no lo hizo. Inclino la cabeza hacia adelante y volvió a rozar su pezón imaginando por momentos que salía de su mormera y le suplicaba ansiosa que acabara de una vez con el deseo que lo corrompía y martirizaba.

—Darío... —apenas fue un susurro pero dijo su nombre—, y yo a ti...

No lo soportó. Lo sabía, estaba profundamente dormida pero iba a sufrir un infarto. Se giró y la besó con intensidad. Pegó con fuerza sus labios a ella y la besó sintiendo que el pecho le iba a estallar en mil pedazos.

Catinca abrió los ojos como platos y apartó la cabeza asustada.

—No lo soporto... No me pidas que pare porque no lo voy a hacer —sollozó angustiada y sin soltar su cara.

Lo miró con los ojos muy abiertos y el pelo desparramado por todos los lados. Pestañeó confusa varias veces y él volvió a besarla una vez más.

—Si vas a darme una bofetada hazlo ya o saltaré sobre ti.

Catinca no abrió la boca. Se quedó desconcertada, miró a derecha e izquierda y no se movió. Otra vez volvió a besarla pero esta vez metió la lengua en su boca y mordisqueó su labio inferior. Ella dejó la boca entre abierta, sus labios carnosos se humedecieron sutilmente al pasar la lengua por ellos inocentemente. Estaba perdida, por un momento pudo ver aquella

mirada infantil y desconcertante que tenía cuando algo no acababa de entenderlo. Darío deslizó la mano muy despacio por su cadera sin dejar de mirarla, dudaba de la posibilidad de que saltará sobre él con un ataque de histeria, lo miraba desconcertada, asustada, como si analizara que sentía cada vez que la tocaba y no entendiera que pasaba. Levantó su camión y acarició sus piernas, su sexo emergió en la penumbra y se deslizó para besarlo. Ella estaba totalmente ida, era como una especie de loca con la mirada perdida y el pecho acelerado. Mordisqueó sus muslos y lamió la entrada de su sexo. Besó su vientre, olió sus pechos, sintió el deseo irrefrenable de volver a pellizcarlos pero se contuvo. Catinca seguía con la mirada perdida y el corazón a cien por hora.

—Por favor, dime que pare, Su...

Lo miró fijamente y le acarició el pecho. Estaba sobre ella y lo miraba ahora curiosa como si acabara de conocerlo. Pasó los dedos por sus brazos, rozó con las yemas sus labios y acarició su pelo cuidadosamente.

—¡Catinca!

—Fóllame, Darío...

—Por favor —ahora era él el que estaba a punto de salir corriendo de allí.

—Acaba de una vez con esto... úsame... no me importa de qué manera, no me importa de qué forma lo hagas pero hazlo ya... No lo soporto...

Agarró sus mejillas con una mano y la besó con ferocidad. Su miembro rozaba la entrada de su sexo y se mojaba con aquellos sutiles jugos que le volvían loco. Enroscó las piernas en su cadera y le arrastró hacia ella repentinamente.

—Y mañana si te vas me da igual...

—No me voy a ir, Su.

—Fóllame —repitió ansiosa—, sin compasión... Ya no soy una niña... Ahora ya no tengo miedo... —lamió su boca— y tú tampoco...

—Que dios se apiade de mi alma... —dijo antes de abalanzarse sobre ella.

52. Preparativos

No tienes ni idea de lo que estás a punto de vivir.

* * *

La semana que llegaba iba a ser terrible. Carlo había llamado a Dominic a primera hora de la mañana y le había informado que ya empezaban a llegar al pueblo gente de fuera del país. Roberto ya se había trasladado con sus dos chicas a la finca y organizaba el montaje de las carpas mientras Mateo por su parte controlaba que no faltara ninguna habitación para ninguno de los invitados. Samara debía ir a la modista. El miércoles ya se había trasladado todos a la finca. Yelina, Xiamara y Meredit absorbieron a Samara nada más entrar por la puerta. Se la llevarían a la ciudad y pasarían varios días terminando de escoger todo lo que necesitaba. Sara, por su parte, ya tenía su precioso vestido de raso con un bonito cinturón del mismo tejido que iba ceñido a su cintura de avispa en color azul celeste. Ella sería la encargada de llevar los anillos sobre un pequeño cojín de terciopelo y no hacía más que pasear en línea recta con aquel diminuto trozo de tela nerviosa por tropezar y perder las alianzas. A Luis le resultaba gracioso verla, con gesto concentrado, se colocaba un libro en la cabeza y caminaba digna por el salón mientras Antón reía y fumaba su puro. El que peor lo llevaba era Dominic, tropezaba una y otra vez con los empleados de Roberto y aquel follón le resultaba demasiado ostentoso y exagerado. Luis le repetía que era por Antón, que sería un día especial y que debía tener paciencia y soportar la algarabía, él

metía las manos en los bolsillos miraba las inmensas telarañas de metal que soportarían las carpas y suspiraba resignado.

El miércoles por la tarde un retén de diez coches aparcó en el centro del pueblo y causaron un revuelo terrorífico. Las terrazas del centro estaban abarrotadas a esa hora. Eran los primeros invitados alojados en el hotel Palas Monfort ya habían quedado para cenar con Antón en el Lusinda. El restaurante entero estaba cerrado a cal y canto, había familias que intentaban comer algo pero el encargado les había pedido disculpas indicándoles que había una reunión de empresarios y el salón de abajo al completo estaba reservado. La gente no estaba acostumbrada a aquel follón. Un grupo de hombres enfundados en trajes había llegado a la entrada principal precedidos por un anciano de pelo cano y perilla grisácea que se apoyaba en un bastón y farfullaba algo en italiano. Antón había salido a la entrada del Lusinda y estrechó la mano al pintoresco anciano.

—Llosa —le zarandeó con humor—. Me alegra teneros en casa. ¿Tu mujer?

—Viene detrás con mis hijas —frunció el ceño y miró la terraza y a la gente que no perdía detalle—. Menudo lío que has montado, Antón. Espero que tus puros y tus vinos sean igual de buenos que hace años, no dejo de pensar en aquel rioja.

—Tendrás el mejor vino, amigo mío.

—Soy demasiado viejo para estos trajines, pero que diantres, todo sea por el vino. ¿Dónde está tu muchacho, Romano? Ese chico hubiera sido perfecto para controlar a mis rebeldes hijas.

—A Dominic no le gustan estos follones. Mi chico es irritable y de costumbres fijas. Le vi marcharse en coche con Darío antes de bajar.

—¿Darío Cross? —preguntó—. ¡Vaya! Ha vuelto el pequeño demonio, el binomio Argas-Antón, es realmente sutil —se rió grotescamente, cerró el puño con humor y lo levantó en el aire—. ¡Que no se pierda la línea de sangre! —rió y miró el reloj—. Maldita sea, ¿dónde se habrán metido mi mujer y mis dos pequeñas víboras?

A las diez de la noche el Lusinda era un hervidero de ricos egocéntricos. La gente del pueblo se apilaba disimuladamente en la terraza para cotillear, Carlo y Roberto llegaron con Mateo y acompañaron en la sobremesa a los

invitados. A las doce Carlo estaba como una cuba y le decía a Mateo lo mucho que lo quería. Mateo lloraba de la risa y Roberto le dirigía miradas inquisitorias intentando que no se pusiera a cantar en cualquier momento, cosa que no consiguió. Un muchacho nórdico con los ojos enormes y azules turquesa tarareaba una cancioncilla pegadiza y Carlo no tardó en poner cara de circunstancia y entonar a duras penas haciendo de coro.

—Señor... Cualquiera lo mete en la cama ahora.

—Deja que disfrute —le dijo uno de los ancianos más próximos. Un tipo enjuto, de mirada fulminante y dentadura blanca. Tenía las cejas pobladas y las mejillas sonrosadas.

—Vamos a quemar el pueblo —dijo Carlo.

Roberto suspiró y se rascó la cabeza. Mateo no dejaba de reír. Carlo se había puesto de pie pero había vuelto a caer en la silla como un monigote.

—Carlo Armani —dijo una de las mujeres de más edad—. Es la primera vez en veinte años que te veo borracho.

—Es que ya no filtro, me hago mayor. —Sonó algo gangoso pero se entendió—. Si solo tomé dos copitas...

—Y otras dos que te puso Antón sin que lo vieras —musitó otro hombre al final de la mesa.

—Bueno... —suspiró y levantó la copa—. Por nuestras pollas. Que duren mucho...

Una carcajada monumental se oyó en el salón. Los camareros no salían de su asombro.

—¡Amén! —gritó Llosa.

53. Tramando

Te dije un día que podía dártelo todo del mismo modo que podía quitártelo todo.

* * *

Era una pequeña terraza de un pueblecito perdido. Habían parado allí con el coche de vuelta de la ciudad y cenaban algo tranquilamente. Dominic había llamado a Samara, acababan de llegar a la finca y estaban con Sara y Catinca comiendo algo. Estaba muy cansada pero contenta. Le había preguntado varias veces por el supuesto regalo de bodas pero no había conseguido información alguna.

—Increíble —musitó Dominic—. Y cuando te despertaste no estaba, ¿no?

—No —suspiró—. Ha sido un error, no debí dejarla meterse en la cama.

—No digas tonterías. Buscaba compañía, llegó muy afectada a casa. Posiblemente buscaba cariño y ni siquiera se daba cuenta.

—Se cruzó conmigo varias veces en la casa y apenas me ha mirado. Supongo que se ha arrepentido, no fuerzo las cosas, me mantengo a la espera. ¿Estás nervioso?

Dominic se rió.

—En absoluto, estoy irritado. No me gustan estas movidas.

—Sabes que se hace por Antón.

—Está claro que si no fuera por él, en una como esta no me pillan —miró el teléfono, había vibrado— Roberto dice que Carlo está como una cuba y

cantando a grito pelado con los Malbaseda. Los italianos. Mañana agonizará.
Nunca le he visto beber más de una copa.

—¿Tienes ya listo tu regalo de bodas?

—Sí. Hoy lo dejé listo todo —afirmó con malicia.

—La vas a matar de un susto, Dominic.

—Todo sea por el amor de mi vida.

54. Eres tan bonita...

Tenemos corazón aunque a veces nos olvidamos de que está ahí si no fuera por su latido.

* * *

Cuando llegó de madrugada pasó por delante de la puerta de Catinca y estuvo tentado a entrar, al menos para observarla dormir durante un rato. Apoyó la mano en el pomo de la puerta y la apartó de nuevo. Miró al final del pasillo. Era como un túnel sin fin. Su habitación estaba igual que hacía diez años. Su cama de madera de nogal, su escritorio lacado y finamente barnizado con cajones suspendidos y lamparita de polipropileno gris satinado... Se dejó caer en la cama. ¿Dónde estaría la muñeca que compró en Oporto antes de irse de Quimera? La que se parecía a Catinca, la pequeña Su, por eso la llamó así. Debía estar en el armario de la planta de arriba, sí, subiría a su vuelta y la buscaría, peinaría sus tirabuzones y se la regalaría a Catinca, estaba convencido que ella creía que aun la tenía en Quimera. Aquella muñeca le había costado una fortuna pero cuando la vio en el escaparate le recordó tanto a ella que pagó una suma indecente para llevársela. Se levantó y se dio una ducha. Se enroscó la toalla a la cintura y decidió bajar a la cocina a beber algo. La casa estaba totalmente en silencio. El viento soplaba y se oía una especie de siseo en las ventanas.

Abrió la nevera y se sirvió un vaso de agua fría. Dudó unos segundos pero subió arriba de nuevo y abrió la puerta de la habitación de Catinca.

Dormía profundamente aferrada a la almohada. Se sentó con cuidado en el borde de la cama, intentando no despertarla y la acarició el pelo. Era como un ángel cuando dormía, normalmente su expresión era siempre más agresiva, más a la defensiva pero cuando sus facciones se relajaban realmente era como una niña. La besó en la frente y rozó con la punta de la nariz la suya. Se levantó y se dirigió a la puerta.

—No te vayas —le oyó decir torpemente.

Darío tensó las mandíbulas aferrado al pomo de la puerta y cerró los ojos.

—Es lo mejor...

Catinca se incorporó y lo miró desperezándose.

—Ayer apenas té vi... Quítate la toalla, me gustaría ver cómo eres ahora, apenas recuerdo tu cuerpo.

Se quedó paralizado de espaldas a ella. Estaba seguro que no era consciente de lo mucho que lo estaba atormentando. Bajó la cabeza y la meneó lentamente.

—Su... No me hagas esto ahora. No te vengues así de mí.

Ella se puso de rodillas en la cama y se quitó el camisón. Apenas tenía expresión en la cara. ¡Qué risa! Era irónico, nadie tenía ni idea que como era realmente ella en la intimidad. Estiró los brazos en cruz y su pelo se deslizó por delante de sus pechos.

—Ahora puedes verme —dijo ella. Darío se dio la vuelta y levantó la cabeza con dignidad—. Ayer lo deseabas. Yo soy así, nada tengo que ver con lo que recordabas.

—Lo sé —apostilló. La miró fríamente y dio un paso atrás.

—Déjame verte Darío —volvió a pedir, sonrió sin expresión alguna y luego lo miró con tristeza.

—Si sigues por ese camino no podré controlarme como lo hice ayer, Su... Y no quiero hacerte daño...

—No me importa. El único daño que puedes hacerme es dejándome sola otra vez —suspiró y se acarició los pechos—. Lo demás no me importa, Darío.

Avanzó hacia ella con paso firme y se quedó de pie a pocos centímetros de la cama. Su sexo totalmente rasurado era como una fruta deliciosa que solo invitaba a devorarla, observó sus pechos, simétricos y redondos, sus

pezones duros y pequeños. Suspiró.

—Déjame verte, Darío. Concédeme al menos ese capricho. Después puedes hacer conmigo lo que quieras. Estoy cansada, no tengo fuerzas para enfrentarme a vosotros...

Respiró profundamente. Miró al vacío y creyó ver de nuevo la imagen de Melisa detrás de las cortinas. Cerró los ojos. «Desvanécete, ya no necesito tu recuerdo». Se quitó la toalla y tensó los músculos. Ella deslizó la mano por su estómago, rozó suavemente sus nalgas y jugó con la pelvis mientras rozaba sensualmente con las uñas su piel. Subió por su pecho, su sexo inmenso la apuntaba directamente al estómago, acarició sus pezones, sonrió al pellizcarlos y no recibir respuesta por su parte. Sus suaves rizos comenzaban a secar y se enredaban en su frente juguetones, recordó las estatuillas griegas y soltó un leve suspiro. Era lógico, Darío podía enamorar a hombres y mujeres por igual, era perfecto en todos los aspectos, ya no era aquel chico delgado y vivaracho que conoció una vez. Ahora era un hombre. Levantó la cabeza y lo miró. Su pecho subía y bajaba ansioso, nervioso. Era un hombre imponente y, aun así, tenía una expresión de terror en la cara. Rozó con las yemas su miembro y lo acarició lentamente. Darío la aferró la muñeca con fuerza y la miró con rabia.

—Basta Catinca —musitó—. No sé si eres consciente de lo que estás haciendo.

—Te deseo...

—No juegues conmigo —tiró de su brazo y la atrajo hacía sí.

—Tócame como ayer.

—No... creo que sea capaz... —dijo con angustia—. Llegaré un momento en el que no... —sollozó— pueda...

Catinca tiró de él y Darío cayó sobre ella. Le cogió la cara y lo besó con pasión.

—Hazlo, Darío... Hazlo... Enséñame en lo que te has convertido... Quiero verlo todo... Quiero notar tu polla clavada en mis entrañas y saber que estoy viva...

—Basta —intentó apartarse de ella pero Catinca le aferró con fuerza.

—¡Hazlo! —repitió retorciéndose bajo él—. A eso viniste. ¿No es así? Pues hazlo ya... No finjas que te es suficiente lo de ayer, a mí no me

engañas... —se inclinó hacia delante, notaba su miembro entrando despacio dentro y jadeaba ansiosa para que siguiera. Pegó la boca a su oreja—. Darío...

La cogió por el pelo y la besó brutalmente, notó su mano deslizarse por sus pechos y la presión en su pezón la hizo gritar bajo su boca. Su sexo empapado sintió la tensión de su miembro, temblaba nerviosa y el dolor cada vez era más intenso e insoportable. No era capaz de gritar, su boca la tenía presa, sus piernas terriblemente separadas la impedían moverse y sus suaves movimientos pélvicos contrastaban con el dolor que la estaba provocando. Apretó con fuerza su pecho y la mordió la boca con tal fuerza que la hizo sangrar, un fino hilo de sangre brotó de ella y cayó por su mentón casi al mismo tiempo que la daba la vuelta y la embestía por detrás repentinamente. Sujetaba su cuello con una mano, su espalda estaba pegada a su pecho y notaba su mano en otro de sus senos. La cubría e inmovilizaba por completo, su peso era aterrador y sus dedos torturaban su pezón izquierdo ahora y lo hacían latir sin compasión. La ladeó la cara, el pequeño hilo de sangre la daba un aire casi vampírico, observó su mejilla y la acarició con dulzura, sus dedos limpiaron los restos y se los metió en la boca para que los lamiera. Darío abrió lentamente la boca y lamió con obscenidad su cara.

—Su... —le susurró de repente.

—Darío...

—Te haré gritar tantas veces...

Jadeó al notar otra embestida y puso expresión de dolor al notar un pellizco atroz en su pecho.

—No me importa...

—Y nada me detendrá... Ni tus lamentos, ni tus súplicas... Ni tu llanto conmoverá mi corazón —la volvió a lamer la cara y mordisqueó su oreja—. ¿Estás dispuesta a eso?

—No pares, Darío... no soporto esta lentitud... hazlo rápido... ¡Te lo suplico!

Su piel canela. Era maravilloso acariciar cada centímetro de ella mientras temblaba por el dolor. Apenas la sentía sollozar, respiraba convulsivamente como si en cualquier momento se la terminara el aire. Su sexo estaba empapado, Darío se mantenía inmóvil dentro de ella y observaba su vientre

subir y bajar, besaba su sien y se enredaba en sus mechones de cabello mientras intentaba mantener la calma.

—No pares, Darío... Te lo suplico...

—¿Por qué, Su? Por qué me haces esto...

—Porque tú no eres como los demás —jadeó al sentir otro pinchazo en el pecho y se arqueó terriblemente—. Tú...

—Santo cielo estás empapada —pasó la mano por el interior de sus muslos, su miembro latía dentro y el flujo descendía infame por sus piernas que temblaban ansiosas.

—Eres tan distinto...

La mordió el cuello y clavó su sexo hasta notar sus nalgas golpearse brutalmente con su pelvis.

—Cállate, Su... —la susurró enredándose en su melena— o me voy a volver loco...

—Fóllame, Darío... —dijo ansiosa y arqueó la espalda moviendo el culo en círculos.

—¿Qué voy a hacer contigo?

La aferró con fuerza los pechos y se movió ansioso. Su cara ladeada buscaba su lengua como loca, su cadera se movía hambrienta con la intención de saciarse.

—No te vayas nunca...

Darío apoyó los labios en su oreja, lamió suavemente su lóbulo y miró al vacío.

—Su... Entrégate a mí...

—No pares... —jadeó.

—Y no pasaras ni un minuto de tu vida sola...

Sintió un dolor intenso en el pecho derecho y se aferró con fuerza a él. Sentía sus calambres, sus ansias y su humedad, se movía excitada una y otra vez y apenas se daba cuenta del daño que la estaba haciendo. La agarró por el cuello y a la apretó con fuerza, la sintió retorcerse de placer mientras se clavaba con ansias en él. Salió de ella y la empujó sobre la cama hasta hacerla caer, la abrió las nalgas y apoyó su sexo en la entrada de su culo. Su peso la impedía moverse, pataleó brevemente hasta notar el dolor punzante y como la atravesaba sin compasión.

—¡No!

—Pasará...

—¡Darío! Por favor...

—Pasará... Shh...

Lo tenía encima y su peso la asfixiaba. Cubría su espalda y la sujetaba la cara con la otra mano mientras besaba su mejilla y la susurraba con dulzura.

—No llores...

—¡Me duele! —gimoteó.

—No importa...

—¡Oh, Dios mío, por favor, no lo soporto! —el dolor la perforaba las entrañas. Aún no estaba acostumbrada a aquel tormento.

—Te quiero tanto...

Aquella sensación de presión lo embriaga por momentos. ¿Hacía cuánto tiempo? Apenas lo recordaba, se movió ansioso, apretó con fuerza la mandíbula y cerró los ojos. Se clavó por fin en ella y se quedó parado sintiendo los latidos de sus paredes en su sexo enloquecido y ansioso por reventar. Así era mejor, despacio, notando el temblor que la invadía, saboreando esa necesidad de que todo termine y el dolor se acabe pronto. No, no es tan sencillo, despacio es mucho mejor. La golpeó con la cadera con rabia, se quedó observando sus pupilas dilatadas y su gesto de dolor.

—Darío...

La embistió con dureza y la desplazó en la cama contra el cabecero.

—¡Darío!

—Y yo a ti, Su...

55. Resaca

Ese corazón nos hace tan humanos como cualquiera...

* * *

Por la mañana Carlo agonizaba en la cocina con la cabeza apoyada en la mesa y los brazos extendidos por delante. Una terrible jaqueca le atravesaba las sienes y Meredit se afanaba con humor a prepararle algo de comer antes de que su eterno temperamento empezara a asomar. Mateo había vuelto a los hoteles para seguir acogiendo a invitados que iban llegando. Dominic entró en la cocina y al verlo suspiró.

—Eso te pasa por beber como una esponja.

—Oh, nena, viniste a mi mundo volando... —cantó sin ganas—, pero te corté las alas, mi prenda... Voy a vomitar.

—Ni se te ocurra —se rió y se sentó a su lado.

—Tú protegido numero uno ha tenido pelotera telefónica con Natacha —movió la mano—. Tu protegido numero dos está durmiendo con la gitana.

—Vaya —dijo pensativo.

—Tu protegido numero tres —meneó la cara contra la madera de la mesa—. O sea, sé está muriendo. Los demás trabajando en tu boda. Oh, Señor, apiádate de mí... —balbuceó.

—Señor, su café —Meredit le entregó la taza a Dominic y sonrió.

—Menudo circo nada más empezar el día —susurró Dominic.

—Y lo que te queda, hermano.

—¿Qué le pasa a Luis?

—Que no puede con la mocosa. Bueno, realmente no quiere —se rió—. Ha decidido tomarse un tiempo con Natacha hasta que controle los impulsos de Sara y no se lo ha tomado bien.

—Lógico —terminó el café, y se levantó.

—Voy a despertar al tortolito.

* * *

Subió a la planta de arriba y entro en la habitación de Catinca. Ciertamente, ver allí a Darío le provocó una sensación de tranquilidad que no esperaba. Se sentó al borde de la cama y observó a Catinca dormir. La acarició el pelo y apartó sus pechones de los ojos. Besó su frente y la acarició la cabeza.

—Dominic...

—¿Estás bien, Cati?

Se desperezó al tiempo que Darío se daba la vuelta y seguía durmiendo como un tronco.

—Sí... ¿Qué pasa?

—Nada —hablaba en bajo y la miraba con dulzura. La destapó de golpe y observó minuciosamente su cuerpo—. Tranquila. Solo comprobaba una cosa.

—¿Qué...?

—Duerme —la tapó y la arropó. Beso su mejilla y se dio la vuelta hasta llegar a Darío.

—Despierta, bella durmiente —musitó dando un golpecito en su hombro.

Catinca se giró hacia Darío y se aferró a él con fuerza.

—Voy... —le oyó decir—. Voy... voy... dame... unos minutos...

56. Las alianzas

¡Tres, eran tres...!

* * *

Llegó tarde de la ciudad con Darío. Los demás estaban demasiado ocupados con todo el revuelo e invitados y sabía que el único que realmente necesitaba salir de aquel caos era él. Cuando regresó Samara se duchaba en el baño anexo. Se quitó la ropa, abrió la puerta corredera de cristal de la ducha y le dio un susto de muerte.

—¡Dominic! —lo miró desconcertada—. Me asustaste.

Se aferró a su espalda y apretó sus pechos con las manos. Notó la dureza de su miembro contra su culo y la besó en el hombro.

—Ya tengo tus preciosas alianzas —susurró bajo el chorro del agua.

—¿Alianzas? —se extrañó—. Es una, ¿no? Bueno, la tuya y la mía.

—No... yo llevo una, tú tres.

—No comprendo.

Bajó con la mano por su brazo y le cogió la mano.

—Una en tu dedo —musitó. Luego pellizcó su pezón izquierdo—. Otra en el corazón —descendió con la mano por el vientre y rozó su clítoris y sus labios— y otra en tus entrañas...

Lo miró confundida y se quitó el jabón de la cara.

—¿Me vas a perforar?

—Son discretos y muy pequeños, pero así es. Yo no, ese placer se lo dejo

a Roberto, disfruta. Es un detalle que tendré con él... se lo debía...

—¡Dios mío! Dominic, eso me dolerá mucho...

—Lo sé cariño mío, pero será tan solo un momento —la apretó contra él y la pasó las manos por el pelo aclarando el jabón que tenía en él— y lo harás porque es parte de este circo... parte de la ceremonia... En privado... tú, él y yo... Solamente... Nadie más...

—Estoy muy nerviosa, Dominic...

—Lo sé, pero yo estaré contigo en todo momento.

—¿No me vas a decir que es mi regalo de bodas?

Se rió y la empujó contra la pared, separó sus piernas y metió los dedos con cuidado mientras acariciaba su espalda y observaba sus curvas bajo el agua.

—No... es una sorpresa... Ten fe, princesa, y confía en mí.

—Dominic...

—Voy a follarte... Necesito olvidarme de todo... Estoy cansado...

Apoyó su sexo en la entrada de sus labios y empujó suavemente hasta tenerla dentro por completo. Samara sintió una descarga de placer cuando sus manos se aferraron a su cadera y la empujaron hacia arriba con ferocidad.

—Y cuando todo termine... Cuando esta maldita semana pase y toda esta gente se hayan marchado de aquí... —la embistió con firmeza y la sujetó por el pelo hacia él besando su cuello y su mejilla— nos iremos solos, sin nadie... tú y yo... donde nadie nos moleste, donde pueda quererte a mi manera... Unos días...

—Oh, Dios mío...

—Necesito olvidarme de todos y todo...

—No, no pares —el agua le caía por la cara y se aferraba a la pared descontrolada—. No pares...

—Necesito hacer cosas normales... aunque sea tan sólo unos días...

La besó otra vez en la cara, se apartó de ella y la levantó en el cuello empotrándola contra la pared de la ducha y clavándose otra vez hasta chocar con sus pechos.

—Necesito hablar contigo de tantas cosas...

57. La gran boda

Mi preciosa niña, aunque no te lo creas, yo sé que es lo que quieres en todo momento. No necesito oírlo de ti, lo veo en tus ojos.

* * *

Estaba radiante con aquel vestido de seda de voile y pedrería fina, un escote de palabra de honor enmarcaba sus pechos y en sus bordes unas pequeñas piedrecillas casi imperceptibles que solo se veía su brillo si la luz adecuada enfocada exactamente los detalles coralinos. Catinca le había regalado unos pendientes increíbles de oro blanco, diminutos diamantes de corte de brillante y perlas, colgaban finos hasta casi su mentón meneándose al compás de sus pisadas. La casa era como una especie de mansión algodonera a la antigua usanza, había personas desperdigadas por el jardín, sentadas en el césped en grupos, con sus palmeras rimbombantes y sus trajes de corte italiano. Las carpas eran una algarabía de camareros, invitados, orquestas y tronar de copas. Otros invitados ocupaban mesas al aire libre en la parte más cercana a las carpas. El servicio no hacía más que ir y venir sirviendo bebidas y canapés a todos los comensales. Todo estaba listo para el gran momento.

Argas había llegado con Dante e Ivanov a primera hora de la mañana. Alexis, que había llegado con Romina de madrugada la había ayudado a ajustarse el vestido y la sorprendía con un colgante precioso en tonos azules y piedras preciosas.

—Recuerda linda, que tienes que llevar algo nuevo, algo viejo y algo azul

—se rió—. Creo... ¡Ah!, y algo prestado.

—¡No tengo algo viejo! —le daba igual, estaba demasiado nerviosa y no había visto a Dominic aún.

Romina la había besado en la mejilla y sonreía con amargura, luego se había marchado al salón y se mantenía en un segundo plano con Argas y el resto mientras se bebía a tragos las copas de cava que caían en sus manos.

Yelina y Xiamara andaban histéricas arreglándola el pelo, Meredit y Sara repasaban los anclajes de los anillos para que no cayeran por el camino y Mateo, se había soltado de tal manera que era como el relaciones públicas de la fiesta aquella mañana.

Darío entró en la habitación y la abrazó con fuerza.

—Muñequita... Estás impresionante.

—¿Dónde está Dominic?

—Discutiendo con dos ancianos sobre el capitalismo —se rió—. Creo que está harto de todo esto, pero viene ahora.

—¡De eso nada! —apostilló Luis saltando a los brazos de su hermana—. No puede ver a la novia antes del momento —la besuqueó por todos los lados hasta que Catinca lo apartó.

—La vas a desmaquillar —dijo poniéndola más polvos en la cara—. ¡Fuera todos!

—Necesito quedarme sola unos momentos —necesitaba aire y había demasiada gente a su alrededor—. Por favor.

Miró por la ventana mientras todos salían. Carlo y Roberto hablaban con un grupo de hombres en la parte de adelante. Habían puesto dos guardias de seguridad en la entrada de la casa y al comienzo del camino por si algún despistado se equivocaba de calle y parecía que comprobaban que todo estaba bien. Respiró hondo, se miró las manos, la temblaban de los nervios. ¡Había sido tan sencillo en Italia! Pero había demasiada gente, demasiada tensión acumulada y no se encontraba bien. La puerta sonó.

—¡Por favor necesito un minuto de calma! —estaba agobiada.

Dominic abrió la puerta y al verle sintió calma.

—Oh, Dominic, estoy muy nerviosa...

—Tranquila, es todo este lío —la abrazó—. Estás preciosa, relájate, si te sirve de consuelo, hay gente que yo no había visto en mi vida.

Samara se rió y se aferró a su pecho con cuidado de no mancharle el traje.

—Algo prestado... —le cogió la mano y le colocó una pulserita de oro blanco—. Era de mi madre, luego me la devuelves —se rió—, no es que no te la quiera regalar, es que si no, no sería algo prestado.

—¡Dominic! —se emocionó de los nervios—. Es preciosa. Pero me falta algo viejo... Bueno, da igual —bajó la mirada con tristeza y luego le sonrió.

—Queda media hora princesa, creo que es el momento de darte mi regalo de boda.

—¿Sí?

La cogió por los hombros y la miró con cariño.

—Te lo daré, sí, pero quiero que entiendas que cuando te lo dé me iré.

—¿Cómo? ¿No vas a quedarte mientras lo abro?

—No, cariño mío, es algo muy personal que debes disfrutar tu sola. Te esperaré para el gran momento que Antón a montado —se rió—, seguro...

—¡Dominic, me estás asustando!

—Seguro —continuó— que dejas de tener esa mirada de tristeza...

La besó en la frente y la acarició la cara.

—¿Lista, princesa?

—Sí... —empezaba a sentir un ligero pánico.

Dominic se dirigió a la puerta y la abrió. Samara se quedó petrificada. Su madre entró como un rayo y tras ella su padre. Se aferró a ella y la mujer comenzó a llorar desconsoladamente.

—Mi niña, mi pequeña niña —le besó la cara nerviosa por no estropear su bonito maquillaje—. Te queremos tanto, hija, te echamos tanto de menos, Samara...

—Mama... —miró a su padre, se mantenía en un segundo plano sin saber muy bien que hacer, pero claramente emocionado—. Papá...

—Lo siento mucho, tesoro —susurró—. Siento mucho todo lo que ha sucedido, todo lo que ha pasado y todo lo que hice...

—¡Oh calla! —dijo su madre—. Han pasado treinta y cuatro años ya por el amor de Dios...

Su padre se acercó a ella y la besó con ternura.

—¿Cómo habéis...? —estaba a punto de desmayarse, su madre tuvo que agarrarla y la sentó en una de las butacas.

—Tu hermano y Dominic hablaron con tu padre, hija... Yo siempre le he dicho que si tú hubieras conocido a Luis en cualquier otro sitio sin saber... que era tu hermano... ¡Santo cielo!

—Da igual, hija, he cometido muchos errores y todos perdimos los nervios. Hoy no es el momento de hablar, tendremos tiempo... Si tú quieres —le cogió la mano.

—Papá, te quiero mucho...

Su padre sacó del bolso del pantalón un reloj antiguo y se lo puso en la mano.

—Algo viejo, hija... Creo que era lo único que te faltaba...

* * *

Cuando salió de la habitación en dirección a la entrada trasera que comunicaba a través de un pasillo con la carpa principal sus tres compañeras de trabajo saltaron como locas sobre ella. Incluso ellas estaban allí.

—¡Sami! —gritó una de ella—. ¡Madre mía, Sami! ¿Pero tú has visto lo que hay ahí fuera? ¡Me estoy enamorando!

—Sami, es estupendo, no sabíamos que tenías un hermano tan encantador, la verdad es que cuando vino a la empresa y nos dio las invitaciones no salíamos de nuestro asombro.

—Qué calladito te lo tenías —dijo otra.

—Chicas —el corazón la iba a estallar y volvía a tener esa ligera sensación de que la casa daba vueltas en torno a ella—, qué ilusión veros.

—¿Sami, pero quién es toda esta gente? —la más rubia no dejaba de mirar en todas direcciones—. ¡Es increíble! Esto es el paraíso. Mira aquel moreno que está donde la puerta —golpeó a otra en un hombro— y aquel del fondo, el de la copa de cava... ¡Madre mía!

Catinca apareció colérica y nerviosa embutida en un vestido de raso plateado y con unos inmensos zapatos de tacón de aguja a juego. Tenía el pelo lleno de brillantitos que destellaban y una gargantilla que las hizo mirar a todas.

—¡Samara! —musitó—. Por el amor de Dios. ¡Que te están esperando

ya! Vamos... —tiró de su brazo y la arrastró a la puerta—. Chicas, pasad a sentaros con la madre de Samara.

Un joven pasó por delante de ellas y las sonrió sutilmente, todas salieron en tropel y atravesaron el pasillo desapareciendo entre la multitud. Samara se aferró al brazo de Catinca y se tambaleó ante la puerta. Estaba tan nerviosa que pensó que en cualquier momento tendrían que reanimarla. Miró al final del pasillo, veía mucha gente sentada en butacas que habían sido tapizadas en un blanco roto. Su padre apareció por uno de los laterales de la casa y la cogió del brazo.

—Bueno, chiquitina. ¿Lista?

—Lista.

Avanzó por el pasillo sin apenas mirar a los lados. La temblaban las piernas y apenas alcanzaba a identificar a parte de los invitados. Todos la miraban, eso sí, con una sonrisa y un gesto de aprobación, como si en aquel momento pasara un examen colectivo de todos los allí presentes. Había susurros y comentarios, alguno podía escucharlo. «Es muy bonita», decía una mujer, «qué elegante va», decía una voz masculina. Dominic estaba de espaldas a la multitud, hablaba con Antón que estaba a su lado casi enfrente de un cura decrépito que sonreía apoyado en la mesa central y hacía gestos con la nariz mientras se subía y bajaba las gafas. A medida que avanzaban hasta la fila principal, la primera del salón fue viendo a todos, su madre a la izquierda con sus amigas, a la derecha Carlo que la sonrió con cariño, Roberto, junto a Mateo y su hermano. Yelina, Xiamara y Meredith, vestidas del mismo modo que Catinca, situadas en el lado derecho, con sendos ramos de flores en las manos. Darío sentado casi frente a Catinca, que de pie, le dirigía miradas de complicidad, quizá deseando que algún día, ella pasara por aquello, quien sabe. Varios niños aparecieron de la nada y formaron una pequeña algarabía. Uno de los hombres del final del salón saltó como un rayo y los arrastró farfullando algo mientras se disculpaba. ¡Vaya! Niños en Quimera, era increíble verlos tan normales y humanos. Su padre la aferraba con fuerza, con la cabeza alta, no entendía quizá quien era toda esa gente sin embargo estaban allí por ella y eso a fin de cuentas era lo importante.

Dominic la miró. Se dio la vuelta y la observó. Allí estaba él, el hombre que una noche se había colado en su casa y la había demostrado que las cosas

en esta vida tienen muchas perspectivas. Que el amor y el odio no son tan distintos, que las personas poseen una naturaleza corrompida en lo moral y que se puede amar con tal intensidad que hasta duele el alma cuando pasa. Allí estaba él, la persona que más daño la había hecho y sin embargo la única que realmente la amaba hasta la locura. ¡Qué cómico! Y era su esposa y sin embargo, no se había sentido tan bien y tan serena y segura de lo que hacía en toda su vida. La cogió la mano entrelazando los dedos con los de ella y se la besó con cariño.

—Ahora sí —susurró.

Lo miró curiosa y emocionada sin entender muy bien lo que decía.

—Ahora ya puedo preguntarte si eres feliz.

58. Todo sigue

Porque el amor, Samara, tiene distintas formas, porque hasta la mayor de las venganzas tiene su pausa.

* * *

—Esa banda de rock de la carpa dos me está poniendo los dientes largos —dijo Carlo mientras besaba la mano de Meredith—. Zorrita mía, te la dedico.

Se levantó de la mesa, había un joven con el micrófono cantando a grito pelado en el escenario mientras varias chicas saltaban encantadas al son de la música.

—¿Qué demonios va a hacer? —Darío miró a Luis que se llevaba las manos a la cabeza. La banda paró de tocar y Carlo se quitó la chaqueta del traje.

—Va a cantar...

—¡No me fastidies! —soltó una risotada y se encogió de hombros—. Dime que al menos canta bien. —Darío no salía de su asombro.

—Bueno, lo cierto es que sí, pensamos en mandarlo a «operación triunfo» pero pasaba de la edad...

—No tiene gracia, Luis —Roberto pestañeó mientras se bebía un vaso de vino.

—Va a cantar —repitió Luis asimilándolo—. Lo va a hacer.

—¡Venga, tócame Radiohead, Creep! —le oyeron farfullar dando un trago a su copa y poniendo cara de circunstancia. Miró a Meredith y levantó el

dedo señalándola.

Dominic abrió los ojos como platos y tiró de Samara hasta llegar a la carpa. Era surrealista, se aflojó la corbata, carraspeó un poco y se aferró al micrófono como un demente. Uno de los ancianos más próximos se apoyó en el bastón y miró desconcertado a Carlo que empezaba a canturrear la letra de la canción.

—¡Qué dice el chico! —dijo el anciano frunciendo el ceño.

—Está en ingles, abuelo —Roberto se giró. No sabía dónde meterse.

—¡Pero qué dice el chico! Traduce —repitió con enfado.

—Eres como un ángel... Tu piel me vuelve loco... Tú flotas como una pluma... Eres tan malditamente especial... Tan jodidamente especial...

—Romanticismo. ¡Puag! —se giró carraspeando y se alejó torpemente.

—Canta muy bien —dijo Samara, pero decidió callar al verlos a todos mirarla con gesto de circunstancia—. Y le pone sentimiento —se rió.

—Tienes demasiado sentido del ridículo Roberto —Mateo se movió y le besó en la mejilla—. Lo hace bien. ¡Lo hace jodidamente bien! —soltó una carcajada—. ¡Creep, Creep! —cantó—. ¡Quiero tener el control! —le meneó con humor.

59. Solos

Empiezas a entender muchas cosas...

* * *

Atravesó los pasillos de las carpas. Ella siempre había pensado que quizá una boda así sería impensable. Estaba cansada. Sus amigas estaban desquiciadas entre tanto hombre, dudaba si al final de la noche cuando todos se fueran podrían soportar lo que vendría. Se rió, la daba exactamente lo mismo, ahora aquella era su vida, si mañana regresaban a la oficina y contaran lo que podría suceder allí nadie las creería, estaba convencida de ello. ¿Cómo lo explicas? Imposible, y eso sin contar con la posibilidad de una leve participación por parte de ellas. Las miraba y las veía anonadadas por el lujo, por la belleza de todos aquellos hombres que más que empresarios parecían demonios traídos del infierno para tentar un mundo excesivamente confiado. No eran sus facciones, Samara tenía claro que ni siquiera su físico era lo que envolvía a cualquier mujer, eran sus formas, la manera lasciva de observar cada detalle, de decirte aún sentados en un extremo opuesto de la habitación que te estaban controlando y que no escaparías de allí, lo que realmente hacía delicioso a aquellos individuos.

Todo había cambiado extrañamente, a medida que intentaba llegar a la parte delantera de la casa, para sentarse en la piscina y quedarse sola con sus pensamientos la gente la interceptaba y la abrazaba. Gente que no conocía, que jamás había visto, eso sí, aquello era lo que había cambiado, no la

trataban como creía. ¿Qué suponía ser la esposa de Dominic? Aún no lo sabía. Los hombres la besaban con delicadeza y respeto, alguno incluso había hecho más de una reverencia, inclinando la cabeza con cortesía cuando pasó por delante. Llegó a la piscina y se sentó en el borde, se descalzó y metió los pies en el agua fría. Empezaba a oscurecer y al aire transportaba un olor a lavanda que la embriagaba. Llevaba un rato sin ver a Dominic, lo absorbían de un modo extremo, él no decía nada, tan solo se encogía de hombros y entre cerraba los ojos con gesto de enfado. Sabía que aquello no le gustaba, aunque en el fondo se sentía feliz por Antón.

—Si me lo pides nos vamos de aquí ahora mismo —se dio la vuelta. Dominic descendía el pequeño camino con las manos en los bolsos mirando el paisaje.

—Sería una buena idea.

—Tus amigas están bailando en mitad de la pista como desequilibradas, tienen alrededor a cinco o seis peligros...

—Son mayorcitas, que hagan lo que quieran —se rió—. Espero que no se asusten mucho hoy.

Se sentó a su lado y encendió un cigarro.

—¿Todo bien?

—Estoy cansada, pero todo ha salido de maravilla. Ha sido el mejor día de mi vida. Gracias por el regalo que me has hecho, Dominic, no sabes lo que ha significado para mí. Lo importante que era...

—Lo sé —ni siquiera la miraba, contemplaba el campo más allá de los límites de la finca—. Me alegro.

—¿Y tú?

—Yo no necesitaba todo este circo princesa, pero me ha alegrado juntar a tanta gente que es muy difícil reunir durante años. Antón está feliz, es viejo y nunca sabremos si volverá a vivir algo así —se rió y la miró—. Quién te iba a decir hace dos años que acabaría todo así, ¿verdad?

—Dios mío... —suspiró.

—La vida es demasiado corta para pararse a pensar si hacemos lo correcto —suspiró y dio una calada al cigarro.

Lo miró con una leve mueva de ironía. ¿Era ese, Dominic? Frunció el ceño y asintió con la cabeza algo confundida.

—Romina esta rara. ¿No te has dado cuenta? Apenas se acercó al grupo.

—Romina tiene mucho que pensar sobre su forma de actuar hacia nosotros. Le dije que hoy sería el último día que pisaba Quimera.

—¡Vaya! ¿Y eso?

—Tiene muchos defectos, aunque te puedo decir que me recuerda en temperamento a mí en muchas ocasiones, pero no permito la traición, somos como una familia, no tenemos nada más fuera de esta casa Samara. Si no nos apoyamos los unos a los otros. ¿Qué nos queda?

—Soledad —se apoyó en su hombro—. Estás raro.

—¿Por qué no te arrastro por el jardín? —se rió—. Samara, te dije hace tiempo que conocías lo peor de mí. El viaje, el trabajo, todo el follón que se armó con tu «escapadita» y todo lo que conllevó organizar esto no me han permitido relajarme un minuto —hizo una pausa—. Hasta hoy, cuando te vi entrar por ese pasillo. Nunca te había visto tan feliz. Había olvidado cómo era tu cara sin un atisbo de miedo o dolor.

Se incorporó y lo miró fijamente.

—Siempre me seguirán molestando las mismas cosas, reaccionaré del mismo modo y castigaré de la misma manera porque soy así, pero no solo soy eso, Samara... Y por supuesto que siempre tendré algo premeditado para ti, no hay nada que más me plazca que llevarte al límite —le pasó el brazo por el hombro y la movió con humor—, pero nuestra vida no se va a reducir a eso. Creo que ha llegado el momento de que conozcas realmente con quien te has casado.

Samara le cogió la cara con ambas manos y lo miró con dulzura.

—Tienes tanto miedo a mostrarme tus debilidades... y aún así... no sabes la necesidad de ello que irradias a veces...

—Mi debilidad siempre fuiste tú —le dijo quitando importancia a su comentario. Se sentía incomodo.

Se levantó y tiró de su mano. Samara se calzó y avanzó con él por el camino. Otra vez la pasó el brazo por los hombros y la presionó contra su costado mientras subían.

—No te has librado de las alianzas... no lo olvides belleza... —se rió y la besó en la mejilla.

—¡Dominic! —dijo suplicante.

—Y mañana nos iremos lejos.

60. Dime que sí

Cuando no estáis todo es más difícil, el amor con la intensidad adecuada nos atormenta.

* * *

Se metió en la casa algo más relajada. Subió a su habitación y entró en el baño. Aquel vestidito plateado la ahogaba, echaba de menos su falda y su ligereza, no es que se viera horrible pero ir tan ajustada nunca le había agradado. Se mojó la nuca y arregló el maquillaje. ¡Vaya, todo había salido bien! La gente estaba contenta, Samara parecía feliz con la participación de sus padres y todo marchaba como realmente debía de salir. Bien. Respiró profundamente y se peino, oyó la puerta de la habitación cerrarse y dudó.

—¿Hola? —dijo desde el baño—. Ya voy...

Salió del aseo. Darío estaba de pie delante de la puerta. Se quedó inmóvil sin decir nada y cuando lo vio girar el cerrojo frunció el ceño.

—¿Qué haces?

—Cerrar la puerta —sonrió sutilmente y luego avanzó hacia ella—, así nadie nos molestará.

—Darío... La gente espera y...

—La gente sabe cuidarse sola. No te necesitan para nada.

Se colocó frente a ella y le pasó las palmas de las manos por los hombros bajando delicadamente por los brazos hasta casi rozar sus manos.

—Haz conmigo lo que quieras —le susurró—. ¿Recuerdas lo que dijiste?

Catinca tensó las facciones y se movió algo incómoda.

—Sí, lo recuerdo, Darío.

Sintió como deslizaba los tirantes de su vestido y los dejaba caer delicadamente.

—¿Qué se supone que debo hacer contigo, Su? —dijo suavemente.

—No sé qué me pasó, realmente estaba... estaba excitada y esas cosas suelen decirse cuando...

Pasó la mano por detrás y deslizó la cremallera. Su espalda quedó al aire, sintió como sus yemas la acariciaban con cuidado y abrían el vestido, que empezó a caer.

—Comprendo —repasó sus pechos, su cintura y las finas braguitas de raso que tapaban su sexo. Rozó con las yemas el centro de su monte y notó la humedad bajo ellas.

—Darío...

—Dime, Su —acarició sus pezones y pellizcó ambos con los dedos—. Dime...

Catinca se quedó en silencio. Iba a decirle algo pero apenas recordaba el qué. Colocó ambas manos en los extremos de las braguitas y empezó a bajarlas muy despacio. Se agachó y observó su monte de venus, rasurado, finamente enmarcado entre sus piernas. Lo besó y pasó la lengua por su clítoris haciendo que Catinca pegara un bote.

—Supongo que debo de excitarte... —la susurró pasando la lengua de nuevo por él— para conseguir de ti una entrega... tan extrema...

—Oh, Darío, por favor no sigas... no. No es eso...

Enmarcada en sus sandalias plateadas y con las braguitas a juego por debajo de las rodillas parecía un retrato de Luis Royo, sintió un leve escalofrío por el cuerpo y otra vez su lengua pasó con maestría desde el centro de su sexo al clítoris. Darío se incorporó, le cogió la cara con una mano y tras besarla clavó sus dedos dentro de ella lentamente.

—Ahora, repítemelo... una vez más, Su...

—No...

Los movió dentro y volvió a meter la lengua en su boca.

—Vamos, Su... dímelo... dime que puedo hacer contigo lo que me plazca —había pegado la boca a su oreja, la sujetaba la cara y mientras movía

los dedos delicadamente una y otra vez—. Vamos...

—Darío, esto no es justo... No puedes —jadeó—, no puedes hacerme esto.

—Fuiste tú la que se metió en mi cama, Su.

—Me sentía sola.

Elevó la mano por detrás de su cabeza y la aferró el pelo atrayéndola más a él.

—Dímelo —apostilló en su tímpano—, y eso no volverá a pasar...

Estaba empapada, sus dedos bailaban locos dentro de ella y su mano la sujetaba con fuerza. Pasó las manos por su nuca y lo besó.

—¿Y qué harás sí...?

Le dio la vuelta poniéndola de espaldas. Sus braguitas cayeron hasta sus tobillos, intentó quitarlas pero Darío la paró.

—Déjalas ahí... No sabes lo preciosa que estas así... —susurró.

—Darío, por favor, para esto ya.

—No puedo.

Le mordió el hombro y apartó el pelo de su espalda. Separó con las manos su culo y rozó con el miembro su sexo. Catinca apenas podía moverse, sentía una humedad horrible, sus piernas temblaban y cada vez que notaba el roce de su sexo en ella se excitaba más y más.

—¡Darío!

Empujó hasta clavársela y la agarró por los pechos.

—¿Qué, Su?

—Para, por favor —no era una orden, era una súplica, ella era incapaz de apartarse de él.

—Voy a follarte hasta llenarte las entrañas y cuando... —empujó una vez más y respiró con fuerza— cuando termine de hacerlo, solo te lo preguntaré una vez más, Su.

Darío se movió despacio dentro de ella, la empujó hacia la ventana y Catinca se aferró al marco de esta desesperada. Notaba como su miembro resbalaba una y otra vez contra sus paredes, el sonido desquiciante de sus fluidos resbalando por el tronco y el chasquido de su pelvis contra ella. Tiró de su cabeza hacia atrás y la besó en la mejilla. Mordisqueó su lóbulo y la giró la cara para meterle la lengua en la boca. Ella se dejó hacer, sus braguitas

se tensaron cuando separó las piernas y arqueó la espalda levantando el culo. ¡Horrible! Era imposible zafarse de aquel hombre, de sus formas, de sus suaves movimientos y sus susurros pasionales que la perforaban el tímpano cada vez que la decía algo. Sintió un calambre por la espalda, se aferraba al marco como si le fuera la vida mientras él no dejaba de moverse dentro de ella.

—Vas a conseguir que me...

—¿Que te corras? —le dijo.

—Sí...

Se apartó de golpe, tiró de su brazo y la empujó sobre la cama. Se quitó la ropa y cayó sobre ella mientras la liberaba de las braguitas y le separaba las piernas. Besó sus muslos, la parte interna de sus piernas y volvió a pasar la lengua por su sexo provocando en Catinca un movimiento compulsivo que la hizo gemir. Su lengua subió por su estómago, mordía su cadera, lamía sus pezones y los mordisqueaba mientras ella no dejaba de jadear ansiosa, a punto de suplicarle que dejara de atormentarla y la follara de una vez. Se colocó sobre ella, su cara a dos palmos de la suya y la sonrió. Catinca notaba su sexo a punto de resbalar, ese era su juego, ese siempre había sido su diabólica forma de hacer las cosas. Su sonrisa inocente, su polla resbalando lentamente a través de sus paredes y esa expresión de triunfo que la decía. «Ahora dime que paré, si puedes»

—Darío... no puedo más —jadeó a punto de gritar como una loca.

Él le levantó los brazos por encima de la cabeza, se clavó con fuerza en ella y la besó en los labios.

—Dámelo, Su, grita para mí...

—Darío —volvió a jadear, nerviosa.

—Eso es... vamos... quiero oírte... —le pasó la lengua por los labios y volvió a sonreír mezquinamente— quiero verte...

Catinca se estremeció como una loca, jadeó ansiosa y gritó. Darío la miraba sin apenas pestañear, con su sutil sonrisa y una dulzura casi terrorífica mientras ella gozaba.

—Serás mía, ¿verdadn Su? —musitó mientras se corría loca y ansiosa.

—Sí... sí... Lo seré.

—Siempre, ¿verdad, Su?

—¡Sí!... ¡Pero no pares!

—Y serás obediente...

—¡Sí!

—Serás mi preciosa muñequita...

—Sí... —se moría de placer—. Sí... sí... lo seré...

Darío la mordió los labios y bombeó con más fuerza. Comenzó a descargar en ella con tanta fuerza que apenas podía mantener el control de sus embestidas que la lanzaban hacia delante contra el cabecero de la cama.

Se desplomó sobre ella, respiraba ansiosa recuperándose del momento, las muñecas la dolían de la presión de sus manos y su peso la asfixiaba. Catinca miraba al techo con la boca ligeramente abierta y el pelo desparramado por la colcha. ¿Y ahora qué?

—Darío... —susurró—. ¿Y ahora qué?

Se incorporó y la miró. Tenía una expresión de miedo en sus ojos. Como si lo que hubiera dicho no fuera lo acertado y temiera su reacción. Darío frunció el ceño y la miró con tristeza, la apartó el pelo de la cara y la besó en la frente con ternura.

—Ahora ya no está sola, Su.

61. Cae la noche

*No pierdas nunca detalle de todos los que comienzas a conocer,
puede que algún día vuelvas a cruzarte con ellos.*

* * *

Eran las once de la noche cuando los invitados más ancianos y los padres de Samara se despidieron de la gente y abandonaron la fiesta. La carpa tres repleta de sofás con las pantallas de plasma desperdigadas por todo el perímetro estaba llena de gente. Cuando entró en ella vio a sus amigas tomando una copa con un grupo de hombres. ¡Maldita sea! ¿Es que no se cansaban? Se rió y meneó la cabeza negativamente. Vio a Dominic al fondo peleándose con un camarero que no era capaz de descorchar una botella y a Carlo tirado en uno de los sofás al estilo romano mientras Meredit le daba de comer unas frutas rojas que no identificaba, Roberto con sus mujeres, su hermano el cual la dirigió una mirada de complicidad mientras la pequeña Sara, agotada, dormitaba junto a él. Mateo se encontraba en mitad de una conversación de cinco. Todo parecía seguir su curso hasta que un hombre de unos cuarenta años, de pelo negro y rasgos marcados subió al escenario y cogió el micrófono.

—Un poquito de atención —dijo con un acento italiano. Era muy alto y atlético y llevaba la camisa ligeramente abierta—. ¡Un poquito de atención! —dijo elevando el tono—. Bien, Romano —le hizo un gesto de respeto—, mis felicitaciones a ti y a tu preciosa mujer, toda una belleza... sí... —un

tono profundo y depravado sonó de repente—. Bueno, a lo que voy, es raro sobre todo en esta época de crisis, poder juntarnos todos. Más cuando nuestros trabajos nos impiden coincidir en la mayoría de los casos... como quisiéramos —giró la cabeza en dirección a la derecha y miró a un grupo que estaba sentado con dos de las amigas de Samara en una zona de sofás alejada de todos— los Malbaseda nos hemos permitido la libertad de traer... un pequeño detalle de boda para todos los invitados. Para los que lo deseen claro... Veo que no hay niños, los mayores ya se han retirado, una pena, y las familias directas han abandonado Quimera. Que empiece pues... ¡La fiesta!

La carpa se abrió en un lateral y aparecieron varias muchachas vestidas con un pequeño tanga, los pechos descubiertos adornados con pedrería fina y el rostro y el cuerpo con pequeñas incrustaciones brillantes pegados por la piel a modo decorativo. Todas llevaban finas pulseritas de tobillo muy al estilo de Catinca, la música étnica empezó a sonar y las muchachas, al menos veinte, danzaban exhibiendo sus encantos por las mesas, entre los hombres, las mujeres y todo aquel que se cruzaba en su camino. Samara dirigió una mirada taciturna a sus amigas, que observaban la escena algo descolocadas. Llevaban filas de piedras brillantes pegadas en todo lo largo de sus piernas haciéndolas interminables e increíblemente exuberantes. Las muchachas trepaban a las mesas de centro de los sofás, se arrodillaban con elegancia y bailaban medio tumbándose en la mesa para luego gatear hasta alguno de los hombres que las miraban. Alguno de los chicos más jóvenes derramaba alguna copa de cava en el cuerpo de una de las muchachas y lamía juguetón el líquido que escurría por encima de ella. Sara palmoteaba animada por el espectáculo, la niña disfrutaba de los golpes visuales más incluso que las amigas de Samara que ya pasados los treinta no daban crédito a lo que veían. Uno de los que parecía pertenecer al grupo de los «Malbaseda», un hombre de pelo castaño engominado, ojos verdes brillantes y rasgos marcados se abrió paso entre los sofás y tiró de una de las bailarinas poniéndola a cuatro patas sobre la mesa baja de centro.

—La van a armar —dijo Carlo con tono calmado— y aquellas niñitas del fondo van a sufrir un infarto.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Samara.

—Tranquila, señorita de Romano —dijo Carlo con humor masticando

una frambuesa—. Están clavadas a la silla, bien rodeadas y en estado catatónico igual nos sorprenden —soltó una risilla y abrió la boca para que Meredit le diera otra fruta.

El hombre de ojos verdes se dejó caer en el sofá, parecía un mafioso, llevaba la camisa abierta los brazos se extendían por el respaldo y observaba serio a la muchacha bailando apuntando directamente con el culo a él. La mujer llevaba unos diminutos aros en los pezones y se movían al compás de sus movimientos y alrededor de la aureola pequeños cristales blancos incrustados formado un círculo. Al censar de moverse, le soltó una palmotada en el culo que retumbó en la sala y está riéndose volvió a danzar arqueando su espalda, contoneándose y moviéndose de una forma casi diabólica. Dos metros más al fondo, otra de las bailarinas permanecía de rodillas en la mesa y por sus pechos caía cava mientras un chico que no llevaba a los treinta lamía sus pezones. Samara no podía quitar la vista de sus amigas que cada vez abrían más los ojos y la buscaban entre todos los asistentes. Se escondió entre Dominic y Luis, y disimuló como pudo su presencia. Dos mujeres lamían con ansias la boca de otro asistente que sentado en el sofá con las piernas abiertas se dejaba toquetear por las muchachas, el joven dirigió una mirada obscena a una de sus amigas y le guiñó un ojo con humor. La música no dejaba de sonar, las bailarinas eran cada vez más exuberantes y hermosas, danzaban como locas sobre los asistentes, se contoneaban y jugaban con sus movimientos, otro palmetazo del hombre de ojos verdes brutal las hizo mirar hacia donde estaba. Parecía disfrutar como un demente, sin embargo su expresión seria y tranquila no variaba en su cara. Dijo algo en italiano y la joven saltó de la mesa y se puso frente a él.

—*Alla tua posizione, ragazza* —musitó.

—*Signore, quello che ordini* —contestó la preciosa bailarina poniéndose de rodillas ante él.

Tiró de los aros de los pezones y sonrió con malicia. Miró al frente y levantó el brazo.

—*Andiamo che incominci l'asta!* —levantó la voz y se dirigió a todos.

—¿Qué ha dicho? —Sara se había perdido.

—Ha dicho que «vamos, que empiece la subasta» —contestó Roberto riéndose.

—¿Subasta? —Samara dudo unos segundos antes de ver a una de sus amigas abriéndose paso en dirección a ella.

—Yo no tengo nada que ver en esto —musitó Dominic riendo.

—Ya me parecía a mí que estaban flojitos los Malbaseda —Luis observó como las bailarinas iban subiendo en fila al escenario, se colocaban en hilera y se soltaban sus finitos tangas quedando totalmente desnudas.

—¡Samara!

—Ana...

—Samara, ¿qué es esto? —gritó su amiga—. Estoy alucinando.

—Los amigos de mi... marido... que... —no sabía dónde meterse, en el fondo aún importándole poco le resultaba violento.

—Es alucinante —la meneó emocionada—. ¡Alucinante!

—¿Qué?

—Es increíble, si lo cuento no me creen. ¡Me encanta tu boda!

No tenía claro si lo decía por las veinte copas que debía de llegar encima o por que realmente le estaba encantado su boda. Suspiró ligeramente aliviada y la vio alejarse a galope en dirección a la mesa con el resto.

—Ves, tontita —musitó Carlo—. Moraleja: sois todas unas zorras en potencia... —sonrió con pereza y se lanzó una frambuesa a la boca.

62. Yo sí te conozco

Todo vuelve...

* * *

Dominic observó a Romina descender por el camino. Estaba claro que se iba sola, había visto a Alexis parlotear con dos de las amigas de Samara muy entretenido. La siguió y cuando se disponía a subir al coche sujetó la puerta asustándola.

—Una se despide por educación al menos de la gente ajena a todo esto Romina —dijo.

Lo miró ofuscada y le dirigió una sonrisa falsa.

—No pinto nada aquí ya.

—Por qué así lo has querido —encendió un cigarro y la observó. Romina era hermosa, sus rasgos se marcaban cuando estaba enfadada realzando su belleza—. ¿No se va contigo Alexis?

—No, debo irme por trabajo, él se quedara unos días aquí —le arrancó la puerta de la mano—. ¿Y a ti qué te importa realmente?

—Ese orgullo... te consume.

—El Dominic moralista... qué poco creíble eres, el Dominic tranquilo... —se rió—. A ella quizá la engañes... pero a mí no me la das...

—No sabes lo que dices, te pierde la boca para variar.

—Papa y mama ¿en su boda? Qué lindo... Qué detalle por tu parte, Romano... —volvió a reír y subió al coche.

—Adiós, Romina —apostilló tranquilo.

Lo miró, arrancó el coche y se alejó por el camino desapareciendo tras el amplio portón metálico que comenzaba a cerrarse de nuevo.

—Me encanta esa mujer —Roberto observaba la polvareda detrás de él.

—¿Cómo va la subasta?

—Tremenda...

—¿Y mi esposa? —rió con humor.

—Preciosa.

—Pues vamos a por ella. Son las doce. La hora bruja —le dio una palmadita con humor en la espalda y subieron por el camino en dirección a la carpa.

63. Promesa

Eres toda mi vida...

* * *

—Benzocaína —le susurró sonriéndola—. Es un analgésico que te servirá para aminorar el dolor, aunque nada tiene que preocuparte, querida... Te dolerá poco... Espero...

Lo miró asustada, Roberto la observaba mientras doblaba las mangas de su camisa y buscaba algo en la habitación. Oyó los pasos de Dominic al otro lado de la puerta, abrió y entró sentándose en la mesa.

—Termina rápido, estoy nerviosa.

Observó alrededor. Aquella debía ser la única habitación del sótano que la quedaba por conocer y era sórdida, una camilla, una mesa de escritorio de estructura metálica, una vitrina de dos puertas de cristal y una lámpara de pie con base de ruedas.

—Vamos a quitarte el vestidito, así no ensuciaremos esta hermosura.

La bajó la cremallera del traje y levantándola los brazos la sacó el vestido con cuidado. Una fina braguita-tanga de raso blanco era lo único que llevaba debajo, se quedó mirando sus pechos y suspiró.

—Tumbate, primero te pondré el del pezón —le enseñó una bolita diminuta plateada—. Es provisional, no puedes ponerte los de oro blanco hasta dentro de tres meses mínimo.

—Mucho sabes —le espetó Dominic riendo.

—Qué haga edificios no quita que tenga aficiones contrarias —le palpaba el pecho como si fuera un médico y apretaba su diminuto pezón—. Soy un chico listo, Dominic...

—No lo dudo, doctor Amor...

Lo miró con sorna y volvió a centrar su atención en Samara, temblaba como una hoja, desnuda en mitad de la habitación, tumbada en la camilla con cara de circunstancia.

—Estoy muerta de miedo, Dominic.

—Tranquila, tesoro —musitó acercándose y pasando la mano por su frente—, será solo un segundo.

—Te explico —dijo Roberto—, primero te pondré el del pecho, luego el de abajo —rió—. No va en el labio, no te asustes. Va encima del clítoris, aquí —deslizó la braguita hacia abajo y apuntó justo sobre el monte de Venus, a milésimas del comiendo de su clítoris—. Es mucho más higiénico que ponerlo dentro, y elegante, claro —frunció el ceño—. No pongas esa cara, Samara, que parece que estás de parto.

—¡Oh, por Dios! —susurró—. Estoy histérica.

—No te va a doler —repitió él—. Confía en mí.

Se colocó los guantes y roció con el analgésico el pezón izquierdo. Samara creyó marearse cuando lo vio sacar de una bolsita la aguja de perforación. El calor le subió por la mejilla, se aferró con fuerza al brazo de Dominic y cerró los ojos.

—Princesa, por Dios —dijo él—, no seas exagerada —le apoyó la mano en la frente y la hizo mirar hacia él—. Mírame, Samara.

—Me muero...

—Mírame —repitió girando su cara hacia él y colocando la mano en su mejilla, se inclinó hacia ella y la besó en la frente—. Tranquila.

Cogió su mejilla y la sonrió. La sujetaba con suavidad, sentía como temblaba bajo su mano, como lo miraba nerviosa e intentaba buscar a Roberto que tarareaba una cancioncilla mientras palpaba su pecho.

—Me va a doler mucho —susurró a punto de llorar.

—Nada —le dijo—. No seas tonta.

—¡Por Dios! —suplicó nerviosa.

Dominic la besó en el mismo momento que Roberto perforaba su pecho.

Su gemido fue ahogado y apenas se escuchó en la habitación. Se tensó con fuerza y se aferró a los lados de la camilla.

—Ves tontita —dijo Roberto—. Ya está... —cerró el pendiente y observó su obra de arte, había quedado perfecto y apenas se veía la pequeña bolita diminuta clavada en ella con delicadeza—. No te muevas, voy a limpiarte con betadine.

—Dios mío y aún falta el otro —sollozó sudando—. Dominic, por favor... No puedo, estoy muy nerviosa...

—¿Cómo no te pones tu uno en la punta del ca...?

Miró a Roberto y este meneó la cabeza sin acabar la frase.

—Vale, vale... Era una idea.

Se dirigió hacia la silla del escritorio metálico y sacó del bolso interior de su chaqueta una pequeña petaca.

—A ver, morena, vas a darle un trago a esto. Te sentirás mejor y no parecerá que estamos de parto.

Samara se había agarrado a la mano de Dominic y apretaba con tanta fuerza que le clavaba las uñas sin darse cuenta.

—Toma, pimpla un poco —dijo con sorna—, luego té quito las bragas —rió con humor.

—Me sangra un poco el pecho —se miró y observó una fina gotita de sangre que emanaba del pezón. Roberto observaba sonriente la imagen—. ¡Roberto!

—Ya... Es normal —pasó la gasa y la besó en el centro del pecho—. Lógico, nena... Te acabo de perforar. ¡Qué mujer!

Samara cogió la petaca y dio un largo trago a algo que le provocó una quemazón horrible en la garganta, tosió como una desaforada y se inclinó de nuevo hacia atrás. Dominic se colocó en entre sus piernas y tiró de ella hasta dejarla el culo al borde de la camilla. Samara tenía la sensación de estar en el ginecólogo. Le subió el calor por las mejillas cuando empezó a deslizar sus braguitas con cuidado y se las sacó. Sacó de los laterales unos pequeños estribos que ni se había fijado que existían al sentarse y le colocó los pies en ellos. Era horrible, tenía a Roberto con la mirada clavada en su sexo y lo cierto es que pensándolo era la primera vez que la veía en esa guisa. Se puso nerviosa y al apartarse Dominic pegó las rodillas entre sí intentando taparse,

se veía ridícula en aquella postura. Este frunció el ceño y miró al techo.

—No me fastidies, Samara —se quejó—. ¿Ahora te sale el pudor?

—Es una postura que...

—Separa las piernas —le dijo—. Vamos...

Suspiró y obedeció. Roberto buscaba algo en la vitrina, cogió la silla del escritorio y se sentó en medio.

—¡Qué visión! —le abrió más las piernas—. Bonito coño... Rasurado, pequeñito...

—Roberto —Dominic lo miraba de reojo con los ojos entrecerrados—. ¿Podemos describirlo luego?

—Bien —dijo este—. Dale otro lingotazo a la petaca querida, mientras te pinto el coñito.

Cogió un pequeño bolígrafo y la marcó justo donde se suponía que debía ir el pendiente. Samara sintió como sus dedos palpaban su clítoris, como deslizaba con cuidado la yema enguantada por encima de él y se cercioraba con exactitud y perfección de su situación.

—No quiero mirar —sollozó tapándose los ojos—. No quiero, no quiero.

Dominic se rió y se inclinó hacia ella. Observó su pezón dolorido, apenas parecía que se había hecho nada si no llega a ser por la bolita metálica que se veía.

—Roberto...

—Dime.

—¿Te pone hacer esto?

Levantó la vista de su sexo y se rió, luego volvió a fijar su atención entre sus piernas como si la estuviera haciendo un examen médico y meneó la cabeza.

—Mis niñas están perforadas —dijo—. Me encanta...

—¿Por qué?

—Porque os duele... porque sufrís... porque sangráis... De todo un poco...

—Eso... eso es... —se aferraba con fuerza a Dominic—. Eso es sadismo...

—Moderado.

—Pero lo es...

—Sí —mojó su sexo con la gasa impregnada en anestésico y ladeó la cabeza—. No te muevas, hará efecto en unos minutos.

—Dominic... —lo miró y puso cara de dolor.

—Ya no queda nada —le dijo con dulzura poniendo la palma de la mano en su frente—. Ahora vuelve a mirarme, princesa.

—No puedo... estoy muerta de miedo...

—Claro que puedes, no queda más que un minuto...

Notó un dolor agudo que la hizo gritar. Fue tan solo unos segundos, los suficientes para sentirlos con tal intensidad que no pudo contenerse y comenzó a llorar.

—Ya está... Ya está... —decía sujetándole la cara—. Para... quieta...

—¡Dios mío, qué dolor!

—Shhh...

—Perfecto —dijo Roberto—. Radiante... Qué preciosidad...

—Bebe, Samara —acercó la botellita y levantó su cabeza para que diera un trago—. Eso es... Bebe... —la voz de Dominic era suave y tranquila.

Roberto se levantó y limpió con cuidado la zona. Luego volvió a sentarse y le pasó los dedos por el sexo.

—Veamos si lo notas... —dijo con humor deslizándolos dentro de su coño—. ¿Lo notas?

—Claro...

—Voy a rozarte el clítoris, no te asustes, no tocaré la zona. —Movié el dedo y presionó suavemente—. ¿Bien?

—Sí...

La miró allí tumbada, con aquella expresión de miedo, las piernas le temblaban e intentaba taparse de alguna manera, más por el frío de su destempe que por la vergüenza. Se acercó a ella arreglándose la camisa del traje y la besó en los labios.

—Porque hoy es tu boda... Si no te follaría en este precioso momento... —besó su frente y salió de la habitación—. Es algo pendiente, sin prisas...

Dominic se mantenía apoyado en la mesa con los brazos cruzados y un gesto irónico.

—¿Estás mejor?

—Ahora no me duele... pero me da la sensación que mañana será

horrible —dijo mirándose.

Se acercó a ella y la ayudó a bajar las piernas de aquellos aparatos metálicos tan horribles, cogió una de sus piernas y la besó. Su empeine, su tobillo, la rodilla y la pantorrilla.

—Estás helada.

Observó su sexo decorado con aquella fina bolita y pasó suavemente los dedos por él. Samara trepó ligeramente por la camilla un poco más arriba y observó a Dominic mientras se deleitaba con la imagen de su sexo, acariciaba suavemente la zona dolorida, luego trepaba con destreza hacia su pecho y rozaba su pezón hasta que la provocó una leve punzada de dolor y paró.

—Estarás preciosa cuando cambies estas bolitas por los pendientes de oro blanco —dijo.

—¿Por dentro ponen tu nombre como el anillo?

—Claro —contestó—. ¿Lo dudabas? Bueno mi nombre... Son muy pequeños, déjalo en iniciales y mínimas...

Sonrió y lo besó en los labios, Dominic la sentó en la camilla y se colocó entre sus piernas.

—¿Dónde nos vamos mañana, Dominic?

—Al fin del mundo —le mordió el labio inferior cogiéndola por la nuca y la metió la lengua en la boca—. Es lo de menos... ya lo sabrás...

—Y ahora...

—Ahora voy a follarte —lamió su boca y se apartó de ella dándole la espalda, cerró la puerta con llave y se giró—. Por si acaso —dijo soltándose el cinturón.

La empujó sobre la camilla y pasó la lengua por su sexo, lo sentía latir por el dolor, notaba el calor que emanaba de su piel, el miedo de ella porque le hiciera daño, su forma de tensarse al sentir la lengua, mezcla de placer y miedo.

—Luego nos iremos a la fiesta, no sea que tus amigas pierdan el norte y tengamos un problema.

—Es cierto.

Cogió sus manos y se las llevó a su miembro, estaba duro, inmenso, deslizó una de sus manos hacia atrás y acarició sus pelotas con suavidad. Samara dejaba que la guiara, no era habitual que Dominic se dejara tocar de

aquel modo.

—Luego perderán el norte la mayoría —continuó—. Las fiestas romanas serán mínimas comparado con la posibilidad de liada de algunos —se rió y volvió a lamer su boca mientras la sujetaba la cara—. No pares, Samara... sigue haciendo lo que hacías...

Acarició su miembro con una mano mientras con la otra jugaba, estaba brillante, hinchado y notaba las venitas por toda su largura. Dominic se desabrochó la camisa, su pecho emergió entre la tela blanca, sus pantalones abiertos y aquella imagen de él la excitaron rabiosamente. Su piel suave, canela, Samara besó su estómago, su pecho, sintió como se movía bruscamente al mover la mano y deslizar la piel de su sexo hacia atrás. Se quitó la camisa y la cogió repentinamente en el cuello, se sentó sobre la camilla y la colocó encima. La miró y comenzó a clavarla en él despacio. Ella colocó las piernas alrededor de su cintura y se aferró a su pecho.

—No te muevas... —le susurró en el oído— quédate quieta... Espera...

Notó como su pelvis chocaba con sus muslos. Estaba totalmente dentro de ella y apenas se movía. Olía el perfume sutil que siempre le acompañaba, sus brazos se tensaron al aferrarse a su culo y tiró hacia él.

—Si te mueves rozaras con la herida... Quieta, Samara...

—Lo sé... —jadeó.

—Quieta...

Aquella forma de susurrarla la ponía a mil. Sintió como se movía suavemente y se clavaba más en ella. Jadeó ansiosa e intentó moverse pero al hacerlo notó una leve descarga de dolor y paró. Dominic pasó las manos por debajo de sus nalgas y la levantó suavemente haciendo que cayera contra él y se volviera a clavar. Estaba casi de cuclillas sus manos la movían de arriba abajo, veía como entraba su sexo, como desaparecía dentro de ella para volver a emerger una vez y otra. Ella se aferraba a su cuello, lamía su boca ansiosa y respiraba aceleradamente, sentía la delicadeza poco habitual que salía de Dominic, como la mordía y la besaba igual de acelerado o más que ella, notaba su excitación, el calor de su pecho pegado a ella mientras sin apenas esfuerzo la subía y bajaba sobre él. Le dio una palmadita en el culo para que se moviera ella sola. Ahora podía balancearse sin rozar su herida.

—Vamos, nena, baila... Más rápido...

Otra palmada la hizo jadear, se moría de ganas de correrse. El dolor apenas era un leve destello ya de lo que había sido, quizá por la excitación, quizá por lo reciente aún. Se ancló a su cuello y le mordió la oreja. Sintió sus manos por su espalda, se deslizaron despacio hasta su culo para abrirlo y clavarse en ella con brusquedad.

—Voy a correrme, Dominic...

Apenas la oía, se movía cada vez más rápido dentro de ella. La atraía hacia él, la levantaba un y otra vez mientras no dejaba de basarla.

—Dominic...

—Shh...

—No lo soporto más, yo...

La levantó, la tiró boca arriba en la camilla y se colocó sobre ella. Su sexo brillaba hambriento de ella, se clavó despacio y respiró profundamente mientras la apartaba el pelo de la cara y observaba su pecho perforado. Se empezó a balancear lentamente hasta que apoyó los brazos a cada lado de su cabeza y se inclinó hacia ella. Sus músculos se tensaron cuando la besó y la embistió. Samara rodeó su culo con las manos y empujó hacia sí. La miró fijamente mientras empezaba a perderse de la realidad, sus mejillas adquirían ese tono rosáceo que le anunciaban lo inevitable.

—Dominic...

—Ya lo sé —lamió su boca y se clavó en ella—. Ya lo sé...

Gritó como una descosida, se retorció bajo él y al notar como la inundaba creyó morir de placer. Lo sintió temblar sobre ella, notó su peso sobre su delgado cuerpo y su respiración entrecortada. Suave y extraño... Parecía otro hombre... o quizá dormía sin más.

64. Los Malbaseda

Las colmenas se unen...

* * *

La fiesta comenzaba a subir de tono por momentos. Era cómica la situación. Carlo encima del escenario, como no, aferrado al micrófono con la camisa medio abierta y la corbata colgada sobre los hombros. El grupo de italianos del lado norte era el más animado, el hombre inmenso de ojos verdes y rasgos árabes jugaba con una de las muchachas de la subasta, que parecía haber «comprado» mientras las amigas de Samara no daban crédito a lo que veían. Metió los dedos en el sexo de la muchacha que estaba frente a él, sobre la mesa de centro a cuatro patas y los chupó.

—Bravísimo —dijo reclinándose en el sofá.

Otro de los chicos más cercanos a él, que se encontraba al lado de Dante tomando una copa de cava tenía a una joven encima de las rodillas y comentaba algo con Dante mientras analizaba minuciosamente el culito de la joven.

—¡Bambina! —gritó a Sara que pasaba a su lado—. Ven... eres muy joven. ¿Cuál es tu nombre? —su acento italiano era marcado.

Sara miró a Luis que le hizo un gesto para que fuera y se acercó.

—Me llamo Marco —la besó en la mano y le sonrió.

—Yo, Sara.

El hombre tenía unos rasgos tan agresivos que daba miedo, aquellos

enormes ojos verdes más que parecer bonitos le conferían un aire aterrador e intimidatorio.

—¿No eres muy niña para estar aquí?

Sara frunció el ceño y arrugo su nariz respingona.

—No, tengo dieciocho años.

Los hombres de alrededor soltaron una carcajada y miraron a Luis.

—¡Una Donna! —dijo con humor—. Bella... Toda una mujercita... y parece que con carácter... —se levantó del sofá y se acercó a ella. Sara dio un paso atrás y frunció el ceño—. Tranquila, *ragazza*... *Force vergine*?

El hombre se giró hacia Luis y este negó con la cabeza.

—¡No! —sonrió—. *Molto bene* —la miró y le acarició la cara—. Eres muy bonita, Sara, y joven...

—Usted me da miedo —le dijo sin pudor.

Otra carcajada retumbó en el pabellón y varios de los asistentes miraron hacia la zona de los italianos.

—*Questa è una buona cosa piccola*... —olió su pelo y la miró—. Eso es bueno... —se acuclilló frente a ella y alisó su vestido de raso—. Ve a jugar, *ragazza*, creo que voy a tener una conversación con tu *Signore*...

Sara abrió los ojos como platos y miró a Luis que dormitaba con una copa en la mano y un gesto de pasotismo por el cansancio.

—*Andiamo*... Vamos... Obedece, pequeña.

El hombre se dejó caer en el sofá con Luis. Besó su frente y brindó con su copa.

—Alexis —una de las amigas de Samara lo meneó en la silla—. ¿Qué hacen?

—Negociar.

Las otras miraron hacia los dos hombres. Luis se reía por algo que el italiano le decía al oído a modo cariñoso mientras le señalaba a dos mujeres de la zona donde estaba sentado.

—¿Negociar el qué?

Carlo apareció de la nada y se dejó caer en una de las sillas del grupo de mujeres. Miró a Alexis que intentaba evadir la pregunta y sonrió a las amigas de Samara.

—Hola, niñas... Yo soy Carlo Armani —dio un trago a su copa y la miró

—. Si queréis os lo explico yo... Tengo ganas de cohibir inocentes...

—¿Cómo?

—Atentas —Carlo señaló a Sara que estaba con Meredith, Yelina y Xiamara—. La niña, por la expresión de la cara de Luis, será cedida al italiano, que se la follará sin compasión a cambio de su inmensa gratitud y dos de aquellas preciosas morenas llenas de purpurina —soltó una risotada y miró la expresión de las mujeres—. Debe ser jodido lamer a esas tías, se te pone la lengua brillante...

Alexis carcajeó y miró el gesto de susto de las muchachas.

—Mi amigo es poco delicado...

—¡Es una niña! —dijo una de ellas.

—Es mayor de edad, si no, no estaría aquí. Y su Señor... —Carlo frunció el ceño—. Su novio —carraspeó— tiene pinta de aburrirse, la regalará un rato al italiano cachondo con pinta de sicario —se acercó a ella ruborizándola—. Anda, tontona... te mueres de envidia... Si supieras la cantidad de cositas que saben hacer los italianos cuando están cachondos, te lo pensabas tú.

—¡Por dios! —exclamó otra de las mujeres roja como la grana—. Sois la leche. ¿Estáis de broma, no?

—No... —Alexis negó con la cabeza y la regaló la mejor de sus sonrisas—. Ese es el problema. Que no lo está...

—¿Cederla? —dijo otra de las chicas—. Eso es como muy machista, ¿no? Carlo miró al techo y suspiró.

—Y esto es *machitolandia* —meneó la cabeza—. Son juegos... no os asustéis. Nadie está aquí obligado. ¿Veis a alguien sufrir?

—Tiene pinta de ser muy agresivo —dijo la mujer más cercana a Carlo.

—Y eso es la hostia en la cama, nena...

—Por favor —la mujer se rió y bajo la mirada—. Es increíble, no os cortáis un pelo...

—Ven... que te digo un secretito... —Carlo tiró de la silla de la joven y se pegó a su oreja—. Imagínate un tipo de esos, poniéndote a cuatro patas y clavándote la polla hasta la entrañas... mientras te dice al oído... «voy a reventarte, nena»...

—¡Carlo! —se había puesto como un tomate y miraba a sus amigas que no pestañeaban—. ¡Estáis todos locos!

—Oh sí...

—Carlo —Alexis meneó la cabeza y señaló hacia la puerta—, Catinca.

—Si me disculpan, preciosas...

Se levantó y se dirigió a la puerta de la carpa. Catinca entraba algo desubicada por la puerta. La cogió por la cintura y la hizo girar mientras la abrazaba.

—Sonríe, gitana...

—Carlo —dijo con cariño—, Carlo... estoy agotada...

—Lo que estas es muerta de miedo mi gitanita loca... —la besó en la frente y volvió a pegar sus labios a su mejilla—. Baila conmigo... —cogió su cintura y la balanceó hacía atrás—. Felicidades, mi gitana...

—Carlo —gimoteó y le sonrió.

—No olvides que te quiero —dijo y la rozó la nariz con la suya—, pero... intentaré aprovecharme de mi posición con respecto a Darío... mi amor...

—Oh, Carlo... qué tonto eres...

La balanceó inclinándola hacia atrás y luego la colocó derecha y la besó en los labios.

—Sonríe, gitana... Hoy también es tu día.

* * *

A medida que pasaba la noche todo parecía resplandecer con más fuerza. Quedaban varios camareros que parecían de plena confianza. Samara fue varias veces interceptada por sus amigas, bastante perjudicadas ya por el alcohol. Encontró a su hermano sentado con el italiano de la finca Malbaseda y se desplomó a su lado aferrándose a él con fuerza.

—Sam... —dijo abrazándola—. Todo ha salido de maravilla.

—Sí... Aunque no te lo creas todavía no estoy agotada. Deben ser los nervios.

El italiano inclinó la cabeza y la puso una copa de cava en la mano.

—Bella, tu boda es perfecta —le susurró—. La gente lo está pasando muy bien, hacía tiempo que no nos juntábamos.

—Me alegro.

—Soy Marco Malbaseda —la besó en la mano y se inclinó—. Un placer, Samara Romano...

—El gusto es mío...

—Negociaba con tu hermano la posibilidad de disfrutar de la pequeña bambina de nariz respingona.

—¿Sara? —miró a la niña dos mesas más al fondo que vigilaba a Luis disimuladamente—. Está muy verde...

—No... No pretendía nada violento con la ragazza... solo jugar con ella. Tu hermano me ha puesto al tanto de sus aires... dominantes...

Tuvo la sensación de tener una conversación poco habitual, estaba segura que aquel hombre no la trataba como una más de todas aquellas mujeres o al menos era la percepción que tenía en aquel momento. Frunció el ceño y lo relacionó a la posibilidad de que aquel día era su boda.

—¿Qué opina la señora de Romano? —abrió los ojos inmensos y pestañeando con humor.

—Bueno... Es rebelde... Si participara una mujer más sumisa, Sara quizá se soltara más...

—¡Claudia! —gritó, se giró y chasqueó los dedos a una de las bailarinas. Una joven morena de larga melena lacia y ojos rasgados—. Ottenere pronto per un incontro.

—Il mio Signore... —la mujer se levantó y se dirigió a ellos.

Se colocó de rodillas y se quedó quieta al lado del hombre que volvió a mirar a Samara. Luis soltó una leve risa y meneó la cabeza negativamente.

—No puedo con vosotros —dijo mirando a Malbaseda.

—¿Y qué opina la señora de Romano de su hermano? —se removió en el sofá y encendió un cigarro mientras pasaba la mano por la cabeza de la joven sumisa—. Dime.

—Opino que está agotado y necesita un chute de energía.

Luis se rió y la abrazó con fuerza. Marco Malbaseda levantó la vista y respiró resignado.

—Me deja una semana, solo y abandonado y se va con Dominic al quinto coño... —dijo con pucheros.

—Tonto, estás con Sara...

—Cuando volváis tendréis que llamar a una grúa para sacarme de tu cama

—le mordió la boca y afirmó rotundamente—. Sí, sí. Así que dile a tu marido que sea compasivo y me deje disfrutar de mi hermana.

—Luego somos los Malbaseda los desequilibrados —añadió el italiano—. *Madonna...*

65. El estilo Malbaseda

El espectáculo está servido.

* * *

Se levantó del sofá y la muchacha gateó tras él a un ritmo lento pero elegante. Sonreía maliciosamente a medida que le seguía y de vez en cuando miraba con una sonrisa pícara al resto de las mujeres que se cruzaba. Malbaseda le dijo algo a Dominic, el cual, se levantó y volvieron donde estaba Luis. Casi nadie se dio cuenta de su salida de la carpa, estaban demasiados entretenidos con los pequeños focos de espectáculos que se procuraban en distintas zonas del recinto. Al llegar al salón del sótano se encontraron con Darío que tomaba una copa junto a Catinca. Marco Malbaseda se dejó caer en el sofá y repasó de arriba abajo a la pequeña Sara que no se separaba de Samara y Luis.

—Tus amigas «vainilla» no permiten ciertos excesos allí arriba, señora de Romano...

—Dudo mucho que se acuerden de la mitad de la noche con el ciego que llevan —Darío, que apenas había hablado en toda la cena, dio un sorbo a su copa y sonrió.

—¿Todo bien? —Dominic pasó la mano por la cara de Catinca, esta le sonrió y asintió con la cabeza—. Me alegro.

—Vamos, ven aquí, pequeña Sara, suéltate de tu Señor nadie va a comerte. Me gustaría ver lo que sabes hacer con mi pequeña bailarina.

Hizo una señal a la muchacha y esta se situó en mitad del salón, Sara

pestañeó varias veces, la joven era muy bonita y brillaba como una bola de Navidad con aquella purpurina y piedrecillas decorativas por todo el cuerpo. Se puso a cuatro patas y levantó la cabeza con elegancia.

—¡No! —Sara se aferró a Luis el cual rió y la acarició la cara.

—No seas tonta —dijo, la sentó sobre la mesa—, nadie va a hacerte nada.

Marco Malbaseda se levantó, se quitó la chaqueta, se puso una copa en la pequeña barra anexa y volvió donde ella. Apoyó el vaso sobre la encimera y las palmas de las manos a ambos lados de Sara y repasó su cuerpecillo diminuto. Samara y Catinca hablaban entre ellas y mientras Dominic se había apartado con Darío hasta la barra y charlaban. El italiano cogió la copa le dio un trago y la sonrió diabólicamente. Aquellos inmensos ojos verdes brillaron horriblemente en su cara.

—No querrás defraudar a tu Signore, ¿verdad, ragazza? —se giró, miró hacia el paragüero de pie detrás de la puerta y se dirigió a él. Sacó una especie de vara de madera la giró con elegancia en una mano haciendo una acrobacia y se golpeó el zapato con ella.

—*Andiamo...* Cógela, niña —le dijo.

Sara estaba nerviosa, aquel hombre la daba un miedo inmenso.

—¿Te da vergüenza? —le dijo con ironía.

—Venga, Sara... La muchacha está esperando tus caricias. Demuestra tu energía —Dominic se apoyó en la barra y siguió conversando con Darío.

Se levantó de la mesa y cogió la vara de la mano de Marco Malbaseda. Este la sonrió mezquinamente y se cruzó de brazos apoyándose en el canto de la mesa. Sara se acercó a la joven y la asestó un varazo en el culo que la hizo jadear y sonreír. Lo miró y volvió a golpear a la chica. Con humor se giró hacia Malbaseda y le apuntó con la vara en la nariz.

—Me gustaría más azotarte a ti —dijo provocando una sonora carcajada del resto.

El hombre abrió los ojos como platos y tensó la mandíbula, entrecerró los ojos y se dejó caer de rodillas en el suelo con los brazos extendidos y con gesto de sorna.

—Vale, *ragazza* —le dijo—. Te veo valiente, hazlo.

—A cambio de qué —dijo desconfiada—. No me creo que sea así de simple.

Se rió y la miró sin moverse, levantó la cabeza y la inclinó hacia atrás cerrando los ojos y respirando con fuerza como si oliera algo apetitoso y disfrutara con ello.

—Luego me tocaría a mí... —la miró directamente a la cara y sonrió.

—¡No!

Marco Malbaseda se quitó la camisa, tensó los músculos de la espalda y la volvió a mirar con malicia, luego se levantó y la arrancó de la mano la vara.

—Voy a enseñarte cómo se hacen las cosas en Florencia, *bambina*...

Dicho esto levantó a Claudia del suelo y la colgó del techo. La joven separó las piernas y miró al frente. Era preciosa, apenas parecía temer al hombre y sonreía a Sara.

—Ven aquí —le espetó.

La cogió del brazo y la colocó detrás de la mujer, le puso la vara en la mano y se colocó detrás de ella.

—Si dudas al azotar a una mujer, notará tu temor y jamás te respetará... No titubees, sé directa y sobre todo precisa... Adelante... *Andiamo*.

Sara levantó el brazo y lo dejó caer con fuerza sobre el culo de Claudia, el golpe fue tan sonoro que hasta ella se asustó al oírla gritar.

—Bene! Otra vez.

Una vez más la golpeó en las nalgas con fuerza y la muchacha se zarandó anclada al techo. Reforzó su posición clavando los tacones en el suelo y se puso recta. Marco Malbaseda la cogió la mano y la hizo apoyar la vara en el culo.

—Respeto... —dijo, luego elevó la vara hacia la espalda y continuó—: disciplina... —deslizó su mano hacia las piernas—. Castigo... Tres puntos, tres intensidades... *Bambina*, la piel de una mujer es más sensible que la de un hombre. Debes cuidarla por encima del castigo que la infrinjas, ella es tuya, él es tuyo... es *tua responsabilidade*... —mezclaba palabras del italiano y su acento empezaba a resultar meloso para Sara.

Era cómico observar a la niña con aquel vestido infantil sujetando la vara con aquel inmenso hombre detrás ayudándola y susurrándola como si de un demonio se tratara. La hablaba en bajo y la explicaba despacio cada detalle.

—Ahora... Una vez más... Castigo.

Sara la golpeó en las piernas y Claudia gritó suavemente.

—Disciplina...

La azotó en la espalda, la muchacha se aferró a las correas y levantó la vista mirando fijamente a Luis que estaba a punto de saltar como un miura al verla sonreír.

—Respeto...

Esta vez la golpeó en la espalda con tanta fuerza que la marca rosácea de la piel se coloreó rápidamente dejando una estela que atravesaba de lado su cuerpo.

—*Bene!* —le dijo, se acercó a Claudia y la ladeó la cara.

—*Signore...* —murmuró ella— mi sono ben.

—*Perfetto... bellissima...* en castellano, Claudia.

—Estoy bien, Señor —repitió.

La besó en la mejilla y la apartó el pelo. Sacó del bolso del pantalón unas pinzas unidas por una cadena metálica entre sí y las colocó en cada uno de sus pezones. Tiró de la cadena con un dedo y la sonrió mientras ella ponía gesto de dolor. Malbaseda se pasó la lengua por los labios mientras lo hacía y miró de reojo a la joven Sara que observaba la cara de la sumisa con curiosidad y malicia.

—¿Quieres probar?

—Nos la estas acostumbrando mal —dijo Dominic desde la barra.

—Ven, Sara, con cuidado... No seas brusca...

Sara se colocó delante de la chica y alargó el dedo hacia la cadenita, tiró un poco y la muchacha sollozó. Malbaseda se colocó detrás de ella y acarició su espalda, rodeó por abajo los pechos de la joven y se rió.

—Suave, Sara... Eres ansiosa e impulsiva... Modera tus ganas. Sé prudente...

—¡Es divertido!

—Excitante, más bien... Si te divierte pequeña, rozarás el sadismo, si te excita... es más moderado... Vamos... otra vez, tira de ella...

Sara tiró de la cadena y Claudia emitió un grito. Malbaseda pasó a su lado y se colocó detrás de ella. Miró a Luis y deslizó las braguitas a un lado hasta rozar su sexo. Sara se asustó pero al sentir su yema acariciar sus labios suavemente se detuvo.

—Te excita... Buena señal... —acercó la boca a su oreja y la susurró nuevamente—. Tira de nuevo, hazla sufrir, vamos pequeña...

Estaba nerviosa y excitada. Sentía los dedos del hombre jugando con su clítoris y al tirar otra vez de la cadenita y oír su gritito se emocionó más aún. Malbaseda sacó los dedos y los chupó, se giró hacia Luis y emitió un suspiro.

—Um... *Lei sa Vergine*... Sabe a virgen —repitió.

Luis se rió y siguió observando a Sara que jugaba mezquinamente con la cadena de Claudia, tiraba con más fuerza y sonreía, mientras la mujer la retaba con la mirada de una forma sutil y provocadora. Rápidamente volvió junto a Luis y se acurrucó en su regazo, sentada de lado sobre sus rodillas.

—¿Qué pasa, Sara, te pones cachonda?

—Un poco.

—Eso es bueno... —contestó, levantó su vestido y le apartó la ropa interior.

Las piernas de Sara apuntaban a Malbaseda que estaba al lado de Luis y se había inclinado por su copa.

—Niña, estás pingando...

—Ya te lo dije —Malbaseda miró su sexo y se rió. Luego volvió a centrar la vista en Claudia se incorporó la soltó y esta le siguió hasta quedar entre sus rodillas cuando volvió a sentarse.

Sara miró a Claudia y susurró a Luis en el oído con humor. Este abrió los ojos como platos y soltó una sonora carcajada.

—¿Qué dice, la niña?

—Oh, Sara... No puedo contigo... —miró alrededor, todos los demás estaban a su aire, volvió a mirar a Malbaseda y rió—. Díselo, Sara, no seas tonta.

—No...

—Vamos... —dijo meneándola—. No seas tonta.

—Quiero que te la chupe.

Malbaseda abrió sus inmensos ojos verdes como dos focos y entreabrió la boca.

—¿Disculpa?

Sara tomó aire y lo miró nerviosa.

—Que te la chupe, quiero verlo.

Soltó una risotada y se frotó la frente.

—Mal direccionada la frase. Lo correcto sería —bebió de la copa y miró al frente meneando la cabeza—. Claudia, sé buena y cómele la polla a tu Señor. Pero quizá no te entienda —se inclinó hacia ella y la cogió por la nuca atrayéndole hacia él—. A ver, peligro de niña... repítele lo que te voy a decir...

—Sí...

—Claudia, cómesela al tuo *Signore. Obbedisce... Andiamo...*

Sara la miró y se lo dijo con humor.

—*Andiamo, andiamo* —repitió provocando la risa de los dos.

La muchacha soltó los botones del pantalón del italiano y liberó su miembro que saltó como un resorte hacia ella. Apoyó los labios en la punta y pasó la lengua con cuidado sobre el rosáceo capullo.

—*Andiamo* —dijo Sara ansiosa—. Toda, toda.

—Tranquila, Sara —Luis la hizo apoyarse en su pecho y la zarandéo—. Calma...

Malbaseda apoyó la mano en la frente de la mujer y la paró en seco.

—Un momento... Pequeña Domina... —dijo con humor—. Te concedo tu deseo pero recuerda que luego has de concederme tu uno a mí... Bene?

—*Bene, andiamo* —apenas se entero estaba demasiada ansiosa por verla succionar aquel miembro tan excitante para su vista. Se rió y movió la mano mientras se aferraba a Luis—. Vamos, Claudia —repitió con malicia.

Claudia abrió con delicadeza la boca y se introdujo su sexo hasta la mitad, succionó suavemente hasta llegar a la punta y luego le pasó la lengua con cuidado. Malbaseda la miraba con curiosidad mientras de vez en cuando movía la pelvis hasta clavarle el miembro y desaparecer por completo en su boca.

—Ah, los placeres... Qué haríamos... sin ellos... —dio un trago a su copa y entrecerró los ojos.

Sara no podía apartar la vista de aquella mujer, la excitaba horriblemente ver como tragaba como loca, lamía y jugaba con su sexo con destreza, lo miraba con obscenidad y sonreía mientras mordisqueaba la punta y lamía el tronco de arriba abajo una y otra vez.

—¿Quieres probar su lengua? —inquirió Luis—. Vamos, Sara... estás

empapada...

—Me da vergüenza...

Malbaseda se rió y tiró de sus braguitas deslizándolas hasta la rodilla, luego de otro tirón se las sacó. Luis la cogió por la cara interna de los muslos y la levantó las piernas. Sara, estaba sobre sus rodillas, con la espalda apoyada en su pecho y las piernas en alto y se sintió avergonzada al notar que su sexo estaba totalmente expuesto hacia el otro hombre y su sumisa.

—Relájate, Sara...

La lengua de Claudia pasó por el centro de su coño y le hizo dar un salto.

—Tranquila —le susurró deslizado sus dedos por la cara interna de sus muslos hasta casi rozar las ingles—. Abre más las piernas, Sara. Así...

—Es raro... —jadeó.

—Pero te gusta, ¿verdad? —sentía cómo se retorció de placer, cómo la vergüenza y el rubor le hacían intentar disimular lo inevitable—. Eso es, relájate...

—Oh, Madonna —Malbaseda dio una palmotada en el culo a Claudia—. Quien diga que esto no es una obra de arte miente como un loco... *Bene...* Sigue, Claudia... Cómetela... entera... —agarró su melena, tiró de su pelo y se la llevó a su miembro, la hizo chuparlo y luego volvió a llevarla al sexo de Sara que latía brillante bajo la luz de la lámpara—. Lame... Así... *Bene...*

Sara estaba ida, sentía las manos de Luis abriéndola el sexo, la lengua de la mujer lamiendo y devorando su sexo, jamás había sentido nada igual, los ojos de Malbaseda clavados en ella, disfrutando de la imagen. Repentinamente Sara volvió en sí y miró a Malbaseda.

—Fóllatela... —jadeó.

—Como manda la niña —se rió él—. Segundo deseo... ¿Segura?

—Sí... Hazlo, por favor... quiero verlo...

—No sabes lo que estás haciendo, Sara —le susurró Luis—. No pidas tanto...

—Quiero verlo —sollozó nerviosa y excitada—. No me importa...

—No vendas tu alma al diablo, Sara...

—No me importa —repitió mientras Malbaseda se levantaba y se colocaba detrás de Claudia.

Clavó su verga en ella y Claudia jadeó ansiosa. Las pupilas de Sara se

dilataron, la imagen era increíble. Aquel inmenso hombre de aspecto terrorífico y morbosos la embistió brutalmente a pocos centímetros de ella. Claudia ahora soltaba los botones del pantalón de Luis y liberaba su miembro metiéndosela en la boca y chupando desafortunadamente. Sara se incorporó y observó sentada la imagen, era increíble, no podía apenas cerrar la boca y notaba su flujo gotear entre sus piernas de su excitación. Oyó a Luis y se puso aún más excitada.

—Joder... —musitó él—. Suave... suave... Despacio, zorra...

—*Ignore*... Perdón.

Malbaseda tiró de su pelo y la empujó con más fuerza contra el sexo de Luis hasta pegar sus labios a la pelvis de este.

—Sara es una depravadita —musitó Malbaseda—. ¿Se dice así? Depravada... —jadeó y golpeó con fuerza a la chica—. No... No... —se apartó de ella y se subió los pantalones—. No aún...

Luis levantó a Sara y Malbaseda pasando el brazo por su cintura la levantó en el aire.

—Tú te vienes conmigo —musitó—. Deja a tu Señor, disfrutad de mi bailarina.

—¿Adónde?

—Al país de las maravillas —rió y se la llevó en los brazos.

Entró en la puerta de al lado y la tiró sobre una cama metálica que jamás había visto. Ella nunca había estado en aquellas habitaciones tan extrañas. Miró el techo, las paredes y el suelo, hacía frío y era tétrica aquella sala. Malbaseda la observaba en la penumbra, sus ojos brillaban bajo la luz de la lamparilla suspendida y aquel verde profundo en ellos le daba una expresión sobrecogedora.

—*Andiamo*, fuera ese vestido... ¡Ya!

—¿Qué vas a hacer?

—Querida, agotar mis dos deseos... —anunció, tiró de su brazo y la puso de pie sobre la cama—. Date la vuelta —deslizó la cremallera y el vestido empezó a caer—. Un cuerpo de niña... puro y perfecto...

Sara empezó a sentir miedo y vergüenza, el hombre la miraba de arriba abajo mientras ella se mantenía torpemente de pie sobre la cama que temblaba. Le dio la vuelta y la hizo bajar. La apoyó la cabeza contra la pared

y la puso las manos contra la pared con las palmas abiertas. Notó sus manos apretando su culo, sus piernas. Sus pezones se erizaron y sintió la presión de sus dedos en ellos.

—Separa las piernas —le susurró—. Más...

—Quiero que venga Luis —sollozó.

—Ahora mismo viene, tranquila.

—¿Qué vas a hacer?

—Follarte el culo, Sara...

Se giró nerviosa pero él pegó su frente contra la pared con dureza.

—No... Eso no... Me diste la libertad de escoger lo que quería. Si juegas al póquer es lo que tiene Sara... Pórtate bien, pónmelo fácil y todo acabará rápido —le volvió a pegar la cara a la pared y se acercó a su oreja—. Pórtate mal y te llevaré a la carpa, lo haré delante de los cien individuos que están arriba, de tu hermano, de tu gente... Te trataré como una zorra más y te haré llorar... —metió sus dedos dentro de ella—. Te haré tanto daño que mañana todo lo demás te parecerán juegos de mesa Sara... Pero estoy seguro... que serás buena niña, ¿verdad, Sara?

—Por favor...

—¿Verdad, Sara?

—Sí —sollozó—. Está bien...

—¿Quieres abrirme ese culito aquí y ahora o prefieres subir arriba?

—¡No! Aquí... Aquí...

La hablaba en la oreja mientras la masturbaba.

—Y vas a pedirme que no pare, ¿verdad, ragazza?

—Sí...

—Que te encantará como te la meto por el culo, sé que es la primera vez... Oh claro que sí... ¿Lo dirás, verdad?

—No sé...

La golpeó en el culo con fuerza y la agarró del pelo.

—Sara, Sara... ¿Creías que los Malbaseda jugaban al parchís con sus perras? —dijo eufórico—. Ponte de rodillas y cómeme la polla y cuando acabes, colócate contra la pared y más te vale no quejarte o te reventaré por dentro, bellísima *bambina*... *Andiamo*... A cuatro.

Sara obedeció y cuando estaba lo suficientemente lubricada, la inclinó de

pie contra la cama, la hizo apoyar las manos en la base y la escupió en el culo. Se rió y observó la imagen. Tiró de ella y la apoyó contra la pared. Metió un poco los dedos y Sara pegó un saltó y se estampó contra la pared.

—Por favor... por favor... me va a doler... lo sé...

—Claro... —apuntó con su sexo la entrada de su culo y la besó en la mejilla.

La presión de su verga empezó a doler, sentía cómo resbalaba lentamente, cómo entraba torpemente y la presión la empezó a quemar de tal manera que se movió intentando por inercia liberarse de él.

—Quieta —susurró—. Cuando salgas de aquí... tendrás tanta rabia dentro de ti que será el mejor momento para enseñarme cómo se coge una vara y se castiga a una mujer... Ese será mi segundo deseo —la clavó más adentro y Sara gritó. Malbaseda cerró los ojos deleitándose de su dolor y empujó más—. No separes las manos de la pared o te reviento, Sara...

—Me duele...

—Y me encanta.

—Por favor, me haces mucho daño —jadeó—. ¡Por favor!

—Ya no queda nada —empujó una vez más y su grito le provocó una erección de mil demonios—. Eso es... ya está... Joder... qué cerrado lo tienes...

Apretó sus pechos con las manos y empezó a bombearla golpeándola contra la pared. Sara sentía un dolor horrible, jamás había experimentado tal sensación de angustia. Miró a la puerta, Luis acababa de entrar y la observaba abrochándose aún los pantalones.

—Cuando tengas el culito abierto vas a probar lo que es tener dos pollas dentro, serás una privilegiada... —le susurró besando su mejilla.

—Dios mío...

—Tranquila, el dolor pasa, luego te mojaras como una perra en celo...

Tiró de su pelo y la inclinó la cabeza hacia atrás, le temblaban las piernas y el culo le ardía. Poco a poco su sexo dejó de presionar las paredes y el dolor comenzó a remitir hasta el punto de desaparecer por completo. Luis pareció darse cuenta. Hizo un gesto y Malbaseda la llevó sin descolgarla de él hasta la cama, la puso de lado y la levantó una de las piernas hacia arriba.

—Ahora viene lo difícil... —musitó en su nuca.

Luis se clavó por delante de ella y gritó de tal manera que la tapó la boca para que no se la oyera.

—Ei... Ei... calma... Espera. Ahora viene lo bueno... —dijo el italiano.

Estaba totalmente empalada por los dos. Sentía ambos movimientos sincronizados moviéndose sin parar, el dolor, aquel horrible dolor desapareció y empezó a notar una sensación casi tan extraña como excitante. Miró a Luis, está la besó mordiéndola el labio hasta hacerla sangrar.

—Ahora la cosa cambia, ¿eh, mi preciosa niña?

—Oh, Dios mío... Me gusta... —jadeó— me... gusta...

—Claro que le gusta —rió el hombre—. Parecía tonta.

—No paréis.

—Calla, Sara —le dijo Luis.

—Sí, no sea que me concedas otro deseo —contestó Malbaseda.

* * *

Subió a la carpa con gesto descompuesto y el pelo alborotado. Detrás iba Marco Malbaseda con Luis, la preciosa bailarina caminaba detrás prudentemente separada de ambos hombres.

—¡Sara! —Mateo se sorprendió de su expresión—. ¿Qué demonios te ha pasado? —miró a Luis y tensó la mandíbula.

Este se acercó a él y le cogió por el brazo.

—Mateo... Confía en el grupo del mismo modo que nosotros lo hemos hecho cediéndote a nuestras mujeres.

—Es mi hermana. ¡Maldita sea!

—¿Y la mía dónde está? —lo cogió por la nuca y pegó la boca a su oreja—. No me jodas, Mateo...

Meneó la cabeza y suspiró.

—Joder, Luis, es muy difícil para mí no protegerla.

—No tienes que protegerla de nadie, Mateo, yo la cuido, todos la cuidamos, pero ella está aquí porque ha querido. Como el resto...

—Lo sé.

—Entonces —prosiguió—, relájate. Lo ha pasado bien, solo se asustó un

poco.

Se giró hacia su hermana. Yelina le peinaba la melena y le colocaba el vestido.

—Sara.

—Estoy bien, Mateo.

Malbaseda se acercó con un cigarro en la boca y la lanzó la vara.

—*Ragazza...* —le dijo—, prueba ahora. *Bene?*

Lo miró con dureza y se colocó la parte inferior del vestido.

—*Bene* —contestó.

Marco Malbaseda chasqueó los dedos y la joven bailarina se subió sobre la mesa de centro y se puso de rodillas. Colocó las manos en la nuca y miró hacia abajo. Sara era todo un espectáculo, caminaba a paso ligero con la vara en la mano y aquellos ribetes en dirección a ella. Levantó la vara y la asestó tal golpe que la muchacha se abalanzó hacia adelante y tuvo que apoyar las manos en el canto de la mesa para luego subirlas otra vez a su nuca. El ruido del golpe hizo poner gesto de dolor a todas las mujeres, los hombres se echaron a reír, alguno puso gesto de sorpresa y observó a la pequeña que volvía a levantar la vara y asestaba su segundo golpe, esta vez en los muslos, donde más podía dolerla.

—*Signore... per favor* —sollozó la joven.

—Silencio, Claudia —Malbaseda se adelantó varios pasos—. Sigue, Sara.

Otro golpe en el culo la volvió a lanzar hacia adelante, Sara tenía las pupilas dilatadas, era el centro de atención en aquel momento y nada la agradaba más. Sonrió a Luis y volvió a lanzar otro de sus golpes. La muchacha lloraba desconsoladamente, se aferraba con las rodillas aguantando el equilibrio mientras uno de los Malbaseda se levantaba y le hacía una reverencia diciendo algo en italiano. Malbaseda se acercó a Luis y dio una calada a su cigarrillo.

—Tiene genio...

—Mucho —contestó Luis.

—Te costará adiestrarla... —soltó una carcajada y entrecerró los ojos.

—Tengo todo el tiempo del mundo y esa esencia, no quiero que la pierda. Siempre sirve.

—Ven a Florencia alguna vez. Será estupendo teneros de invitados.

—Lo haré —contestó él riendo.

—Hazlo pronto —le dio una palmada en la espalda y se fue hacia Sara.

—Calma —le cogió la vara, tenía a la pobre bailarina sollozando de tanto varazo sobre la mesa—. Qué peligro tienes, Sara...

Mateo la observaba algo desconcertado, su hermana estaba en medio de una especie de nido de tiburones y en aquel momento su nariz respingona emergía con dignidad, se cogió los bordes del vestido, entrecruzó la pierna por detrás de la otra y se inclinó a modo de saludo teatral. Varios de los hombres más próximos a ella se rieron y aplaudieron, era todo un espectáculo. La niña corrió contenta hacia Luis y saltó a sus brazos.

—¿Has visto? —dijo nerviosa—. ¿Has visto cómo la azoté? —cerró el puño con humor y frunció el ceño.

—Eres de lo que no hay, Sara —le dijo—. Sé prudente, Malbaseda sabe lo que hace y por qué lo da... Nada es gratis, Sara.

La niña apenas lo escuchó, estaba emocionada mientras varios de los Malbaseda levantaban la copa en dirección a ella y la sonreían.

—¡Bravísimo! —decía uno de los hombres más próximos a Marco.

—La niña es terrorífica —decía una joven cercana a Yelina con gesto de susto.

—Lo mejor de todo —Carlo apareció por un lado de Luis y señaló a las amigas de Samara—. Es que ya no ven... No diferencian un berberecho de un autobús —dijo—. Están como cubas.

—Mejor —musitó él—. No quiero ni pensar que contarían en la oficina el lunes. Aunque las tendrías que aguantar tú.

—¡Samara! —una de sus amigas al galope pasó por delante de Dominic y la cogió por los hombros zarandeándola—. Tía, cómo me gusta tú boda. ¡Es la leche! —entrecerró los ojos—. Todos están buenos, algo raritos pero tremendamente macizos...

—Oh, Ana... me alegro que...

—¡Y ricos! —gritó. Miró a Carlo que la observaba con humor y luego a Dominic—. Cuida de Sami —dijo, resopló y se acercó a Dominic apoyando las manos en su pecho.

—Veras —farfulló Carlo—. Veras qué liada.

—Tú... cuida de Sami o te las verás con sus amigas... macizo... qué rico

estás... —gruñó y lo repasó.

Otra de las amigas menos perjudicada que ella tiró de su brazo, disculpándose.

—No pasa nada, tranquila —Dominic la sentó en una silla y se agachó.

—Vas bebida... igual dormías en la finca por si...

—¡No! —gritaron a coro Luis, Samara y Mateo.

Dominic frunció el ceño y se rascó la barbilla. Carlo soltó una estrepitosa carcajada y zarandó la mano.

—Venga, va, que las lleven al hotel los de seguridad. No sea que algún hombre del saco Malbaseda se cuele en su coche.

—Mejor —Samara respiró hondo y se desplomó en la silla. Miró alrededor, sus amigas volvían a mezclarse con la gente y parecían no cansar y ella estaba ya agotada—. Madre mía, qué energía.

—Será que nunca salen y lo pillaron con ganas —Luis se rió.

—Será que todavía no saben que son como un grupito de hormiguitas rodeadas de osos hormigueros, suerte que son intocables. Ya estarían de rodillas comiendo pollas —Carlo la miró de soslayo y se alejó por la carpa.

66. Por ti

Te dije que mi vida giraba en torno ti. Cuando te odiaba, cuando solo te amé. Siempre...

* * *

Había salido todo como realmente había esperado. Se levantó muy temprano, Samara dormía profundamente y aún tenían que tomar el vuelo que les llevaría lejos de allí. Miró la hora, apenas las ocho y todos dormían en Quimera. No era el mejor momento para dejar sola a Catinca, tenía muchas cosas que hablar con ella y con Darío pero lo necesitaba tanto... Se duchó y vistió y cogió el coche en dirección al Hotel Palas Confort. Al llegar al aparcamiento ya había más de un miembro de los más ancianos aparcando sus flamantes coches. Los Malbaseda habían fletado las plantas de las Suite pero los demás que se distribuía por el resto de hoteles de la zona ya desayunaban en las terrazas del Palas mientras los más mayores se agrupaban en torno a la mesa de conferencias de una de las salas de la planta baja. Un hombre del hotel le sonrió afablemente mientras avanzaba hacia la puerta. Vio a Argas en uno de los extremos sentado junto al mayor de los Malbaseda y cuatro hombres más. Antón ya estaba allí, permanecía algo ido mientras el resto hablaba poniéndose al día de sus negocios.

—Pasa, Dominic, hijo —dijo un anciano de cabello cano y cejas pobladas encorvado—. Aprovechamos tu boda para reunirnos, Antón te diría la razón de esta pequeña asamblea.

Se rió suavemente y se sentó junto a Antón. Otros cuatro hombres de edad avanzada entraron a paso ligero y tomaron sus asientos.

—Bien, al grano —dijo otro—. Muchos deben tomar vuelos de regreso —apoyó sus manos huesudas en la encimera de madera y frunció el ceño—. Muchacho, sabemos que tu esposa ha firmado los papeles que toda mujer que se casa con un heredero debe firmar. Perfecto. ¿No ha puesto impedimentos?

Dominic se balanceó en la silla y sonrió.

—En absoluto —dijo.

—Bien —continuó ahora el anciano Malbaseda—. La reunión es más informativa que otra cosa, una de las empresas Malbaseda se fusionará con otra de Quimera, Antón ha aceptado pero lógicamente quien llevará y gestionará dicha unión serás tú y no Catinca. ¿También estás al tanto?

Dominic entrelazó los dedos de las manos y apoyó la barbilla en ellas, frunció el ceño y meneó la cabeza afirmativamente.

—Entonces perfecto, antes de irnos firmaremos todo lo concerniente a ese tema.

—Recuerda mandar por fax los papeles que firmó la muchacha —un anciano se apoyó en el bastón y meneó la cabeza con prisa.

—No creo que sea posible, Jeremías —musitó de repente.

—¿Disculpa?

Antón cerró los ojos y negó con la cabeza al escuchar aquello.

—Que no creo que sea posible —repitió buscando algo en su bolso—. No voy a pasar ningún papel a nadie.

—Dominic —Argas lo miró fijamente—. Esto es una gran familia, nuestras empresas son la madre nutricia de las vuestras, todos nos ayudamos siempre y cuando cumplamos los requisitos y cuando un heredero se...

—No me repitas la oratoria, Argas. La sé.

—Dominic... —Antón empezaba a ponerse nervioso.

—No. Tú empresa...

—Mi empresa —continuó él— se alimenta un cuarenta por ciento de vuestros contactos, no he querido jamás depender de una organización al completo —sacó los papeles y los rompió—. Mi mujer no va vivir a la sombra de nadie. Y si así fuera, sería única y exclusivamente decisión mía.

Todos susurraron algo y Jeremías encolerizó.

—No sabes lo que dices, Romano, una mujer no va a modificar las reglas que durante siglos esta...

—En mi casa las reglas las pongo yo —se reclinó hacia delante y miró con frialdad a Jeremías—. Repito que mi esposa no va a perder nada si decide irse. Mis hijas no quedaran relegadas a ser un objeto que rifarse entre los Malbaseda y...

Más murmullos y varios comentarios de enfado emergieron entre los ancianos.

—Y mi hermana Catinca heredará íntegramente lo que a mí me corresponda.

—Tu negocio perderá sus clientes potenciales si haces eso Romano —otro de los ancianos se levantó y lanzó el bastón sobre la mesa—. Seré el primero en cancelar los contratos de Roberto con la construcción de...

—No puedes —negó Dominic riendo.

—¿Ah, no? —rió con una mueca grotesca—. ¿Lo dices tú?

—Sí, porque soy abogado, el mejor —lo miró y le sonrió—, y si incumples dichos contratos iría a por ti... Lo gracioso de todo esto es que sabes que soy el mejor, no porque tu familia haya pagado mis servicios no... Si algo hice desde niño es no depender de la gracia de millonarios como tú.

—¡Esto es inaudito, Romano!

Dominic se levantó y lanzó los papeles sobre la mesa.

—Creo —otro anciano que no se había pronunciado de acento francés se levantó— que estamos sacando las cosas de quicio caballeros. Nunca hemos necesitado controlar las familias, este caso fue por lo que fue —miró a Dominic—. Muchacho, ¿sabes a lo que te expones?

—Me da igual, Castalla —contestó dando una palmada a Antón, que estaba paralizado en su silla—. Me da igual... Mi imperio no depende de vosotros, sí, os debo mucho, pero no voy a ser una marioneta de cuatro ancianos que temen el poder de una mujer. Quimera no necesita eso.

—No me lo puedo creer —Argas soltó una carcajada.

—Es mi última palabra —caminó hacia la puerta y la abrió.

—¡Romano! —Jeremías le señalaba con el dedo amenazadoramente—. ¡No toleraré esto, hundiré vuestras empresas!

Se giró y lo miró.

—Pues entonces nos veremos en los tribunales, viejo amigo.

Se alejó por el pasillo. Argas no dejaba de reír como un loco. Antón estaba pálido y Jeremías tenía un ligero temblor en el párpado mientras todos cuchicheaban entre sí.

—Vamos, Jeremías —dijo Argas—. ¿No lo esperabas? —rió otra vez—. Es Romano. ¿Qué pretendías?

—Acabaré con él...

Salió al aparcamiento y se puso las gafas de sol. La brisa soplaba y el sol aquella mañana amenazaba con ser colérico. Miró el reloj, las diez. La hora perfecta para volver a casa coger las cosas e irse. Miró el teléfono y marcó su número.

—¿Sí? —la voz de Samara le devolvió a la realidad.

—¿Lista para irte?

—Sí —contestó—. ¿Dónde estás?

—A unos minutos de la finca. Un tema de trabajo, princesa. Despídete de tu hermano, si no le tendré que aguantar dos meses quejándose.

Samara se rió con timidez, parecía cansada aún por la noche anterior.

—Está bien, así lo haré. ¿Dónde vamos?

—Ya te lo dije, al fin del mundo —se quedó en silencio y arrancó el coche—. Voy para allá, estate lista, nos queda poco tiempo para coger el vuelo.

67. Terror

Y existirá el miedo, existirán las dudas, pero nadie os dará lo que nosotros os podemos dar.

* * *

Despertó temprano y lo oyó en el baño. Durante unos segundos sintió dolor en el estómago recordando lo que dijo la noche anterior. Ella jamás se había imaginado que ocurriría todo aquello. Darío había irrumpido en su vida una vez más, a su estilo y a su modo, volvía a poner patas arriba sus planes y sus proyectos. ¿Y ahora qué? Era tan sencillo como no tener ni idea de lo que podría pasar, ella tan solo era la niña consentida de un clan, siempre a su aire, disfrutando de los momentos cuando a ella le apetecía y de pronto pasaba a formar parte de aquella rueda desequilibrante que todos tenían en torno a su vida. Era parte de Darío, parte de una situación que jamás le había tocado vivir y no sabía si quiera por dónde empezar. Se incorporó y miró a través de la ventana. ¿Cómo era capaz de transformar su rebeldía de tal manera? Todos los que la conocían sabían que ella era una mujer de carácter, acostumbrada a tener todo lo que deseara y a vivir bajo la protección de Quimera. Ahora todo era diferente, cuando la tocaba, cuando la miraba con aquellos ojos brillantes y entrecerrados le provocaba la tímida sensación de ser pequeña, sus suaves palabras, sus sutiles formas y la destreza de conseguir en ella una respuesta inmediata sin necesidad de atemorizarla. Darío era así, había cambiado mucho desde la última vez que lo vio sin embargo, aún más maduro,

mantenía aquella esencia y aquella calma que solo invitaba a decir: «Me da igual lo que me pidas, no me mires así, susurra con esa suavidad y esa dulzura lo que quieras, deseo complacer cada palabra que salga de tu boca» ¡Ah, qué estúpida era! ¿Acaso no se daba cuenta de que tan sólo era otra forma de llegar al mismo sitio que el resto? Claro que sí. Aun así, era imposible resistirse a aquella ternura, aquella mirada inocente de niño bueno que con tan solo una sonrisa y esa timidez que parecía tener lograba envolverla en un torbellino de sensaciones que pocos hombres habían conseguido con ella.

«Domina mi alma, domina mi voluntad, da igual de qué forma, solo debes ser inteligente para averiguar, que me hace estremecer a tus deseos».

* * *

Se levantó de la cama y se apuró al arreglarse un poco. Tenía el pelo revuelto, estaba más pálida de lo habitual y eso la disgustó. Darío no tardó en salir del aseo con la toalla enroscada a su cintura y el pelo empapado.

—Buenos días, pequeña Su —la besó en la frente y se dirigió al armario.

—Buenos días —dijo tímidamente.

—¿Has dormido bien?

—Sí... Gracias.

Lo observó revolver en los cajones. Su espalda aún estaba empapada por las gotas de agua y al moverse brillaban bajo la luz que entraba por la ventana. Catinca permanecía inmóvil frente a la cama, se dio la vuelta y frunció el ceño.

—Pareces una aparición. Cati... ¿Dónde estás?

—Perdona, me duele un poco la cabeza y...

Sonrió y se acercó a ella. Llevaba en la mano una camisa y la dejó sobre la cama. La cogió de la mano y se sentó con ella sobre la colcha a su lado, apartó sus cabellos de la cara y volvió a sonreírle.

—Borra de tu cabeza por un momento Quimera, Su...

—No comprendo qué quieres decir con eso.

—Olvídate de todos, olvida lo que has visto o vivido aquí —besó su

mano y apoyó su mejilla en ella—. Su... ¿Por qué te cohíbes conmigo hoy?

Catinca meneó la cabeza y miró al suelo, ni siquiera podía mantener la mirada en sus ojos durante unos segundos.

—Me siento extraña, avergonzada, no sé qué quieres ahora de mí, no me veo como las demás, no...

—Qué tontería, Su —tiró de ella y la sentó en su regazo—. Yo no soy Dominic, ni siquiera Carlo —dijo, meneó negativamente la cabeza y dejó escapar un suspiro—. Su... Mi preciosa Su... Podría explicarte muchas cosas y quizá comprenderías... sin embargo, no merece la pena...

Aquella dulzura acompasada, aquella melodía en sus palabras empezaron a envolverla nuevamente.

—No merecería la pena. ¿Por qué? —musitó ella.

—Porque no hay nada más claro que verlo o vivirlo. Hay una cosa en esta casa común a todos, no hace falta ser muy intuitivo para verlo, sois el freno a nuestros impulsos, la esencia que nos completa como personas y nos hace ser mejores. Su... No quiero que nadie me idolatre, he sido una persona horrible durante todos los años que he pasado fuera de aquí. He hecho daño, he disfrutado con ello y sin embargo —hizo una pausa y continuó—. Sin embargo entré por la puerta de Quimera, te vi y sentí algo que hacía años que no había sentido, una calma inmensa.

—¿Pero ahora qué va a pasar? ¿Soy tu sumisa? ¿Qué soy? Me siento ridícula.

Darío se rió y la apretó con fuerza contra él.

—¡Ah, qué tonta eres! Su, esto es como una de esas piezas de baile que solías bailar conmigo cuando eras niña. Es lo mismo ¡Sí! —se levantó y la dejó sobre la cama. Se dirigió al armario y rebuscó sus pantalones, su ropa y se la puso rápidamente—. Imagínatelo —sus ojos brillaban, estaba perdida y Darío parecía eufórico—. ¿Recuerdas?

—Darío, me pierdo contigo, no entiendo qué quieres decirme.

Darío se apretó el cinturón y estiró la mano hacia ella invitándola a levantarse.

—Señorita... —musitó con elegancia haciendo una reverencia—. ¿Quiere bailar conmigo?

Catinca se rió y negó con la cabeza.

—¡Vamos, Su! —dijo con humor—. Te ofrezco bailar conmigo...
¿Aceptas?

—Darío —rió—. ¿Qué tiene esto que ver con lo que estamos hablando?

—Todo.

Ella estiró la mano y tiró de su brazo. Catinca se levantó y chocó con él. Le rodeó la cintura y tomó la palma de su mano haciéndola girar.

—Vas a bailar conmigo. ¿No es así?

—Sí...

—Soy el hombre, yo llevo el ritmo, pero ¿quién ha aceptado?

—Yo...

—¿Y si te cansas? Pararías, te sentarías y quizá mañana bailarás nuevamente. ¿No es así?

—Sí, pero...

—Es lo mismo, pequeña Su, vas a bailar conmigo —le dio una vuelta y la hizo girar—. Tú decides cuando parar, hay piezas lentas, hay piezas más rápidas... —besó sus labios y sonrió—. Pero solo tú decides cuándo termina la canción...

68. Te perdono

Porque ahora y solo ahora te perdono.

* * *

—Bali —musitó pestañeando mientras señalaba la entrada al avión—. El paraíso esmeralda... así meditaras —Dominic se rió y la meneó—. Vuelve, Samara, te has quedado ida.

—¿Bali? —preguntó sorprendida—. Madre mía, Dominic, nos vamos al otro extremo del mundo.

—Esa era la idea...

—¿Por qué Bali?

—Me gusta su cultura, su calma, sus selvas, sus paisajes. Es el único sitio donde aún no he estado... y porque me da la gana.

Lo dijo tan serio mirando los horarios fijamente que Samara comenzó a reír. Dominic la miró confundido y frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada... —rió de nuevo—. Me parece perfecto.

Tiró de su brazo y la arrastró hacia la entrada al avión.

—Vamos, nena, que lo perdemos.

A Samara le resultaba cómico verlo tan acelerado. Ya habían facturado las maletas y apenas quedaba tiempo para subir al avión. Entró como un rayo y lanzó los billetes a la azafata.

—Primera clase —dijo la joven—. Que tengan buen viaje, señores.

—Gracias, rica —dijo secamente y volvió a tirar de Samara llevándola al trote.

—¡Dominic! Qué prisas...

—Quiero irme de aquí ya.

Se sentaron en sus respectivos asientos y la azafata no tardó en servirles unas bebidas frías. Dominic cogió su mano y la besó con fuerza.

—¿Seremos felices? —Samara apoyó la cabeza en su brazo y sonrió.

—No te quepa la menor duda.

* * *

Estaba apoyado en la barandilla de madera de la terraza. Desde ahí podía ver las amplias piscinas, los bananeros, los árboles de teca, en un lugar como ése la vegetación es inmensa. Sí, con un poco de suerte podría llevarla mañana mismo al jardín botánico de Bogor. Le había hablado muy bien de ese lugar algún que otro cliente. Seguro que a ella le gustaría.

Samara salió a la terraza junto a él. Durante el viaje, Dominic parecía ausente, preocupado, o quizá perdido en sus pensamientos, en su trabajo.

—Dominic. ¿Y ahora qué va a pasar?

—¿A qué te refieres? —preguntó sin mirar hacia ella.

Samara apoyó la cabeza en su brazo y le besó la fina tela de la camisa vaporosa.

—¿Cuál es el siguiente paso? Ya sabes, tú, yo... ¿Qué queda ahora?

Dominic se rió suavemente y meneó la cabeza como si se sacudiera.

—Supongo que ser felices, Samara. Sin más.

—Cuando quieres puedes ser realmente —hizo una pausa con humor—. Normal y encantador.

—¿Es un cumplido?

—¡Claro! —exclamó—. Necesito preguntarte algo, Dominic.

Frunció el ceño y la miró. Estaba realmente bonita, hacía mucho que sus ojos no centelleaban tan intensamente, y por un momento deseó que jamás se fuera de su rostro aquella expresión de felicidad.

—Adelante.

—¿Qué ponía en las hojas que arrancaste del contrato? ¿Tan malo era para ocultármelo?

Se encogió de hombros y curvó los labios hacia abajo.

—No, princesa, no era... malo.

—¿Qué ponía?

Dominic apoyó las manos en la barandilla y se balanceó pensativo sobre ella.

—Habla conmigo, Dominic, dímelo, por favor.

—Nada.

—¿Nada? —preguntó.

—Sí, nada. No ponían nada. Eran dos hojas vacías. En blanco —se rió suavemente y continuó—. Se trataba de que tú completaras el acuerdo. Qué dabas, qué ofrecías, qué entregabas, a qué te comprometías... —miró al vacío y suspiró—. Ya no era necesario aquello.

—No, no entiendo...

—Escribiste esas páginas en la semana que duró tu prueba. Realmente con todo lo que fuiste capaz de hacer pudieras haber escrito un libro —dijo, y la miró con dulzura—. Y lo demás... prefiero...

Samara abrió los ojos con expectación, notaba lo difícil que le resultaba a Dominic hablar de sus sentimientos.

—Lo demás prefiero conocerlo el resto de mi vida contigo... Sin que esté escrito en ningún contrato, ni guardado en ninguna caja fuerte...

—Siempre te he dicho que eres un buen hombre, Dominic.

—Y yo que no lo tengo claro —le besó la frente, la miró con humor y entrecerró los ojos—. Señora de Romano, recuerde el primer día que entré en su casita de muñecas. Eso no lo hace un buen hombre.

Samara se rió.

—Samara. No era un buen hombre. Quería hacerte mucho daño, quería hacerte sufrir día tras día.

—Un comienzo muy peculiar y poco convencional.

—Todo lo que nos rodea no es normal, nena. No creo que ninguno de nosotros pueda contarle a sus hijos cómo se conocieron sus padres.

—¡Oh, no! Podríamos inventarlo cuando llegue ese momento.

—Llegaría Carlo y la cagaría...

Samara soltó una suave carcajada y suspiró. Miró las amplias piscinas, el ruido de la gente agolpada en los toboganes, los niños jugando, la brisa golpeó su cara y respiró una amplia bocanada de aire.

—El mundo no está preparado para nuestra historia Samara.



MALENKA RAMOS. Nací en Asturias en 1978 y mi pasión por la literatura viene heredada de mi padre, quien siempre ha estado rodeado de su biblioteca particular. Uno de los primeros libros que leí con apenas diez años fue La Ilíada, y a partir de ahí los clásicos se convirtieron en mi pasión.

Escritora en foros de relatos y cuentos, creé la trilogía «Venganza» por una mera apuesta; escribir sobre un género tan difícil como apasionante: el romántico-erótico. Y digo difícil porque al final acabó convirtiéndose en un trabajo de seis años, a base de relatos que llegaron a tener un millón de lectores en la red. Por esa razón se crearon los libros de esta historia tan diferente y polémica.

Sin embargo, mi trabajo no se limita solo al género erótico, sino que durante mucho tiempo y en la sombra también he escrito *thrillers* y diversas novelas cuyos personajes siguen guardando esa esencia que intento mezclar y combinar en mis libros: la ferocidad del ser humano, su lado más oscuro, junto con esa pasión que nos hace más reales y que es capaz de enamorar a un lector exigente.

Actualmente resido en Asturias y tengo un pequeño negocio.